

Julián González Mina

TODO ESTÁ tan raro...

Postales, relatos y aproximaciones insólitas
a noticias ordinarias y extraordinarias



Programa  Editorial

Este libro es producto del proyecto “Laboratorio de Escrituras Experimentales en Periodismo y afines” de la Universidad del Valle, Facultad de Artes Integradas, Escuela de Comunicación Social.

Este laboratorio es un espacio personal de creación y exploración de técnicas y procedimientos de escritura *no experta y no profesionalizante* en periodismo. Se mueve a contrapelo de los intentos actuales por especializar las escrituras periodísticas industriales a través de recursos varios como el fetichismo del dato por el dato o la sobrestimación de las infografías, en desmedro de la fuerza de los relatos por contar o los argumentos por explicar.

Todo está muy raro prefiere otros recursos y procedimientos menos estandarizados. Se ocupa de eventos informados, datos y documentos, análisis y ensayo de argumentos, entrecruzándolos con el tipo de relatos callejeros que el ciudadano usa para “informar” y “narrar” asuntos de todos los días. Eso supone desatender los límites más o menos establecidos entre “lo personal” (autobiográfico) y lo que “no es personal”, o entre la ficción y la no ficción. El resultado no puede, en consecuencia, clasificarse dentro de “géneros” y formatos convencionales del periodismo contemporáneo.

Entrecruzamientos similares se aprecian en los anales del periodismo moderno. Eran usuales hace cien años. En Colombia, por ejemplo, en muchas de las crónicas de Luis Tejada (1898-1924) no es posible establecer una línea firme entre lo que piensa, lo que cuenta, lo que imagina, lo que inventa y lo que escucha este testigo de su tiempo. En ese sentido, *Todo está muy raro* es hasta cierto punto, un salto hacia atrás: bucea en el pasado de las escrituras periodísticas porque confía en que allí, en esas tradiciones, hay recursos a re TRABAJAR en la prensa contemporánea para recuperar sus vínculos con las formas híbridas y diversas de comunicación pública que usan las personas hoy para conversar, entender y vivir el mundo con el que todos los días lidian.

Para una versión detallada de estos argumentos ver <https://bit.ly/3zOzqja>



TODO ESTÁ tan raro...

Postales, relatos y aproximaciones insólitas
a noticias ordinarias y extraordinarias




Colección Artes y Humanidades
Comunicación Social

González Mina, Julián
Todo esta tan raro... Postales, relatos y aproximaciones
insólitas a noticias ordinarias y extraordinarias / Julián
González Mina
Cali : Universidad del Valle - Programa Editorial, 2022.
348 páginas ; 28 cm -- (Colección: Artes y Humanidades -
Comunicación Social)
1. Relatos colombianos - 2. Narrativa colombiana - 3.
Crónicas colombianas - 4. Noticias
C863.5 CDD. 22 ed. Estudios de comunicación
G643
Universidad del Valle - Biblioteca Mario Carvajal

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Todo está tan raro... Postales, relatos y aproximaciones
insólitas a noticias ordinarias y extraordinarias

Autor:  Julián Alberto González Mina

ISBN-PDF: 978-628-7523-85-2

DOI: 10.25100/PEU.7523852

Colección: Artes y Humanidades-Comunicación Social

Primera edición

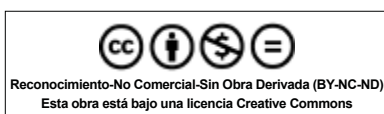
Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios
Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez
Director del Programa Editorial: Francisco Ramírez Potes

© Universidad del Valle

© Julián González Mina

Diseño de carátula y diagramación: Dany Stivenz Pacheco B.

Esta publicación fue sometida al proceso de evaluación de pares externos para garantizar altos estándares académicos. El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.



Cali, Colombia, junio de 2022

Julián González Mina

TODO ESTÁ tan raro...

Postales, relatos y aproximaciones insólitas
a noticias ordinarias y extraordinarias



Colección Artes y Humanidades
Comunicación Social

Julián González

Profesor de la Escuela de Comunicación Social, de la Universidad del Valle. Se desempeña en el área de periodismo e información, educación y nuevas tecnologías. Es autor de los libros *Repensar el periodismo. Transformaciones y emergencias del periodismo actual* (2004) y *Niños que videojuegan, videojuegos que estructuran tiempos* (2018), y coautor de los libros *Design: designar/diseñar el cuerpo joven urbano. Un estudio sobre la cultura somática de jóvenes integrados en la ciudad de Cali* (2003), *Tierra y silicio: cómo la palabra y la acción política de pueblos indígenas cultivan entornos digitales* (2011), *Facebook como obra mundana: poetizar la vida y recrear los vínculos personales* (2016), *Comunidades en video: nos ven, los vemos y nos movemos* (2020) y *Voces Subjetivas Diversas, reflexiones polifónicas para la construcción de una cultura de paz* (2021). También ha publicado numerosos artículos sobre periodismo e información, educación y nuevas tecnologías. Es miembro de tres grupos de investigación la Universidad del Valle: Nexus, Educación Popular y Desarrollo Psicológico en Contexto.

*A quienes fueron, a quienes son
y a quienes serán en los años venideros
estudiantes de Comunicación Social
de la Universidad del Valle*

■ Contenido

Presentación	13	La sangre se despierta II	33
PIEZA 1. GINA		<i>Abriéndose paso entre los rumores: la historia del monstruo de los mangones retorna</i>	33
Una mujer en la esquina curva del tráfico	19		
<i>El pequeño horror silencioso</i>	19	PIEZA 4. EPIFANÍAS Y LA DESCARGA	
Un niño nació desde que vi a Gina por primera vez en la curva del tráfico	21	Epifanías	35
Gina, 3 años después	23	<i>Las revelaciones que trastornan la vida ordinaria</i>	35
<i>Las dos miserias</i>	23	La descarga	
PIEZA 2. ENCARAR LA ABUNDANCIA		<i>Por Leonardo Ríos Ospina</i>	39
¿Cómo encarar la abundancia?	27	<i>¿Y si capturáramos la experiencia de las personas algunas milésimas de segundo antes de su muerte?</i>	39
<i>Solo en mi pequeña biblioteca hay 2.500 libros: cerca de medio millón de páginas</i>	27	La descarga II	
PIEZA 3. LA SANGRE SE DESPIERTA		<i>Por Leonardo Ríos Ospina</i>	45
La sangre se despierta I	31	<i>4 entendimientos</i>	45
<i>Historias de ultratumba: el monstruo de los mangones no descansa</i>	31	PIEZA 5. COMPUTACIÓN SIN COMPUTADORES	
		Computación sin computadores	51
		<i>Una niña hace esquemas y modelos de clasificación idénticos a los de la cultura organizacional contemporánea</i>	51

PIEZA 6. EL GENIO EN LA BOTELLA DE ARENA		PIEZA 18. EFICIENCIA LOCAL, ABSURDO GLOBAL	
El genio en la botella de arena	55	Eficiencia local, absurdo global:	
<i>Hay que temerle al terrorismo suave</i>		la asombrosa máquina esparcidora de polvo . . .	111
<i>de los sistemas de seguridad.</i>	55		
PIEZA 7. MUTILADAS		PIEZA 19. CINCO LECCIONES DE GUERRA	
Mutiladas	61	Cinco lecciones de guerra	115
<i>Extrañezas del paisaje urbano</i>	61	<i>Adiós a las armas, bienvenidos a los brazos</i>	115
PIEZA 8. NO LUGAR		PIEZA 20. PUNTO DE VISTA, PUNTO DE VIDA	
No lugar	65	Punto de vista / punto de vida	123
<i>Del trabajo que borra las huellas</i>		<i>Trastorna tu experiencia: búscate un alias y entra</i> . . .	123
<i>y rastros humanos y se borra a sí mismo</i>	65		
PIEZA 9. CRONONAUTAS		PIEZA 21. ASESINATOS INVISIBLES	
Somos crononautas cuando las cosas marchan,		Asesinatos invisibles	129
o viajeros sin tiempo, cuando se arruina		<i>Matar sin disparar y asesinar sin sentirse</i>	
el mañana	71	<i>culpable: los crímenes innombrables</i>	129
<i>Leemos y anticipamos continuamente el futuro.</i> . . .	71		
PIEZA 10. BREVE CELEBRACIÓN		PIEZA 22. MIAU	
DE LA OPACIDAD		Miau	135
Breve celebración de la opacidad	75	PIEZA 23. VENEZUELA, AYER Y HOY	
<i>Ni 'dark', ni brillante, ni transparente</i>	75	Venezuela, ayer y hoy	141
		<i>Postales de turista aturdido</i>	141
PIEZA 11. EL DESPERTAR DE LA PLENITUD		PIEZA 24. ÚNICO Y REPETIBLE	
El despertar de la plenitud	77	Único y repetible	145
PIEZA 12. MEMORIA		<i>Sísifo desencadenado</i>	145
Memoria	83	PIEZA 25. ENGAÑOS Y TRETAS DE LA MENTE	
PIEZA 13. HERMANDAD DEL SUEÑO		Engaños y tretas de la mente	151
Hermandad del sueño	85	<i>Guiño neuronal.</i>	151
<i>Postales del ayer</i>	85	PIEZA 26. PATEAR, HERIR, MATAR	
PIEZA 14. CAMBRAY		Patear, herir, matar	155
Cambray	89	<i>Linchamiento en Cali un 25 de octubre de 2016</i> . . .	155
<i>Postales del ayer</i>	89	PIEZA 27. QUIZÁS DONALD TRUMP NO EXISTE	
PIEZA 15. QUE VIENE EL VIENTO		Donald Trump quizá no existe	159
Que viene el viento	91	<i>Mundos paralelos</i>	159
<i>Postales del ayer</i>	91	PIEZA 28. GATILLA Y DISPARA,	
PIEZA 16. SU MAJESTAD Y LAS FLORES		PERO NO MATA	
El árbol	95	Gatilla y dispara, pero no mata	161
Su majestad y las flores	99	<i>El hombre que mira las aves</i>	161
PIEZA 17. DRAGONES BAJO EL MAR		PIEZA 29. IMÁGENES RECICLADAS	
Dragones bajo el mar.	101	Imágenes recicladas	165
<i>El terremoto de 1979 en El Charco, Nariño</i>	101	<i>El asesinato de Andréi Kárlov</i>	165

PIEZA 30. BASURA Y CIUDAD SEGURA, EJEMPLOS DE ESTUPIDEZ GLOBAL	
Basura y ciudad segura: ejemplos de estupidez global.	.169

PIEZA 31. DIÁLOGOS DEL CÁDILLAC Y LA ARDILLA	
Diálogos del Cadillac y la ardilla	.177
Primer diálogo: Morirse de dicha	.177
Diálogos del Cadillac y la ardilla	.181
Segundo diálogo: Certidumbre y legumbres	.181
Diálogos del Cadillac y la ardilla	.185
Tercer diálogo: Poesis	.185
Diálogos del Cadillac y la ardilla	.189
Cuarto diálogo: Rojo, rojito	.189
Diálogos del Cadillac y la ardilla	.193
Quinto diálogo: Por fortuna somos mierda	.193
Diálogos del Cadillac y la ardilla	.197
Sexto diálogo: En cueros y mierda	.197

PIEZA 32. ¡ESTÚPIDOS! LA CLAVE NO ES LA MUERTE, SINO LA FORMA DE MORIR Y DE REÍR	
¡Estúpidos! La clave no es la muerte, sino la forma de morir y de reír.	.201
Dos escenas y una lección	.201

PIEZA 33. EL CÍRC(UL)O	
El círc(ul)o: ver la guerra de los otros que son nosotros, para no ver las guerras de nosotros, que son las de otros	.203

PIEZA 34. UN LUGAR DONDE NERUDA ENMUDECERÍA	
Un lugar donde Neruda enmudecería	.207
Postales del Parque Nacional de Puracé, Colombia	.207

PIEZA 35. BRAYAN DESCENDE	
Brayan desciende	.213
Los 68 escalones de un joven que no quería morir	.213

PIEZA 36. EL RENAULT 4	
O LAS TRAMAS DE LA NOSTALGIA	
El Renault 4 o las tramas de la nostalgia	.217
Chatarras enmohecidas y ennoblecidas.	
Por qué algunos carros son entidades casi vivas.	.217

PIEZA 37. 'A TRIP TO MARS'	
"A Trip to Mars"	.221
¿Un viaje sin retorno?	.221

PIEZA 38. SALSA EN CALI.	
FINAL DE UNA ERA	
Salsa en Cali	.235
¿Final de una era?	.235

PIEZA 39. KAFKA, EL SALTAMONTES	
Kafka, el saltamontes.	.237

PIEZA 40. LOS DESTREJADORES	
Los destrejadores	.239

PIEZA 41. B Y B: EL ENEMIGO	
B y B: El enemigo	.243

PIEZA 42. GUAJIRA CRÓNICA	
Guajira Crónica (1).	.247
Escenas, paisajes e historias de la belleza que duele.	.247

Guajira Crónica (2)	.249
Bye bye flamenco: breve reporte de nuestros niños muertos	.249

Guajira Crónica (3)	.255
Un libro oscuro de millones de páginas y toneladas.	.255

Guajira Crónica (4)	.259
Desierto y aguas subterráneas.	.259

Guajira Crónica (5)	.267
La patria lenta	.267

Guajira Crónica (6)	.277
Oasis: el agua sigue al dinero.	.277

Guajira Crónica (7)	.285
Postales: portales. (Primer experimento).	
El Hilo y El Desierto.	.285

Guajira Crónica (8)	.293
Postales: portales. (Segundo experimento).	
Ruedas Sueltas.	.293

Guajira Crónica (9)	.297
Postales: portales. (Tercer experimento).	
La Mano	.297

Guajira Crónica (10). Última entrega.	.305
Postales: portales. (Cuarto y último experimento).	
La Sal de la Vida	.305

**PIEZA 43. MAD MAX, PESCADOS,
MÚSICA Y UN ACORDEÓN**
**Mad Max, pescados, música
y un acordeón 311**
 Postales de un viaje breve 311

PIEZA 44. BELLEZA INESPERADA
Belleza inesperada 319
 El paseador de perros 319

PIEZA 45. DIARIOS DE LA COVID-19
Diarios de la Covid-19. Día catorce 323
 *Recordatorios, relatos y notas
 para después de la pandemia 323*

Diarios de la Covid-19. Día 41: mayo 1 de 2020. . . 327
 *Recordatorios, relatos y notas para
 después de la pandemia 327*

**Diarios de la Covid-19. Días 44 al 46: mayo 4
al 6 de 2020. 333**
 *Recordatorios, relatos y notas para
 después de la pandemia 333*

Diarios de la Covid-19. Día 63: mayo 23 de 2020. . 339
 *Recordatorios, relatos y notas para
 después de la pandemia 339*

Diarios de la Covid-19. Día 76 343
 *Recordatorios, relatos y notas para
 después de la pandemia 343*

■ Presentación

Había fantaseado con tres títulos para esta colección de piezas¹. El primero es aquel que finalmente seleccioné por razones que explicaré más adelante. El segundo, era uno de esos títulos cifrados que nadie entiende excepto el autor. Una mala imitación de los rótulos posmodernos que, desde la literatura hasta los artículos en ciencias sociales, pulularon hacia los años 90 del siglo pasado y terminaron convirtiéndose en chic y liviano lo que había sido un auténtico gesto de ruptura y rebeldía contra el formalismo cejijunto de los estructuralistas. “*En coma: ni vivos, ni muertos, ni*

despiertos. Narraciones picnolépticas de un ciudadano zombie”. ¿Extraño, no? Y el tercer título se hundía sin remedio en una suerte de psicodelia umbría que solo podría interesarle a los hijos e hijas de un ménage à trois entre The Wachowskis Brothers (hoy Sisters), MTV y Slavoj Žižek: “*Ecos de la Matrix: relatos, postales y conexiones unplugged*”.

Los dos últimos títulos en realidad apuntan al mismo lugar y al mismo destierro: el del desconsolado sujeto contemporáneo, pequeño burgués, bienintencionado, más de las veces apresado por sus ensoñaciones, y de cuando

¹ Este libro es el resultado del proyecto de investigación-creación titulado “Laboratorio de Escrituras Experimentales en Periodismos y afines” de la Universidad del Valle, Facultad de Artes Integradas, Escuela de Comunicación Social.

en cuando deslumbrado por algún destello de lucidez que dura un parpadeo antes de hundirse, aturdido el pobre, en nuevos remolinos, barullos, tormentos y urgencias diarias. El servil rehén de los deberes cotidianos que ve cómo su vida se va, hora tras hora, por el desaguadero, el mismo caño por el que cae Neo una vez consigue desconectarse de la máquina de sueños que lo atenazaba.

Y estaba en esas, meditando sobre el título a escoger, cuando la pesadilla de la Covid-19 (SARS-CoV-2)² desató en el mundo la más grande experiencia de confinamiento humano de toda la historia. Cientos de millones de personas en toque de queda permanente, millones en riesgo de terminar trituradas por el sistema de salud deficitario que nos legaron décadas de confianza neoliberal en la sabiduría del mercado privado y en la necesidad de mantener al ras el *gasto social*, a menos que viniera atado a inversiones rentables. Los costosos servicios *express* y de calidad estaban reservados a usuarios en condición de pagarlos. La sanidad dejó de ser un bien público primordial que salva a todos de la debacle. Y ahora el descerebrado Sars-Cov-2 nos enseña cuán ancha ha sido nuestra propia bobería.

Lo que vino después es peor que las malas películas de apocalipsis pandémicas porque es desoladoramente real. Simple y real. No hay simulacro, no hay conspiración, no hay relato que lo explique y no hay argumentos que lo justifiquen. Es un grito claro y rotundo: *¡queridos seres humanos, despabilense: no son el ombligo del planeta!* Esa es la

lección sin dobleces de un espécimen de apenas 160 mil millonésimas de metro de diámetro. Divida un metro en un millón de partes. Luego tome una de esas partes y divídala en 1.000. Tome 160 partes y júntelas: eso mide el virus que tiene en jaque a 7 mil millones de personas sobre la Tierra. Ha conseguido desestabilizar a gran escala poderes humanos que hace apenas algunos meses considerábamos globales, soberanos y bien asentados. El coronavirus impuso su agenda cuando discutíamos si el cambio climático o no, si las tasas de interés debían mantenerse estables y reducir la producción mundial de petróleo, si el feminismo de última generación se extendería gracias al impulso del *MeToo* o el *Violador Eres Tú*, y si la crisis social y política chilena —el país de mostrar en América Latina— se propagaría por todo el continente. Soñábamos primaveras cuando el Rey de la Noche nos hechizó y un escalofrío eléctrico nos corrió pierna arriba. David Robert Malpass, ¿lo veías venir? Kristalina Gueorguieva, ¿te lo imaginabas? Luis Alberto Moreno, ¿te lo sospechabas? “Los inversionistas han retirado cerca de USD 42.000 millones de los mercados emergentes desde el inicio de la crisis. Se trata de la mayor salida de capital jamás registrada”, según informa el Fondo Monetario Internacional. Adiós *confianza inversionista*. Inútiles serán las astutas medidas para atraer flujos de capital a nuestras economías periféricas.

En 2018, en Grenoble, en el *Commissariat à l'énergie atomique et aux énergies alternatives*, consiguieron pesar un virus que reside en la bacteria *Escherichia*

² El nombre técnico del virus es SARS-CoV-2. Y el nombre de la familia a la que pertenece es *coronavirus*. Y el nombre de la enfermedad que produce: Covid-19 (*Coronavirus disease 2019*).

coli mediante el complejo sistema de nanoresonadores de una nanobáscula: pesó cerca de 100 megadalton. Para hacerse a una idea, un átomo de hidrógeno tiene una masa un poco mayor a 1 dalton; un átomo de helio pesa cerca de 4 dalton y una molécula de ácido acetilsalicílico (aspirina) 180 mil dalton. Este virus pesa 100 millones de dalton. Se calcula que hay, en nuestro planeta, más de 10 billones de trillones de virus. Es decir, todos los virus del mundo suman una masa de 10^{32} dalton. Un gramo equivale a 6×10^{23} dalton. Si juntáramos a todos los virus del mundo pesarían 2 mil millones de toneladas, es decir aunque pequeños individualmente, superan en masa abrumadoramente al conjunto de los seres humanos, y tienen el peso de todos los animales existentes sobre la Tierra. ¿Qué raro, no?

Pero más raro aún es que lo que va mal puede empeorar, a juzgar por las palabras y gestos de muchos de nuestros dirigentes. Ofrecen una inusitada estupidez y torpeza adobada con prepotencia y descaro, lo que le da alas a la pandemia. Donald Trump que desestimó la Covid 19 hace algunas semanas, terminó declarando la Emergencia Nacional. Y Giuseppe Conte, el primer ministro italiano, aplazó la toma de medidas fuertes para no afectar la economía, hasta que fue demasiado tarde. Jair Bolsonaro afirma: “le estamos ganando por goleada al coronavirus”. Brasil y Estados Unidos serán estudiados en el futuro como ejemplos de desastrosas políticas epidemiológicas. Iván Duque le pidió a la Virgen de Chiquinquirá protección para el país y Colombia escaló rápidamente posiciones entre los países con mayor número de contagios.

Y el conjunto de la especie humana ha quedado expuesta a una incontenible expansión viral que amenaza con arrancar de cuajo a los marginados del sistema de salud, a los viejos, a los enfermos crónicos e inmunodeprimidos y, entre los sobrevivientes, a miles de personas que arrastrarán las secuelas de respirar a medias debido a que su capacidad pulmonar quedará menguada. ¿Cuál será nuestro número en esta extraña lotería en la que, según dicen, todos ganaremos el sorteo? ¿En cuál de los miles de millones de trazas virales terminará enroscado nuestro destino?

Por lejos esta desazón decidió el título de este libro. Es la voz del desconcierto entremezclado con impotencia y la molicie; es molicie y desgano gris macerados lentamente en rabias e indignaciones, en ganas de patear a quienes, como informara The New York Times, pagan millones dólares para resguardarse en antiguos refugios antinucleares transformados en confortables residencias a prueba de virus. Ganas de escupir a quienes contratan viajes de ocasión en jets privados hacia islas y rincones alejados de las muchedumbres, o se enrumban mar adentro en yates a prueba de gérmenes, o cubren sus vías respiratorias con tapabocas desechables *Airinum* (70 a 100 dólares cada uno), *cinco capas de filtración y un acabado ultrasuave e ideal para el contacto con la piel*, según informan Alex Williams y Jonah Engel Bromwich en su artículo titulado *Así se preparan los ricos para el coronavirus*, publicado el 6 de marzo de 2020.

Todo está tan raro. El mismo Ministerio de Salud que a mediados de febrero de 2020 indicó que era bajísima la probabilidad de que el coronavirus llegara a

Colombia, dos semanas después aseguraba que era inminente, y en los siguientes días pasó de 0 a 57 el número de casos confirmados, para con los meses alcanzar más de un millón. El conteo no se detiene.

Todo está tan raro. La primera potencia mundial, Estados Unidos, ofrece una extraordinaria fragilidad para hacerse cargo de los procesos de contención y revela un vergonzoso déficit de pruebas diagnósticas para Covid 19. El país con el sistema antimisiles más eficiente del mundo está desabastecido de batería de pruebas para identificar el ARN del coronavirus en la saliva y mucosidad de potenciales contagiados. Es raro que el joven presidente Emmanuel Jean-Michel Frédéric Macron, la esperanza de renovación de la democracia francesa con su movimiento En Marcha, se negara a aplazar las elecciones regionales del 15 de marzo de 2020 y retrasara un día la aplicación de medidas de confinamiento. Solo el lunes 16 de marzo de 2020 las puso *en marcha*. El saldo: la más alta abstención en la historia electoral reciente de Francia y mayores oportunidades de expansión del coronavirus.

Todo está tan raro.

El principio que anima este libro es simple como el coronavirus: hacer notas en clave personal usando la información noticiosa disponible. Se trata de hilvanar la vida propia con los relatos periodísticos que nos atraviesan y moldean cotidianamente. La información sobre el coronavirus no es solo algo que se lee y comparte: es sobre todo algo que se vive y usa. Las plataformas de redes sociales nos han habituado a los automatismos del compartir, retrinar y redirigir información periodística que, de algún

modo, nos compromete, conmueve o importa. He querido empujar la línea un poco más allá: construir versiones personales de lo que el periodismo ofrece, haciendo algo más que comentar, calificar, criticar o controvertir esa información. Creo que todos los días llega a nuestras vidas información periodística, una poderosa panoplia de cuchillos, tenedores, ingredientes, condimentos, utensilios y recursos que —en general— desechamos sin usar. En otras ocasiones, compartimos los tenedores, advertimos a otros que hay muy buenos ingredientes circulando por ahí, pero no los usamos para cocinar con ellos. La única manera de re-cocinar la información periodística es producir con ella nuevos relatos. Y un buen recurso para ello es usar la vida de todos los días como ingrediente esencial de esta cocina. Se trata de una manera de recomponer los vínculos que las personas tenemos con la *mediaesfera*, la esfera de medios, haciendo de ellos algo más que un supermercado de recursos que vemos, probamos y desechamos. El despilfarro de información noticiosa debido a su pobre utilización no es menos dramático que el despilfarro de bienes de consumo que terminan, por toneladas, en la basura mientras el hambre campea en el mundo. La prensa y las noticias de todos los días pueden ser parte de la materia prima que usamos para producir, redibujar y trazar sentido y comprensiones inesperadas sobre nuestra condición humana y nuestra respiración.

Este libro es, en ese sentido, un experimento y el resultado de un laboratorio en el que me embarqué hace 6 años. Se trataba de construir, cada mes, al menos 4 notas que ensayaran

mezclas entre información noticiosa y relato (auto)biográfico.

Hoy ese libro abierto tiene un nombre: Todo está tan raro.

Empieza con una postal que desalienta: la de una mujer arrojada a la vera de una de las vías más transitadas de la ciudad de Cali. Esta mujer, negra y anciana, durmió en ese lugar imposible, cada noche, por 4 años, hasta que desapareció. En medio, varios relatos y descripciones anudados con datos y averiguaciones que empezaron con la lectura de notas periodísticas. Concluyo con algunos *Diarios de la Covid-19: recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia*.

Por supuesto, esta presentación no hace más que prolongar la estrategia:

escribir la vida envolviéndola en prensa y hacer algo de prensa revolviéndole vida. Todas las personas sabemos hacer eso: lo hacemos conversando las noticias, corriendo a casa horrorizados por una nota falsa que informa de una fuga de gases letales que asfixiará los barrios de ladera o cuando discutimos sobre la alineación correcta en el próximo partido de fútbol. Esta actividad es la clave de la supervivencia del periodismo: que las personas lo usen para vivir, narrar, discutir y decidir. Con este libro quise experimentar el rol de un ciudadano que narra la vida usando incluso lo que el mal periodismo destila. Vale la pena.

Cali, junio de 2020



■ Una mujer en la esquina curva del tráfico

El pequeño horror silencioso

Cali, 27 de mayo de 2014

Cali tiene 2341 kilómetros de vías y el tráfico gusanea a poco menos de 20 kilómetros por hora. Acaba de inaugurar en 2013 el túnel urbano más largo del país (980 metros, una cuarta parte del túnel urbano más largo del mundo, en Madrid).

Justo encima del túnel, en la vía que al doblarse convierte la carrera primera en calle quinta, en una curvatura de casi 90 grados, yace ella, una mujer negra de unos 60 años. Junto a ella un envoltorio, un palo que es bastón y ropero, las cubiertas de plástico, y el tráfico que alcanza la curva ruidosamente y sin cesar. Ella duerme y vive allí hace al menos seis meses, acurrucada en un rincón imposible de menos de 30 centímetros de

ancho. Al otro lado, abajo, a la izquierda, está el túnel que algunos recorren alargando la marcha para soñar, por algunos segundos, que cruzan una ciudad en Europa o en Asia desarrolladas. De un lado, el espejismo de la modernización urbana. Acá, la callada vergüenza de nuestras inequidades, encarnada en esta mujer, apenas visible, que nos recuerda que estamos hechos tanto de lo que soñamos a lo lejos, como de lo que ocultamos cerca. En azul: el transporte masivo integrado de occidente. En gris, blanco, amarillo, rojo y negro: el despojo. Allá, la velocidad regulada a 40 km por hora. Acá, la quietud y el resguardo.

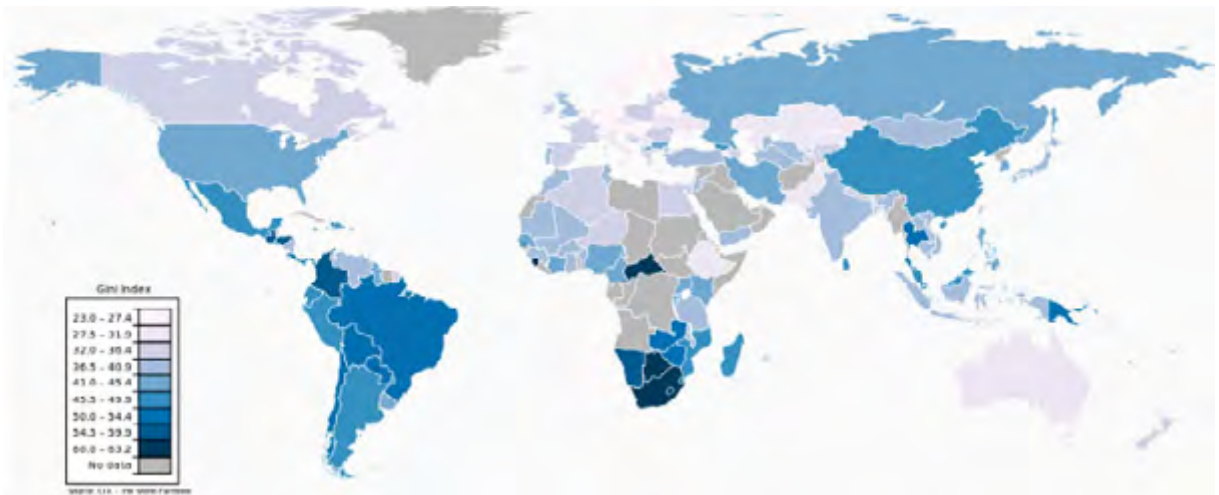


Fotografías por Julián González.

Colombia, 2013, 7 mil dólares per capita. En el mapa esquemático de países (abajo) una distribución de países según su coeficiente de Gini: Colombia, en azul

oscuro, es uno de los de peor distribución de la riqueza.

... La mujer en el borde curvo de la exclusión bien podría llamarse Gina.



Tomado de The CIA-The World Factbook, 2018.



■ Un niño nació desde que vi a Gina por primera vez en la curva del tráfico

Cali, 07 de abril de 2015

Cabe destacar que se ha sacado de la pobreza a cerca de 1,4 millones de colombianos durante el último año. Esto equivale a una reducción de 2,9 puntos porcentuales en el índice de pobreza absoluta. En términos relativos, esta contracción de la pobreza ha sido la segunda más alta de los últimos seis años, pero, aun así, nos deja con un nivel de pobreza absoluta equivalente al 29,3% de la población. De esta forma, en Colombia todavía tenemos 13,9 millones de colombianos que tienen que vivir con ingresos que no superan los \$208.404/persona/mes. Es decir, un hogar típico colombiano de cuatro personas (dos

no adultos) tendría que ganar al menos \$833.616/mes (un 29 % por encima del Salario Mínimo Legal Vigente) para evitar caer en la pobreza absoluta. Colombia también ha logrado avances significativos en la reducción de la llamada «indigencia», situación que ocurre cuando los ingresos tan solo dan para reproducir la fuerza de trabajo. En efecto, la indigencia se redujo en 1,7 punto porcentuales durante el último año, llegando a representar el 8,4 % de la población. Esto implica tener todavía unos 4 millones de colombianos «sobreviviendo» con ingresos que no superan los \$93.312/ persona/mes o,

a nivel de un hogar, con ingresos inferiores a \$373.248 (equivalentes al 58 % de un SML).

Eso más o menos dicen el Gobierno colombiano y el DANE en su último informe (marzo de 2015). Y entonces decido verificarlo. De acuerdo con las cifras, Gina ya no está allí, a la vista de todos, en una de las vías más transitadas de la ciudad de Cali. Gina no lo sabe, pero se supone que las cifras la han salvado.

Han pasado nueve meses exactos desde que la vi por primera vez. A estas alturas, un amorío sabroso del verano

de junio de 2014 debe haber parido un bebé lustroso que ahora se mece en su cunita, y Gina a estas horas, de acuerdo con el DANE, estará resguardada y protegida en..., bueno en un..., quizás en esa..., durmiendo abrigada allá en la..., protegida del aguacero bajo un tech...

En fin, ustedes ya saben la verdad. Hay malas noticias. Saben que las cifras no incluyen a Gina, y Gina, desafiando al pomposo Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), sigue allí, durmiendo en su recodo, en la peligrosa curva del tráfico y el progreso económico.



Cali, abril de 2015, puente que, de la carrera primera conduce a la calle quinta.
Fotografía por Julián González.



■ Gina, 3 años después

Las dos miserias

Cali, Junio 15 de 2017

Habitante de calle es el término técnico que ahora usan cientos de funcionarios públicos en Colombia para designar a aquellos que antes llamábamos *habitantes de la calle*. *Habitantes de la calle* era otro término técnico para hablar de *personas en condición de pobreza extrema*, que a su vez era eufemismo de *indigente* (del latín «in», 'no', y «digerere», 'disponer'), esto es aquel que no dispone de lo necesario para vivir.

Gina es una mujer indigente y vive en la miseria. Duerme cada noche en el filo del puente vehicular que transforma la avenida primera en calle quinta, Cali. Durante el día recorre la ciudad con su carga a cuestas: varias capas de ropa

encima y un envoltorio, que es su cobija y su techo. En la noche, regresa a su rincón.

La primera vez que la vi dormir en ese trecho imposible (menos de 30 centímetros de ancho), fue en mayo de 2014. Tres años después sigue pasando las noches allí, incluso mientras se desgranaban los diluvios de abril y mayo. En ocasiones, improvisa un techo de plástico templando una bolsa grande y transparente desde la segunda o tercera verja del puente. La he visto caminar hacia su hogarcito tarde en la noche, a la una o dos de la madrugada, cuando el tráfico vehicular cae a uno o dos autos cada 10 o 15 minutos. No se levanta



Gina al fondo, a la derecha del puente.
Cali, 16 de mayo de 2017.



Gina, apenas cubierta por dos metros cuadrados de
plástico transparente.
Cali, 16 de mayo de 2017.



Gina duerme a la vera de la calle.
16 de mayo de 2017, 7.14 A. M., martes.
Fotografías por Julián González.

antes de las 7 de la mañana, a pesar de que el río de carros comienza a rugir temprano, hacia las 5 o 6.

Pero Gina no es solo la indignancia del miserable, sino la miseria del que mira y escribe sobre ella. El reverso de la miseria invisible del indigente es la impotencia del que la ve y, a lo sumo, reporta o denuncia la situación con algo de urgencia y genuino dolor.

Urgino ve a Gina desde la ventana de su auto en movimiento o de reojo mientras camina la calle, y se libera de culpas señalando el horror. Suspira para sus adentros: «quisiera, pero no puedo traerla a mi casa. Mis ingresos no me permitirían sostenerla. No soy yo quien puede resolver la situación de Gina. A lo sumo, podría darle algo por unos días, unos meses, unos años, pero jamás será suficiente. ¿Y qué con los cientos de miles de Ginas de la ciudad?»

Más o menos ese es el razonamiento de Urgino, la expresión de impotencia del bienintencionado ciudadano de capas medias, la ecuación que sintetiza su suave retirada. Este repliegue de la solidaridad es persistentemente alimentado por el sálvese quien pueda de quienes sobreviven a las borrascas del día a día. Pero no se trata solo de una retirada culposa. El impotente Urgino reconoce turbiamente en Gina el rostro de su propio horror. Sabe que no hay nada en Gina que lo distinga de lo que bien pudo ser su propio destino. El dominio que Gina tiene sobre las circunstancias que la forjaron no es sustancialmente mayor que el dominio que Urgino tiene sobre las circunstancias que lo han moldeado. Y los vientos pueden cambiar de repente. Una costosa enfermedad que acaba con los ahorros. Un secuestro

impagable. Un terremoto. Una crisis económica nacional que liquida los sueños y proyectos de muchos. Un accidente de tránsito que arruina. La quiebra de la institución en que trabaja. Una estafa o un robo. Una mala inversión.

En fin.

Sabe que Gina bien pudo ser, en virtud de una red capilar de infinitas circunstancias, una profesora universitaria, y Urgino, el mendicante a quien Gina observa con afectado pesar. ¿Cuáles circunstancias? El profesor que alentó sus estudios y desalentó los de Gina. El recibo de inscripción que nunca llegó. El 2,9 que alguien redondeó a 3,0 en sus calificaciones finales. El burócrata que aprobó el préstamo para la casa familiar. Aquel funcionario que se negó a atender la audiencia. La bisabuela que no quiso ceder los derechos sobre la escritura y murió asesinada por ello. El despojo o el desplazamiento de 1948, que antecedió al de 2001. La inexplicable muerte del primer hijo, lo que desquició a unos y aplomó a otros. La reducción de presupuesto para el hospital local en el que malnacería un niño cuya defecto congénito terminaría por ahogar las precarias finanzas de una familia. La relación amorosa que no cuajó. Circunstancias, cientos de capas y capas de circunstancias que moldean vidas aquí y allá creando Ginas y Urginos por doquier.

Vulnerables a las circunstancias, terminamos por naturalizarlas llamándolas destino, cuando realmente no son más que la acerada medida de las miserias del mundo. Ninguna vida debería arruinarse por ellas como no se arruinan hoy las familias escandinavas cuando la madre pierde el empleo, ni se derrumba la vida de un colombiano porque la

iglesia lo excomulga, ni se fractura para siempre el destino de una mujer casada cuando se descubre su tórrido romance secreto, ni se condena al infierno y para siempre a la adolescente que se sabe homosexual... Apenas hace algunas décadas eso era suficiente para el destierro. Hoy pueden ser fuente de sufrimiento, pero no de expulsión. En Holanda, una funcionaria acaba de asignar 3 millones de euros del erario público para financiar los implantes mamarios de las personas transgénero insatisfechas con la apariencia de sus cuerpos. Lo que ayer era tragedia hoy es oportunidad y elección gracias a las redes de protección institucional que abrigan a la persona transgénero. Al menos en Holanda.

Llamamos *destino, mala suerte, pobreza, cosas de la vida o ay qué vaina*, a la ausencia de redes de protección institucional y de soporte vital que nos acojan cuando se presentan estas circunstancias adversas. Sin soportes, todos —incluido Urgino—, experimentamos toda suerte de desazones e impotencias.

Urgino piensa: «no tenemos la vida asegurada y nuestra posición en la estructura social no es firme ni estable. Podemos resbalar y caer al precipicio en cualquier momento». Y la instrumentalización rutinaria de la inseguridad, del miedo y de la incertidumbre laboral, social, económica le permite a amplios sectores de la economía alentar sus negocios. Por ejemplo, el miedo a perder la salud alimenta la costosa inversión en medicina prepagada. En 2016, las aseguradoras colombianas agrupadas en Fasecolda emitieron 9,2 billones de pesos en primas y pólizas. Es como si cada colombiano entregara 15 mil pesos mensuales para asegurarse un poco el

destino. El 45 % de esos 9,2 billones se usa para resguardar cosas y bienes, el 28 % para asegurar a las personas y el 25 % para seguridad social (riesgos laborales, seguro de desempleo, salud...) y son los Urginos los que más hacen inversión *per cápita* en seguridad, y lo hacen porque ven en Gina su propio reflejo fantasmal como una espada de Damocles. Una amenaza latente.

Por supuesto, los recursos disponibles para ser Gina o Urgino no están equitativamente distribuidos en Colombia, y en sociedades tan profundamente desiguales como la nuestra, es más probable ser Gina que Urgino. Colombia tiene uno de los peores índices Gini, en un continente con la peor distribución de la riqueza del planeta. Cuando provienes de una barriada popular, asistes a un sistema escolar precarizado y tu familia trabaja en empleos mal remunerados e inestables, la excepción es engendrar Urginos, y siempre se está en riesgo de convertirse en Gina. Por supuesto, habrá algunas Ginas que se transforman en Georges Soros y algunos Urginos que derivan en Steve Jobs, pero son tan

pocos y tan extraños estos casos que terminan mojando prensa y alentando la idea de que con empeño individual y suficiente persistencia nos salvamos. La literatura de superación personal y de emprendimiento empresarial es rica en este tipo de anécdotas celebratorias. Pero fomentar el esfuerzo individual y el empeño personal a pesar de que todo corre en contra es como animar a un náufrago a cruzar a nado y río arriba el Orinoco mientras uno navega confortablemente en lancha a motor. Las historias de prensa narrando la ruina y caída en desgracia de un poderoso como Dominique Gaston André Strauss-Kahn o el fulgurante ascenso de un habitante de las barriadas como Oprah Winfrey no son más que notas al margen para salpimentar la ancha y tenebrosa devastación real e imaginada de millones de personas.

...Y ahí va Urgino, conduciendo su auto asegurado, poliza todo riesgo, mientras Gina se levanta a las 7.40 de la mañana y comienza deambular por la ciudad arrastrando como pueda las miserias culposas de Urgino y la suyas propias.



■ ¿Cómo encarar la abundancia?

**Solo en mi pequeña biblioteca hay 2.500 libros:
cerca de medio millón de páginas**

Cali, 5 de junio de 2014

En casi tres años podría leer toda mi biblioteca, trabajando con disciplina en jornadas de 8 horas. En tres años y siguiendo la misma pauta, no podría leer ni una centésima parte de la documentación disponible en internet sobre *videojuegos* y *comportamiento corporal*, un tema que me interesa mucho. En castellano, Google arroja 4,5 millones de entradas sobre el tema, y 35 millones en inglés. ¿Y qué de toda la música que desearía escuchar? ¿Y los filmes, videos, películas por ver? ¿Y los videojuegos por probar? ¿Y las personas por conocer?

Cada día millones de *milenautas*, los impacientes recién llegados al segundo

milenio, experimentan con mayor intensidad esta desazón, este *estado de desbordamiento*, que se manifiesta como angustiosa conciencia de que hoy hay más de lo que podemos abarcar en una vida. También en el pasado reciente este estado de desbordamiento podía emerger, pero a diferencia de ayer, en la actualidad esta percepción se ha acentuado debido a que viene acompañada de creciente de *disponibilidad* efectiva. Hace algunas décadas se podía acceder a un inabarcable volumen de libros. Ya, recién pasado medio siglo de desarrollo de la imprenta Gutenberg, hacia 1500, se hablaba de exceso de libros y

publicaciones. Hace apenas 100 años muchas personas experimentaban una suerte de cosmopolitismo de nuevo cuño, agudizado por la aviación en expansión, la amplia red ferroviaria en Europa, Norteamérica y parte de Asia y Suramérica, la radiodifusión en ciernes y la literatura de viajes. Pero el cosmopolitismo de hoy reviste una suerte de achicamiento extremo de las dimensiones: no es cosmopolitismo de lo ancho y lejano, sino de anudamiento y arracimamiento y saturación en un solo lugar (las pantallas) en el que casi todo llega y casi todo resulta accesible en instantes. El cosmopolita de ayer era un ciudadano del mundo. El glocalita (global + local) de hoy es un ciudadano atado a su ombligo mientras rendijea el mundo. Las *condiciones de posibilidad* se han intensificado y generalizado de modo tal que, efectivamente, podríamos ir a decenas de ciudades en relativo corto tiempo (ojo, es el turismo la gran industria cultural), contactar a miles de personas de manera directa y descargar miles de libros y filmes para apreciar. Pero, con frecuencia, estas posibilidades no siempre se realizan y solo en contadas ocasiones consiguen introducir alguna ruptura con nuestro etnocentrismo localizado y parroquiano.

Pero volvamos a la abundancia.

Mi colección de imágenes en Pinterest considera, en estos momentos, apenas iniciada hace un mes, más de 200 imágenes. Y eso que soy un coleccionista cauto, más interesado en desechar que en capturar. (Me esfuerzo más en elegir y descartar que en buscar, pues hay una profusión de imágenes fascinantes disponibles a un clic, que —de actuar compulsivamente— se desparramaría

en centenares de tableros o álbumes. Hay usuarios de Pinterest con miles de imágenes colectadas en pocos meses. Confío en no parecerme a ellos pronto).

La pregunta, entonces, tiene sentido: ¿qué hacer con la abundancia? O, para usar dos términos muy caros hace algunas pocas décadas atrás, ¿qué hacer para que la abundancia no se convierta en *hastío e impotencia*?

Es claro que los procedimientos y disposiciones usuales para un mundo de escasez (oportunismo, acumulación preventiva, focalización, priorización- jerarquización) no sirven en entornos de abundancia. No sirve de mucho proceder de manera *oportunista* cuando se dispone de un amplio margen de oportunidades; no parece razonable atesorar cuando los recursos exceden los que podríamos usar en el curso de una vida; no resulta deseable concentrarse en unos pocos hitos y lugares cuando hay varios ámbitos y nichos por explorar y experimentar; no tiene sentido concentrarse en un único tópico —hacerse especialista— en desmedro de otros que podrían resultar igualmente valiosos y relevantes.

Quizás la clave está en que, progresivamente, vamos a ir desanclando de las *culturas y disposiciones de la escasez*, con su amplia valoración de los mecanismos de defensa, de las formas de atesoramiento, de la subyugación estratégica e instrumentalización de los recursos, su celebrada disposición a convertir a las personas en pieza-engranaje de un plan/proyecto, y derivaremos con relativa rapidez hacia el tipo de estrategias que conviene a entornos abundantes: trabajo colaborativo dado que un individuo no puede abarcarlo todo, disposición al juego experimental para explorar la mayor

cantidad de *posibles*, valoración positiva del riesgo para romper con el confort etnocéntrico, y atención a las redes y relaciones orgánicas, más que a las jerarquías y mecanismos de subordinación. Con frecuencia este deslizamiento hacia las *disposiciones de la abundancia* adquirirá la forma y talante de aquello que durante años llamamos estilos, formas, modos, estéticas y prácticas *posmodernas*. Imágenes que se entremezclan profusamente con los argumentos, libros que leemos mientras verificamos —en la web— la música que al autor refiere en ellos, ideas que golosamente se van juntando unas a otras, sin más, revolviendo y mezclando lo que antes no se juntaba; escrituras repentistas entreveradas con datos y más datos, gráficos y modelos que soportan la argumentación, conceptos que parecen mapas, diarios de viaje que parecen álbumes de comidas comentadas, chefs que hacen química, físicos que crean imágenes artísticas, vintage y futurismo juntos. En otras palabras, toda clase de objetos *híbridos* como lo gusta subrayar a Bruno Latour.

El reverso problemático de estas tácticas de la abundancia, estos procedimientos fundados en la experimentación (no en el experimento, que es un modo propio de la escasez), son los *despilfarros*. Así como la abundancia puede producir toneladas de basura (1/3 de la comida producida en el mundo actual, se pierde antes, durante y después de pasar por las mesas), en otros ámbitos —la ciencia, la política, las artes— pueden producirse crecientes y desvergonzadas formas del despilfarro. La economía actual hace del despilfarro (de trabajo, de vidas y personas, de bienes, de recursos, de datos) un modo de regulación y operación

funcional [redundancia, inflación comunicacional, recursividad administrativa sin sentido, mercadeo suntuario, narco-rocó en el vestuario, en las calles y fachadas no solo de las ciudades colombianas, sino de las del mundo (ver imagen del carro recargado de adornos en Japón)].

Tal como le gusta afirmar a Carlos Pérez Soto (Chile) podemos ser grandes y felices. Adultos y felices. Salir de la infantilización brutal de la vida actual, con sus correlatos funcionales: la locura y la depresión administradas de las clases medias; o la criminalización selectiva o generalizada de los excluidos.

¿No es un poco delirante y cínico hablar de «abundancia» en un país con el peor índice Gini de América Latina, uno de los más inequitativos del mundo; con decenas de miles de niños en estado de desnutrición; con una pirámide salarial que concentra, en la base, el grueso de la población laboral que devenga entre uno y dos salarios mínimos; con una tasa de desempleo cercana al 10% y de subempleo



Solo una disposición orientada a profundizar la experimentación y el riesgo fuertes, la exploración creativa, la imaginación radical, puede oponerse seriamente a las tácticas del despilfarro (de los sectores integrados de la población) o de exterminio (contra los sectores marginados de la población).

Tomado de <https://bit.ly/3ho6H3z>

o empleo informal superior al 40 %; con más de 20 millones de personas en condición de pobreza, y casi 8 en indigencia?

Sí y no. Colombia tiene, en la actualidad, 13 millones de hogares. Un poco más del 60 % de esos hogares no presenta «déficit convencional de vivienda», mientras casi el 40 % sí. Uno de cada dos hogares colombianos no vive en condición de pobreza. Uno de cada cuatro hogares colombianos vive en la indigencia. Es el país de América Latina como más hogares dotados de televisión paga. La mitad de los colombianos hace uso regular de internet y hay telefonía móvil casi en el 100 % de los hogares. En otras palabras, incluso en algunos de los sectores más vulnerables las personas tienen algo más que sus «cadenas» por perder.

En Colombia somos un poco más de 45 millones de personas. En el mundo, somos 7 mil millones. Si de manera más bien salvaje y brutal hemos hecho lo que hemos hecho, hemos conseguido entrever lo que puede llegar a ser un porvenir otro, un mundo otro, más vigoroso, ¿qué tanto podríamos conseguir

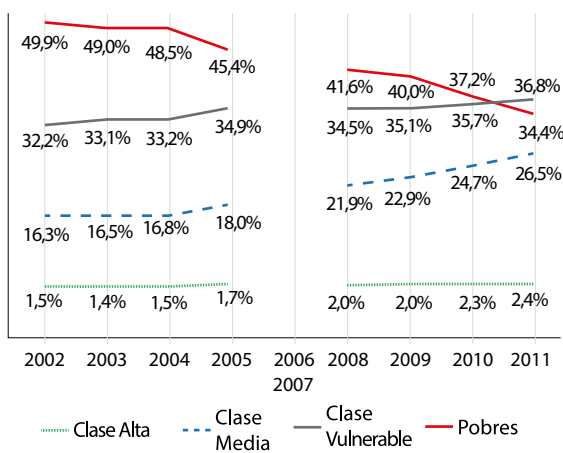
cooperando y experimentando de manera genuina y profunda?

Experimentar, explorar y sumar gente, hacer redes, forjar equipos, construir sujetos colectivos, vencer la lastimera soledad de los solos, de los que lloran sus dramas pequeños, como si fueran dramas singularísimos y únicos cuando, con diferencias sutiles, son los dramas de todos; burlarse del cómodo cinismo de los vencidos de ayer que recomiendan sus propias y rancias derrotas a los más jóvenes; apartarse de la simplona alegría de los atesoradores; desconfiar del talante y estilo de los oportunistas; hacerle el quite a los que recomiendan la depresión o la locura calculada como receta para sobrevivir en un mundo que creen cerrado y determinado para siempre; alentar la voz de aquellos que ven al rey desnudo y lo proclaman sin ambages; escuchar a los que no usan subterfugios y trucos para decir lo que puede decirse de manera simple; intentar decir las cosas de la manera más directa posible, incluso aunque cueste mucho hacerlo.

Y reír, reírse mucho, pero no con la risa de autoayuda, esa risa protésica y mueca, sino con la risa de los viejos gocetas, los burlones, la de las mujeres y hombres grandes y negros del pacífico colombiano, una risa sin asomo de vergüenza.

¡Experimentar es la consigna! Pero experimentar juntos y en red, porque solo en red —conectándonos unos con otros y acentuando mediante nuestras conexiones las diferencias (no se trata de borrar ni disolver nuestras diferencias, sino de acentuarlas, pero compartiéndolas)— podremos transformar creativamente la abundancia que nos sepulta, la exuberancia que nos achica e inmoviliza, y el exceso que nos aburre.

En Colombia la pobreza disminuye y la clase media aumenta



Fuente: Clase media en Colombia. Más allá del umbral de la pobreza. Informe de la Misión de Equidad y Movilidad Social del DNP. 2012.



■ La sangre se despierta I

Historias de ultratumba: el monstruo de los mangones no descansa

Cali, 20 de junio de 2014

Temía al Monstruo de los Mangones. La leyenda estaba tejida de cuatro lances, cuatro retazos grandes y pusulentos: racismo, impunidad de los poderosos, vampirismo y violencia de clase. El Monstruo de los Mangones, según la leyenda, era un hombre adinerado e influyente, un comerciante de origen antioqueño llamado Adolfo Aristizábal, dueño del famoso Hotel Aristi, en Cali. Su casa quinta, *Santa María de los Farallones*, ocupaba una extensa y elevada loma, adyacente al lugar donde hoy se encuentra la Universidad Libre, un mirador que ofrecía una visión sobrecogedora de la ciudad en crecimiento.

En Cali, como se sabe, las lomas se las disputan, por igual, las familias más ricas y los sectores más desarraigados.

Se dice que aquejado por una enfermedad que le pudría la sangre se hacía transfundir regularmente usando la de niños a los que destripaba y desaparecía sin más. (Creo que este aspecto del relato, como suele ocurrir con las leyendas urbanas, consigue ocultar —usando un relato inverosímil— un hecho más horrible, crudo y real: probablemente la conducta de un predador sexual o un tenebroso torturador. Es tan enredado eso de extraer la sangre, luego transfundirse y desaparecer a la víctima que,

por enmarañado, parece a las historias de ovnis que ayudan a ocultar asuntos más simples y directos —operaciones de reconocimiento tecnológico de territorios, ocultamiento de crisis sociales locales, anticipo de políticas de control y exterminio—. Si el propósito era obtener sangre para transfusión, lo lógico hubiera sido que, una vez atrapada la víctima apropiada, el vampiro se la guardara y procediera a extraer la sangre de manera recurrente, sin asesinarla. Por eso creo que el relato oculta algún tipo de *pathos* mucho más crudo y brutal, y más creíble).

De acuerdo con la leyenda, un ejército de colaboradores buscaba los niños adecuados en toda la región para alimentar al vampiro pálido y langaruto. Se lo acusa de haber desaparecido al menos 30 niños hacia finales de los 60 y comienzos de los 70. Su historia inspiró, en parte, *Pura sangre*, la película de Luis Ospina (1982).

Yo tenía ocho años cuando esta historia tenebrosa asechaba los días y noches de miles de niños como yo, en la ciudad. La versión que me contaron incluía un detalle adicional: Aristizabal prefería la sangre de los niños negros lo que me convertía en firme candidato de la mollienda. Pasados los años, siendo adulto, conocí una versión que dice justamente todo lo contrario: los cazadores debían suministrarle sangre de niños sin trazas de herencia africana, pues el vampiro no quería *contaminarse*. Extraña mezcla de *pureza racial* y *vampirismo*: toda una vertiente de imaginarios por comprender.

Guiller Gallo, en su sitio web subraya lo siguiente: «Y el rumor sobre aquel empresario enfermo de leucemia, el

señor Adolfo Aristizábal, o de cualquier enfermedad, quien requería constantes transfusiones, jamás de negros porque lo contaminaban. Y mira, vé, entendé pues cómo son las cosas: se cree y asegura que eso fue puro cuento chino, un cuento de ciudad, un relato inventado por la envidia de los otros empresarios vallecaucanos, estos o aquellos o algunos que querían cobrarle los éxitos al señor Aristizabal, por el hecho de ser paisa emprendedor, que, por ser venido de otras tierras, y así difamaron a ese señor que tanto le dio a la ciudad, entre ellos el Hotel Aristi y el Teatro Aristi». También hay una versión divertida y burlona de la historia, contada por el poeta Jotamario Arbeláez, y publicada por el periódico *El Tiempo* en 2004.

Hace algunos meses comenzaron las tareas de remoción de tierras para desarrollar en Santa María de los Farallones —hasta ahora, una casa de retiros, ejercicios espirituales y de reuniones, propiedad de los jesuitas— un conjunto residencial: edificios de mucho valor, estrato 6, 7, 12..., en fin, estratosféricos.

Removiendo la tierra, los buldozer dieron con los restos de cuerpos, osamentas y ropas de niños y mujeres. Trece, doce, una treintena de cadáveres. La cifra varía de rumor en rumor y, con los días, se acentúa el sigilo: está en juego no solo una trenza de crímenes sepultados, sino el porvenir de un negocio multimillonario que podría complicarse. Y, como ayer, a los rumores le siguen silencios mascullados y, después —ya veremos mañana— una nueva leyenda, más grotesca, más estrambótica, más falsa, que, encandilando, oculta la sangre, los huesos, el dolor magullado de estos muertos de ayer y de mañana.



■ La sangre se despierta II

Abriéndose paso entre los rumores: la historia del monstruo de los mangones retorna

Cali, 23 de junio de 2014

Hoy una fuente confiable me dice que fueron 19 los restos que encontraron en Santa María de los Farallones, y que hombres de la Fiscalía estuvieron estudiando el hallazgo, y están al tanto del asunto. La prensa amarilla y la crónica roja local no han dicho una sola palabra al respecto, lo cual es extraño si se tiene en cuenta que constituye ese tipo de hechos que, como las melodías infantiles, despiertan, reactualizan y atizan la memoria colectiva gatillando emociones profundas y fantasmales.

En una pequeña reunión de socialización del proyecto, realizada hace algunas semanas atrás, los miembros de

la constructora encargada de las obras se negaron a hablar del descubrimiento, aunque algunos vecinos insistieron una y otra vez en el tema. Las obras estuvieron detenidas por lo menos un mes, y solo se reanudaron tras la inspección realizada por forenses enfundados en sus trajes blancos.

La casa Santa María de los Farallones operó como lugar de encuentros, retiros espirituales y espacio de reuniones. Contaba entonces con una capilla, 32 habitaciones individuales, 10 habitaciones múltiples y salones equipados con tecnologías audiovisuales. Es un patrimonio arquitectónico de la ciudad.

Tiene todos los ingredientes de las zonas veladas y vedadas de nuestras historias: una mezcla de belleza serena e inquietante, de furia contenida y acallada, de vergüenza brumosa y, sobre todo, de silencio, mucho silencio.



■ Epifanías

Las revelaciones que trastornan la vida ordinaria

Cali, 02 de julio de 2014

Sé exactamente cuándo sucedieron esos momentos sublimes y casi conozco algunas claves de su génesis, de su arquitectura, de su dinámica. Experimentarlos es asistir a una síntesis irrepetible de la vida en su versión más extraña y surrealista. Estos momentos *de asombro, de revelación, de epifanía*, tienen varios rasgos que, por demás, sorprenden en sí mismos:

1. **Lo inesperado en lo ordinario.** Operan como irrupciones volcánicas en situaciones por demás comunes y ordinarias. No aparecen como resultado de un plan. No aparecen allí donde convencionalmente se supone anida lo

exquisito o lo encantador. No en un museo. No en la puesta del sol. No necesariamente emergen mirando las estrellas o arrojados a un espectáculo cósmico o al fondo del mar. No. Irrumpen y estallan mientras bajas la taza del sanitario, cuando te volteas a mirar atrás un objeto trivial, mientras comes una comida común o cuando escuchas una tonadita cliché. En una palabra: aparecen cuando no estás preparado, cuando no estás conscientemente dispuesto a lo sublime, cuando no estás atento. Estas experiencias no resultan de situaciones de control, cálculo o anticipación.



El Bosco: *La barca de los locos* (1503-1504).
Colección Museo del Louvre.

2. **Suponen un intenso compromiso corporal, aunque no sean una experiencia exclusivamente física.** Consideran una experiencia corporal muy intensa. Esa experiencia puede empezar como una vigorosa sensación localizada que, inevitablemente, termina haciéndose general, hasta diseminarse por todo el cuerpo: entonces sientes que flotas, que se te incendia el corazón (es literal, no es una

metáfora), que el tiempo se elonga y se hace fluido, o te abrasa (quema) una felicidad rotunda. El orgasmo sexual es poca cosa al lado de estos estados de dicha plena y envolvente.

3. **Mixturas singulares.** Estos momentos comprometen una mezcolanza de diversos tipos de registros. He experimentado momentos epifánicos en las siguientes circunstancias:

- a) viendo a dos mujeres que, por demás, no amo ni deseo sexualmente, y en circunstancias triviales (a una la saludaba en la oficina donde ella trabajaba; la otra hacía una pequeña demostración de baile durante una exposición escolar);
- b) cruzando el barrio Obrero de Cali, con la visión de un cielo rico en arreboles al fondo, y música —¿de Queen quizá? — en la radio del carro;
- c) comiendo un sándwich de queso en una parada de bus, en Osorno, Chile;
- d) devorándome una pizza en casa de amigos en Buenos Aires;
- e) hartándome de frijoles con piña y carne de cerdo, preparados por una amiga, Martha Alvarado, en la adolescencia, en la casa familiar (La Buitrera, Cali); y
- e) saboreando un perro caliente, en Bogotá, en la niñez, luego de salir de un concierto de música clásica al que mi papá nos había llevado, a mis hermanos y a mí, un domingo.

4. **En duración y estructura temporal se parecen mucho a un déjà vu y a la serendipia.** Sin embargo, estos momentos de epifanía son todo lo contrario al déjà vu en contenido: mientras los segundos parecen un juego

recursivo y burlón de la memoria, los primeros son en sentido estricto lo nunca visto, *jamais vu*. Y como las serendipias, los descubrimientos y comprensiones inesperadas, operan comprimiendo y estableciendo relaciones insospechadas entre indicios, pero la dirección es inversa: las serendipias parecen emerger desde adentro del sujeto —¡eureka!, lo entendí—; los momentos epifánicos vienen de afuera hacia adentro del sujeto —¡me encandila!

Por supuesto, voy a leer las teorías de Joyce sobre las epifanías. (Y he

leído el relato «La descarga» y «La descarga II», que un amigo me pidió publicar aquí: su experiencia ayuda a entender muchas cosas). Por lo pronto, sospecho que una sostenida y continua atención por los detalles, algo así como una hiperestesia inducida por esta microscopía incesante a lo Joyce, puede alentarlas, pero no desencadenan epifanías. El examen atento de lo que uno experimenta y siente segundo a segundo también puede ayudar a preparar el terreno, pero no las producen. Sin duda, estos *jamais vu* no pueden ser inducidos. Y en ello reside parte de sus misterios.



Tomado de <https://bit.ly/3h5Lcy8>

■ La descarga

¿Y si capturáramos la experiencia de las personas algunas milésimas de segundo antes de su muerte?

Cali, 11 de julio de 2013

Por *Leonardo Ríos Ospina*. MD.

Ir más atrás, una fracción de segundo después del Big Bang, es la frontera que poco a poco corrieron astrofísicos y esas poderosas máquinas del tiempo que son los observatorios astronómicos y los telescopios. Capturando y detectando la *radiación de fondo* tras la gran explosión que, en sentido estricto, no fue una explosión, ni un estallido, ni nada parecido, se ha podido atender los primeros parpadeos del universo conocido. Hoy contamos con registros de onda de apenas 100 mil años después del Big Bang.

A mí me interesa el Big Blackout, el apagón de la vida humana. Algunos

neurólogos queremos comprender qué pasa en la conciencia humana una fracción de segundo antes de que todo cese. Nos dedicamos a auscultar el rumor de fondo de la conciencia, los últimos estertores justo antes de la muerte. Mis colegas me llaman, burlonamente, tanatólogo. Otro me apoda el *hijo de Parnia*, porque —como Sam Parnia, el médico líder de AWARE (*AWAREness during REsuscitation*)— he dedicado una parte importante de mi vida profesional a comprender los procesos de resucitación cardíaca y a mejorar los pronósticos de recuperación, ampliando la ventana

de sobrevivencia, el lapso en que, tras un evento crítico, la persona puede ser reanimada.

Los estudios de Parnia sugieren cómo, hasta cierto punto, la mente es independiente del cerebro. Mi punto de vista coincide con el de Parnia, pero yo prefiero insistir en que la mente es cuerpo, no solo cerebro, y por ello son posibles los persistentes jirones de conciencia incluso luego de prolongados periodos de muerte cerebral. La mente y la consciencia sobreviven al colapso del cerebro gracias a que sus recursos no se reducen al sistema nervioso central e incluyen la piel, los músculos, la respiración, la agitación de las pestañas, todo el cuerpo. De hecho, creo, como alguna vez sugirió Alan Turing, que el cerebro no es más que un eficiente amplificador, y así como nadie atribuye la música a los bafles, ni la imagen a la lupa, ni el terremoto a las rocas que lo transmiten, no podemos creer ingenuamente que en el cerebro está toda la explicación de nuestra conciencia.

Aunque, a decir verdad, de acuerdo con Rodolfo Llinás, el brillante neurocientífico bogotano, el cerebro —más que un amplificador— es el lugar en que se coordinan oscilaciones para ensamblar música, esa música que llamamos la realidad, la conciencia, las sensaciones, las emociones, la experiencia, el «yo». El cerebro es más bien el gran sincronizador.

Terremotos, magmas y amnesias

«Es necesario examinar esos extraños fenómenos de la conciencia en que se advierte cómo su trazo se extiende más allá del Sistema Nervioso Central» —Baldoni, 2011, *Las formas fracturadas de la conciencia: las raíces de la razón*.

Los volcanes nos revelaron las entrañas de la Tierra. Siempre he pensado que son los *lapsus* de nuestra geología: nos entregan el vientre oscuro de que está hecha la aparente y verdeazulada claridad de Gea, su piel cosmética. En sentido estricto, la tierra es roja incandescente, volcánica, peligrosa. La visión sideral y lapislázuli del planeta no es más que su cara decente, la tersa máscara de una bola de fuego que 5 mil millones de años después no termina de apagarse. La volcánica es la Tierra real, la que se agita, la vulgar, la que escupe soeces, la que grita y se retuerce como una pose-sa, la que eructa y quema, la que vocifera y mata. La otra, la que se espolvorea con nubes y arena, la de las brisas que susurran, la que se mece acuática, es la *Terra ornata*. Lo interesante es que, precisamente, la vulgar, la volcánica, la violenta fertiliza y abona, alimenta el humus y alienta las raíces y la oleada verde y selvática de la otra, su rostro florecido. El vientre que mata también aviva.

Del mismo modo, los extraños fenómenos que revelan el vientre oscuro de la conciencia, esa superficie verdeazulada y tersa, son diversos y monstruosos. Nuestros volcanes interiores incluyen desde los *lapsus* hasta los *delirium tremens* pasando por las paranoias, los ataques de celos, las fobias, las aversiones, las pesadillas, las obsesiones y manías, las depresiones profundas y megalomanías, los sadismos y las filias. Pero no todos los volcanes escupen fuego: algunos soplan aguas cálidas, géiseres, lodos espesos y cenizas menudas e inofensivas. Esos volcanes suaves también revelan y remueven parte de nuestra conciencia: son nuestros sueños, encantamientos, raptos creativos,

risas explosivas, enamoramientos, intuiciones, repentismos, genialidades y ocurrencias afortunadas.

Estudiando los estados de la conciencia al borde de la muerte terminé tropezando con este tipo de volcamientos, estos quiebres subterráneos —algunos súbitos, otros lentos y progresivos— que agitan la superficie calma, el frágil sentido de la realidad consciente. En ambos casos, ya se trate de volcanes suaves o volcanes estruendosos, es como si de repente el amplificador-sincronizador cerebral fallara, deviniera insuficiente y estrecho, y todo se derramará, se desbordará. El sistema nervioso central parece insuficiente y una irrupción que estremece la conciencia recurre a otras partes del cuerpo para comunicar lo que el cerebro no puede. O, quizás, el cerebro decide que, ante su limitada capacidad de amplificación/sincronización, requiere usar otras partes del cuerpo para reverberar mejor y tratar con aquello que lo desborda.

Desbordamiento.

Ese es el aspecto clave

Fue Giuseppe Baldoni quien me hizo notar que estos estados extraños de la conciencia se manifiestan, sin excepción, como *desbordamientos*, como si el contenido superara por momentos el continente y se arruinaran todos los mecanismos de contención que llamamos conciencia. Y fue mi amigo Julián González quien me recordó la importancia de las epifanías. De hecho, fue el primero en obsequiarme detalles de las suyas, de las circunstancias en las que las experimentó, la duración y calidades de las mismas, las reacciones fisiológicas (sudoración, dificultades para hablar,

alteración de la respiración, sensación de ingravidez, pérdida de referencias espacio temporales). Él está convencido de que son las manifestaciones más bellas de *desbordamiento* de la conciencia (ver epifanías). En ellas habría un mayor compromiso corporal que en otras formas de conciencia alterada.

¿Y las drogas, los estupefacientes, los estimulantes, los licores, los alucinógenos? ¿No son también manifestaciones muy poderosas de alteración de la conciencia? Creo que no. No son más que muletas. Extienden la capacidad de amplificación/sincronización del cerebro, pero no procuran —por ejemplo— auténticas epifanías, no mejoran la habilidad para echar a volar por cuenta propia.

Pero, en fin, volvamos a la historia.

Tenía registradas 138 entrevistas clínicas a *retornados*, pacientes que habían sobrevivido a un trance de muerte (NDE: *near death experiences*). Cada ficha incluía un récord más o menos completo de registros de los pacientes antes, durante y poco después del trance —medidas de oxigenación cerebral, medidas de actividad cerebral y cardíaca, temperatura corporal, en algunos casos comportamiento muscular de extremidades— y, cuando me lo permitían, tenía acceso a información de contexto sobre sus vidas personales (calidad de las relaciones parentales, historia laboral, situación económica, experiencias críticas en sus vidas, algo de genealogías familiares, indicadores de satisfacción personal con el curso de sus vidas).

Como puede apreciarse, se trataba de un estudio más o menos completo y detallado, quince años de entusiasmo arrume de hojas, gráficos, transcripciones, fichas, más cuadros, más tablas,

más testimonios. Expedientes y expedientes que, con los días, se convirtieron primero en dossier de la esperanza, arrume del que emergería una genial conexión donde fondear saberes completamente nuevos. Después, se fueron enfriando las esperanzas y los expedientes hasta transformarse en una cansina tonelada de hojas y más hojas a las que se sumaban otras más con desesperación y urgencia. Luego vino la torturada sensación de caos. La vorágine. Nada podía hacer con todo eso. Finalmente, el arrume se convirtió en piano de cola, pesado lastre: algo que cargas a tus espaldas sin poder desembarazarte de él y sin saber cómo hacer que funcione. La iluminada promesa de ayer lentamente transformada en espeso desagüe, sí-fón por el que se cuelan una a una todas tus energías: eso pasó en quince años.

Y una mañana me paré enfrente de mi computador: más allá de la pantalla, la enorme estantería repleta de A-Z con los expedientes NDE debidamente marcados, fechados y numerados. Comencé a revisar mis apuntes, algunas transcripciones, notas sueltas, ideas sobre ideas, y comprendí en un instante que *no iba para ninguna parte* y que la burlona mirada de mis colegas, el sobrenombre con que me bautizaron, el piano de cola sobre mis hombros y la estela de quince años acumulando datos eran en conjunto algo así como una sepultura dispersa, una atadura, un desquiciamiento. Mi hundimiento en la nada. No tenía nada en las manos. No había nada que atara ese montón de hojas sueltas, ninguna conexión ingeniosa que les diera orden, ninguna respuesta que les diera sentido, ningún hallazgo que conectara la historia de la monja de 82 años,

sobreviviente de un infarto, y la de esa chiquilla de 17 años, casi fulminada por un aneurisma. ¿Había manera de interpretar y reunir esa marea de datos y hacer con ello una obra decente?

No. No había manera de hilvanar todo eso. Nada que hacer. Nada que salvar. Tres lustros muertos.

Y entonces la decisión sobrevino de manera natural. *Delete. Delete. Delete. Delete.* ¿Está seguro de borrar este archivo? *Delete. Delete. Delete.* Una a una fui eliminando las carpetas, con esa tristeza vencida de los suicidas. *Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete. Delete.*

Y mientras borraba y borraba archivos pensaba en las razones triviales que me hicieron cirujano. Era un niño cuando tropecé con el artículo de François-Xavier (FX) sobre Ebuchi Kouhei, un diestro fabricante de cuchillos japoneses. Una de las imágenes, aquella en que se aprecian cientos de patrones de cuchillos, una ordenada acumulación de formas pardas y herrosas, me produjo un hondo estremecimiento, mitad miedo, mitad hechizo. Allí estaban los *patrones, padrones, padres* de cientos de miles de cuchillos. Exactamente 27 modelos. Pero a mí me producía particular emoción el sexto patrón de la fila inferior, de izquierda a derecha, casi en la mitad del muestrario. Era una hachuela fría y dispuesta, de las que suelen aparecer en algunos filmes de terror y de gangsters, la misma que agitara una y otra vez Bill Cutting (Daniel Day-Lewis) en *Pandillas de Nueva York*, el *film* de Martín Scorsese (2002). Esa hachuela me sedujo de niño.

Esa tarde tomé un pequeño cuchillo de mesa, lo martillé un poco y luego, con cuidado amoroso, comencé a afilarlo tratando de imitar la forma de mi hachuela hechicera. Por supuesto, fracasé. Dos horas y media después mis dedos sangraban tratando de sacarle filo a un cuchillo tercamente romo. Cuatro horas más tarde estaba castigado en mi cuarto, seis latigazos por andar «jugando con cosas peligrosas», me sentenció mi tía Laura. Pero más pueden las urgencias que las prohibiciones, y al año siguiente ya contaba con tres piezas filosas y honorables: una navajita labrada a partir de una puntilla de 6 pulgadas, casi un estilete, una almarada rústica, pero eficiente; un cuchillito curvo para tasajear frutas e insectos; y una hachuela armada con una hoja de aluminio montada sobre una placa de madera fina. Cortaba, punzaba, tasajeaba cosas pequeñas y animalitos: hormigas, garrapatas, semillas, mariposas, lombrices, piedrecillas

frágiles, pétalos de flores, plumas de aves. Destornillaba relojes y radios, despanzurraba circuitos integrados. Hacía marcas y dibujos en la piedra, en latones, en ladrillos, en las botellas de vidrio. Afilaba amorosamente mis piezas.

Creo que primero amé cortar, punzar y tasajear. Luego me hice médico. «Primero fui cuchillero, y luego, cirujano», digo yo.

Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete.

Después me hice enterrador y archivero. *Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Delete, delete, delete, delete, delete. Y ahora, soy un borrador. Un amnésico. Y quizás, un muerto.*



Cuchillos del maestro Ebuchi Kouhei, en Cuchilleros Japoneses.
Tomado de <https://bit.ly/3zNE15i>



■ La descarga II

4 entendimientos

Cali, 14 de julio de 2014 (Un año después)
Por *Leonardo Ríos Ospina*. MD.

No hay que ser un genio para saber lo que pasó tras el borrado compulsivo de mis archivos. ¿Incendí mis archivos de papel y me pegué un tiro? No. ¿Me emborraché y me pegué un tiro? No. ¿Aspiré cocaína y me pegué un tiro? No.

Me pegué un tiro. Sin más, sin aspavientos, sin ceremonias. Y claro, ya se imaginarán, sobreviví. Tengo aún la hendidura en mi cabeza, una deformidad que es señal indeleble de un milagro y del precio que tuve que pagar por un extraordinario descubrimiento. Permanecí tres meses en coma y tuve acceso de primera mano a la condición de persona ND o *retornado*.

¿No es maravilloso? 15 años haciendo un largo rodeo, escarbando en la vida de otros, en los sueños de otros, en los relatos de otros, en los registros y monitoreos de otros y, al final, luego del desaliento total, terminar enterándome de manera directa de lo que otros experimentaron al morir. Tuve mi *Big Blackout* personal, mi tiempo de silencio profundo, mis días vacíos, mi brisa gélida y envolvente, tuve mi encandilamiento púrpura. Es decir, gocé de mi profunda y desquiciadora *descarga*.

Recapitulemos.

Big bang, lapsus, *blackout*, NDE, volcanes, derramamientos de la conciencia,

morir, retornar, amplificador, sincronizador, descarga. Ninguno de los términos de este listado son gratuitos. Constituyen, por así decirlo, las claves del mantra del que les hablaré a continuación.

Les contaré el secreto mejor guardado y más sencillo de la historia humana. Cuando mi amigo Julián González me habló de las epifanías ni él ni yo imaginábamos que allí está la clave de todo. Él me rogó que dejara las cosas así, que mejor no desencadenar dinámicas inesperadas (por ejemplo, una oleada de suicidios). Yo le dije que justamente de eso se trataba, de darle vuelta a todo y dejar de seguir temiendo y encubriendo verdades con nuevas mentiras, monumentales enredos y silencios tácticos. Había que decirlo absolutamente todo y explicarlo de la manera más simple y clara posible, poniendo en juego todo el entendimiento y comprensión que pude adquirir tras mi retorno.

Primer entendimiento

El dualismo vida/muerte no tiene ningún sentido. Todo está muerto y todo —absolutamente todo— está vivo. Vivo y muerto son más bien «focos», marcos, modos de mirar. Usted y yo somos personas, en principio, vivas. Sin embargo, conforme vamos cerrando el foco —por ejemplo, si hacemos un primer plano sobre algunas partes del cuerpo, su composición orgánica, su bioquímica— vamos encontrando aquí y allá rastros y aspectos no vivos. Y entre más cerramos el foco más tropezamos con entidades que no podemos definir como *vivas* o *muertas*. Por ejemplo, los espacios huecos, vacíos, dentro de los huesos, los minúsculos ríos de agua dentro y

entre tejidos, las moléculas de sodio, el impulso eléctrico y la despolarización en las neuronas. No son fenómenos a los que fácilmente podemos llamar «vivos». De repente, «lo vivo» no es más que una propiedad emergente tejida y organizada a partir de entidades, relaciones, procesos que no son, ellos mismos ni vivos ni muertos. La materia, sabemos, es un enorme queso agujereado. Comprimitos los espacios vacíos entre las partes, en las moléculas, en los átomos, en las partículas subatómicas, todo lo que somos quedaría reducido a una densa mota de polvo. Somos nada, vacío sobre vacío con minúsculas islas diseminadas por ahí, agitándose mucho o poco. Y si ensanchamos el foco, nuestro universo conocido es una inabarcable cantidad de estallidos furiosos y enfriamientos colosales. ¿Está vivo un cuerpo que —a lo largo de los años— pierde millones de células y las reemplaza por otras; ¿un cuerpo que —en sentido estricto— ha sido una sucesión de cuerpos hechos de entidades que, vistas de cerca, son moléculas, átomos y fluidos no vivos? ¿Está muerto un universo en continua agitación en el que han germinado conciencia y dedos que acarician y ojos que ven y gentes que se amacizan y algas que se mecen y virus, los extraños virus, entidades que no sabemos clasificar si vivas o muertas, capaces de alterarlo todo? A la pregunta, ¿esto está vivo, esto está muerto?, deberíamos responder con un tímido y cuidadoso *depende*.

Segundo entendimiento

Ahora suponga que lo interesante no es definir si vivo/muerto, sino más bien atender la continua oscilación, el cambio, las transiciones, las transformaciones

entre estos dos estados emergentes. Cada uno de nosotros es un conjunto de estados vivo/muerto; cada uno está hecho de organismos y procesos vivos/muertos, y compuestos vivos/muertos. No son tan relevantes los polos, sino las transiciones y oscilaciones entre ambos, los cambios y vaivenes. De repente, hace 5 mil millones de años compuestos en agitación hicieron emerger sustancias orgánicas que, a su vez, procuraron las primeras células procariotas. Pero en cada una de esas transiciones lo que emergió no hizo desaparecer lo previo: la base orgánica, el caldo proteico y los elementos básicos de que estamos hechos continúan allí, aunque solo apreciemos y atendamos a las formas emergentes más robustas y complejas. El momento en que emerge la conciencia en un organismo complejo es una transición extraordinaria. El momento en que emerge la conciencia sobre la conciencia en los seres humanos es extraordinario. Pero ninguna de estas transiciones borra para siempre lo previo.

Estas transiciones son extraordinarias no por que expresan cambios, sino porque ocasionalmente se manifiestan como poderosos *desbordamientos* que hacen emerger *algo* que no estaba allí previamente. No es el cambio lo relevante, sino la aparición de algo que no estaba originalmente en lo que cambia.

Cuando la conciencia sufre desbordamientos, volcanes suaves o duros, también constituye una transición: allí emerge algo que no estaba allí originalmente. Por eso nos resultan fascinantes y aterradoras estos estados, los deslumbramientos, las serendipias, las epifanías, las obsesiones momentáneas, las alucinaciones.

Pero suponga que hay una transición en que este derramamiento adquiere dimensiones extremas. Imagine que la profundidad del volcamiento, de la dislocación de la conciencia, la intensidad del desbordamiento es tal que nuestro poderoso amplificador y armonizador se ve obligado a usar todo el cuerpo para atender una reverberación única, la más poderosa descarga, la gran epifanía.

Vamos paso a paso. Imagínese que le dan un martillazo en alguno de los dedos y el dolor es insoportable: en ese momento, usted grita, patalea, salta, llora, se lleva las manos a la boca, babea... El dolor desbordado se transfiere, por decirlo de alguna manera, a partes diversas del cuerpo para poder procesarlo. Ahora suponga que experimenta un placer extraordinario, un orgasmo multiplicado por 10. De nuevo, su cuerpo se torna rígido, grita, patalea, vocifera, muerde. Una vez más, el volcamiento se traduce en agitación generalizada del cuerpo hasta hacerse rígido. Ahora, piense que de repente experimenta *todo junto*, todo el dolor, todo el placer, todas las emociones, todos los sueños, todas las ideas, todas las experiencias, todo lo recorrido, todo lo dicho, todo lo callado, todo lo fantaseado e imaginado, todos los deseos, todas las fobias, todas las rabias, todas las transiciones, todas juntas y comprimidas en un solo instante. Durante el orgasmo multiplicado por 10 o durante el dolor del martillazo usted usa apenas una fracción del cuerpo para procesar esa experiencia de dolor o placer que el cerebro no puede sincronizar, orquestar, amplificar. Bien, en ese instante *total* de que hablo, usted pone en juego absolutamente todo el cuerpo, cada

centímetro de piel, hueso, músculo, terminaciones nerviosas, grasa, papilas gustativas, ojo, oído, cabello, sangre, poros, dientes, vellos... Todo se pone en juego para hacerse cargo de este volcamiento sublime. Y si en las epifanías, los deslumbramientos, los raptos, los arrobamientos, el tiempo se hace elástico hasta disolverse trocando un segundo en una eternidad, durante la gran epifanía sencillamente el tiempo deja de existir. Durante la experiencia más importante de una persona, la gran epifanía —noten que no digo la muerte—, no solo se recluta todo el tendido orgánico y corporal, sino —sobre todo— todas las experiencias acumuladas en el devenir de la persona. ¿Extraordinario, ¿no? No es que la vida entera pase ante tus ojos. No. La vida entera pasa por tu cuerpo, como si todo el archivo de tus experiencias volviera a leerse, pero usando no solo la conciencia, tan chiquita y limitada ella, sino todo el bioequipamiento. Todo se estremece y sacude. Usted no tiene ningún control sobre nada. Mejor aún, la idea de control —tan propia de la conciencia— pierde todo sentido durante la gran epifanía.

Y tras la epifanía, el cuerpo —luego de saqueado— se hace progresivamente rígido. Vuelve a sus elementos orgánicos constitutivos. *Rigor mortis*.

Hasta aquí no he dicho nada muy extraño ni fenomenal. Ahora viene lo bueno.

Tercer entendimiento

Hay cuatro tipos de relatos en las personas que viven experiencias cercanas a la muerte (NDE): los relatos de paz sublime, felicidad profunda, luz, fluidez, ingravidez, eternidad, sosiego. Los relatos

de infierno, descenso al abismo, oscuridad y dolor. Los relatos entremezclados, medio cielo, medio infierno. Y los relatos cero, los que no recuerdan nada. Pero sin excepción, entre los que recuerdan algo al retornar, aparecen escenas familiares, voces, nombres, personas, objetos, animales de infancia. ¿No les parece extraño?

Voy a explicar algo que no tiene mucho misterio, pero resulta muy interesante. Cuando usted sueña notará que, aquí y allá, con frecuencia, reconoce en el sueño fragmentos de asuntos que ha vivido. Los sueños traen rastros de nuestros propios miedos, de nuestros deseos, de nuestras fobias, de nuestras experiencias. Pero con frecuencia cuesta recordarlos y, todavía más, no podemos de ninguna manera reconstruirlos completamente. Pues bien, la gran epifanía es como los sueños, pero —por supuesto— más potente y rotunda. Y tras retornar de ella, apenas si podemos balbucear algunas cosas, algunos rastros, algunas trazas.

Vamos poniendo las cosas en su sitio: el *más allá* no es otra cosa que el *más acá* comprimido y densificado, un poco como si a la materia y a la sustancia se le eliminara todo hueco, todo espacio, todo vacío. La gran epifanía es, además de una vigorosa transición, una poderosa *compresión*.

Cuarto entendimiento

Inevitable hablar aquí de religión. Pongamos las cosas en claro: los *retornados* de ayer, los relatos de personas NDE del pasado, las palabras de los resucitados son la argamasa con que se labraron ayer y se hilan hoy buena parte de las narrativas religiosas. Uno de los temores

que las iglesias de ayer tenían respecto al relato de los retornados o resucitados es que pudieran desencantar el cielo, devaluar el infierno y, sobre todo, demoler nuestro inveterado temor a morir. En la religión judeocristiana tan importante como el *no matarás* es el *no te matarás* (*no levantarás la mano contra ti mismo*) y el miedo al castigo divino tras la muerte. Basta imaginarse los efectos que tendrían sobre las personas saber de la gran epifanía, por boca de algún resucitado deslenguado, y perder todo temor a la muerte. (Yo creo en cambio que, al perder el temor a la muerte, elevamos el precio y aprecio por la vida, pues no hay *más allá* que aquello que labramos *más acá*).

Me explico: hay que decir, de manera clara, cuál es el más importante entendimiento, para evitar malas interpretaciones. Las epifanías no funcionan como resultado de plan alguno, premeditación y acción prevista. Para que se hagan una idea de lo que digo basta el siguiente ejemplo: la diferencia entre una epifanía real y una falseada es análoga a la diferencia entre martillarse un dedo sin querer, y martillarse un dedo con clara premeditación. Aunque en ambos casos uno puede aullar de dolor, en el segundo el compromiso corporal para procesarlo es completamente distinto, mucho más restringido.

Como la gran epifanía es una poderosa transición, una intensa compresión y total pérdida de control, es bastante probable que si uno decide —por decirlo de alguna manera «quitarse la vida»— experimentará su epifanía, pero —me temo— hartamente moderada. Y aquellos que deciden tener poquitas experiencias pues tendrán también una ración

más bien gris y menos intensa de pasaje instantáneo por la vida entera. Imagino que la gran epifanía de los bebés o de las personas muy jóvenes es quizás más liviana y débil que la de los viejos y viejas rumberos y pachangueros, con una larga historia por contar. Así que entre *más acá* haya, más denso y extraordinario será su espejo, la gran epifanía, la gran descarga, el breve y atemporal *más allá*. La muerte es la *descarga* de todo lo vivido en forma de epifanía profunda. Y necesitamos hacernos a la mayor cantidad posible de experiencias, de transformaciones, de transiciones, para que la gran epifanía sea más robusta, más intensa, más extraordinaria de lo que ya es.

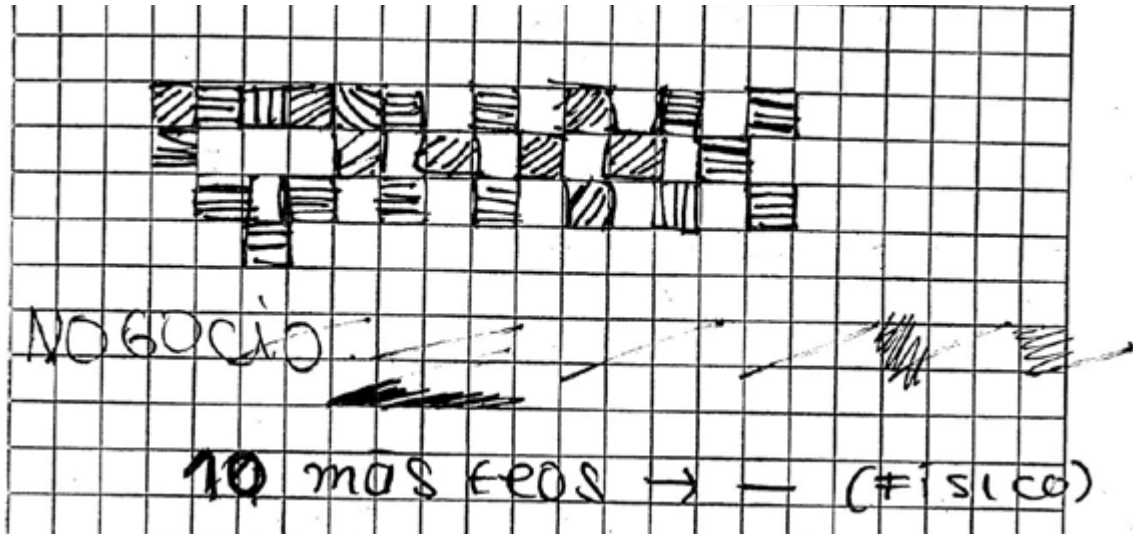
El retornado o resucitado más famoso de Occidente, Jesús Cristo, seguramente experimentó su propia gran epifanía usando como materia prima la tradición judaica, su propia infancia, su personal batalla contra la ocupación romana, su estudio de La Torá y su conocimiento del Talmud. La cultura y forma de vida en que cada uno se desenvuelve y revuelca será el tejido con que armará su gran epifanía. Imagino que un físico como Einstein experimentó una vibrante danza de ecuaciones y un guerrero gozará su propia fiesta de balas y morteros. En la mía experimenté, entre otras, estos entendimientos y examiné todas las carpetas NDE con total detenimiento y satisfacción, derivando tanto placer y sosiego que, tras el retorno, me cuesta un poco entender algunas de las angustias triviales de las personas.

Y desde que retorné me dedico a acumular experiencias como quien arma el mejor equipaje posible para un viaje breve y exquisito. Presto atención a detalles que antes ignoraba. Disfruto

de las músicas del mundo, esas magníficas tecnologías del estremecimiento. Me entrego con dedicación y cuidado a las conversaciones, para enhebrar mi propia historia a la mayor cantidad posible de historias de otros. Amo genuinamente. Y odio con toda intensidad a algunas personas. No voy a ningún sitio que el mercadeo, los medios o los promotores del *buen gusto* recomienden. Atiendo mis instintos. Pruebo y experimento. Me entrego a las pasiones. Cada quien sabe identificar sus pasiones. No hay ruta fija ni previsible a la gran epifanía. Cada quien tiene que inventarse las suyas, poniendo el cuerpo entero y todas sus historias en juego. Tal como lo veo yo ahora, este planeta es un extraordinario laboratorio para

inventar otro nivel de transiciones, un nuevo tipo de volcamiento: primero fue la materia, luego las moléculas orgánicas, después las procariotas, los organismos vivos complejos, la historia humana y la consciencia/mente; luego los derramamientos de la conciencia, y finalmente —por ahora— las epifanías, la plenitud de la belleza.

Mi colección de cuchillitos propios, personalmente hechos, ha vuelto a crecer: en la actualidad tengo 1.309. Pero sigo adorando, por encima de todas las cosas, mi hachuelita, desafilada y vieja, mi versión infantil de la que hiciera una y otra vez Ebuchi Kouhei, al otro lado del mundo. Sin duda mi hachuelita estará en mi última y, espero, lejana epifanía.



■ Computación sin computadores

Una niña hace esquemas y modelos de clasificación idénticos a los de la cultura organizacional contemporánea

Cali, 17 de junio de 2014

Encontré una hojita escrita por una niña de casi 14 años (ver imagen en la siguiente página).

Se trata de un ranking más o menos sofisticado. La niña tiene un conjunto de códigos para clasificar a sus compañeros de estudios teniendo en cuenta su físico (los 10 más feos, raya -, numerados de 1 a 10) y su personalidad (los 5 con mejor personalidad, asterísco *, numerados de 1 a 5). Cruza y combina las variables: a uno que considera muy feo (Siuffi), al mismo tiempo lo tiene como uno de los de mejor personalidad. Campo, arriba en la lista, ocupa el primer ranking en personalidad y no está incluido en la lista de los

feos. Así la niña, combinando variables, construye un listado rico en marcas y discriminaciones. En primer lugar, estaría el listado selecto, el de aquellos que sin ser feos tienen mejor personalidad [los destaca con un punto (.)]: Campos, Sergio, Julián, Montoya. En segundo lugar, los que tienen buena personalidad, no son feos, pero no tienen punto: Cortez, Álvaro y Peña. En tercer lugar, los feos, con personalidad y un punto: Bustos. En cuarto lugar, los feos con personalidad: Polla, Siuffi. Y en quinto, los que no tienen ninguna marca: Michel, Cujar, Castro, González, Grisalez y Camilo (no feos y no tienen personalidad).

campo			• 1
González	- 1		* 3
Carla			
Michel			* 4
Alvaro			* 1
Pola	- 8		
Cunat			
Sergio			• 4
Julio			
Julio	- 2		
Escamilla	- 5		
Julian			• 5
Montoya			• 3
Castro			
Peña			* 5
Grisales			
Camilo			
Andrés	- 6		
Juan Esteban	- 7		
Diego	- 4		
Bustos	- 3		• 2
Pablo	- 9		
Smith	- 10		* 2

NOBUOIO →

10 más feos → (FÍSICO)

5 mejor personalidad → *

Esta clasificación es sustancialmente más compleja que aquellas que califican de 1 a 10 a hombres y mujeres según su apariencia. La mujer 10 era Bo Derek a comienzos de la década de los 1980. Hay toda suerte de sitios web en que se hacen ranking de personas comunes y famosas según su atractivo físico. De hecho hay un sitio web solo para personas bonitas (beautifulpeople.com) con un sistema de clasificación (por votación) mucho menos elaborado que el de nuestra niña *organizacional*.

Los departamentos de recursos humanos consideran procedimientos de clasificación y selección más o menos similares a los de la niña de 14 años: tipo de personalidad, actitud proactiva o reactiva, liderazgo, iniciativa, disposición al trabajo en equipo, resiliencia.

(Y con frecuencia, de manera subrepticia, incluyen la apariencia física). Van añadiendo atributos que se califican en algún tipo de escala hasta convertir la compleja y cambiante condición humana en un conjunto de puntos y valores numéricos simples. Match.com, uno de los sitios más populares en el mundo para buscar parejas, opera mediante procedimientos similares de clasificación y categorización.

La pequeña clasificadora emerge del mismo mundo que produce los rankings de las colas más bonitas, los catálogos de rostros más bellos/más feos, las páginas web para buscar parejas, los test de personalidad, los estudios de liderazgo para clasificar candidatos en las empresas, los debates electorales por televisión, las sonrisas y posturas telegénicas, el ranking de los/los deportistas más bellos/más feos/más adinerados/más fuertes ...

¿La pregunta es cómo aprendió la pequeña clasificadora este conjunto de procedimientos de catalogación? Obviamente no los aprendió en alguna clase escolar. De hecho, esta clasificación resulta de una extraordinaria diversidad de saberes que se acoplan para resolver el problema que la niña se ha planteado: está seleccionando —imagino yo— algunos chicos que le interesan y no quiere proceder tanteando y a ciegas. Sabe enlistar, escribir, puntuar, construir categorías de clasificación, ordenar, excluir de un conjunto, incluir y agrupar en un conjunto, construir un código... Pero sobre todo, sabe construir “datos” y procesarlos. Su hojita es una auténtica plantilla de procesamiento de datos.

Esos saberes diversos seguramente los ha fraguado y conquistado la niña

tanto en el mundo escolar como en el de las rutinas cotidianas no escolares. Esta *listica* es una auténtica invención de la niña. Un modo de computar y organizar datos, una hojita similar a una sencilla tabla de Excel. Y una elocuente confirmación de que la lógica computacional no está solo en los computadores, sino profundamente embebida y arraigada en la cultura cotidiana de muchas personas.

Lewis Mumford demostró cómo la mecanización de la vida precedió, de lejos, a la aparición de la máquina mecánica. El advenimiento y despliegue de la informatización no empezó con los computadores: terminó cuajando en ellos. Realmente comenzó a ocurrir

ayer como hoy en una niña que clasificaba y binarizaba el mundo como lo hace esta adolescente mediante listas de chequeo, jerarquización y discriminación.



Bo Derek, la mujer 10 de los años 1980.
Tomado de <https://bit.ly/3Bzj4LN>



■ El genio en la botella de arena

Hay que temerle al terrorismo suave de los sistemas de seguridad

Cali, 29 de julio de 2014

Los sistemas sociales producen roles geniales, situaciones en que las personas se ven impelidas a producir innovaciones continuamente. En condiciones de abundancia creciente, uno esperaría que ese tipo de roles creativos se multiplicaran significativamente. Artistas, científicos, inventores, ingeniosos creadores de juegos, innovadores de la cocina, fabricantes de drogas sintéticas, hacedores de perfumes, poetas de todos los tipos y layas, geniales desarrolladores de objetos bellos e inútiles.

Pero sabemos que, a la cola de la abundancia, también pueden prosperar en número y diversidad los roles y formas

estúpidas de trabajo. La estupidización de los empleos es, por desgracia, quizá mucho más profunda y generalizada en la actualidad de lo que imaginamos, justo en un mundo que celebra y auspicia la creatividad y la innovación como valores supremos. Y me temo mucho que buena parte de los empleos estúpidos del mundo contemporáneo tienen nombre, sello o forma de *labores de seguridad y control*. El siguiente ejemplo puede ser elocuente y sería cómico si no fuera porque «los asuntos de seguridad» suelen ser cejijuntos y ceñifruncidos. Cómico y seguridad solo pueden encajar en las bellas secuencias chaplinescas de

persecución policial o del Inspector Clouseau en *La Pantera Rosa*. En la vida real muchos asuntos de seguridad deberían dar risa, pero debemos ponernos serios si no queremos correr riesgos. Los expertos en seguridad no soportan las bromas. En el formato de entrada a Estados Unidos te preguntan algo así como «¿Lleva usted una bomba o explosivos? (sí o no)», y la pregunta da risa porque nadie que los lleve marcaría *Yes*. Sin embargo, el formato y la pregunta son *serios* como todos los asuntos de seguridad. Tienen los efectos legales de cualquier declaración ante un tribunal y, en consecuencia, si un bromista marca *Sí* queda incurso en un proceso legal, incluso aunque lo haga en mofa; y si realmente lleva una bomba y marca *No* entonces ha mentado y en caso de sobrevivir a la explosión del avión quedará incurso no solo en delitos de terrorismo, sino por falsedad al haber ocultado información y mentirle a una autoridad de la Unión Americana, y cosas así. Entonces, el formato de entrada a Estados Unidos (o a cualquier país *serio*) deja de ser cómico para revelar bien pronto su cariz siniestro y absurdo.

La maquinaria de seguridad es incapaz de detectar una actividad ilegal camuflada en un comportamiento normal, pero se pone en marcha en cuanto topa con algo que escapa a los patrones. Por ejemplo, es normal comprar con una tarjeta de crédito un perfumito. Pero si uno compra a) un perfumito en la web; b) un libro titulado *Parfums und explosive* (no importa que el subtítulo sea *Entzünden Erotik durch Geruch*, encender el erotismo a través del olfato/olor), y c) un tiquete de avión a, digamos, Nueva York, para el 11 de septiembre, inmediatamente

la NSA y sus sistemas predictores, sus *big data*, decidirán que el comprador es sospechoso de terrorismo. De hecho, estas notas que ahora escribo ya deben estar bajo el radar de alguno de sus potentes programas de rastreo (*Carnivore*, por ejemplo) dada la comprometedor articulación de términos que juntos son un poderoso y atractivo cóctel, la marca inequívoca del terrorista *in ciernes*.

Tengo una inocente y estúpida colección de botellitas con arena de las playas de mar que he conocido. No he conocido muchas, así que no son numerosas mis botellitas. El último día antes de regresar de vacaciones tomo mi botellita plástica y me voy a la playa, nostálgico, y me doy a la tarea de llenarla pacientemente con arena *souvenir*.

Los trabajos estupidizantes del mundo de la seguridad deben procurar algún tipo de resultados para justificarse. De otra manera alguien podría preguntarse por qué gastamos tanto en escáneres, vigilantes, cámaras, pistolas, uniformes, sensores, si en últimas no ha pasado nada. Entonces los *positivos* (un rufiancito capturado, un cargamento decomisado, una alarma que se activa por un hecho trivial, un paquete sospechoso que paraliza el tráfico, una efectiva incautación de armas) y los *actos de terror* (el 11 S en Nueva York, el 11 M en Madrid, el 7 J en Londres), es decir, aquellos que no fueron prevenidos por los sistemas de seguridad, alientan mayores inversiones y valorizan los propios sistemas y mecanismos de seguridad.

En una vieja maleta gris, de plástico, acomodé la ropa de mi compañera y la mía, dos juegos de mesa que llevamos a vacaciones, zapatos, dos libros y la botella plástica atestada de arena *souvenir*.

Basta con que un ciudadano común realice una acción no común y significativa para que la labor de los ceñifruncidos organismos de seguridad se ponga en marcha. Su éxito reside en que ganan si fallan —*ciudadanos, si con los actuales esquemas de seguridad ocurren estas cosas terribles, ocurren estas fugas, estos accidentes, estos atentados, estos actos de terror, imagínense qué pasaría si no contáramos con los resguardos y protecciones actuales!*—, y ganan si aciertan —*gracias a los sistemas de seguridad, la colaboración de la ciudadanía y las labores de inteligencia de las autoridades se logró identificar el lugar en que estaba dispuesta la bomba y se la pudo desactivar sin pérdidas de vidas humanas que lamentar.*

Al llegar a Cali el 27 de julio de 2014, casi a las 12 del día, una llamada por los sistemas de comunicaciones del aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón solicitó que mi compañera se acercara a uno de los mostradores de la aerolínea Avianca encargado de equipajes. En efecto, fuimos al lugar y nos atendió un joven amable y dispuesto.

«¿Señora Rocío Gómez? Gracias por atender nuestro llamado. Hemos tenido un pequeño inconveniente con su maleta». «Disculpe la molestia, atienda estas sencillas recomendaciones: es por su seguridad». «Este Centro Comercial dispone de cámaras de vigilancia para su protección». El lenguaje de la seguridad es serio. Y amable o gentil cuando quiere. Pero debajo de la seda, por supuesto, se esconde una pistola de choques eléctricos, un golpe táctico, una operación de despeje rutinario, el cacheo, la requisa y, cuando las cosas se salen de control, tanquetas, balas de goma,

chorros de agua o pesado plomo gris y sin contemplaciones. De un lado, las medidas de seguridad son, cuando menos, modos de control (en nombre de la seguridad, uno termina admitiendo que lo sigan, lo registren, lo numeren, lo vigilen, lo esculquen, le interroguen). De otro lado, esas medidas de seguridad constituyen, cuando más, auténticas formas de exterminio en potencia (uno sabe que lo pueden gasear, balear, golpear, torturar, desaparecer si las cosas se salen de control y se desmadran o si uno se resiste demasiado). En ambos casos, las medidas de seguridad tienen efectos disuasivos sobre los ciudadanos de pie, no sobre los ladrones, los «terroristas», los asesinos.

El hombre joven y gentil nos explica que el escáner encontró un objeto sospechoso en la maleta, una botella con un contenido extraño, y por esa razón no se la embarcó en el avión. Nos solicita escribir una carta autorizando a la policía para abrir la maleta. Nos pide la clave (la maleta de plástico, vieja por demás, tiene una inútil cerradura con clave de tres números: basta usar una palanca sencilla para hacerla saltar por los aires y abrirla. Pero claro, esa cerradurita con clave nos ofrece una leve sensación de seguridad).

Los sistemas de seguridad minan la resistencia de los ciudadanos mediante un procedimiento simple: hacemos concesiones que nos parecen menores, sin importancia o triviales. En nombre de la seguridad, ¿por qué no?, damos nuestros nombres completos, abrimos las maletas, respondemos pequeños interrogatorios, entregamos nuestros documentos para que sean inspeccionados, nos dejamos escanear, permitimos

que nos toquen, admitimos llenar formularios, dejamos que manipulen nuestras cosas. El poder contemporáneo es consultivo cuando corresponde y crudamente abusivo cuando *le urge proceder sin dilación*.

Escribimos la carta autorizándoles abrir nuestra maleta, requisarla, esculcarla, escarbar entre calzoncillos y calzones sudorosos, zapatos hediondos y libros despatarrados. En fin, les permitimos catearnos, examinarlos, abrirnos, auscultarnos. Al final de la carta escribí una notita, tibia señal de una resistencia de felpa: «En la maleta solo encontrarán una botella llena de arena de mar». (Faltó agregar *estúpidos*. Pero, como se sabe, los sistemas de seguridad son ceijuntos y ceñifruncidos, y si no admiten bromas, menos aceptan insultos y altanerías). Amablemente nos indicaron que enviarían la maleta a casa en cuanto terminaran de requisarla. No tendríamos que esperarla en el aeropuerto. Y ojo: les agradecemos el gesto. (Un joven ciudadano, digamos, de capas medias de la década del 60 habría gritado: «véte a la mierda, es lo mínimo que deben hacer por haber dejado mi maleta en Bogotá»). Pero nosotros, forjados en el régimen del cateo y la vigilancia de los 90 y lo que va del siglo XXI, fuimos tan decentes y dóciles que agradecemos.

En Guantánamo hay 166 hombres sospechosos de terrorismo, capturados en diferentes lugares del mundo. Hicieron tránsito por Europa con la anuencia, complicidad y franco auspicio de los gobiernos de la Unión Europea, y fueron conducidos secretamente hasta un destacamento militar en Cuba por las fuerzas de seguridad de los Estados Unidos. Este país es tan *serio* que, si los

internaba en territorio norteamericano, legalmente deberían ser llevados ante los tribunales, definir las causas de la detención, asignar procesos de defensa y concederles derechos que, en Guantánamo, los organismos de seguridad norteamericanos no están obligados a atender. Potencialmente, incluso, los responsables de su detención podrían quedar incurso en procesos judiciales complejos por secuestro, rapto y captura ilegal de ciudadanos si estuvieran en Estados Unidos. Sin embargo, *The Patriot Act* aprobado por el Congreso de Estados Unidos el 26 de octubre de 2001, a instancias del gobierno de George W. Bush, ha permitido blindar hasta cierto punto este tipo de procedimientos arbitrarios en nombre de la «Guerra contra el terrorismo». Los detenidos en Guantánamo no tienen abogados defensores. No cuentan con un tribunal que los enjuicie. No hay una causa definida para su detención. No tienen derechos. No están en ningún país ni en ninguna jurisdicción. Son, en sentido estricto, auténtico *homo sacer*, no tienen un régimen legal que los proteja ni límites definidos que regulen la actividad de sus captores.

No hay una causa definida para abrir nuestra maletita con arena de mar. Basta la sospecha. No hay una causa definida para que se ausculten miles de millones de datos por segundo en la Web. Basta la sospecha. No hay causa definida para detener a los hombres de Guantánamo. Basta con la sospecha. Y, como eventualmente, todos podemos tener comportamientos, rasgos, actos, gestos sospechosos, todos podríamos caer en una red kafkiana y absurda de controles y detenciones.

Hace unos años me recomendaron usar mi nombre completo y mis dos apellidos cada vez que comprara un ticket de avión, pues hay un narcotraficante buscado por la Interpol que es mi homónimo. Hay 250 mil entradas en internet bajo la etiqueta «Julián González», un nombre común y un apellido vulgar y corriente que nos convierte a todos los Julián González del mundo en sospechosos usuales. (Ya fui interrogado una vez en Bogotá por la homonimia y, claro, agradecí cuando me dejaron abordar el avión de Avianca). Gracias, gracias, gracias.

Hacia las cuatro de la tarde un taxi blanco llevó hasta nuestra casa la maleta incautada, el *falso positivo*. Agradecemos la diligencia del taxista y a toda prisa subí los 64 escalones que conducen hasta nuestra casa cargando 21,5 kilogramos de peso (2.346 gramos de arena húmeda embotellada incluidos). «Que no hayan dejado en Bogotá la botella, que no hayan dejado en Bogotá la botella, que no hayan dejado en Bogotá la botella, que no hayan dejado en Bogotá la...»

Con frecuencia, tras ser torturadas, masacradas, humilladas y brutalizadas, las víctimas deben firmar declaraciones indicando que los daños, quemaduras, desgarros, hinchazones, dientes rotos, fracturas fueron producto de lesiones autoinfligidas. Los perdonavidas te liberan y hay que agradecer. «Gracias, gracias, gracias por dejarme vivir. Gracias». Además, las víctimas deben comprometerse a no demandar, acusar, controvertir legalmente al organismo responsable de su detención. Bueno, al menos en esos casos en que la detención ha sido relativamente legal y a ojos vista.



Póster de Los Sospechosos Usuales, 1995.
Tomado de <https://bit.ly/3kSSoi6>

En los otros casos, cuando hay detenciones y desapariciones clandestinas, no hay manera de reclamar y no hay a quien agradecer.

Sin antecedentes penales, sin inclinaciones criminales, más bien bobalición y amable, sin historial de militancia y lucha política, siendo joven fui interrogado, cacheado, requisado y raquetado al menos unas 70 veces. Un joven negro, más bien pobretón y flacuchento, estudiante de universidad pública, juicioso, en decenas de ocasiones fui requisado por la policía a lo largo de la década de 1980. Imagino que millones de jóvenes como yo fueron sometidos a estos procedimientos suaves y benignos de control. Otros centenares y miles tuvieron peores destinos: tortura, desaparición forzada, apaleamiento, heridas por arma contundente, de fuego, cortopunzante,

seguimientos sistemáticos, acoso a sus familias y vecinos, interrogatorios brutales, desmembramiento y muerte. Como ayer, los jóvenes de hoy son, con frecuencia, sospechosos usuales a menos que tengan siempre una sonrisa Pepsodent en los labios, una pose Facebook y una disposición golosa al consumo decente, esto es, desmedido a la manera de los bobalicones adolescentes *bien* de la Disney Televisión.

Hoy, canoso, con cara de profesor universitario, es rara la ocasión en que soy requisado, pero suelo ser interrogado por todo tipo de autoridades, empezando por los vigilantes en las porterías que me preguntan hacia dónde me dirijo, o por funcionarios de inmigración en los aeropuertos que quieren saber cuál es mi ocupación y de qué ciudad vengo de viaje, o por los oficinistas de bancos que necesitan saber cuál es mi salario o si tengo bienes inmuebles para respaldar un crédito, o por vendedores que me piden que *les regale* el número de mi teléfono celular o de mi cédula, o por el operador de un *call-center* que me solicita responder algunas preguntas para *validar* un procedimiento. ¿Qué pasaría si en cualquiera de esos casos me negara a contestar, me negara a firmar una carta autorizando requisar mi maleta, me negara a ser raquetado o escaneado o interrogado, me negara a decir el número de mi cédula o mi celular, me negara a responder hacia dónde me dirijo, o rehusara informar cuál es la

dirección de mi casa a efectos de validar el proceso? Obviamente se revelaría el rostro poco amable y gentil de los sistemas de seguridad: «Entonces no puede pasar, no se podrá despachar su maleta, no puede entrar, no puede ingresar al país, no puede subir al avión, no puede descender del avión, no puede permanecer en este recinto, no puede obtener la tarjeta, no puede obtener un cupo, no puede...»

Cuando finalmente abrí la maleta descubrí algo increíble: estaba intacta. No la abrieron nunca. No la tocaron. Les bastó la nota en mi carta indicándoles que se trataba de una botella con arena, ¡estúpidos!

Perdón. Gracias. Gracias. Perdón.

Hoy entiendo que, claramente hay riesgo de crímenes, ataques terroristas, bombazos, clonación de tarjetas, abuso, seguimiento criminal, etc. Pero es evidente que los sistemas de seguridad están usufructuando el clima generalizado de temor para catear, sin ninguna limitación, nuestros cuerpos, nuestros datos, nuestros registros, nuestras cosas, nuestras llamadas, nuestros gestos, nuestros actos.

Y ese es el más profundo, turbio, tenebroso y abusivo de los terrorismos. Y de la peor calaña porque se ha hecho tolerante, admisible y consentido. Consentir la intimidación es el efecto más profundo de esta forma de terrorismo.

¡Hey, perdón!, no lo digo en serio. Perdón. Gracias, gracias. Perdón.



■ Mutiladas

Extrañezas del paisaje urbano

Agosto 9 de 2014

Es sábado 9 de agosto de 2014. Ayer cayó sobre la ciudad un aguacero poderoso. Tres lloviznas menores lo habían precedido durante la semana, tras meses de verano seco y sediento. Estoy en Cosmocentro y al frente veo *Siloé* y sus *callecitas*. Es la esquina de la calle 5 con carrera 50: la carpa del Circo Chino de Pekín, últimas funciones, 2 por el precio de uno; la estructura maquina y prematuramente envejecida de lo que alguna vez será el teleférico que conectará por cable a *Siloé* con la estación central del MIO; la vieja Unidad Residencial Santiago de Cali, una de las primeras en convencer a toda una generación

de hombres y mujeres de clase media de que vivir apretujados en arrumes de apartamentos era mejor y más seguro que hacerlo en casas más o menos espaciadas.

Entonces vi una torcaza, de esas que hábilmente se han adaptado a las ciudades. Buscaba migajas desperdigadas en el piso de la plazoleta de comidas de Cosmocentro, entre 200 y 250 mesas para comer, una de esas maneras en que los centros comerciales han sabido reinventarse.

La torcaza solitaria me pareció simpóna y la seguí unos segundos sin más interés que llenar de sentido mi propia

espera. No tenía nada qué hacer. Y entonces advertí que le faltaban los tres dedos de la pata izquierda. Qué curioso. Quizá la imagen exacta de nuestra paz, un poco contrahecha y difícil. Por lo menos es más cierta y precisa que el desabrido icono de Santos hoy y el de Betancourt ayer: una paloma blanca e inmaculada. El signo chic que Santos adoptó de última hora al final de la campaña electoral de 2014, después de la derrota de la primera vuelta. Repartió miles de prendedores con la paloma entre los invitados a su posesión el pasado jueves 7 de agosto de 2014. La torcaza coja es nuestra paloma de la paz, la representación exacta de una tarea ardua y difícil de reconstrucción del país, de reparación de sus mutilaciones y abismos, de curación y sutura de heridas. La torcaza cojeaba con dignidad y le tomé algunas fotografías con el desastre de mi teléfono móvil.

Luego llegaron otras torcazas. Una de ellas grande, de las arroceras, una morada. En total se juntaron seis colúmbidos comunes, atragantándose de restos de comida.

Y entonces lo noté: cuatro de las seis torcazas están mutiladas. A una le falta un dedo en la pata izquierda; a otra, los dedos de las dos patas, es decir camina sobre los muñones; la tercera, dos dedos de la pata izquierda; y a la cuarta dos dedos de la derecha.

Estas viajeras de nuestros campos minados están allí ante mis ojos y me estremece la imagen. ¿Cuatro de seis? Vuelvo a contarlas y tomo nota.

No he leído en prensa un informe sobre el fenómeno. Llamo a mi hermano Robertulio González, biólogo, y le pregunto si conoce algún informe

ornitológico sobre el fenómeno en Cali o en Colombia. Me dice que no conoce ninguno, pero me sugiere que los hilos sintéticos que usamos para infinidad de cosas van a parar a las calles, a la basura, a la tierra y se les enredan en la patas. El saldo, quedan mutiladas luego de que las heridas se infectan.

Cuatro de seis torcazas.

No quiero ni pensarlo: ¿es una epidemia urbana?

Decido hacer un breve rastreo en Internet y lo que encuentro me asombra más. El fenómeno parece mundial. Encontré una página en Madrid sobre el tema: *Mis amigas las palomas*. Hay informes sobre el fenómeno en Londres, Madrid, Bilbao, Santiago, Nueva York... De hecho, hay una organización dedicada al rescate y cura de *palomas amputadas y aves* en Inglaterra (*Pigeon and Dove rescue*). Navegando por Internet en cosa de apenas algunos minutos comprendí que la pequeña torcaza a la que seguía para llenar de sentido mi espera no es más que una en la larga lista de externalidades de la industria de los hilos y fibras sintéticas, la misma industria que alimenta, entre otras, al poderoso negocio de los pañales, esa maquinaria de basuras y fibras sintéticas que van a parar a los vertederos.

Sé que son, de lejos, temas menos importantes que la desnutrición de los niños en Colombia, la brutal sequía en la Guajira, la amenaza del ébola y la carnicería israelí en Gaza...

... Pero ¿4 de 6?

Y todavía hay gente que cree que las cosas marchan a las mil maravillas.

De ahora en adelante, cuando algún ministro de economía, administrador de pacotilla, empresario emprendedor

y moderno, industrial aventajado, productor entusiasta y feliz de la economía global me hable de las maravillas de la economía mundial actual, una que se precia de ser cada vez más responsable en términos sociales y ambientales, me gustaría decirle: «Sí, muy bonito todo eso, señor Mauricio Cárdenas,

pero hágame un favor: tómese un tiempo, vaya a un parque y mire, por un momento, las torcazas de su ciudad. ¡Observe sus patas!».

¿4 de 6? ¿Es una epidemia de palomas mutiladas? Y los basureros a cielo abierto, mezcla de alimentos y fibras sintéticas, ¿son sus minas quiebrapatas?



■ No lugar

Del trabajo que borra las huellas y rastros humanos y se borra a sí mismo

Bogotá, septiembre 19 de 2014

El Chaplin de tiempos modernos no baila; el de los tiempos posmodernos, sí.

Millones de personas en el mundo hacen *no lugares*, reinos del anonimato, ejerciendo un oficio que barre y borra, y los emborriona.

Son las 11:31 p. m. El Aeropuerto El Dorado, Bogotá. Puerta 43. Un hombre joven, no más de 30 años, está a cargo de la limpieza de uno de los locales, una enorme vidriera, la de Studio F, el lucrativo negocio de ropas y moda inaugurado en Colombia hace 20 años. Vendió en 2011 3 millones de prendas y

facturó cerca de 290 mil millones de pesos. Dos años después, cosió 7,5 millones de prendas, facturó 378 mil millones y aspira en los próximos años a hacerse con unas 500 tiendas enclavadas en Brasil, México, Chile, Estados Unidos, Costa Rica, Panamá, Perú, Guatemala, incluidas las 108 colombianas. La vitrina, de unos 80 metros cuadrados, más grande que una vivienda de interés social, luce limpia y resplandeciente, pero requiere un pulcro y enérgico trabajo de aseo y pulimento para barrer y borrar la imperceptible huella de miles de manos que han tocado el vidrio, escupitajos y vaho, polvo y moco, gotitas de sudor, trocitos

de cabello. La tarea exige energía, ritmo continuo y algún divertimento para transformar una rutina mecánica y gris en algo mínimamente poético y decente. Y nada mejor que la salsa para electrizar una tarea sin encanto.

En un pequeño equipo de sonido, potente y claro, el limpiador empieza el meneo despachándose *Juanito Alimaña*. Meneo y trapo, meneo y aseo. Brillo y meneo. Una descarga continua de guateque entremezclado con salsa choque, reguetón, vallenato. Un palo de diez metros con microfibras en el extremo baila una danza de movimientos veloces y calculados. Perfectos. Este obrero del *no lugar* va a dejar impecable una vitrina que ya resplandece sin haberle pasado un trapo. Nadie podría detectar los microvestigios de grasa y mugre en la vitrina. Nadie que no sea el inspector a cargo de verificar la calidad del trabajo bien hecho y mal pago.

En la vitrina los trajes y colores de temporada: rojos, negros y blancos. La paleta cromática de la reina de corazones de *Alicia en el país de las maravillas*, apenas distorsionada por un par de chaquetitas y bluyines de mezclilla azul celeste.

Este Chaplin de los tiempos posmodernos está atrapado en una escena singular: de un lado, la gran vitrina de vidrio a pulir, y al otro, una enorme pantalla integrada por 16 televisores LCD por la que circulan, de manera repetitiva, una decena de videos de Studio F. Y el limpiavidrios va disolviendo la grasa, las huellas, las motitas de polvo, las salpicaduras de la vitrina. Luego avanzará hacia los destellos de la pantalla de video en que espejean modelos piñilargas y delicadas cargando —obreras ellas

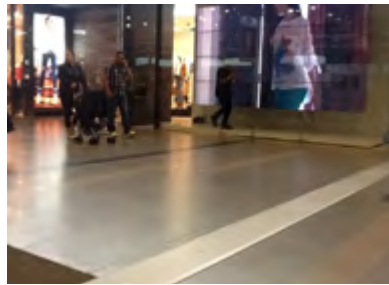
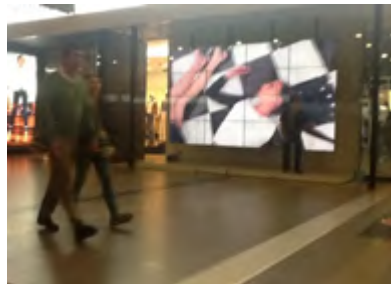
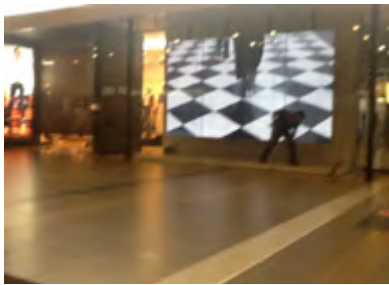
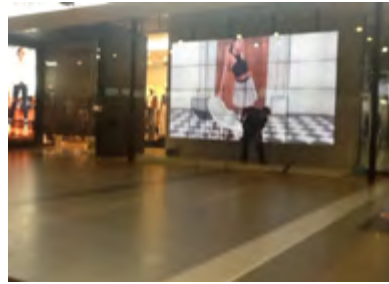
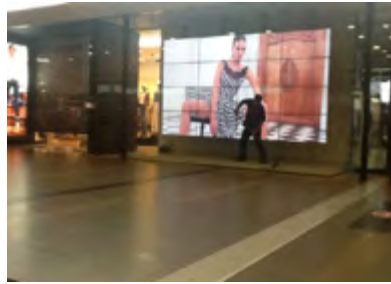
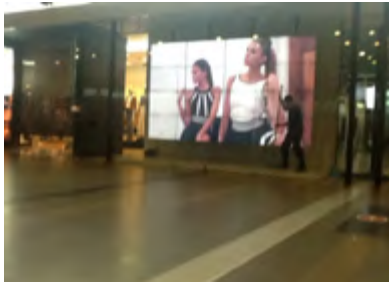
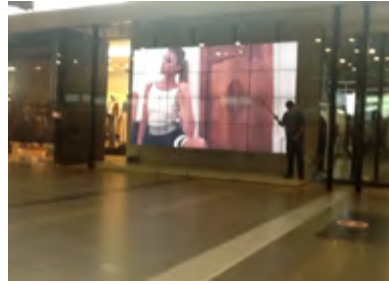
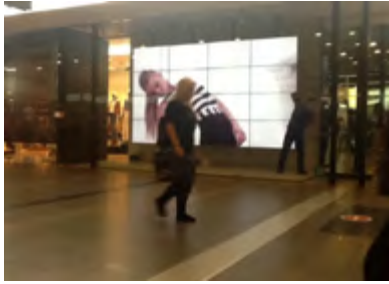
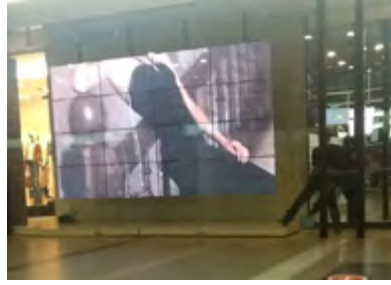
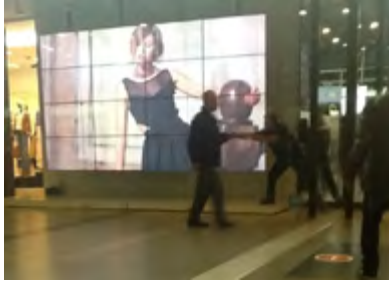
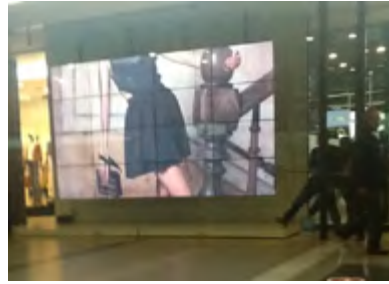
también— los trajes de diseñadores, obreros ellos también. Todos —diseñadores, videógrafos de Studio F, modelos, limpiavidrios— obreros de la apariencia, de los acabados, del pulimento. Los de allá, bien pagos, trabajan la segunda piel de las clases medias y altas del país; el de acá, el mal pago, trabaja la piel de vidrio en que se transparentan las otras pieles, las de los modelos, las de tela.

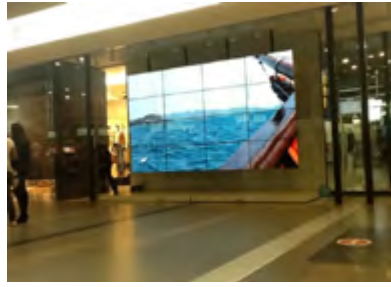
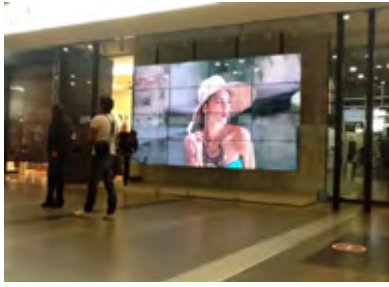
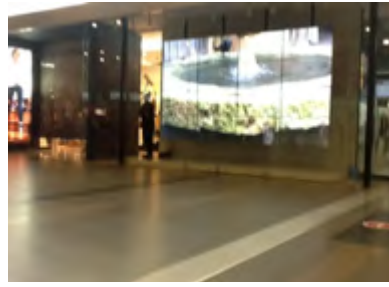
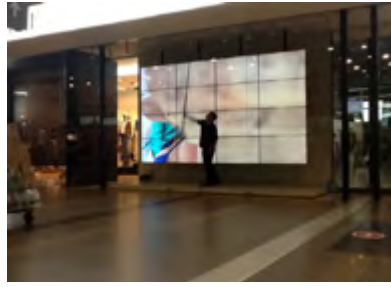
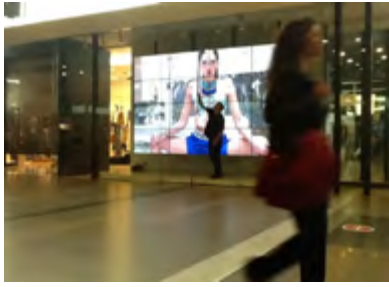
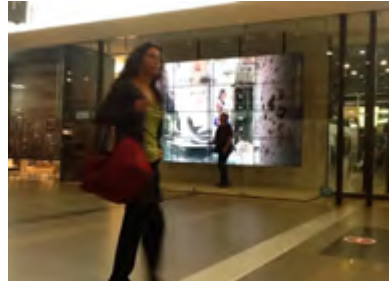
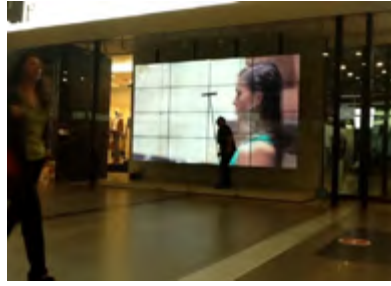
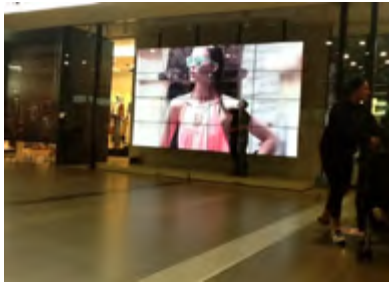
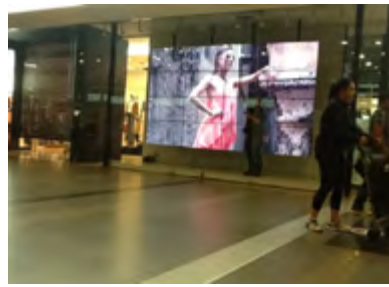
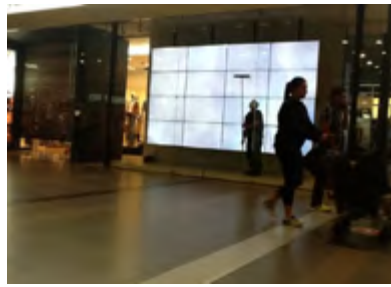
Impresiona entonces esta escena que emparenta al obrero salsero con el mudo fluido de videos Studio F, y con esta tienda de ropas que, iluminada a las 11:58 p. m, produce dos mil pesos por minuto. Para pagar el salario mensual de Chaplin, a la tienda le bastan 5 horas de ventas.

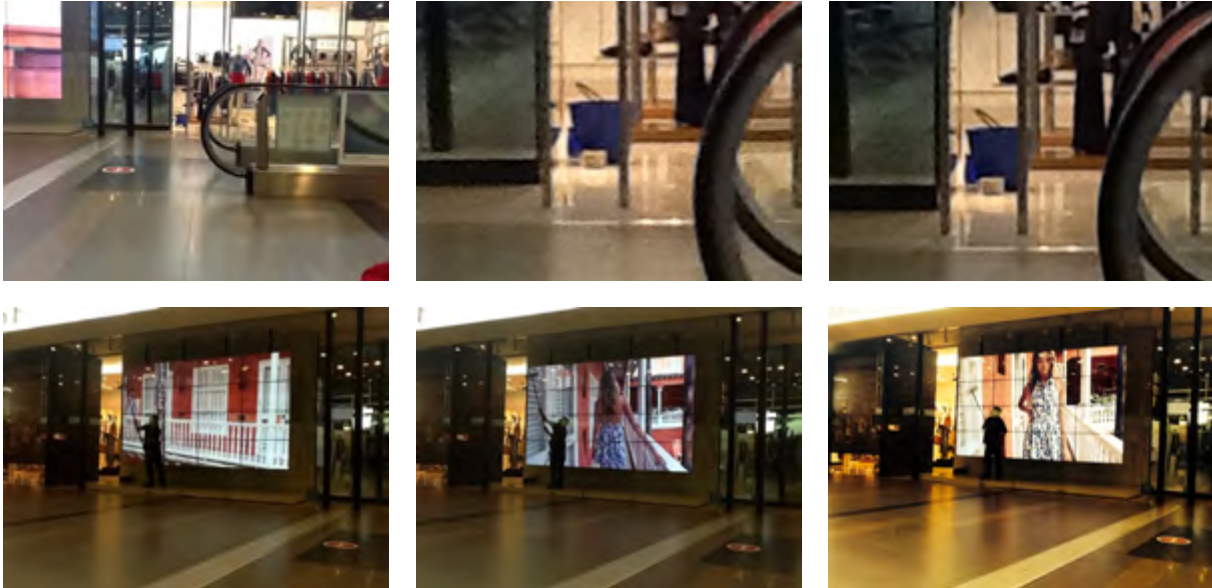
Casi 30 minutos de trabajo continuo y sostenido lleva el creador de *no lugares*, el borrador de marcas y huellas, el enlucidor. Toda la tienda está bajo cuidado de este hombre menudo, un viernes 18 de julio de 2014. Además de asear, está a cargo de aceitar la maquinaria para mañana: verifica que las persianas eléctricas se deslicen, y que las pantallas (vitrina y TV) sean *la región más transparente* del aeropuerto.

Doce movimientos de arriba abajo con el trapo de microfibras azul por cada celda de la gran pantalla. 12 movimientos en un poco más de 20 segundos. 16 celdas. Trabaja para ATESA, una empresa *outsourcing*.

Luego vienen movimientos en rollos, de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, 32 círculos en remolinos sobre cada una de las cuatro celdas inferiores de la pantalla. Luego, pasa revista minuciosamente sobre las celdas que ha pulido, y va borrando aquí y allá imperfecciones pendientes.







En la esquina inferior izquierda, el pequeño equipo de sonido del bailarín.
Fotografías por Julián González.

Suena un reguetón, un *mix* de Joe Arroyo. Vuelve el baile y la fiesta del hombre solo. Son las 12:11 a. m. Ya es sábado 19 de julio, y todavía no termina.

Mi homenaje a este hombre que decidió rumbearse un trabajo que descarna y mecaniza.

Son las 12:40 a. m, y Chaplin sigue bailando.

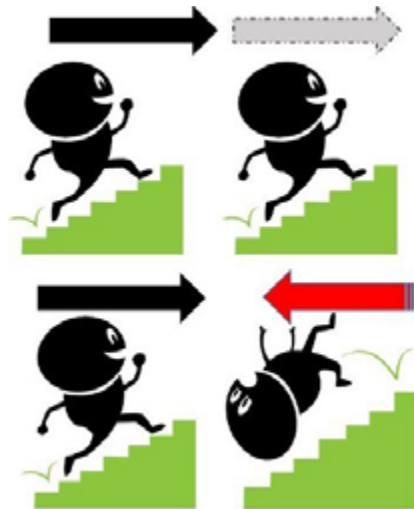


Imagen modificada de <https://bit.ly/3jEaG7q>

■ Somos crononautas cuando las cosas marchan, o viajeros sin tiempo, cuando se arruina el mañana

Leemos y anticipamos continuamente el futuro

Cali, septiembre 19 de 2014

No es cierto que vivamos en el presente. Incluso, no es cierto que estamos continuamente examinando el pasado. Lo que nos define es más bien nuestra orientación al futuro. Vivimos volcados en el porvenir. Anticipamos todo el tiempo. Somos *Homo anticipator*. Nos desenvolvemos sobre supuestos. Esos supuestos no son nada más que nuestras anticipaciones regulares. De manera automatizada y naturalizada damos por sentado que, aún sin verificarlo, las cosas estarán allí donde prevemos que estén, y que al mirar atrás no nos volveremos estatuas de sal, y nos mojará el agua en que sumergimos

nuestro cuerpo y sabrá dulce el caramelo que recién desempacamos. Caminamos la ciudad, conducimos un auto, giramos en bicicleta, y no experimentamos cambios emocionales significativos y súbitos a menos que haya algo que desafíe, de manera grave, nuestras expectativas y previsiones. Llamamos realidad ordinaria a la relativa estabilidad del tiempo previsto, a la muy moderada violación de nuestras expectativas futuras. Realmente vivimos tan embebidos en el futuro y sus previsiones que llamamos accidente e incertidumbre a esos lapsos en que el tiempo estalla y derrama imprevistos y fallas.

Imagine que, al volver el rostro, el computador en que escribe ha desaparecido. Solo medio segundo después de mirar atrás y, ¡insalabín!, se ha esfumado. El estremecimiento que usted experimenta en ese momento no es más que la confirmación de, hasta qué punto, vive cómodamente inmerso en futuros previstos.

Ahora imaginemos un segundo escenario: una ciudad sitiada y rota tras un terremoto. Cada quien intentando sobrevivir al desastre. En un escenario como ese, con todas las expectativas trizadas, la persona necesariamente permanece volcada en el presente, en lo inmediato, en el ahora. La angustiada visión del porvenir en ruinas, sin más tiempo que el presente inmediato, puede advertirse en la novela postapocalíptica de Paul Auster, *El país de las últimas cosas* (1987) o en cualquier relato de guerra. O en los relatos de exilio y desplazamiento. O en la charla de los empleados de una empresa que está recortando personal semana a semana. O en el de la persona desahuciada. O en las narrativas de los corredores de bolsa y la angustiada inestabilidad del valor de las acciones.

La diferencia entre la pobreza y la miseria es justamente esa: uno está en la miseria cuando han desaparecido todas las expectativas, cuando todo futuro se derrumba, y no quedan más que mojonos dispersos de presente. Y es bueno notar que el *estado de miseria* no está reservado necesariamente a los sectores más humildes. Amenaza incluso a aquellos que tienen empleos bien pagos, pero a destajo o precarizados.

El efecto más significativo e importante de la inseguridad (jurídica, política,

legal o delincuencia) es la erosión cotidiana de estas porciones de *futuro mínimo*. No saber si uno llegará a casa completo o no estar seguro de que mañana se repetirán algunas de las formas confortables del hoy, destruye el soporte real del presente: el futuro.

Los jóvenes universitarios recién graduados. Los bachilleres. El soldado que retorna de su año de servicio militar. El trabajador cesante. Todos experimentan alguna forma de supresión y predicción de futuros.

Las guerras extendidas, los desastres naturales, las crisis económicas generalizadas, los contratos flexibles, no hacen otra cosa que devastar las bases del tiempo, triturar las mínimas porciones de porvenir que permiten desanclarnos del presente. Si no hay dos días, dos meses, dos años, dos décadas de mañana sabido, el tiempo se hace discontinuo y leve, y la vida, sobrevivencia.

Entonces, el mañana estabiliza el hoy.

Este estado de cosas es uno de los efectos más notables y fascinantes de la modernidad. Cientos de millones de personas en el mundo viven como si hubiera mañana. Esa experiencia particular del tiempo, esa manera singular del tiempo, es una conquista genuinamente moderna. Todas las alarmas ambientalistas revelan cómo la amplia geografía del mañana, inventada por la modernidad, se ha hecho frágil. Y las alertas de la Organización Mundial de la Salud sobre futuras pandemias, la recortan más.

Y hay agencias y fuerzas muy interesadas en afectar esa frágil configuración del tiempo histórico, en achicar el tamaño y densidad del futuro, ya sea desencantándolo o banalizando,

pues cada vez entendemos mejor hasta qué punto el mañana es el real y poderoso modulador del presente. Sin mañana, el presente se hace frágil y manipulable. Los discursos del terror son munición efectiva de demolición de futuros. Y el miedo y el estrés generalizados, sus productos.

— ... Mamá: ¿hoy ya es navidad? — dice el niño, confortablemente habituado a un porvenir encantado.

—Todavía no —le responde la mamá resguardando para él las ilusiones del mañana. Porque el presente es flor cuyas raíces crecen en el futuro, y el tiempo— mañana es la luz que las colorea y nutre.



■ Breve celebración de la opacidad

Ni 'dark', ni brillante, ni transparente

Cali, noviembre 22 de 2014

Solo opaco. *Opaque is beautiful.*

¿Cuáles son las piedras preciosas?

¿El diamante?

¿La perfecta transparencia?

¿El oscurísimo onix?

¿El brillantísimo zafiro?

Permítanme celebrar la belleza opaca y abundante de las grises piedras de río.

Opaco es el trabajo gris, poco celebrado, pero fundamental de *los muchos, los callados*, en la tras escena de la historia. Opaco es lo borroso, lo inclasificable, lo turbio, lo que no se deja tratar maniqueamente en términos cristalizados y endurecidos como *bien/mal, oscuro/claro, positivo/negativo*. Fue turbia, y no transparente, el agua en que floreció la vida

hace 3.800 millones de años. Lo magmático de que habla Cornelius Castoriadis es *opaco*. Lo opaco se resiste al entusiasmado brillo de lo rutilante, a la luminaria del *show*, del espectáculo y sus lentejuelas. No se desgasta en la incandescencia. Pero también se sustrae a la falsa tristeza de lo *dark*, esa celebración superficial de lo oscuro, esa impostura, la aparente profundidad de los que se rinden antes de dar cualquier pelea, pues decidieron que el mundo entero es una *mierda* —a propósito, la mierda es opaca y propicia; al mismo tiempo peligrosa y rica en vidas—. A lo opaco tampoco le interesa la transparencia, tan celebrada por los corruptos que la promueven mientras



Diamante, tomado de <https://bit.ly/3jFXAH2>



Onix, tomado de <https://bit.ly/38EjtzW>



Zafiro, tomado de <https://bit.ly/3iDBeVN>



Piedras de río, tomado de <https://bit.ly/3AY1X6I>



Conexiones, tomado de <https://bit.ly/3mZUuiT>

saquean. Y mucho menos admite la invisibilidad o la minusvalía de los que se achican para pasar desapercibidos.

Lo opaco es la actitud de los tímidos, mudos, de los que vacilan porque no se creen ningún cuento y no tienen falsas certezas ni dogmáticas seguridades.

Los opacos tardan en responder porque no tiene respuestas formateadas ni consignas. Hablan una lengua balbuceante e insegura.

Lo opaco es la actitud de los incómodos y de los que incomodan. Son molestos justamente porque no terminan de cristalizar en algo: son espesos y nutricios porque descuadran y no parecen calzar en ningún lado. Son como el silencio, esa forma de opacidad que molesta tanto: los medios de comunicación no soportan el silencio. El amor *Hello Kitty* no soporta el silencio. Los políticos no soportan el silencio. Los cócteles ni las relaciones públicas soportan el silencio. La duda es opaca. También la pregunta. Los opacos prefieren callar. Son reservados. Es decir, tienen reservas —en todos los sentidos del término: almacenan, secretean, ahorran, protegen y dudan.

El humo tóxico es opaco y el vapor del café y el té. El cielo gris de las tormentas y lluvias por venir. La neblina es opaca. Opacos y húmedos son los sesos, y los fluidos de nuestras horas de sexo.

Opaco es el futuro y la memoria, esa maraña de hilos siempre prestos y dispuestos a ser retejidos y reescritos. Y opaco, casi turbio, es el momento en que abrimos los ojos tras dormir largamente o cuando descorremos el velo de las ilusiones y los engaños. Opaco es el instante en que dejamos de creer y empezamos a crear, estremeciendo desde abajo la inmovilidad y la certidumbre.



■ El despertar de la plenitud

Cali, enero 5 de 2015

I.
Kundera publicó en 2013 una *nouvelle*, *La fiesta de la insignificancia*, una mezcla bien atada de ideas sesudas, absurditos desparramados aquí y allá, hombres y mujeres al filo de la muerte, aburridos y tristes porque más o menos saben que ni de la desesperación se pueden salvar.

Evocaciones de infancia.

Sexo insustancial.

Puestas en escena teatrales que parecen sueños. Pesadillas que atormentan una y otra vez a algún personaje. Las pequeñas miserias y mezquindades de un par de intelectuales. Algunos atisbos a la (ahora) ridícula y cómica prepotencia

del estalinismo (ninguna mención a la nada ridícula y cruel realidad de la Francia apaleada por las crisis económicas).

Todo en *La fiesta de la insignificancia* cuadra bien. Todo está escrito con precisión relojera. Incluso hace clic, como un delicado engranaje, la secuencia final en que un cazador —evocación fantasmal de una fábula (en) que (se) recrea a Stalin— termina disparándole a decenas de estatuas de emperatrices francesas.

La revista *Arcadia* la incluyó entre las mejores novelas del año.

Disfruté esta nueva entrega de Kundera, pero algo en ella me molesta.

¿De dónde viene tanta depresión y tanta lágrima?

En la solapa del libro, un Kundera envejecido y carilargo. Y en la portada, una ilustración: un rostro picassiano, asexuado y tristón carga en la mano un ojo izquierdo. El dibujo es de Kundera. No hay ninguna escena llorosa en la novelita, pero todo parece pasado por agua y pañuelos como ese rostro aburrido.

II.

En Cali, como es usual en diciembre, se instaló el parque de diversiones o ciudad de hierro frente a Cosmocentro. River View Park, un amasijo de máquinas cuya materia prima no es el metal ni la electricidad, sino la aceleración (y sobre todo nuestra aceleración endémica: la fuerza de gravedad). En eso los parques de diversiones se parecen a los aceleradores de partículas, solo que, en vez de dispararles a protones y neutrones, bombardean y zarandean el cuerpo de las personas que, por demás, terminan por aprender una lección sencilla: para disfrutar el zacadón es menester entregarse a la máquina, dejarse arrastrar, aceptar la muenda, relajarse y caer, caer, caer y caer sin resistirse.

Cuando tomé esta foto, la tarde del 28 de diciembre de 2014, estaba sentado



Parque de Diversiones, Cali, diciembre de 2014.

en la pequeña plazoleta de comidas del parque de diversiones. Al fondo veía un aro inmenso con nombre ostentoso que me recordó a los aceleradores de partículas, solo que mientras uno cuesta cientos de millones de dólares y se llama simplemente ciclotrón, este aro gigante en el que una treintena de personas giran y giran hasta vomitar no cuesta más de algunas decenas de millones de pesos y tiene un nombre exagerado: Fire Ball. En la ciudad de hierro, la casita del terror se llama Dark Ride. El enorme péndulo, Ranger. Y así cada lugar de zarandeo tiene su rimbombante nombre de película o de supermáquina tipo *transformer*, aunque no sean más que desvencijados, retorcidos y ruinosos aparatejos baratos: Torre Super Shot, MiniDance, Barco Pirata, Cataratas...

En el medioevo se pensaba que una buena ración de zarandeos, pellizcos y sacudones restablecían el alma desequilibrada del alienado, del loco. Y a mi lado está precisamente una familia, dos mujeres sesentonas, una joven regordeta de veinte de años y tres niños que vuelven de disfrutar su propia ración estabilizadora. Pero no están locos. Son personas sencillas y esforzadas que atesoran cada peso para hacerse a esta celebración del cuerpo. Ellos y yo hacemos parte del 90 % de la población humana que se apropia el 20 % de la riqueza producida; todos vamos en el vagón de cola de un tren que se mueve a vapor y a palazos de carbón, mientras muy adelante va el otro, uno que vuela sobre soportes magnéticos, con el 10 % de la población humana restante y el 80 % de toda la riqueza.

Ya se gastaron casi los 30 mil pesos del Park Access, una tarjeta con banda magnética que permite usar los

entretenimientos del parque. «Abuela, yo quiero montarme más», dice la más pequeña del grupo, una niña de trenzas largas, 4 años cuando más. Deimar, un niño de 10 o 12 años la carga en sus piernas, mientras mira babeando el Fire Ball. Obeso y de rostro lindo y negro, luce un par de aretes de cristal, uno en cada oreja. La abuela le explica a la niña que la última entrada es de Deimar y que no hay más (estoy tentado de obsequiarles algo de dinero para que usen otras estaciones del parque, pero me abstengo porque no quiero pasar por un extraño que los trata como limosneros y los rebaja). La abuela recibe una llamada en el teléfono móvil: explica a su interlocutor que el dinero se agotó. «Tengo 20 mil, pero son para los pasajes de la próxima semana, y no me han pagado todavía en el trabajo», le responde esta mujer a —me imagino— la mamá de los niños. Mientras la abuela busca en el bolso algún billete extra, Deimar se marcha a disfrutar su última ronda, El Barco Pirata, de donde regresará quince minutos después satisfecho y sudoroso.

Se marchan los seis a las 4.52 de la tarde.

III.

Me pregunto qué le puede enseñar Kundera a Deimar, a sus aretes de vidrio y su entusiasmo de Barco Pirata. Creo que muy poco.

—Deimar, la vida es una mierda, una pavada —le dirá el escritor.

—Para, para, para viejo Kunde —le dirá el niño—. ¿Tenés 3.500 pesos para cargar la Park Access? Quiero subirme a las Cataratas. Es que a mi *abue* solo le pagan el mes que viene.

—¿Y en qué trabaja tu abuela?

—No lo sé, pero trabaja todo el día de seis de la mañana a cinco de la tarde, y solo le pagan los viernes, en quincena.

Entonces el escritor se sonríe un poco, y Deimar insiste:

—Kunde, ¡*quiubo* pues! Solo necesito un euro tuyo pa' ir a las Cataratas.

Kundera se esculca la gabardina y encuentra 50 euros en un bolsillo de botones rojos y enormes. Antes de pasárselos a Deimar lo mira a los ojos, frunce el ceño, deja de sonreír y le advierte: «no te harán feliz».

Deimar se aleja, hace una prolongada fila donde recargan las tarjetas del parque y consigue negociar con el cajero 50 euros por 100 mil pesos. «Te ganás 45 mil», lo convence el niño mientras el cajero examina el billete a trasluz. «Me lo dio el *man* de allá —señala con el dedo a Kundera—. Dice que es escritor. Y parece que sí porque vive como en la luna, el pobre».

Regresa con un fajito de billetes, la Park Access recargada y un *cholado*.

—Solo una chupadita, Kunde, para que lo pruebe —le dice Deimar, mientras le devuelve el resto de dinero que el escritor rechaza pidiéndole que lo guarde, que se lo obsequia—. ¡Gracias, Kunde! Este *cholado* es rico, pruébalo.

Y Kunde lame un poquito y le gusta. Entonces quiere un poco más, pero Deimar lo detiene:

—Ah, ah... No, no. Pará, pará. Era solo un poquito. Esto no te hará feliz —se carcajea el niño—. Ya vengo. Voy de nuevo al Fire Ball, que tampoco me hará muy feliz.

Y Kundera ve alejarse al niño gordito.

Se burla de mí —piensa Kundera— mientras garrapatea alguna nota en

su cuadernito azul: «Apuntes para *El libro de la risa y el olvido (parte II)*: “Un niño negro atraviesa el River New Park sin detenerse a mirar al escritor que desespera. Anotación adicional: incluir una macedonia en la escena. Indicar que en estas tierras le llaman ‘cholato’ o ‘chorreado’ o... Verificar el nombre de este helado sabroso. Incluir una escena en que relato al niño la fábula de Stalin: quiero saber cómo Deimar reacciona a esta historia. Es un niño vivaracho”».

Cuando lo ve regresar oculta el cuadernito azul y abre *La fiesta de la insignificancia* en el pasaje donde recrea el relato de Stalin cazador.

Deimar se sienta satisfecho en una silla, frente a Kundera que suda a mares.

—¿Quiere que le traiga una infelicidad bien helada para que se refresque?

Kundera se ríe.

—No, no hay problema. Mejor me quito la chaqueta, ¿no? —La dispone con elegancia y cuidado sobre una de las sillas Rimax—. Imagino que disfrutaste la última atracción del parque.

—¿La última? No. Todas. Son buenisimas. ¿Quiere subirse a una? ¿O es que está muy *traquetiado* como para aguantar emociones muy fuertes?

—¿Qué quiere decir *traquetiado*? ¿Y podrías hacerme un favor? Me repites el nombre del helado que compraste.

Le explica que *traquetiado* quiere decir viejo, gastado, usado; y que el helado se llama «cholato»:

—Ce. Hache. O. Ele. A. De. O. Cholato.

Tras deletrearlo, Deimar le pregunta qué escribe en la libreta.

—Es una historia, aunque en este cuaderno a veces dibujo o escribo un

dato que me interesa. En otras ocasiones hago apuntes para nuevas historias. ¿Quieres escuchar una?

Deimar se sienta en la silla no muy convencido, pero se decide a atender el relato de Kundera. Al fin y al cabo, «el viejo ha sido todo un parcerero, ¿no? Se ha portado bien».

—Soy todo oídos, Kunde.

Y Kundera carraspea un poco y, ceremonioso, le lee la pequeña fábula de Stalin cazador:

Las veinticuatro perdices:

Después de sus largas y agotadoras jornadas, a Stalin le gustaba permanecer un rato más con sus colaboradores y relajarse contándoles anécdotas de su vida. Por ejemplo, esta:

Un día él decide ir de caza. Se pone una vieja parka, se calza unos esquiés, coge un fusil de caza y recorre trece kilómetros. De pronto, ante él, ve unas perdices en las ramas de un árbol. Se detiene y las cuenta. Hay veinticuatro. ¡Vaya mala pata! Solo ha llevado doce cartuchos. Dispara, mata a doce, luego da media vuelta, recorre otra vez los trece kilómetros hasta su casa y coge otra docena de cartuchos. Recorre una vez más los trece kilómetros hasta las perdices, que siguen en las ramas del mismo árbol. Y por fin las mata a todas...

—Fin de la historia, Deimar. ¿Qué te ha parecido?

—¿Y eso es todo? —se limita a decir el decepcionado Deimar—. ¿Y de esas cosas es que escribe usted?

Y Kundera tiene un breve estremecimiento de vergüenza, como si el niño

de los aretes le hubiera devuelto una imagen descarnada del *rey desnudo*. No sabe qué responderle y el azoramiento colorea sus mejillas. Los altoparlantes del parque de diversiones lo salvan del impase cuando suena la canción de moda en Cali, *el ras tas tas*, y un Deimar electrizado se pone de pie de un salto.

—Es *salsa choque* —dice el pequeño, que comienza a bailotear con un vigoroso y demoledor sentido del ritmo. ¿Cómo es posible que ese niño gordiflón se mueva descuadernando el cuerpo, haciendo que sus pies sigan la melodía mientras sus brazos se balancean con cadencia y las caderas se mecen precisas cabalgando sobre el golpeteo? Kundera está fascinado—. ¡Párese y le enseño! —indica Deimar mientras lo hala de un brazo.

Renuente e inseguro al principio, Kundera cede a la persistencia del niño y un instante después se ve a sí mismo intentando levantar una pata, menear las caderas, alzar los hombros, doblarse, arquearse, mover los pies como hace el pequeño. Quiere para sí esa contagiosa y embriagada celebración de la música y el cuerpo. Quiere esa habilidad para mercearse con la salsa y entregarse al vértigo del ritmo. Quiere un poco de esa alegría carnal y estridente.

—¡Demonios!, eres un *tanečník*, un bailarín, un prodigio.

Kundera alcanza a calibrar la enorme distancia entre el tempo de su cuerpo y el de ese niño que maniobra entre la música como suspendido sobre millones de hilos y resortes transparentes.

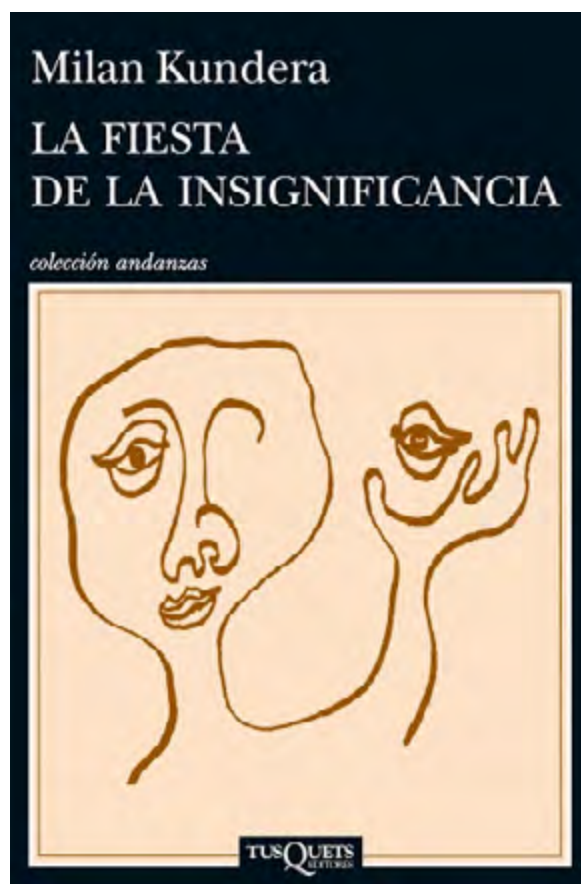
—Y eso que Fercho, bailaba mejor que yo —le dice Deimar.

Kundera toma nota en su cuaderno azul: «A Fercho (Fernando), primo de

Deimar, lo mataron en su barrio. Eso me cuenta. Dice que tenía doce años. Pelea de pandillas. La Estrella Dorada (barrio San Luis) vs Los Mosca (barrio El Troncal). Dos puñaladas. Deimar dice que vio quién lo hizo, un tipo al que le decían ‘el enano’ (le decían porque lo mataron meses después a balazos en la plaza de mercado Santa Elena)».

—Y claro, nos tocó perdernos a todos, toda mi familia tuvo que salir del San Luis. Es que nosotros no somos como las perdices de su *estalin*, ¿no? ¡Nosotros sí, de una, a volar!

Kundera completa los apuntes en su cuadernito azul cuando ve a Deimar



Portada del libro *La fiesta de la insignificancia*, Milan Kundera.

perderse entre la gente luego de despedirse con un sencillo apretón de manos: «Me dijo que dejara la pendejada y que yo estaba muy viejo para andar lloriqueando y aburrido de la vida. “¿Sabe qué, mijo? ¡Cómprase un cholado y súbase al Barco Pirata, baile más, porque si no un día se lo lleva la que lo trajo y ni se da cuenta de que estuvo aquí!”. Eso me dijo Deimar.

Y sí: realmente, son deliciosos los cholados».

IV.

—¿Y de esas historias es que escribe usted, viejo Juli? —me dijo Deimar en un sueño, anoche.



Milán Kundera: n. Brno, 1 de abril de 1929: m. Cali, 12 de enero de 2019.

Cholado o macedonia.
Tomado de <https://bit.ly/3kSmjXJ>



Fotografía por Natalia Cárdenas

■ Memoria

Cali, enero 15 de 2015

Me robé esta imagen: la tomé del álbum de Facebook de Natalia Cárdenas. Cuando la vi sentí un estremecimiento decidido y franco. No sé de dónde proviene ni de qué se trata esta imagen, pero en un instante supe que es la mejor representación de la memoria que he visto en toda mi vida. Todo en esta imagen está abierto a las evocaciones y a las equivocaciones. Y así funciona la memoria.

¿Hay luz en la escena? Claramente sí. Basta con ver las sombras y los destellos en los marcos. Pero no es una luz resuelta. Parece venir de ninguna parte y hay algo saudade y umbrío en ella. Es una luz sigilosa y caprichosa. ¿Y esos seis marcos? ¿Qué hay en ellos? ¿Vestigios de credenciales y diplomas?

¿Fotografías arrancadas de su sitio por una mano furiosa o triste? ¿Notas y stickers de oficinista? ¿Se trata más bien de viejos espejos? ¿Un dibujo infantil, a mano alzada?

Sin duda es una fotografía polícroma y actual, y, sin embargo, parece un estampa sepia y avejentada.

Señores psicólogos y neurocientíficos: ¿qué es la memoria? Mírenla, conózcanla de cuerpo entero en esta fotografía. Se las presento. Por una única e irrepetible vez se dejó retratar.

Memoria. Memory. Mémoire. Gedächtnis.

Es el espacio en el que se depositan cosas en un orden y secuencia que no controlas, pintado de colores extraños, y engastado de emociones turbias (una

alegría lacrimosa, un dolor del que gozas, una escena infantil repleta de dulces que te asusta, una derrota que celebras). La memoria son esos seis marcos y el muro que los soporta. Uno de los marcos, para las cosas del trabajo, otro para el retrato personal, el espejo en donde uno se malrefleja; aquel, para la cambiante genealogía familiar; el de más allá para los dibujos infantiles y las tretas de la niñez; ese, el más grande y en el centro, para los amores que cuajaron, los

que no cuajaron y los que te descuajaron. También allí, en el más grande, van las nostalgias del porvenir, los estremecimientos de lo que pudo ser y no fue. Y el de más abajo, el más pequeño de los seis marcos, el más poderoso por demás, sirve para achicar lo que —siendo enorme, pesado e insoportable— necesitas desactivar para poder vivir. Es el abismo, el tragaluz, el túnel. La máquina de las negaciones. La amnesia.

Gracias, Natalia, por la escena.



■ Hermandad del sueño

Postales del ayer

Cali, 26 de octubre de 2012

Se llama Aracelly Cuero y es negra y debió ser bella. Ahora no lo es tanto. Quiere colgarme una lápida al cuello. Me explica las ventajas de comprar ahora la tumba en que dormiré mañana. Me cuenta de un viejo padre, hacendoso, bonachón y generoso, preocupado por su familia y el destino de sus hijos. Se aseguró de todo: de una educación decente para ellos, una casa comfortable para la amada, un autito durable y económico. Y luego se murió. El hijo mayor, calculadora en mano, comenzó a hacer cuentas. Conclusión: al pobre viejo lo cremaron y ese mismo día, para no tener que lidiar con el polvo, el calculista lo regó a lo largo de un potrero en la

recta Cali-Palmira. Todo para ahorrarse un poco menos de dos millones de pesos. Con esta parábola, Aracelly quiere alentarme a que compre mi lápida y yo le digo que lo voy a pensar, que quizá en enero, que voy a conversar con mi amada y mi almohada.

Ventas para dummies: cuando el cliente aplaza la compra está rechazando la compra. En ese instante es indispensable introducir una nueva oferta, antes de que se cierre la ventana de oportunidad.

«Don Julián», me dice Aracelly, «si no le interesa este plan le ofrezco otra propuesta que no va a rechazar». Y se despacha con la posibilidad de que arrende

a quince años un lote. Y me desgrana todos los servicios y los beneficios de la oferta y la variedad de alternativas de pago y lo bonitas que son las materas a la vera del camino, en el cementerio; y me explica que en caso de muerte violenta (accidente, asesinato, suicidio) no se puede cremar el cadáver, por lo tanto, es bueno tener un lotecito. Y entonces le digo que la llamaré.

Ventas para dummies: el cliente que se compromete a llamar tiene sentimientos de culpa. La culpa es una veta que trabajar cuando aparece en el comprador potencial.

Me habla de mis hijas y yo le pregunto de sus hijas. Y queda claro que debo pensar en ellas y en mi amada y en resolverle el problema a la familia.

Y de repente me veo a mí mismo rígido, hecho carne de buitres y gusanos, y se me entrecorta la respiración.

Aracelly se despide por fin. «Piénselo, Julián; piénselo».

Esa noche soñé con una nave extraterrestre que cruzaba los cielos agrisados de Cali. La enorme nave tenía forma de guitarra eléctrica.

Y al despertar me dije: «Para qué pensarlo, Aracelly, si, a la postre, todos vamos a terminar siendo abducidos».

La enorme guitarra giró 130 grados antes de posarse sobre Juanchito, y una larga y vibrante descarga de salsa abrió con un Cali Pachanguero sinfónico. Exquisito. Era medianoche del 28 de diciembre y hasta los roncadores de sueño pesado se despertaron con la piel erizada de dicha y con ganas de bailotear. Y bailoteando se levantaron y bailoteando caminaron fuera de sus casas. Y como alados comenzaron

a flotar hacia la guitarra aérea que se los iba devorando, uno a uno. Ana Milé, del Grupo Niche. Un vestido bonito, de Guayacán. Periódico de Ayer, de Lavoe. Rebelión, de Joe Arroyo. Calle Luna, Calle Sol, de Colón y Lavoe. Fuego en el 23, de la Ponceña. La fiesta de Pilito, del Gran Combo. Conciencia, de Santarrosa. La boda de ella, de Estremeira. Químbara, de Celia Cruz y Tito Puente. Lo mejor de la salsa derramándose sobre toda la ciudad.

Cuando los primeros arreboles de la mañana despuntaban, la pachanga celestial cesó con los últimos compases del Sonido Bestial, de Ray y Cruz, y la guitarra ascendió en línea recta hasta disolverse en un jueguito de luces rojas y verdes más allá de los Farallones, con más de dos millones de caleños vientre adentro.

En Cali solo quedaron el maullido de los gatos abandonados y la brisa dulce de las cuatro de la tarde. Y los siete ríos, que a falta de gente se desbordaron hasta sumergir la ciudad entera en lodos y correntías.



Sobre el pueblo, Marc Chagall (1918).

Vista desde lo alto flotan sobre la ciudad cientos de remolinos de basura, muebles rotos, autos bo-carriba, vestidos nuevecitos de la última temporada Fallabella, y la escultura Jovita Reina Infinita, de Pombo.

Pesadamente, y sepultados para siempre, están en el fondo del fondo la Tertulia, los pianos de cola del Conservatorio, los anaqueles y archivadores de bibliotecas y oficinas, el plomo de las balas y las cajas fuertes repletas de títulos valor, joyas y lingotes. Algunos perros se aferran a algún pedazo de icopor o a un tronco extraviado, y junto a torcazas, asomas y pechiamarillos, serán los herederos de la Sucursal del Cielo cuando, pasados los años, las aguas cedan y el hedor mortecino amaine.

—¿Y ese fue el sueño? —me pregunta la Dra. XXX, mi psicoanalista.

—Sí, doctora, más o menos así fue. O al menos eso es lo que recuerdo.

El silencio breve se hace ancho, y tras *ancharse* se hace incómodo. Entonces me confiesa, un poco preocupada, que seis pacientes más le han contado, esa semana, exactamente el mismo sueño.

—Raro, ¿no? —me dice.

—Bien raro —le digo. Y tras otro silencio ancho, agregó: —Bueno, quién



Monumento a Jovita, Cali.
Tomado de <https://bit.ly/38CDdEz>



Imagen Sueño.
Elaborada por Julián González.

se iba imaginar que tendría hermanos de sueño, ¿no?

Y nos reímos.

Al menos yo recuerdo haberme reído. O quise reírme. O me reí, aunque no quise. En fin: quisimos reírnos, pero la cosa salió maltrecha y forzada.



■ Cambray

Postales del ayer

Cali, 25 de octubre de 2012

Cambray. No me gustaba mucho el cambray que hacía mi tía Laura en Robles, un dulce delicado y nada empalagoso amortajado entre tortitas o panes negros. Tampoco me gusta la poesía de Cambray, un hombre negro como yo que día a día, frente a la Universidad del Valle, vendía trozos fotocopiados de versos, a veces apenas dos frases, que la primera vez sorprenden, a la segunda entretienen, a la tercera aburren y a la cuarta desalientan.

ERES El amor prenda del alma.

¡ERES acaricio de estrellas en el alma del mar!

Decían que en Colombia solo dos personas vivían de su obra literaria: Gabo y Cambray. Ambos se murieron. Pero en aquellos días, octubre de 2012, algunos le daban una moneda o dos, más intimidados por él que convencidos de su poesía. Otros lo hacían por hábito o genuino afecto. Y otros, como yo, se las dábamos porque sí.

Pero empecé a dárselas con honesta admiración cuando descubrí en dónde residía el gesto poético por excelencia de Cambray.

Al frente de la universidad está el centro comercial Unicentro y de camino a esta megamáquina de ventas es

posible encontrar varios puestitos de dulces, minuterios de telefonía móvil, una frutería y un par de paraderos de buses. También una caneca pública y acerada para la basura. Hice la siguiente prueba durante meses. Compraba los destrozos poéticos de Cambray (fotocopias mal recortadas que el hombre le entregaba a uno) y luego me iba caminando hasta Unicentro contando los pedazos de papeles que encontraba tirados en la calle: 28, 46, 12, 23, 59... 19, 26, 54. (Un día casi me atropella un carro durante el conteo). 24, 17, 34, 39, 21, 19... Luego revisaba el bote de basura por encima: publicidad, empaques de dulces, restos de periódicos, tiquetes, tarjetitas y almanaques pequeños,

brillantes y relucientes catálogos de teléfonos celulares, un billete de dos mil pesos, servilletas...

Nunca encontré en la calle o en el bote ni uno solo de los trozos poéticos de Cambray.

Imagino que tras su muerte varios los descubrirán entreverados entre sus libros, al fondo de sus maletines, arrumados en sus billeteras, en un cajón del peinador. Quizás, separando un cancionero o una antología de poesía. O derrotados, descoloridos y lavados en el bolsillo trasero del pantalón.

Es bello saber que entre toneladas de basura no había restos de su poesía, aunque fuera mala.

Gracias, Cambray.



■ Que viene el viento

Postales del ayer

Cali, 22 de octubre de 2012

Días de lluvia

Las libélulas son vestigios de la delicada transición evolutiva que le permitió a la vida escapar del agua, tantear el aire y conquistar los vientos: son pecesitos que vuelan.

Son las 5:26 P. M. y si les dijera que en Cali hace frío, uno que cala los huesos, simplemente creerían que miento. Pero en el oeste, en la parte más elevada de la ciudad, corren vientos que sacuden los árboles, templan cuerdas de energía, estremecen ventanas y desparrraman arena, polen y polvo como brisa huracanada a orillas del mar. Y es un viento helado que se descuelga de Los Farallones, y abate y entristece como la tramontana.

Justo ese viento que se cuele aquí y allá, laborioso en su empeño, incesante en su trabajo, terminó haciendo su trastada. Empezó a conspirar quizá en agosto con los calores de infierno que durante meses han venido cercándonos y escribiéndonos en la piel el mejor testimonio de que el cambio climático llegó para quedarse y, si puede, exterminarnos. Entonces el viento pescaba las cometas y se las robaba cuando podía. (¡Lástima!, en estos tiempos ya no hay sombreros, o si no veríamos en el cielo un escena naïf y juguetona de cometas y sombreros clavándose amores unos a otras, otros a otros, unas a unas, otras a unos, y viceversa y al revés; una

orgía políticamente correcta e incluyente que dicen.)

Y en mi casa hay un acuario cuajado de peces dorados y gupis tornasolados. Y caracoles. Muchos caracoles. Y unas algas que se mecen cuando el viento encrespa las aguas.

Y ese día, el viento empujaba nuestra ventana y nuestra puerta, y nos divertía verlo cerrarlas con violencia, rizando las cortinas, revolviendo las hojas de papel o esparciendo las cenizas y pavesas de los incendios en las Tres Cruces, Cristo Rey, el Mortiñal. Ya había dicho que era agosto y en ese mes los conspiradores



Cometas en el Makar Sankranti, festival hinduista celebrado en India y Nepal en las primeras semanas de enero.



Fotomanipulación de Sarolta Ban.

se las arreglan aquí y allá para preñar a punta de fuego todo reverdecer, para dejar pelados los suelos y cerros, limpios de cualquier ilusión reforestadora, porque *¡aquí lo único que puede crecer, señores y señoras, son edificios de seis millones de pesos el metro cuadrado!*

Y en septiembre ese mismo viento sembró lluvias aquí y allá. Y empujó con más fuerza las ventanas, las cortinas, las ramas de los árboles y las paredes de mi acuario.

Entonces, ayer, cuando escribía algunas notas y apuntes sobre cualquier cosa, sobre el viento que empuja ventanas o que templea cometas o que arrastra el polen o que asalta las faldas o que se cuela entre los dedos o que hace crujir los huesos o que destroza las flores, una cascada ruidosa saltó de mi balcón como si un río sin origen se hubiera desprendido de la nada, de las alturas, y con el río corrió mi perro, horrorizado como cuando avanza un temblor, y yo corrí con él sin saber lo que pasaba.

El viento había desprendido una de las paredes del acuario para liberar a mis peces que boqueando agonizaban en el piso de abajo buscando el agua. Y arriba, sobre el piso del balcón saltaban las bailarinas doradas y los gupis y el corroncho y el camarón de cristal y decenas de pececitos de apenas una semana de nacidos. Las algas estaban por allí desparramadas, quietecitas y vencidas.

Salvé doce de treinta y seis peces. Sobrevivieron el caracol y las algas.

Proverbio Twitter, acerca de la condición indómita del viento (no más de 140 caracteres).

Pregunta: ¿cuántas personas se necesitan para dominar el viento?

Respuesta: Las que el viento decida y quiera.



Vista actual del acuario resucitado. Enero de 2015.
Fotografías por Julián González.



■ El árbol

Febrero 16 de 2015
Cali, Urbanización El Aguacatal.

Se desnuda de todas las hojas a finales de enero.

En cuestión de semanas transforma la tierra, el agua, el viento y el fuego del sol en un cementerio de hojas y flores que oculta sus raíces.

A sus pies crecen las flores de antes de antier, los frutos de antier y las hojas de ayer. El árbol que fue, el recuerdo de sí mismo, alimenta al árbol de hoy.

Luego, en un parpadeo de pocos días (menos de cinco), al menesteroso le ale-
tean hojas nuevas. Por eso los botánicos

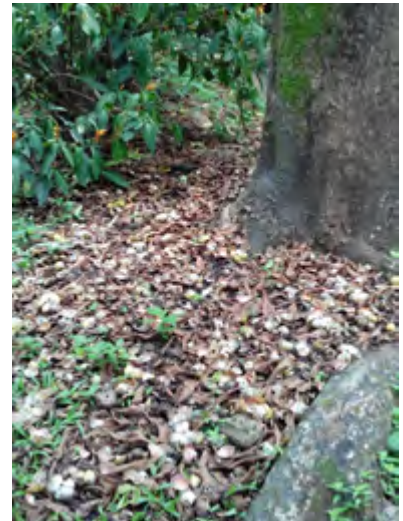
lo califican de *perennifolio* (de hojas duraderas o permanentes, siempreverde, de follaje persistente) en contraste con los *caducifolios* (de follajes que caducan y envejecen).

Y apenas una semana después, ya luce lentejuelas y esmeraldas.

El magno se enseñoorea.

Los frutos en el tronco son cosecha del último florecimiento, el de octubre de 2014.

¿Cómo es posible pasar de la ausencia casi total a la plenitud en tan solo 8 o 9 días?

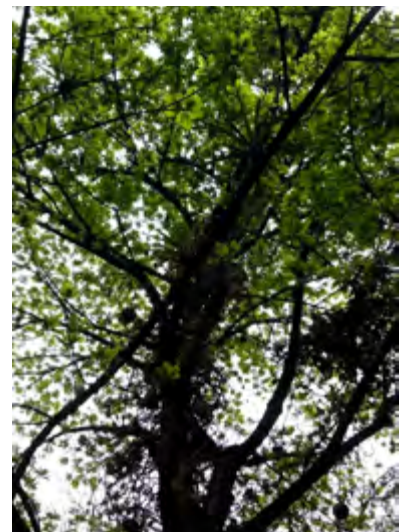


2 de febrero de 2015.

Los vestigios de la última desnuda-
ción, la que empezó a mediados de
noviembre de 2014.



7 de febrero de 2015.



14 de febrero de 2015.



14 de febrero de 2015.



Es el dueño del paisaje.



Su majestad.



16 de febrero de 2015.
Todas las fotografías por Julián González.



16 de febrero de 2015.

Realiza tres veces al año el ciclo completo: desnudez casi total, foliación de vértigo, floración festiva y producción de frutos sin pausa. Algunos generan hasta mil flores por día. Entre 4% y 6% de las flores cuajan frutos. Sus frutos tardan 12 meses en madurar, y alimentan a pecaríes, cerdos, gallinas, tortugas, patos y micos.

Y lo mejor está por venir. Mañana, apenas unas pocas semanas después, le lloverán flores aromosas y dulces. (Habrá nuevas fotografías entonces).

Los botánicos le llaman *COUROUPITA GUIANENSIS*. Yo prefiero decirle sencillamente *su majestad*. Los botánicos lo clasifican en la familia *Lecythidaceae*. Yo, sin más, lo considero de mi familia, mi amigo, mi pana, si a *su majestad* no le molesta. Los botánicos lo incluyen en el género *COUROUPITA*. A mí en cambio me parece que a *su majestad* le importa un reverendo reverendísimo nuestra dramática taxonomía de géneros. Si le preguntaran seguramente respondería: *¿Que a qué género pertenezco? Al de la exhuberante vida*. Los botánicos lo

incluyen en la especie *Couroupita guianensis*. Pero me temo que su majestad preferiría considerarse especie en vías de extensión.

Las personas lo llaman Taparón, Bala de cañón, Castaña de macaco, Maraco, Granadillo de las huacas o Coco hediondo (una exageración, pues su fruto emana aroma de tierra húmeda y fértil, rica en fosfatos y presta a parir). Si a olores vamos debería llamarse flor de miel o flor de vida o flor de ángel pues su perfume alegra las noches y días como el azahar.

A *su majestad* le polinizan murciélagos y abejas, y se lo venera entre los hindúes (sus flores recuerdan la forma de nagam o serpiente sagrada) y suele crecer abundante alrededor de los templos de Shívá, según informa Wikipedia. Las flores, corteza y fruto tienen propiedades antimicrobianas y fungicidas. Y sus extractos son eficiente pesticida natural.

P/D Y, por supuesto, a *su majestad* sublime lo volveré a fotografiar cuando le vengan las flores.



■ Su majestad y las flores

Cali, 1 de abril de 2015

Después de la abrumadora andanada verde, a su Majestad le han madurado las hojas, se han hecho cada vez más oscuras y serias. Pero para que no quede duda de su espíritu festivo a lo largo del tronco le siguen creciendo flores y más flores, y a las flores les crecen abejas y más abejas diminutas, como destellitos de luz que van de aquí para allá entretejiendo hilos de plata.

A los que suelen hablar de la naturaleza como si fuera un sistema de reglas más o menos definitivo y claro, a los que insultan a una mujer que abandona a sus hijos llamándola «madre desnaturalizada» (no he oído nunca la expresión «padre desnaturalizado»), a quienes suelen afirmar que «no es

natural» actuar de tal o cual manera, déjenme mostrarles lo que dice su Majestad:

«Se me antoja sacar flores desde el tronco y no desde las ramas, ¿y qué?»

Cali, marzo de 2015

Y dice, además, «se me da la regalada gana hacer brotar flores allí donde casi empiezan mis raíces...»

«¡Y qué si decidí hacerme un collar de flores que espantan la muerte!». Eso dice su Majestad.

Marzo de 2015

... En unas pocas semanas, su Majestad empezará a desnudarse completamente y dirá «¿y no es más bella la piel pelada y sin carga luego del juego de máscaras y farsas?»



Cali, 21 de febrero de 2015.

Cali, marzo de 2015.

Que no quede duda: es absurdo poner a la «naturaleza» como criterio de juicio y sería corrección, pues justamente todos los días la vida «natural» nos ofrece pruebas y más pruebas de que procede y actúa juguetona y desnaturalizadamente.

Varela (1992) sugiere que la diversidad evolutiva de la vida proviene de una mezcla matizada y variada de libertades y restricciones, expresada bellamente en una elegante definición que privilegia la *persistencia* de una deriva evolutiva más que su *adaptación óptima, exitosa y abundante*: «pasar de una lógica *prescriptiva* a una lógica *proscriptiva*, es decir, de la idea de que “lo que no está permitido está prohibido” a la idea de que “lo que no está prohibido está permitido”. En el contexto de la evolución,

este desplazamiento significa que eliminamos la selección en cuanto proceso prescriptivo que guía e instruye en la tarea de mejorar la aptitud. En cambio, en un contexto de darwinismo proscriptivo, la selección opera aún, pero de manera modificada: la selección desecha lo que no es compatible con la supervivencia y la reproducción. Los organismos y la población ofrecen variedad; la selección natural garantiza solo que aquello que persiste satisfaga las dos restricciones básicas de la supervivencia y la reproducción» (Varela, Thompson, & Rosch, 1992, págs. 227-228)¹.

Pocas prohibiciones, muy limitadas y definidas restricciones. Más allá de esas pocas restricciones, todo vale. Su Majestad nos ofrece una vista inmejorable de esa poderosa lección.

¹ Varela, F., Thompson, E., & Rosch, E. (1992). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Barcelona: Gedisa.



■ Dragones bajo el mar

El terremoto de 1979 en El Charco, Nariño

Mayo 3, 2015

(De oídas 1: relatos basados en conversaciones casuales con personas)
Bogotá, 23 de octubre de 2014 y Cali, 28 de abril de 2015.

Esperando en el flamante recién inaugurado aeropuerto El Dorado, Bogotá, me puse a conversar con un hombre de unos cincuenta años. Lucía un traje sastre impecable, café tabaco. La tela de rayas verticales negras y grisáceas, los lustrosos ojales para mancornas (¿todavía alguien usa mancornas?) y los zapatos encerados y limpios eran los signos distintivos del funcionario público o del ejecutivo maduro que ha venido de lejos a Bogotá, por un día o dos, a reuniones

de trabajo. La piel cobriza y el trato amable desde el primer saludo, revelan parte de su historia. Saluda con alegría. Sin duda, no vive en Bogotá y ha venido a la capital a alguna de esas reuniones importantes que obligan al afuerino a sacar del clóset el traje serio que, en el fondo, detesta. Lo imagino lidiando con la prepotencia de los funcionarios o ejecutivos bogotanos y esos pequeños gestos del capitalino dirigidos a poner en su sitio al visitante, a enseñarle que ellos sí, y él no, encarnan de manera natural el modo y buen gusto del que domina la ciudad y conoce sus reglas. Después del round, de las reuniones, de

las tretas para hacerte sentir que esta no es tu casa y este no es tu lugar, este hombre está en el aeropuerto camino a su hogar. En la mano, una enorme bolsa de papel de alguna tienda de marca (¿Fallabela?) con regalos. A juzgar por los dos botones desabrochados en la parte superior del traje, un poco antes del cuello, el hombre —ya más relajado— se habrá deshecho en el taxi que lo traía al aeropuerto de la corbata que lo ahorcaba. Por eso la risa presta y amable del que ha pasado la prueba, se ha quitado de encima un peso y por fin se siente cómodo. Tiene la dentadura perfecta de quien, de niño, se cepilló con bicarbonato de sodio y comió abundante pescado. «Yo soy del Charco, Nariño, y voy para allá», me aclara, y comenzamos a conversar mientras permanecemos en la sala de espera para abordar un vuelo que ya lleva 20 minutos de atraso.

Este es un trozo de su historia

Me cuenta que tenía 12 años y vivía en El Charco cuando el terremoto y posterior maremoto del 12 de diciembre de 1979 se cobró 450 vidas mal contadas y poco más de mil heridos en la costa pacífica colombiana. Cien de los 450 muertos eran de El Charco. También casi la mitad de los heridos. Tras el desastre, lo que hasta entonces había sido una migración graneada de charqueños hacia Buenaventura y Cali, se convirtió en éxodo puro y duro pues la mitad de las viviendas del municipio se desplomaron ese día miércoles con el primer remezón, a las 2:59 de la mañana. Esos 8.1 Mw le dejaron a este país, además de los muertos y heridos, el primer sistema de alertas tempranas para evitar que otro desastre similar terminara merendándose un

millar de vidas o más en el futuro. Un estudio realizado por el Ministerio de Salud dos años después de la tragedia reveló que el sistema sanitario en El Charco y en Tumaco no estaba preparado para enfrentar este tipo de catástrofes. «No había un plan de desastres». Según el informe, la mitad de los lesionados jamás recibió atención médica alguna, y entre los que sí fueron atendidos el 25 % fue asistido por algún curandero local, y solo la mitad por personal médico.

La noche del martes habían estado él y sus compañeros de estudio preparando el decorado del salón para las celebraciones de diciembre. Su maestra orientaba las labores, y el modesto salón se fue engalanando hasta colorearse por completo maldisimulando la desgastada infraestructura educativa y pública de nuestras escuelitas. Detrás de los adornos de colores y el elaborado embellecimiento del salón quedaban dos o tres mapas maltrechos, la infaltable cruz encima del tablero verde y descascarado, unos pocos libros en los estantes apolillados de la biblioteca, los restos de un sistema solar de icopor en



El Charco, Nariño.
Fotografía por Kevin Contreras,
publicada el 6 de diciembre de 2014.

que el Sol y la Tierra apenas diferían de tamaño, y un par de pilas de cuadernos monocromos verde oliva, la mayoría a rayas horizontales, grapados y medio deshojados dispuestos sobre la mesa de la maestra. Estuvieron hasta pasada la media noche y vieron satisfechos su obra rica en motivos navideños y festivos. Luego de terminar, cada uno se fue a su casa tanteando un caminito reblandecido y a medio iluminar, porque en El Charco había energía eléctrica unas pocas horas al día. Aún hoy, con doce calles y cuatro carreras dispuestas en paralelo a lo largo del enorme río Tapa-je, la luz eléctrica sigue siendo más bien tembleque e irregular.

El primer sacudón sepultó una decena de edificios de tres y cuatro pisos construidos en cemento, y las aguas del río se mecieron tensas. Me dice que en ese entonces El Charco era un municipio humilde con alguno que otro negocio próspero. El día de mercado se agrupaban cientos de chalupas y potrillos cargados de pescado, plátano y mercaderías para vender y comprar, y un hervidero de hombres, mujeres y niños bullangueros

se arrumaba alrededor del muelle para negociar. Portocarrero, el apellido de mi compañero de viaje y narrador, me dice que era bello ver tantos productos traídos de los ríos reunidos allí, en ese único rincón colorido, alborotado y ruidoso. Todo se vendía y todo se compraba. Los negocios de oro, los cultivos, la pesca, el comercio, el tráfico de puertos, los empleos públicos —incluidos los docentes asalariados— hacían que el dinero circulara y, de a poco, fue cuajando en edificios de tres o cuatro plantas, en casas de material o cemento, en motores fuera de borda y en negocios como el del papá de Portocarrero, una tienda bien abastecida de gaseosas, cervezas, pescado seco, harina y confites. «Mi papá era muy previsivo: siempre conservaba pescado seco y latas de agua lluvia, por si las moscas».

Cuando le pregunto por qué era tan previsivo *su viejo*, me cuenta una historia que enlaza sin más con la que viene narrando.

En los pueblos del pacífico colombiano los mayores hablan de la famosa *Visita*. La *Visita* es el nombre popular con



Fotografía por Yineth Romero, publicada en enero de 2014.



Malecón de El Charco sobre el río Tapaje. (Fotografía sin autor ni fecha referidos).

que las personas del litoral designan al terremoto y posterior maremoto de 1906. Miércoles 22 de agosto de 1906 para ser exactos. (Los malditos sacudones parecen preferir los miércoles). La bisabuela de Portocarrero, la mamá de la mamá del papá de Portocarrero, era una niña en El Charco cuando sintieron un sacudón que silenció las aguas y por un instante las secó. Varios, asombrados, se treparon a las canoas temiendo lo peor. Un alemán tomó un catalejo y caminó montaña arriba para avistar a lo lejos, y en la distancia advirtió la masa de agua que comenzaba a desplazarse hacia las costas. Todo el que pudo oír sus gritos de alarma consiguió huir hacia adentro, alejándose de las aguas. La mamá de la mamá del papá de Portocarrero era una niña cuando atendió la alarma y corrió con él, pero antes de poder resguardarse sintió que un brazo de agua la elevaba cuatro metros y la sacudía sin piedad hasta perder el sentido. Cuando abrió los ojos se descubrió trepada en lo alto de un árbol y vio que alrededor solo quedaba la devastación del maremoto que se llevó a centenares. Entonces esta sobreviviente niña se hizo adolescente y luego adulta y tuvo hijos y nietos a los que instruyó sobre la *Visita*. Y esos instruyeron a su vez a sus hijos que instruyeron a sus hijos sobre los riesgos de maremoto luego de temblores fuertes y terremotos. El papá de Portocarrero sabía la historia, y en atención al horror de 1906 se hizo, siendo adulto, a provisiones regulares de agua y pescado seco. También supo arreglárselas para construir la segunda planta de la casa en madera cuidando de aislarla de la primera de cemento, y separándola de

la enorme y pesada casa vecina que podría colapsar y sepultarlos en caso de terremoto. Sumó a las provisiones y provisiones una linterna, un radio de pilas y alcohol para heridas. Aunque largo, el listado del previsivo Portocarrero senior era precario. El estándar actual exige diez veces más objetos. Un galón de agua por persona y un set de purificación de agua por si se requiriera más. Botiquín de primeros auxilios. Extinguidor de fuego. Comida para tres días. Abrelatas. Linternas. Radio. Pilas de repuesto y mantas. Medicamentos. Artículos para bebé. Juego de llaves para el carro. Guantes. Un hacha. Una pala. Un cuchillo, destornillador, alicata y martillo. Llave de ajuste para desactivar el gas y el agua. Cuerda. Velas y fósforos. Luz de bengala. Ropa extra, papel y bolígrafos. Cinta plástica y adhesiva. Una pistola de grapas cerca en caso de que necesites cubrir las ventanas rotas. Bolsas de basura, botes de basura, jabón, champú, pasta dental y cepillos de dientes, papel higiénico, hipoclorito y productos de higiene femenina. Estufa de camping con propano u otro combustible, papel de aluminio, toallas de papel, platos desechables y utensilios plásticos. ¡Ah! y un silbato.

Bueno, pero el listado de un tendero en El Charco no tiene que parecerse al del National Earthquake Hazard Reduction Program (NEHRP) de Estados Unidos donde los residentes tienen que prever en cuál de los autos aparcados en el garaje huir, hacia qué tipo de refugio dirigirse y cuántas latas de comida para gatos reservar, pues también hay que proteger el destino de los animales domésticos sobrevivientes. Lo extraordinario es que ni el listado del NEHRP

ni el de Portocarrero senior incluía la pieza que resultó crucial y decisiva en sus vidas.

El sacudón de la madrugada los agarró a medio dormir y Portocarrero fue uno de los primeros en salir de la casa y advertir los destrozos en un paisaje oscuro y mal iluminado todavía. «Tengo grabado ese día en mi mente, cada detalle. Yo no he podido entender bien por qué a lo lejos se veía una luz roja, enorme, parecida al sol del final de la tarde, pero no era el sol», me dice. Como pudo salvó a su padre que se había quedado atrapado tras una puerta trancada. Y entonces recordó que tenían un mazo hecho de hierro sólido y mango de mangle que les serviría para abrirse paso entre los escombros y rescatar a las personas atrapadas. Se lo dijo al viejo. Los quejidos de los sepultados venían de todos lados y era urgente hacer algo. Él, más joven y hábil, entró a buscar el mazo y unos minutos después nuestro Thor adolescente consiguió salir de la casa maltrecha arrastrándose para reunirse de nuevo con su padre. Su madre y sus hermanos (una hermana mayor que él y dos hermanos menores) lloraban desconsolados y desorientados, quietecitos y clavados de miedo en mitad de la oscuridad y sin saber qué hacer. Habían escapado de la casa después que él y antes de su padre.

Con el mazo, padre e hijo empezaron a devastar los escombros y lo primero que rescataron fue un perro. Se trataba de una fiera enorme que cuidaba el convento. Los niños le temían a ese perro babeante que había mordido a varios, y preferían pasar por la otra acera. Pero ahora minado por el terremoto esperaba dócil el rescate, y en cuanto se

encontró libre corrió a olfatear y bajo los escombros detectó a otro perro que también rescataron. «Usted no me va a creer, pero el segundo perro salió como una flecha a buscar a una mujer enterrada que ni se quejaba. Gracias a ese perro conseguimos localizarla, sacarla y salvarla». Desde ese momento comenzaron una agotadora labor de salvamento usando el mazo. Rescataron entre treinta y cuarenta personas esa madrugada.

Pero en medio de los rescates, el dolor. «Fue terrible ver los muertos, los que quedaron sepultados sin enterarse de nada. Primero vi a muchos de mis compañeros de colegio, algunos de los que habían estado conmigo en la noche decorando el salón. Y no había manera de llorar porque debíamos continuar salvando a los que podíamos», me dice y a mí se me salen par lagrimones. (Cuando uno es madre o padre le conmueven aún más los niños muertos porque son —de alguna manera— la prolongación de los hijos propios. Ser padre te emparenta afectivamente, en este tipo de situaciones y de una forma muy poderosa, con otros hombres y mujeres que son padres).

A todas estas, la mamá de Portocarrero seguía impasible y atiesada abrazando a sus hijos que lloraban desconsolados, mientras, mazo en mano, el esposo y el hijo de doce años continuaban con los rescates. Algunos cadáveres ya infestaban las aguas del río Tapaje haciéndolas impotables. Debajo del recodo en que se amarraban los potrillos y canoas en el mercado se iban juntando los muertos que descendían por el río, y cuando la mañana clareó vio a varios hombres y mujeres sumergidos —los ojos bien

abiertos— bajo las aguas medio turbias. Todo era silencio y desconsuelo. Los 450 muertos de 1979 murieron ahogados, no destripados. A 200 de los 276 muertos registrados oficialmente por el Ministerio de Salud los mataron las aguas del maremoto y el resto falleció por traumatismos o fracturas asociados al terremoto. Muchos de los que sobrevivieron murieron pocas horas después esperando ayudas y medicinas sencillas que nunca llegaron.

Los sobrevivientes estaban sentados e impotentes, los brazos caído, alelados por completo, me dice Portocarrero. «Nadie quería hacer nada, nadie quería cocinar ni moverse; nadie quería hacer algo para sobrevivir». Un poco como si los muertos de afuera se les hubieran metido dentro a los sobrevivientes. «Parecían zombies».



Localización de El Charco, Nariño.
 Imagen tomada de «Colombia - Nariño - El Charco»
 de Shadowxfox - Trabajo propio.
 Disponible bajo la licencia CC BY-SA 3.0 vía
 Wikimedia Commons.

Por fortuna don José Luis Portocarrero, creo que así se llamaba el padre, recordó los depósitos de agua dulce en reserva, el pescado salado, las cervezas y gaseosas, y comenzó a distribuirlos entre decenas de personas en *shock* que, quizás, hubieran preferido morir a tener que lidiar con lo que se venía. «Varios se murieron horas después, más de tristeza que por las heridas».

La escala Richter o escala de magnitud local (ML) tiene un rango que va de 2 a 6,9, y de cero a 400 kilómetros de profundidad. Los terremotos mayores a 6,9 se miden en una escala con nombre y apellido largo: *escala sismológica de magnitud de momento (Mw)*. Esta reemplazó a la Richter por obsoleta y corta. La Richter estaba basada en un sismómetro de torsión de la década de 1930 —el Wood-Anderson—, que no permitía calcular registros mayores a 6,8. La escala sismológica de magnitud de momento (Mw) va de 7,0 a 10 y más. En la escala ML o Richter, durante un sismo de 2 grados no percibimos nada. De 2,0 a 2,9 difícilmente se menea un vaso o cae un tenedor al piso. De 3,0 a 3,9, sentimos el meneo como un breve aleteo de mariposas en el estómago, y dudamos: ¿está temblando o me lo estoy imaginando? De 4,0 a 4,9 grados los cuartos tiemblan y se escucha una tromba de caballos correr bajo tierra. De 5,0 a 5,9 se vienen abajo las casas maltrechas y los cuadros mal clavados, aunque en ocasiones estos sacudones sepultan ciudades centenarias como Popayán en 1983. De 6,0 a 6,9 algunas poblaciones pueden desaparecer en 160 kilómetros a la redonda del epicentro como ocurrió con Armenia en 1999. Luego vienen los sismos de grandes magnitudes o en

escala Mw. De 7,0 a 7,9 el desastre se extiende varios cientos de kilómetros más allá del epicentro. De 8,0 a 8,9 el paisaje se puebla de muertos, casas destruidas y mares embravecidos como en El Charco hace 25 años (8,1 Mw) o se transforman en una herida mítica en la memoria de la gente que decide darle un nombre mágico para conjurar los temores. El maremoto de 1906 en las costas del pacífico en Ecuador y Colombia, llamado *la Visita*, se desató algunos minutos después de un sismo de 8,8 Mw, equivalente a 70 millones de bombas nucleares estallando juntitas bajo tierra. De 9,0 a 9,5 el cielo se cae, las mares se tragan ciudades, y nos recuerdan que nuestras magníficas construcciones, búnkeres y murallas blindadas son papelillo endeble y celofán para las fuerzas de la naturaleza: pudimos verlo durante el terremoto y tsunami de 2004 en el océano Índico (Sumatra e Indonesia), escala 9,3 Mw, o en el de Japón en 2011 (9,0 Mw). Las aguas arrastraron como basura y confetis decenas de barcos, casas, autos y enormes astilleros. De 9,5 Mw ha

sido el mayor terremoto registrado por sismógrafos y sismómetros en la Tierra: fue un domingo 22 de mayo de 1960 en Valdivia (Chile). 2 mil muertos.

Pero la escala no se detiene allí. Un meteorito extraviado de 2 mil metros de diámetro y a una velocidad de 90 mil kilómetros por hora provocaría un sismo escala 10 Mw. ¡Bye bye, una parte importante del planeta! A escala 12 Mw, es decir, un millón de millones de toneladas de TNT, la Tierra casi se puede partir por el centro. A 13 Mw, un cataclismo machaca a los dinosaurios y expulsa a los seres humanos del paraíso. A 25 Mw, algo así como la colisión de un pequeño planeta contra otro, se desprende un trozo tan grande como nuestra única luna y se produce la extinción casi completa de la vida en el planeta. A 32 Mw, que es el estremecimiento que produce el estallido de una estrella, todo nuestro sistema solar queda achicharrado y los casi 5 mil millones de años de la Tierra serán una anécdota menor, una notita de línea y media al final de infinito libro cósmico.



Imágenes del Terremoto de 1979. Tumaco.
Tomado de <https://bit.ly/3hoe1w9>



Terremoto de Valdivia y Tsunami, 1960.
Por «Hilo after Tsunami 1960» de US Navy.
Disponible bajo la licencia Dominio público vía
Wikimedia Commons.

Pero no es necesario que un terremoto sea intenso para que resulte devastador. Y el de El Charco es un ejemplo. Portocarrero senior no podía creer lo que escuchaba en la radio de pilas: las noticias decían que El Charco había desaparecido por completo, que no quedaba nada de San Juan de la Costa, que las poblaciones de Iscuandé, Curval, Timití y Mulatos estaban muy afectadas, y que las aguas lo habían sepultado todo. El mar se movió 45 kilómetros costa adentro. «Esas noticias retrasaron las labores de rescate. ¿Quién iba a venir a atender una tendalada de muertos?», me dice. Estaban agotados el segundo día de martillar y levantar lozas. A la pestilencia y la impotencia se sumaba la conciencia de abandono. No vendría nadie a ayudarlos. Estaban solos. Los sobrevivientes gritaban de miedo ante cada nueva réplica. «En esos días, nadie tenía el concepto de réplicas y cada nuevo movimiento nos parecía un terremoto». Hubo al menos 10 nuevos temblores. Y para agravar las cosas, empezó una resolana que duró varios días seguidos. No llovió. La tierra se resquebrajaba de la resequedad.



Foto aérea, El Charco, Nariño, 2017.
Tomado de <https://bit.ly/3oGmadO>

Y si las aguas mataron a cientos, el sol infernal amenazaba con hacer el resto. «Quemaba», me dice.

Portocarrero no me cuenta nada del racismo charqueño, no me confiesa cómo persistía aún en esos días la vergonzosa herencia del sistema colonial de castas raciales que distinguió por siglos entre menos negros y más negros, entre mulatos claros y más oscuros, entre cuarterones y moriscos, entre mulatos y saltoatrás, entre castizos y lobos, y jíbaros, y zambiagos, y tentenelaire, y albarazados. Allí, en El Charco, donde no había más que una multitud de niñas, niños y adultos, unos más pobres que otros, unos más llenos de ínfulas que otros, existía antes del terremoto del 79 un barrio en el que solo residían negros. Ahora, igualados por la devastación, todos los sobrevivientes —los negros claros, los más oscuros, los zambos, los blancos charqueños que a los bogotanos les parecen negros, en fin la variada gama de sobrevivientes de pieles, formas de pelo, tono de ojos y apariencia multicolor— no eran más que gente abandonada a su suerte y abatidos.

Portocarrero senior entendió que no los rescatarían y una semana después decidieron irse río arriba a la finca de la familia. Allí, al menos la resolana los dejaría tranquilos y podrían comer de los pequeños cultivos. Tendrían una casita donde guarecerse.

Pasaron casi quince días para que un barco pequeño capitaneado por uno de los tíos del joven Thor llegara al pueblo. Venía a recoger los cadáveres y cuando descubrió que los muertos estaban vivos casi lloró de alegría: no podía creerlo.

Y finalmente me cuenta dos cosas más: *la mona*, así bautizó a su mazo

milagroso, desapareció para siempre en los días de la tragedia; y varios años después El Charco sufrió un incendio, justo cuando él recién había regresado a su pueblo después de graduarse profesionalmente. En esa ocasión le tocó improvisarse como bombero. Portocarrero —que heredó la vena previsor de su padre— había adaptado una pequeña central de energía hecha con paneles solares que le permitía iluminar su casa toda la noche cuando el resto del pueblo solo disfrutaba de cuatro horas de luz al día. Durante el incendio debió conectar su central eléctrica a la motobomba del pueblo, instalada en el hospital, para surtir el agua necesaria para sofocar el fuego. Un negociante *paisa* les entregó a las personas decenas de baldes para enfrentar las llamas. Nunca volvió a recuperarlos. «Se los robaron, ¿puede creerlo?». Portocarrero recuerda que una señora parecía feliz viendo el fuego agitarse. Decía que el incendio era bueno porque estaba quemando el barrio de los más pudientes: «así todos quedamos iguales». Pero luego el viento cambió de dirección y el incendio se extendió hacia los barrios pobres también, dejando a los ricos un poco más pobres, y los pobres, más pobres aún.

El pueblo que sobrevivió a La Visita de 1906 (8,8 Mw), a un terremoto en 1942 (7,8 Mw), a un incendio arrasador en 1953, a otro terremoto en 1958 (7,7 Mw), a uno más en 1979, y a masivos desplazamientos por la guerra en 2007 y 2010, hoy tiene 28 mil habitantes. Y el 16 de octubre de 2016 cumple 130 años.

George Pararas-Carayannis, experto de la Tsunami Society International, destacada en Honolulu, Hawaii, USA, y autor en 2001 del libro *The Big One*

(El Gigante): *The Next Great California Earthquake* (El próximo gran terremoto de California), *Why, Where and When, It Will Happen* (Por qué, dónde y cuándo ocurrirá), dice que no pasan más de 36 años entre un terremoto y otro en el litoral pacífico colomboecuadoriano. Y la tatarabuela de Portocarrero lo sabía. Y lo saben los charqueños que ya en noviembre 23 de 1979 habían sentido un temblor (6,7 en la escala de Richter), la cuota inicial del terremoto del 12 de diciembre. Pararas insiste en que esta es una zona altamente tsunamigénica debido a las poderosas placas y cordilleras submarinas. Habitados a pensar en las cordilleras visibles, olvidamos las montañas sumergidas, auténticos dragones dormidos que se sacuden perezosamente de cuando en cuando bajo el mar. En un documento de 22 páginas, llenas de términos técnicos, mediciones y gráficos que no entiendo, Pararas-Carayannis describe a la máquina tsunamigénica, a nuestro, por ahora, amodorrado nido de dragones. Habla de la deformación y subducción de la litosfera en la cordillera Carnegie cerca del golfo de Guayaquil-Tumbes. Subducción quiere decir



El Charco, Nariño.
(Fotografía sin autor ni fecha referidos).

que una placa comienza a empujar y penetrar por debajo a otra desplazándola. Habla de la placa de Nazca, de la cordillera de Cocos, de la Zona de Fractura de la Mendana, de la zona de Fractura de la Grijalva y de la cordillera de Malpelo. He ahí la cola, lomo, fauces y lengua de estos dragones milenarios, tumbados bocarriba y estirándose con pereza.

Y Pararas concluye con las siguientes palabras, usando el lenguaje cauto y frío de la ciencia, que los políticos y burócratas de la prevención prefieren ignorar y que la gente del litoral comprende bien:

Tumaco se encuentra en un banco de arena en una isla costera con elevación máxima de 3 metros sobre

el nivel del mar. Si el tsunami es de 5 metros de altura, como el de 1906 y se produce una marea alta, toda la ciudad se inundará por completo. Dado que la densidad de población ha aumentado considerablemente a lo largo de las zonas costeras de Ecuador y Colombia, el número de muertos será grande. Por ejemplo, la población de Tumaco en 1979 era de alrededor de 80.000 personas. Actualmente, la población ha aumentado a 120,000.

Algo parecido le cabe a El Charco. Portocarrero senior lo entiende perfectamente. Y lo grave es que Thor perdió su mazo en el terremoto del 79, hace 36 años.



■ Eficiencia local, absurdo global: la asombrosa máquina esparcidora de polvo

Cali, julio de 2015

Si la *serendipia* refiere un hallazgo afortunado y casual cuando se está tras un objetivo distinto, ¿qué nombre darles a los desastres impensados provocados por una iniciativa sensata, inteligente y aparentemente inocua?

Si quisiera construir una enorme *expulsora*, una máquina que en vez de aspirar polvo lo esparciera, haría una gran campana. En la parte superior, donde termina el cono, abriría un hoyo por el que se proyectarían chorros de muge hacia la atmósfera. Para ello habría que disponer en la base un ventilador

eficiente para elevar la polvareda mediante un remolino gigante. No hace falta usar aspas. Basta con refrigerar el aire de abajo y el aire caliente ascenderá rápidamente desplazado y empujado por las corrientes de aire frío. El aire caliente arrastrará el polvo y, una vez arriba, saldrá expulsado a través del hoyo en la parte superior de la campana. Luego de enfriarse, volverá a caer por fuera de la campana, pero mi máquina se encargará de recapturarlo para canalizarlo y catapultarlo de nuevo. Así, una y otra y otra y otra vez.

Si no entendió nada, observe el gráfico a continuación.

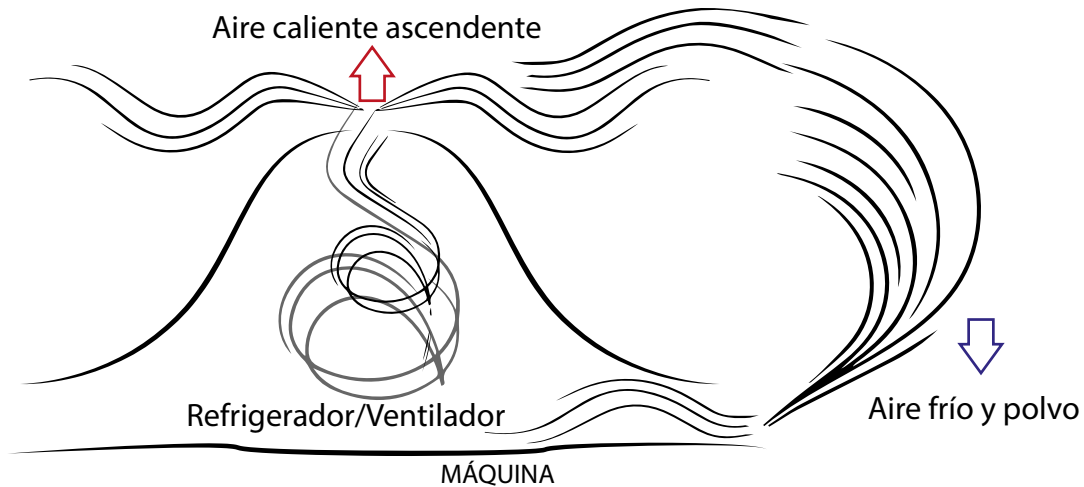


Ilustración elemental de la Máquina Esparcidora o Expulsora.
Elaborada por Julián González.

Nadie en sano juicio haría una máquina esparcidora como la que describo. Eso es verdad. Pero no hace falta estar loco para hacer algo absurdo como eso. Basta con actuar y diseñar cosas y objetos concentrándose celosamente en el éxito local, descuidando el contexto e ignorando los fenómenos que se enhebrarán con nuestras acciones locales conforme pase el tiempo.

Esperpentos globales como máquinas que expulsan polvo, iniciativas que destruyen la vida de millones de personas, medicinas que procuran deformidades corporales, proyectos de desarrollo que crean smog hasta intoxicar a millones, o decisiones que arrasan cientos de miles de hectáreas de bosques, suelen empezar con ilusionadas invenciones locales que parecen perfectas sobre el escritorio de los planificadores. La belleza y funcionalidad local es, con frecuencia, el camino correcto hacia el desastre global.

Por ejemplo, me encontré una extraña y enorme *máquina expulsora* en un lugar idílico y reluciente: el centro

comercial Unicentro de Cali. Es paradójico que este reino del aseo obsesivo y esmerado haya instalado esta máquina absurda. La tiene trabajando sin cesar y a todo vapor desde hace algunos años. Todo debió empezar con infinidad de planos detallados, algunos tridimensionales, en que se visualizaba un costoso proyecto arquitectónico imaginado por un pool de expertos constructores al servicio de Pedro Gómez Barrero y Compañía.

A continuación, les presento la *Expulsora*:



La parte superior de la máquina expulsadora.



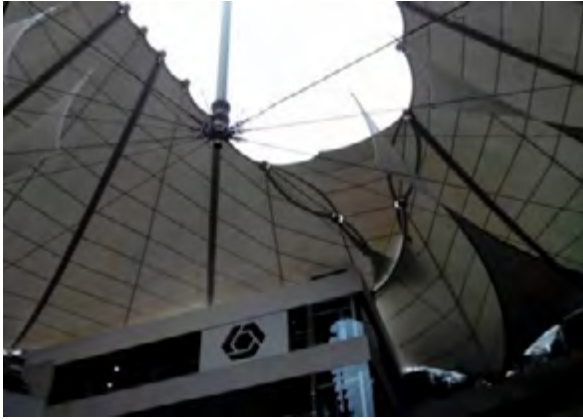
A la izquierda el hoyo de salida de polvo y a la derecha, la base:
una fuente de agua, un poderoso enfriador.



Si se observan las paredes con cuidado, se notará la acumulación veloz de capas de polvo, incluso en las hojas de las plantas. La expulsora funciona a todo vapor.



La fuente, el dispositivo refrigerante, en funcionamiento.



En las paredes y las telas puede apreciarse cómo, día a día, se acumula el polvo. Y es poco probable que pueda cesar el proceso. Imagino que asear las paredes cada día sería costoso, engorroso y muy difícil. Será cuestión de pocos meses o años para que la nata de polvo se haga visible e insoportable.



Hojas con persistente acumulación de capas de polvo en Unicentro, Cali.

Cuando visite Unicentro, Cali, observe con cuidado cómo la eficaz maquinaria va desplegando su tarea, sin cesar, en las paredes blancas y en las hojas verdes de decenas de palmeras y filodendros que penden de las terrazas. Un día usaré un filtro, una tela blanca (¿una servilleta?), para probar cuánto polvo se acumula a lo largo de pocas horas.

Para cerrar, échele un vistazo al mensaje anclado a la base de la *máquina esparcidora*. Si a las buenas intenciones locales les sigue el desastre global, al desastre global le sigue una oleada de humor paradójico local:



Libre de Humo.
Todas las fotografías por Julián González.



Mr. Surreal por Julián González

■ Cinco lecciones de guerra

Adiós a las armas, bienvenidos a los brazos

Julio 31, 2015

A. Despertares

Cali, abril de 2015

Cuando despertó notó que tenía el brazo dormido. Y no solo dormía: el brazo, tremendo sinvergüenza, también roncaba. Y no solo roncaba, sino que soñaba. Y no solo soñaba, sino que hablaba en sueños, hacía con los dedos de la mano un conjunto de movimientos armoniosos y pausados que formaban palabras, esbozaban dibujos y representaban paisajes en el aire. Entonces decidió no despertar al brazo dormilón, y aprendió a leer lo que los dedos decían y lo que dormido soñaba. Y así

se la pasó casi todo el día, mirando los sueños de su brazo. Entonces notó que, en ese instante, su brazo estaba teniendo un sueño extraño en el que gobernaba a un estúpido hombre despierto.

Se rió a carcajadas. «¡Qué brazo tan prepotente!», dijo. Y las risotadas terminaron por despertar al brazo que, furioso, lo agarró por cuello, y apretó, apretó y apretó hasta sumir a todos —brazo, cuello y hombre— en un último y definitivo sueño...

—**¡A mucho honor, soy un insecto!**
Relatos y reflexiones de Mister Surreal.

B. Brazo Rey

Cali, 31 de julio de 2015.

Un hombre se niega a deshacerse de una parte de su cuerpo: su brazo muerto.

Espigado es un término extraño: sugiere una mezcla bien balanceada de estatura, flexibilidad y delgadez como en las espigas de llantén, de trigo o de sorgo. Espigado es un adjetivo que le cabe a este hombre de unos 30 años, afeitada la cabeza, delgado y largo, casi dos metros de estatura. Hace 40 flexiones sin pausa en pocos minutos, camina una hora en la banda mecánica a unos 7 kilómetros por hora. Luego, una exigente rutina de espalda y piernas. Después, trota unos veinte minutos más. En total, dos horas y media de ejercicio diario. Asiste al L***** del oeste de Cali, el gimnasio en donde hago ejercicios 3 o 4 veces por semana desde hace algunos años. A dos cuadras queda la franquicia *Body Tech*, la competencia del modesto L*****: lo último en máquinas para hacer ejercicios, y un desfile incesante de moda deportiva. Celebración de cuerpos lustrosos y jóvenes hechos por el *personal trainer*, el *bisturí* y la dieta estilizada, *Body Tech* exuda exitismo y *beautiful people* por todos lados. Algunos lucen entre 2 mil y 6 mil dolares en atuendos, accesorios y dispositivos tecnológicos (relojes inteligentes, audífonos para escuchar música, gafas). Y por supuesto, un auto de lujo.

Al L*****, en cambio, vamos más bien los perdedores: los viejitos regordetos como yo, los aficionados que aspiran a correr la media maratón de Cali, los jovencuelos con ganas de sacar músculos para alardear un poco, las mujeres maduras que desean afirmar sus carnes



Cabestrillo inmovilizador.
Tomado de saniprix.com

bellas y los sobrevivientes de accidentes cardiovasculares que se las arreglan como pueden para olvidar el último arañazo de la Muerte.

Le pregunté a E*****, un diligente empleado del L***** acerca del hombre con cabestro, cabeza afeitada y riguroso entrenamiento. E***** sabe las historias de los usuarios regulares. «He trabajado aquí más de diez años», me dijo un día en que me habló con orgullo de sus dos hijas, de su esposa y de la bonita familia a la que se debe con devoción luego de haberse metido, en la juventud «en cuanto hueco pude; porque en esos días, si una mujer me daba oportunidad, allí me metía yo».

Me cuenta en discreta voz baja que *Espigado*, siendo joven, tuvo un grave accidente de motocicleta. Hacía trial y se reventó el brazo izquierdo en una prueba. «No le quedó sirviendo para nada, pero no se le desprendió».

Espigado decidió conservar su brazo inútil y por eso va a todos lados con su cabestrillo. Tiene mucho dinero y con regularidad debe inyectarse el brazo para mantenerlo vivo, me explica E*****, sazónando la historia. «Un médico le

dijo hace años que era mejor cortárselo, pero él se negó». *Espigado* confía en la ciencia. Cree que algún día podrá reconectarlo artificialmente a su cerebro y volver a gobernarlo. Y a juzgar por las noticias recientes, tiene esperanzas bien fundadas. «Y como tiene plata hasta mala», aclara E*****, «puede pagar lo que sea para recuperar el brazo».

Espigado podría estar en *Body Tech*, pero está acá, con los *losers*. Es un *loser* multimillonario. (Hasta cuando pierden, los ricos ganan, pienso con amargura de resentido social).

Sin embargo, a mí no me interesa ese aspecto de *Espigado*: sus cuatro automóviles de lujo, sus viajes a las mejores clínicas del mundo para encontrar solución para su brazo, la historia del niño bien que se hizo añicos en una moto de trial de 6 mil euros. La lección de *Espigado* y su cabestro es mucho más poderosa que todo el dinero en su chequera y toda la promesa neurotecnológica por venir: nos enseña que su *brazo muerto e inútil* es realmente la porción de su cuerpo más viva y esencial. Su cabestrillo no es la cuna de un ente inerte, sino la encarnación de una larga y decidida

acumulación de tareas y rituales para hacer de esa porción de su cuerpo algo más que peso muerto. Es una parte esencial de su propia vida.

Es probable que, si como confía *Espigado*, en los próximos años su brazo pueda ponerse en marcha mediante alguna forma de control neuronal asistido, a los pocos días o meses experimente cierta extrañeza e incluso alguna añoranza por su brazo inmóvil de ayer, tal como hoy extraña su brazo orgánico y móvil de antier.

De alguna manera, ese brazo en su cabestro ha terminado por convertirse en su centro, su fuente de identidad, su lugar de reconocimiento. Sin él, no sería más que un hombre alto que hace ejercicio o la historia conocida del atleta de ayer que decide conservarse en forma hoy y mañana. Pero *Espigado* ha estructurado en torno a su brazo un conjunto de tareas vivificadoras (los exigentes ejercicios físicos son solo algunas de ellas) que lo enaltecen y estimulan. Lo imagino aseando su brazo en las mañanas, sacándolo con cuidado del cabestro y extendiéndolo sobre una superficie adecuada para masajearlo, estirarlo,



Moto de Trial.

Tomado de <https://bit.ly/3tfwGZx>



Ranger Rover.

Tomado de <https://bit.ly/3BCOGjl>

moverlo y limpiarlo. Quizás le hable a su brazo como otros les hablan a sus rostros reflejados en el espejo o le susurran afectos al auto o al perro.

Lo vi conducir en el estrecho parqueadero una Ranger Rover blanca y aparatosa, 2000 cc de precisión inglesa. Una máquina lustrosa de 75 mil dólares. *Espigado* la timoneó y maniobró con el brazo derecho, mientras el izquierdo, el más importante y poderoso, dormía perezoso en el cabestro.

C. 'Los hijos', de Gay Talese (fragmento)

Antonio recorrió lentamente el pasillo y se quedó en la parte de atrás, junto a una puerta metálica que, cuando el tren comenzó a moverse, resonaba por culpa de una cadena suelta que la golpeaba desde el exterior. Cerca de él había otros tres soldados aparentemente sanos. Uno era de aviación; los otros, de artillería. Después de saludarse brevemente, permanecieron en un silencio incómodo durante varios minutos, mientras el tren salía de la estación y la luz del sol entraba en el vagón, con lo que resultaron aún más evidentes las heridas sufridas por muchos de los pasajeros. La mitad de las piernas que asomaban al pasillo estaban escayoladas o eran ortopédicas, de metal y sujetas con correas de cuero. Al menos un tercio de los soldados sentados llevan en cabestrillo un brazo herido o parcialmente amputado. De vez en cuando se oían los gemidos de los

soldados doloridos, y Antonio recordó su época en el hospital [...].

Antonio se aposentó junto a un escuálido joven de dieciocho años que había perdido la pierna derecha por debajo de la rodilla durante la gran batalla anterior a Caporetto, la de la meseta de Bainsizza, cuando el general Cadorna aún estaba al mando. El joven soldado, que regresaba a su pueblo, situado justo al norte Nápoles, dijo que la mitad de los miembros de su unidad murieron a causa de la artillería austríaca, y que él sobrevivió probablemente porque el caballo extraviado de un oficial de caballería muerto le cayó encima durante una explosión, aplastándole la pierna derecha, pero protegiéndole el resto del cuerpo del impacto destructor del obús¹.

D. Corolario

En inglés, 'arm' significa tanto arma como brazo. Entonces 'brazo armado' sería algo así como un arma doble o un brazo duplicado. Y la guerra es, si se tiene en cuenta las cifras de mutilaciones, un auténtico «adiós a los brazos» o un «adiós a las armas» (*remember Hemingway*).

Pero una guerra no solo mutila cuerpos. Sobre todo, tritura el tiempo, lo contrae, lo detiene.

«¿Qué es vivir en paz?», me preguntó una niña de apenas 6 años. Pensando en ella, confeccioné esta respuesta. Es poder construir una ficción inútil sobre un brazo rebelde, un relato exaltado sobre un hombre que se niega a abandonar su

¹ Págs. 412-413, *Los hijos*, Gay Talese, 1992, fragmento referido a lisiados italianos que regresan a sus pueblos en 1917, tras combates contra las tropas austriacas.

brazo, y un libro magnífico sobre tu propia familia (la Talese) que incluye, entre otros, a Antonio, un brillante sastre joven nacido en Maida, que hace un siglo debió ir a la guerra (la I Guerra Mundial).

La paz es un mundo en el que muchas personas pueden construir relatos a, b y c, y muchas otras pueden leerlos experimentando cierto placer estético y cierto goce, a veces profundo y en ocasiones leve y superficial. En la guerra, vives a, b y c realmente, como un desgarramiento continuo, sin alternativas y sin poesía alguna. En paz, lees o escribes a, b y c, mientras imaginas toda clase de mundos (posibles e imposibles) para poder salvarte del aburrimiento y el hastío. La paz no es la felicidad, es la posibilidad de imaginártela y de recrear futuros bastante más largos y lejanos que lo que te depara el presente corto y estrecho. La guerra, en cambio, no es más que un continuo «aquí y ahora», aplastante y breve, sin futuro ni más allá. Hoy hay pan, mañana quién sabe. Hoy estás vivo, mañana quién sabe. Hoy respiras completo, mañana quizás no.

No es cierto que la paz sea la ausencia de muertos.

No hacemos la paz para evitar que haya muertos. Ese no es el razonamiento correcto. Si ese fuera el corazón del asunto, entonces no tiene sentido parar la guerra pues sabemos que, a la postre, todos vamos a morir de una u otra manera. Entonces se para la guerra no para evitar que haya más muertos. Eso es irrelevante, y lo saben los guerreros de todos los bandos y layas. Lo clave es pensar qué nos hacen los muertos a los vivos. O, mejor, qué les hacen a los vivos las diferentes formas de morir de los muertos. Esa es la clave: el impacto de la

muerte violenta y bélica sobre la vida de los vivos. Ese impacto es tan profundo y estremecedor como el de un terremoto sobre la vida de los vivos. Nos retrotrae a la forma de la impotencia trágica y a la resignación, a la vida primigenia y animal, al *zoe* (de que habla G. Agamben citando la distinción que en Grecia antigua se hacía entre *bios* y *zoe*). Y en ello reside la eficacia política de la muerte violenta: erosiona el poder de una visión crítica e insatisfecha del porvenir, nos regresa a la vida desnuda o *zoe*, a lo básico. Por eso tanto la guerra abierta como el crimen común —que lisia o mata— erosionan tan profundamente la vida de los vivos, convierten a cada persona viva en asustado sobreviviente y nos sumergen en una vida mínima, trivial, medrosa y timorata.

La paz es, por el contrario, esa forma del tiempo en que decidimos la manera en que nos morimos y el modo en que vivimos. En la guerra, en cambio, no tomamos decisiones de vida, hacemos movimientos tácticos de supervivencia, y corremos tras agujeros y entre escondrijos cuando no tenemos armas; o salimos a destrozar y a matar, cuando las tenemos. En la guerra solo hay dos tipos de seres humanos: los temerosos y los temerarios. En paz, la diversidad de tipos humanos se multiplica.

En la paz, hay posibilidades de imaginar y, en consecuencia, de hacer crítica y soñar rupturas con el mundo vivido; en la guerra, solo nos queda soñar que un caballo muerto nos cae encima para salvarnos de un obús, aunque nos cueste una pierna, un brazo, los ojos, un miembro, un trozo del cuerpo.

Quienes en Colombia afirman que de prosperar las negociaciones entre las

Farc y el gobierno no empezará la paz tienen en parte razón, pero no toda la razón. Parar una guerra, cualquiera que sea, es comenzar a tejer un porvenir más ancho para millones de personas, empezando por aquellos que padecen la guerra directa en los campos. Pero en efecto, hay otras guerras que terminar y probablemente esta no sea la más insidiosa y difícil. Necesitamos detener la guerra de los empleos precarios e inestables de las burocracias públicas, atados a los vaivenes electorales de cada dos años; y la de los empleos precarios en las empresas privadas, retorcidamente ligados a una mezcla de acciones caprichosas de los administradores y las fluctuaciones de los mercados. También la del crimen urbano común, que hermana a las organizaciones criminales con quienes están llamados a protegernos (policías y jueces), con frecuencia cómplices los segundos de los primeros. ¿Y qué decir de la guerra de los negocios de la salud, que arrastra a millones hacia una red kafkiana de decisiones como la que condenan a una mujer con cáncer gástrico a tomar dosis variables de famotidina, ranitidina u omeprazol? Y la de la voraz maquinaria de impuestos que los más pobres suelen pagar puntualmente, mientras los sectores más ricos eluden, evaden o reducen astutamente.

En efecto, estas son otras guerras que mutilan, cortan brazos y piernas, reducen el margen de la vida que puede uno soñar, imaginar y caminar, más allá de los límites que traza la supervivencia instintiva. Pero estratégicamente es importante hoy parar una de esas guerras para comenzar a luchar contra las otras.

Ciertos sectores de derecha en nuestro país saben que al cesar la guerra

contra las Farc van a crecer las demandas sociales orientadas a acabar con las otras guerras, porque las guerras contra las drogas y las guerras contra las guerrillas han sido usadas sistemáticamente para contener las legítimas demandas de las personas en favor de una vida decente. Esas demandas han sido llamadas, en Colombia, eufemísticamente «protesta social». Y, como sabemos, toda «protesta social» ha sido convenientemente reducida y considerada «infiltración guerrillera».

Ojalá en la próxima década, la del 20, estemos peleando en este país por cesar las otras guerras, por terminar la mutilación de brazos y piernas, ensanchar la escala de nuestros sueños y acabar con las armas para multiplicar los brazos: *farewell to arms and the arms welcome*.

E. Cierre

Cali, abril de 2015.

... Pero el último y definitivo sueño no era, como pudo pensarse, la muerte. Mientras se hundía en el ahocamiento, su brazo asesino se quedó sin fuerzas y cesó de apretar, apretar y apretar, y en el último instante, cuando la sangre en su cabeza ya no fluía, la mano cedió y pudo respirar. Cuando recuperó la respiración plena y la conciencia, y supo que había sobrevivido al ímpetu suicida, entendió de qué se trataba todo esto. Comenzó a darle tareas al brazo izquierdo, el dormido, el cesante, el terrible. Era diestro, y desde entonces decidió escribir con la siniestra. Al estrechar la mano de otra persona, se habituó a hacerlo con la izquierda. Y en el brazo izquierdo se apoyaba cuando dormía y con

la mano izquierda peinaba y acariaba. Pero no descuidó su brazo derecho. Al notar que empezaba a ponerse celoso, le entregó pinceles y tijeras a la mano derecha. Y jugando fútbol golpeaba con el codo derecho para protegerse al cabecear, y celebraba los goles levantando una y otra vez el hombro derecho. Y se hizo, con los años, eficiente ambidiestro. Con la izquierda escribía y con la derecha ilustraba.

Y por primera vez en su vida se sintió confuso y ambiguo, pero completo; indeciso y oscilante,

pero pleno; rico en alternativas y diverso, aunque menos seguro. Más sereno y más abierto, más rico en recursos y armas. En pocas palabras, con más manos y más brazos para actuar.

«Porque la ambición de los seres humanos es alcanzar nuestra estatura y nuestra inteligencia diversa, pues todos los insectos, sin excepción, somos multi-diestros», susurra Mr. Surreal.

¡A mucho honor, soy un insecto! Relatos y reflexiones de Mister Surreal.



Huella Digital, tomado de <https://bit.ly/2WKOEf6>

■ Punto de vista / punto de vida

Trastorna tu experiencia: búscate un alias y entra

Cali, septiembre de 2015

Escena 1

Una mujer de unos 60 años, lectora formidable, conversadora sin tregua, vive en una de las barriadas populares de Cali: Terrón Colorado. Hace dos años era devota católica, de misa cada fin de semana y solidaria de las causas e iniciativas de la iglesia. Hacía en diciembre varias colectas para ofrecerle a los niños del barrio obsequios generosos durante la novena. Su religiosidad tenía algunos matices: adoraba a Juan Pablo II, pero nunca se tragó a Joseph Aloisius Ratzinger, el impronunciable Benedicto XVI.

Hoy ya no es devota católica. «Hijos de putas» es un adjetivo con el que no

duda en calificar a los curas; «hijueputa» es la iglesia; «malparidos» son los pastores de las iglesias cristianas; la religión es un engaño para «pendejos» dice, y no siente ningún afecto por el telegenético y, en principio, decente Francisco, una versión recargada de Juan XXIII, el «papa bueno». De hecho, ha empezado a hablar de Dios en términos completamente carnales: ya no es una entidad plenipotente y justa, y más bien le resulta una figura venal, caprichosa y antojadiza que hace con las personas lo que se le viene en gana. «Estoy *peñada* con él», me cuenta.

¿Cómo ha ocurrido esta suerte de secularización express de esta mujer? ¿Cómo ha sucedido que M.E.B.E. —iniciales de sus nombres y apellidos—, una mujer profundamente religiosa, se ha transformado en *descreída*?

Escena 2

Tres jóvenes estudiantes universitarios me han confesado hace dos días, conmovidos, que su participación en un proyecto de intervención social con niños y adolescentes en el que oficiaban como docentes los ha afectado significativamente. «No nos imaginábamos lo difícil que es hacer clases, ser profesor y concentrar la atención de decenas de estudiantes durante un par de horas». Por un instante tuvieron una comprensión súbita de la compleja labor docente y se apiadaron de mí.

Escena 3

Escribe la madre de un bebé recién nacido lo siguiente:

Sí, estoy cansada. Agotada porque no he parado desde que Adrián nació. La maternidad ha consumido mis energías, mi vida. Ya no soy ni la sombra de lo que era. Apenas me peino, ya ni tacones uso, le dije adiós al maquillaje, me visto con lo primero que encuentro y hasta tengo una lucha con mi pancita posparto. Ya, me liberé. Lo dije. ¡ESTOY CANSADA! (Lezeidarís, 26 de junio de 2014, sitio web).

Cambiar de punto de vista de los solos

Contra la pretensión ilustrada de obrar conversiones y transformaciones profundas espantando las sombras de la ignorancia con la luz de la razón y la palabra



Picasso pintando con luz.
Gjon Mili. *Revista Life*, 1949.
Tomado de <https://bit.ly/3BDuQol>

verdadera, parece claro que las transformaciones significativas ocurren en virtud de una suerte de *puesta en situación* que reorganiza dramáticamente nuestro punto de vista. O mejor, nuestros puntos de vista cambian cuando cambia el mundo que los genera, no a la inversa. Nuestros puntos de vista no son un menú de lentes que modificar a gusto o según las circunstancias; son nuestros *mundos de vida* hechos *modos de ver*. Al cambiar nuestros mundos de vida, cambian las maneras de mirar y concebir la vida, no al revés. Y nuestros mundos de vida están fundamentalmente tejidos de relaciones sociales y trayectos junto a otros.

Una niña abre la puerta del salón de clases. Ha llegado a una escuela nueva pues se ha trasteado toda su familia a un barrio al sur de la ciudad. La disposición del tablero, la luz, los olores, los rostros de los niños que la miran entrar, todo allí es raro para ella. Apenas puede respirar de camino a su silla. La niña a su lado, en el pupitre, le hace un guiño, y no está

segura de si se trata de una sonrisa, una mueca vulgar o un insulto. Ha entrado a un mundo nuevo y todo su cuerpo se estremece.

Los otros nos cambian tocándonos y hablándonos

En ello reside el éxito y eficacia de las conversiones religiosas acometidas por la cristianización neoconservadora: los cristianos amasan, estrujan, bailan, agitan el cuerpo de sus feligresías mediante una eficaz y situada terapia de estremecimientos, batimientos, masajes y cantos que cambia el mundo corporal del desencantado y descuadrado ciudadano solitario. El desesperado es acogido en una suerte de orgía y euforia colectiva, vaivén de los juntos, meneo de los muchos que celebran. La soledad de los solos y anonadados desaparece por un momento, y las personas salen del servicio religioso con la sensación de marchar de la mano de Dios. Invencibles. La sensación permanece unas horas o algunos pocos días y, pasado el tiempo, hay que volver a recargarse entregándose una vez más a los brazos del pastor y a las certezas colectivas de los fieles que se masajean y estrujan unos a otros. Pero lo mismo pasa con el esforzado atleta de los gimnasios, el fiel del parche esquinero o el infaltable rumbero de fin de semana. Tocándonos y hablándonos nos moldeamos mutuamente. No es indispensable ninguna ruta mística o religiosa para hacerlo. Nos cambiamos *arrejuntándonos*.

También cambiamos cuando el mundo conocido se derrumba

M.E.B.E cambió su comprensión de la religión y la iglesia cuando su hija —una

joven devota también, madre de un niño camino a la adolescencia— murió devorada por un cáncer que le hizo metástasis en el estómago, la médula espinal y el cerebro en 2013. El diagnóstico fatal llegó a finales de 2010, de boca de un médico oncólogo de la Clínica Valle del Lili que sentenció: «señora, no le quedan más que tres meses de vida». La hija de M.E.B.E. y su extensa familia aunaron esfuerzos para pagar un conjunto de terapias alternativas con un médico decente y sobrevivió dos años que le permitieron ver crecer un poco más a su hijo. En esos días M.E.B.E le hizo una promesa a Dios a cambio de su hija (la segunda que pierde esta mujer de 54 años). No sé el alcance de la promesa, pues me cuenta del asunto con los ojos aguados y no me atrevo a preguntarle más, pero supongo que era un acuerdo serio y solemne, quizás un «Dios, te doy mi vida a cambio de la de mi hija». Pero el canallita no se conmovió, y la hija de M.E.B.E murió. Devastada, no encaró la pérdida hundiéndose en la sumisa resignación del fiel, sino renunciando de una buena vez a toda devoción y fe. Así cambió el mundo de M.E.B.E y, con ello, su manera de mirarlo. Dios terminó en una papeletera y con el correr de los días ha ido dándole *delete* a su inveterada fe: Dios, ... ios, ... os, ... s, ...

Cambia el sistema de vida y con él la manera de ver

Por supuesto, esos cambios no siempre duran y rara vez son súbitos y dramáticos como el de M.E.B.E. De hecho, continuamente nuestro mundo de vida se modifica; pero solo en algunos casos ocurre ese tipo de reorganizaciones que trastornan sincrónica, simultánea y

súbitamente la vida de cientos, miles o millones de personas. Una guerra cambia el mundo de millones de seres humanos, y una arrasadora crisis económica o política también. Para los griegos de hoy la Unión Europea no es el mismo sistema en el que viven y creen los confortables alemanes o austriacos. La Colombia de una joven profesional de clase media que habita un bello *loft* en Bellavista (Cali) no es la misma de un joven que vende perros calientes de cuatro de la tarde a una de la madrugada junto a la discoteca donde el fin de semana se convierte la profesional del *loft*.

Nada cambia más a una persona que el “juntos”

La política, los medios de comunicación y la educación ilustrada convencionales creen que pueden cambiar los modos de ver sin alterar los modos de vivir. Eso también creían las vanguardias revolucionarias ilustradas. Recién ahora empezamos a entender que lo que transforma no es la palabra, sino el juntarse alrededor de ella o alrededor de la comida o en torno a un juego. La palabra de los profetas no cambia nada. Juntarse alrededor de ella, sí. Lo que más recuerdan con intensidad los viejos militantes políticos es menos el contenido de los discursos que el clima emocional, las anécdotas y los rituales que los aglutinaban y congregaban. Y muchos relatos sobre la vieja televisión o la radio de ayer son menos una relación de contenidos que una rememoración de las maneras de estar juntos. Los recuerdos de las navidades pasadas o los relatos en torno al álbum familiar suelen ser una relación nostálgica de modos de estar juntos.

Y nada cambia a una persona como una multitud de personas, ya se trate de los muchos coreando en un concierto musical, la feligresía que grita y canta, o los cientos que cliquean *I like* en la frase del tuitero o el bloguero. Nada cambia a una persona como el reconocimiento de su propia humanidad hecho por otro ser humano.

Facebook, a su manera, cataliza millones de situaciones y acciones que estremecen, aquí y allá, los pequeños cimientos del vivir cotidiano de muchos mediante los signos y señales de estar juntos. A veces arrojándolos al pequeño infierno del matoneo virtual y otras a la fantástica experiencia orgiástica de los besos y abrazos que abrigan. Si las personas revisan 200 veces su página en Facebook no es más que para confirmar que no atraviesan solos la vida.

Por eso es tan importante examinar y entender cómo las personas nos las arreglamos hoy para trabar vínculos comunes. Necesitamos comprender lo que hacemos todos los días para vivir juntos. Esos cambios en la manera de juntarse explican las transformaciones en las maneras de vivir y en los modos de ver.

Aquí y allá pueden observarse esos cambios súbitos o suaves, muchas veces locales y en algunos casos más extendidos, que mañana reconoceremos como una amplia y profunda revolución en el mundo de vida de las personas. Dado que nuestros modos de ver tienen la marca de los mundos conocidos y vividos, nos cuesta identificar y reconocer los mundos que están emergiendo, la geografía y los mapas de esos otros mundos por venir, aquellos que están

cuajando más allá del horizonte de nuestros hábitos. Esa es una paradoja clave y Pierre Bourdieu, el sociólogo francés, supo identificarla con lucidez.

Para poder ver lo que emerge, necesitamos desnaturalizar el mundo que vemos y vivimos como hábito, como vestidura e investidura. Y eso debe hacerse continuamente si uno quiere sorprenderse y asombrarse. Y es difícil, arduo. ¿Qué tipo de modos de juntarse están emergiendo en una red pornográfica como Cam4 o en las formas wiki de construcción y distribución compartida de saberes, datos y conocimiento?

Para quienes diseñamos y hacemos educación escolarizada también es un desafío, porque —en principio— los cambios de mundo no pueden ser prescritos y generados *diciendo* y *declarando prédicas*, sino creando situaciones que estremezcan las maneras habituales de vivir. El mundo en que la palabra dicha y autorizada cambiaba la vida de los otros, ya no existe. Lo que está emergiendo es un mundo en que nos

modificamos mutuamente mediante el riesgoso ejercicio de exponer(nos) a los otros. Los juegos *online* y multijugadores, las plataformas de redes sociales, las obras compartidas y colaborativas, las formas wiki de gestión de saberes y, sobre todo, la abundancia de recursos en donde vivir, usar y experimentar los mundos de los otros, ya son el tipo de entorno que dominará en los próximos años. En ese tipo de mundo, la figura del padre, el profesor, el gurú, el guía espiritual, el experto, el sabio, el líder mesiánico, no tienen sentido ni lugar, o solo puede operar elevando las cuotas de intimidación, control, terror y aislamiento de los que escuchan.

Por supuesto, las redes sociales virtuales no son —no hay que ser ingenuos— entornos de autonomía y libre actuación y desempeño, pero pueden llegar a serlo. Pueden llegar (están siendo) nichos en los que muchos producen —muchos escriben, muchos filman, muchos juegan, muchos hablan, muchos intercambian obras propias y ajenas—



Búscate un alias y entra al juego de los estremecimientos y temblores
Tomado de <https://www.acercadeinter.net/facebook/>

y muchos se conmueven y estremecen mutuamente. Unos se confrontan con otros y confortan a otros. Y todos estos entornos tienen en común un rasgo: para entrar en ellos hay que poner una cuota, grande o pequeña, del mundito personal, propio, privado y solitario. Y exponerse.

Y la primera cuota, el primer gesto, la primera maniobra de estremecimiento pasa por buscarse un nombre, rebautizarse uno. Hacerse a un *nickname*. Un alias. Y entrar allí donde otros seres humanos se reúnen para exponerse y transformarse mutuamente. Este rito

de paso, este ponerse un alias, es tan significativo y profundo que podría escribirse una hermosa obra recreando los motivos que explican ese *nuevo nombre*, ese singular autobautismo. Es bueno recordar que los alias, en el pasado, estaban reservados para el luchador clandestino, el delincuente de los bajos fondos y el artista, es decir, tres figuras que amenazaban —de alguna manera— el orden existente. Hoy todos tenemos un *alias*. Y cada alias es un pequeño estremecimiento de nuestras certidumbres, de lo que creemos ser y del mundo que creemos habitar.



■ Asesinatos invisibles

Matar sin disparar y asesinar sin sentirse culpable: los crímenes innombrables

Cali, septiembre de 2015

Si una persona toma un arma de fuego, le dispara a otra y la mata es un homicida. No importa si lo hizo en defensa propia, en un combate o como resultado de un intercambio de fuego entre dos o más organizaciones delictivas. En todos los casos estamos ante un homicidio. Cuando se mata a alguien por lucro y beneficio particular, cuando se ejecuta a otro por un pago, el homicida muta en sicario. Hay cazarrecompensas y mercenarios que hacen del asesinato un oficio.

Ahora imaginemos la siguiente situación. Un grupo de personas descubre que algunas piezas menores en el motor

de un avión son muy valiosas y deciden desvalijarlas y venderlas a buen precio en el mercado negro. Estamos ante un robo. ¿Pero qué pasa si al día siguiente el avión se viene abajo en pleno vuelo y 230 personas, entre pasajeros y tripulantes, se matan? ¿Los ladrones deben ser condenados por asesinato?

Les conté esta historia a dos mujeres y dos hombres adultos, cada uno con estilos de vida muy distintos. En las elecciones suelen tomar decisiones bien diferentes entre sí: una de ellas vota siempre por partidos de izquierda; dos suelen hacerlo por partidos tradicionales y establecidos (liberal o conservador); y

una cuarta persona prefiere abstenerse. Dos creen que el aborto es un derecho inalienable de la mujer, una de ellas tiene serias reservas al respecto y otro prefiere no pronunciarse. Una de las personas es mística, convencida de la geometría sagrada y los ángeles, otra es profundamente religiosa, otra es una atea firme y decidida, y la última vive inmersa en una mezcla bien balanceada de misticismo espiritual y catolicismo moderado. Pero cuando les pregunté qué decisión tomarían en el caso del avión si fueran jueces, ninguno dudo en el veredicto: los ladrones deben ser condenados por asesinato. Premeditada o no, el efecto directo de su acción (un robo) fue la muerte de 230 personas.

Vuelo HUV

El Hospital Universitario del Valle, HUV, en Cali (Colombia), vertebró la red hospitalaria pública del suroccidente colombiano. Está en crisis gracias a una combinación fatal de presupuestos gubernamentales deficitarios, regulaciones legales que le facilitan a las Empresas Prestadoras de Salud (EPS) retrasar y enmarañar los pagos por los servicios que el hospital realiza, desmadre administrativo, mafias y ladrones de cuello blanco que han conseguido capturar algunas porciones de recursos públicos del HUV, y camarillas políticas que lo desangran para financiar cada nueva elección. Los nombres de quienes se hacen con las piezas del avión HUV irán desgranándose poco a poco. Y conforme se conozcan no deberíamos olvidarlos. Algunos se han prestado para intermediar. Otros para saquear de manera directa. Y otros más para ocultar el robo. Pero ninguno es inocente.

Bueno. Sí hay muchos inocentes. Todos aquellos a los que el vuelo HUV irá arrastrando y destripando en su caída. Claro, si el derrumbe no se detiene.

Pasajeros del Vuelo HUV

Pasajero 1.

Desangre: ¡de sangre!

Cali, septiembre de 2015.

Joan Sebastián Yatacué Palco tiene 9 años y viajó esta mañana con su madre, Rosmira Palco Méndez. Les tomó dos horas llegar a Cali desde El Pedregal, un pequeño corregimiento de Florida. La médula ósea del niño no produce suficientes eritrocitos (glóbulos rojos), leucocitos ni plaquetas. Padece aplasia medular. Solo en el 20 % de los casos se puede determinar el origen de la enfermedad (infecciones virales, exposición a pesticidas, radiaciones o consumo de fármacos inadecuados). Los casos restantes son un enigma. Entre una y ocho personas por cada millón la padecen en el mundo, es decir, en Colombia no más de 400 personas la sufren. El pequeño Joan Sebastian es una de ellas. Su producción de plaquetas está sensiblemente afectada, lo que supone un riesgo severo de muerte por hemorragia. Necesita transfusiones regulares y su madre no puede pagarlas como usuario particular. Rosmira está registrada en el Programa Más Familias en Acción, de Florida, y en el SISBEN, un sistema de asignación de subsidios y ayudas estatales para las personas más humildes. La salud de su hijo depende por completo del HUV. En mayo de 2007 se registró para votar en El Pedregal, y es probable que desde entonces deba hacerlo regularmente por algún candidato específico para asegurarse un cupo en el SISBEN.

El candidato, si vence, pagará el triunfo con cargo a las finanzas del municipio medrando, entre otras, del presupuesto destinado a Salud. De hecho, en 2014 los empleados del Hospital Benjamín Barney Gasca bloquearon el acceso luego de denunciar ante el alcalde de Florida, Tulio González, varios casos de corrupción. «Si no nos declaramos en asamblea permanente, la gerente y sus aliados quiebran este hospital en menos de seis meses», dijo entonces al periódico *El País*, David Castro, el vicepresidente del Sindicato Nacional de la Salud y la Seguridad Social, Seccional Valle del Cauca. Olga Mariño Ortiz, la gerente del hospital, renunciaría 6 meses después de las protestas, en agosto de 2014.

Rehén de la política local, Rosmira Palco termina ayudando a erosionar los cimientos del hospital en el que su hijo podría ser atendido. El flamante hospital de Florida termina remitiendo a Joan Sebastián Yatacué Palco a Cali, al HUV. Pero al llegar allí esa mañana de septiembre, se encuentran con un panorama sombrío: no hay manera de trasfundir a Sebastián. El vuelo HUV se bambolea, se tambalea frágil y devastado por la crisis.

Entonces alguien roba una pequeña pieza en la avioneta de Florida. Alguien roba el motor completo del Airbus de Cali. Y cientos caen, caen y caen en Cali y Florida. Ninguno de los responsables ha disparado un solo tiro, pero todos hieren y matan con eficacia sicarial.

Pasajero 2.

010610. PIP. JCM. G.A. HUV

Cali, septiembre de 2015.

Tal como lo hace a través de las marcas y los slogans, la lengua de los

tecnócratas prestidigita usando cifras y siglas. Pero HUV no es una sigla, no es un edificio grande y viejo, no es un presupuesto mil millonario. Son millones de relaciones entre personas, centenas de máquinas que dosifican drogas y monitorean signos vitales, toneladas de papel con historias clínicas, y miles de conversaciones que derivan en decisiones y sentencias de vida o muerte cada día. Y últimamente, el HUV es una red de movilizaciones sociales y esfuerzos colectivos orientados a evitar primero su clausura, y, después, el continuo saqueo, el déficit y el desangre. El HUV encarna las ilusiones e indignación de muchos jóvenes de la ciudad, vinculados a la Universidad del Valle, que advierten allí una oportunidad de oro para defender y reinventar la gestión de lo público en un país y una ciudad en que lo público no es más que una lucrativa oportunidad para el robo. *No man's land, someone's loot*. Tierra de nadie, botín de alguien.

PIP no es la sigla de Proveedor Integral de Precios ni Político Inocente en Prisión, aunque podría serlo. En 1991, en La Seyne-sur-Mer, Francia, Jean-Claude Mas (JCM) fundó Poly Implant Prothese (PIP). Es probable que Jean-Claude Mas jamás se hubiera hecho a PIP si su socio, el cirujano plástico e ingeniero químico Henri Arion, no se hubiera destortillado en un avión. Arion fundó en 1960 el European Breast Implants y luego se la vendió a Mas hacia los años 1980. Para ajustarse a las regulaciones de la FDA (U S Food and Drug Administration), Mas modificó desde 2001 los requerimientos y estándares de la silicona empleada en los implantes: cambió el aceite de silicona de grado médico

(Medical-Grade-Silicone oil) por aceite de silicona industrial, lo que le permitió reducir costos de producción y conservar los márgenes de ganancia. Hacia 2009 comenzaron a registrarse en Europa reportes de deficiencias y rupturas en los implantes mamarios de la PIP. Desde entonces Mas enfrenta cientos de procesos penales, varias demandas civiles millonarias y una dramática caída de las ventas de implantes que condujo a la disolución de la empresa en 2011. Pero, aunque parezca increíble, la famosa circular roja en que se aprecian los números 010610, emitida por Interpol, y en la que se ve a un envejecido Jean-Claude Mas no refiere al caso PIP sino a «un presunto delito de conducción en estado de ebriedad cometido en Costa Rica en junio de 2010» (<http://www.interpol.int/es/Centro-de-prensa/Noticias/2011/PR105/>).

Gladys Arcila (G.A) sabe de Jean-Claude Mas, pero sobre todo conoce en detalle el drama de decenas de mujeres

que esperan un nuevo implante de reemplazo de los PIP en Cali. Desde junio de 2015 el HUV ha suspendido este procedimiento por falta de insumos, dice Gladys Arcila, directora de la fundación H2o. Cerca de 14 mil mujeres tenían en Colombia, según reportes de 2011, implantes PIP. Una cuarta parte de esos implantes consideraba riesgos. Y, pasados cuatro años, en Cali la lista Arcila no termina de cerrarse.

Y como vendrán más y más pasajeros, nos urge conocer ahora los nombres de los asesinos para que, si cae el HUV, se hundan con él muchos de ellos.

(Sí, lo sé: soy bastante ingenuo. En Colombia los matones de cuello blanco suelen caerse para arriba, toman vuelos seguros, y cuando se enferman seriamente viajan hasta Rochester, USA, y se chequean en la Clínica Mayo o el John Hopkins Hospital; o van a la Clínica Marly o el Hospital Fundación Santa F en Bogotá. Ellos abusan y jamás usan el HUV o el Mario Correa Rengifo).



Jean-Claude Mas en PIP.
Tomado de picture-alliance/DPA 2013.



Jean-Claude Mas, Circular Roja de Interpol por un caso de conducción de vehículo en estado de embriaguez, en Costa Rica (2010).

Fuente: INTERPOL.



Clínica Mayo.
Tomado de <https://mayocl.in/2WPYAQa>



Hospital Benjamin Barney Gasca.
(Fotografía sin autor ni fecha referidos).



Dante mira a la cámara y al futuro. 31 de enero de 2016

Miau

*Para nuestro gato, Dante, que nos mira desde el futuro.
Ojalá dentro de medio millón de años, su especie sea
benigna con lo que quede de la nuestra.*

Cali, enero de 2016

Dante va a la cama

Ha dejado sobre nuestra cama los restos de la lagartija con la que jugueteó varios minutos antes de arrancarle la cabeza y la cola. Esa cosa gelatinosa, oscura y amorfa entre los pliegues de nuestra sábana son las sobras de su festín juguetón. Dante es nuestro pequeño felino, un Hannibal Lecter de apenas seis meses de nacido y menos de dos kilogramos de peso. Esta ternurita sedosa despliega una crueldad sofisticada, inteligente y sinuosa que crece con los días. Empezó hace tres meses golpeando pelotitas y trocitos de plástico hasta hacerlos saltar o deslizarse bajo la cama, la nevera o el

baúl de madera en la sala, de donde los sacaba de nuevo curvando sus patas delanteras y alargando las uñas cuando era necesario. Luego se aventuró con insectos de corto vuelo: aterrorizadas cucarachas oscuras, grillos que caían abatidos antes de entender su propio desconcierto, y cucarrones pardos, sobrevivientes recientes de murciélagos que los atrapan al vuelo entre los ramales de los árboles de mangos y los carboneros. Después vinieron las mariposas. Un monarca transcontinental terminó en nuestra cama. Y una *gabita*, de las de *Mauricio Babilonia*, acabó sus días de libertad amarillando la lengua áspera de Dante. Y ahora caen

las lagartijas, que siendo tan hábiles en sus tretas de agazapamiento, escape y camuflaje, mueren vencidas por un gato que sabe esperar. Ya llegarán los pájaros y las serpientes pequeñas.

Engatusados

Hay 230 millones de gatos en el mundo, y un millón y medio está en Colombia. Afortunadamente, muchos permanecen encerrados en casas y apartamentos. Allí el instinto predador solo les alcanza para triturar ovillos de lana y juguetitos diseñados por una prospera industria felina que nutre y *apereza* a estos Garfield burgueses. Es una suerte. La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza los considera una de las 100 especies más dañinas e invasivas de la Tierra. (Extrañamente, la lista no la encabeza el *Homo sapiens sapiens*, especie invasiva y dañina si la hay). Un gato mata al día entre 3 y 20 animales. Y en Colombia se zampan cada año 86 mil toneladas de alimentos procesados por la misma industria que fabrica la harina de nuestras arepas y tritura la soya de nuestros aceites. En 2014, los colombianos se gastaron 7 mil millones de pesos en pañitos para asearlos, en arena especial para que caguen y en juguetitos para el desarrollo cognitivo y afectivo de mininos (no se incluyen medicamentos, servicios de aseo y peluquería, hotelería y guardería, cuidados veterinarios, cirugías ni aplicaciones informáticas para entretenimiento felino).

Felis silvestris catus es el nombre científico de la especie, pero sin duda *Felis urban catus* le calzaría mejor. Están casi completamente adaptados a las ciudades, y la poderosa Whiskas ha decidido

terminar la tarea. Whiskas es filial de Mars Incorporated, una de las 10 compañías privadas más grandes de Estados Unidos, fabricante de los famosos M & M, las barras Mars y los Snickers. Afirmo que «gatos y gatitos que se alimentan meramente de carne tendrán signos de carencia y como resultado problemas de crecimiento». Y sentencia: «Con una alimentación que usted mismo prepara será difícil proponerle a su gato todos los nutrientes vitales y en la relación correcta». Por supuesto, Whiskas ofrece el balance nutricional correcto para todas las razas de gatos, de todos los tamaños y de todas las edades: desde gatitos bebés hasta envejecidos gatos cojos, desde gatos estresados hasta gatas parturientas, desde gatos de pelambre espeso hasta mininos de pellejo lampiño como piel de cerdo. Para Whiskas el gato común es inviable sin su bien pensada e industriosa artillería nutricional. Es decir, nuestro Dante —el producto de la deriva filogenética de un tipo de gatos salvajes que empezó a cuajar hace unos 130 mil años y que se hizo doméstico hace casi 10 mil años— sería un espécimen desnutrido, triste y azul, como la canción de Roberto Carlos, si Whiskas no hubiera llegado a rescatarlo ofreciéndole su maná redentor. Pero es obvio, señores de Whiskas, que los gatos se las han arreglado bastante bien sin ustedes a lo largo de cientos de miles de años. En cambio, me temo que ustedes no podrían sobrevivir ni un año si un día, gatos y dueños, decidieran que el balance nutricional de sus granos no es sustancialmente distinto al de una buena merienda de carne cruda o de pescado a medio hervir.

El salto del gato

Para enmascarar lo evidente, alguien se inventó aquello de que los gatos nos obsequian a sus amos algunas piezas de caza. Hay que ser un poco ingenuo para creerse ese cuento sobre una especie que todos los días da muestra de que las personas no somos más que una extensión funcional y pródiga de sus dominios. Entonces miro a los ojos verdosos de Dante que me devuelve una mirada hipnótica, sin parpadeos, y entreveo allí el futuro. Digamos, un mañana dentro de unos 500 mil años. En un mundo gobernado por felinos, no me cabe ninguna duda de que, entre maullidos, risas y gemidos, los hombres seríamos generosa y festivamente desmembrados en complicados rituales felinos de caza, danza, juego y comida. Si los gatos experimentaran el mismo tipo de procesos que catapultan a los chimpancés y gorilas en los bizarros imitadores de los seres humanos del Planeta de los Simios, nuestra especie no tendría ninguna oportunidad de insurrección ni de redención.

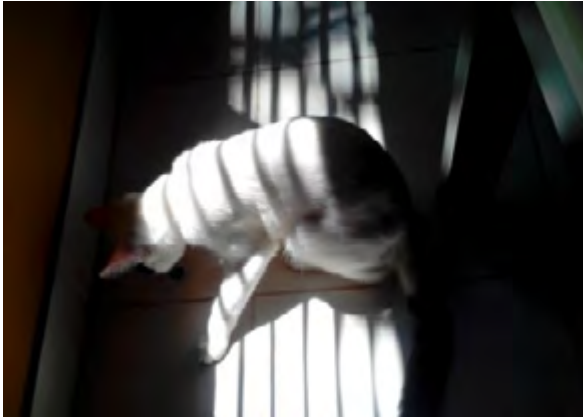
Más torpes aún que las lagartijas, no sumaríamos como especie más de dos millones de seres humanos, mientras 10 mil millones de gatos se enseñorean sobre la Tierra. En El Planeta de los Gatos estaríamos reducidos a *lagartijas de juego* para gatitos, *filón de zarpazos* para gatos jóvenes en formación, *piel de despelleje rápido y lento* para estetas del corte y el araño, y *carne de ronroneo* para los gatos viejos y cansinos.

Crecerían bosques robustos y enmarañados allí donde hoy prospera el cemento, y habría oscuras ciudades escarpadas llenas de aleros y pasadizos para correr, saltar y retozar. En *la noche de la menta y la hierba de gato*, cuando

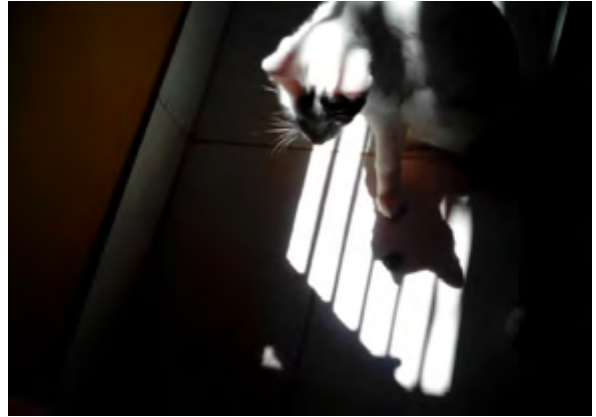
se entreguen a la embriaguez de los aromas y las alucinaciones, los seres humanos tendríamos que meternos en cualquier escondrijo para sobrevivir unos días más, un poco más, dentro de los largos y extensos galpones *cría-carnes*. Allí dormimos apretujados junto a los cerdos, las vacas, los conejos y los venados. En la noche de la menta y la hierba de gato, el apetito felino —insaciable de por sí— se ensancha tanto que tras la borrachera, se lanzan los gatos en masa a perseguir millones de presas. Y se sabe que no tenemos muchas oportunidades. Son felinos ágiles y bien alimentados acechando a millones de bípedos y cuadrúpedos terrestres sin más porvenir que el crujido de sus huesos. Los gatos se reservarán la *noche del aire* para cazar únicamente aves; y la de las *algas* para sumergirse en las aguas y hacerse a peces, delfines y crustáceos. Habrá algunos días de veda para evitar la desaparición de especies nutricias. «*Son tan tiernos los sin cola*», maullará un gatito gentil, en alusión a nosotros, los frágiles seres humanos.

En ese mundo solo las ballenas crecen y se multiplican satisfechas porque el sabor de su carne les repugna. De resto, todos los animales corremos, nadamos, volamos, huimos y nos escondemos para terminar siendo festín de gato, más tarde que temprano. En ese mundo, ningún ser humano muere de viejo.

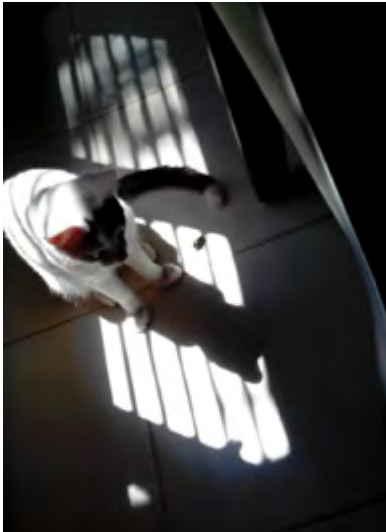
Entonces pienso en el planeta de los humanos. La vida nuestra en el reino de los gatos, dentro de medio millón de años, se parece a la de las vacas actuales. Hay 1400 millones de bóvidos, y ninguno muere de viejo —excepto los toros de lidia indultados, las vacas sagradas en la India y los portadores de



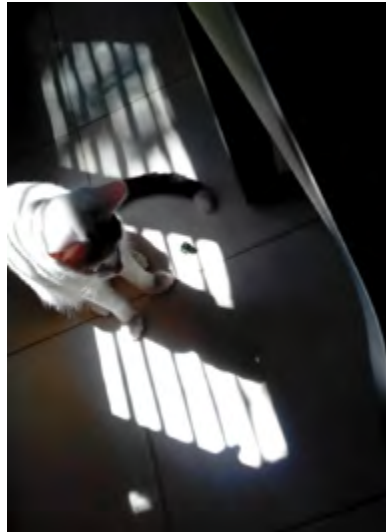
Dante juega con un cucarrón o escarabajo esmeralda. Cali, 31 de enero de 2016.



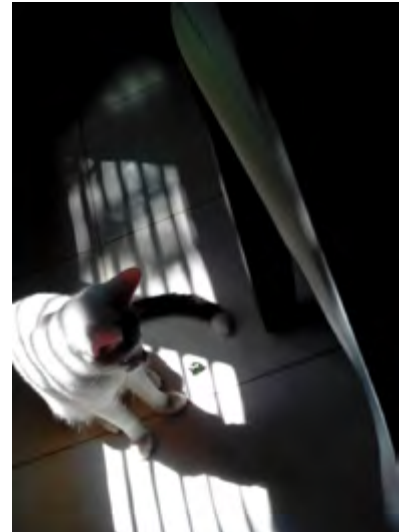
Dante juguetea con un cucarrón y su propia sombra.



Dante y su cucarrón esmeralda.



Dante calcula el golpe final.



Dante y el cucarrón o escarabajo esmeralda (*macraspis lucida*).

Fotografías por Julián González.

esperma y óvulos valiosos—. El resto, los terneros, vacas y toros comunes, que en condiciones normales podrían vivir más de 20 años, son destajados antes de los 7. *Big Bertha*, la longeva vaca que vivió casi 50 años, es una excepción.

En el pasado, hace cientos de miles de años, un bóvido nos ignoró

Alguna mañana de verano, hace 100 mil años, un uro enorme y vigoroso

debió encontrarse frente a frente con un enclenque y pequeño ser humano de apenas un lustro. Quizás lo olfateó un poco y lo rodeó. Bastó un bufido suyo para que el pequeño se tendiera al piso aterrado.

Después el uro africano continuó su paso, satisfecho, orgulloso. Potente. No miró al bípedo a los ojos. Y no supo ver en ellos los trazos del porvenir y el parpadeo del futuro, los anchos y

eficientes mataderos, las máquinas de ordeño, los frigoríficos acerados, las industrias que terminaron transformando millones de cascos en cientos de millones de botones. En fin, el destino de su especie.

Miro los ojos de Dante y me devuelve el profundo túnel aguamarina de su mirada. Maúlla. Ronronea.

Luego se escabulle.

No me teme...

... Yo le temo.



Cientos de gatos semisalvajes en Australia.
Tomado de <https://bit.ly/39RBqfe>



Venezuela, ayer y hoy

Postales de turista aturdido

Marzo 30 de 2016

Isla Margarita, 2004 y 2015

Que Cubagua, Coche, Margarita constituyen el estado de Nueva Esparta, con algo más de cuatrocientos mil habitantes; que la capital es La Asunción aunque la mitad de los pobladores está en Porlamar; que las perlas fueron durante el siglo XVII el renglón más importante de la economía local; que las tetas de María Guevara (dos montículos que se alzan cerca de la península de Macanao, el indio que le tenía unas ganas brutales, insaciables y nunca realizadas a la liberal, contrabandista y libertaria María Guevara); que los castillos y fuertes; que en Margarita no están con Chávez ni con la oposición; que los dejen vivir en paz.

Son fragmentos de relatos que se yuxtaponen y entremezclan cuando está uno atrapado en el torbellino de turista desubicado, mareado, sin norte-sur, sin este-oeste, sin zenit ni nadir. Perdido, el turista escucha y escucha y escucha esta palabrería de vértigo sabiendo que un tercio es falso y dos tercios quién sabe, pero a falta de otros referentes es lo único con que cuenta para guiarse cuando está a ciegas. Cuesta distinguir entre la liviana palabrería del operador turístico y la prédica, tan cercana e igualmente liviana y esquemática, del instructor en el museo o del funcionario pago por el Estado que te ofrece un relato patriote-ro sobre la gesta libertaria de fulano y

sutano en Porlamar. Las guías turísticas en las secciones de viaje del diario sueñan igual. Esto dice el periódico *El Tiempo* del 24 de febrero de 2015:

Si a usted le gusta la idea de descansar en una playa y bajo el sol del Caribe, pero aún no sabe a dónde viajar, tenga en cuenta la Isla Margarita, en Venezuela. Le conviene.

Conocida como la Perla del Caribe, Margarita está al noreste del vecino país. Es ideal para quienes buscan descanso en playas de arena diminuta y un mar cálido y cristalino, así como entretenimiento y turismo de aventura.

Y más o menos decía lo mismo en una nota de prensa que consulté en 2004 antes de emprender el viaje a Isla Margarita. Celebraba las virtudes de pasear por la histórica Asunción en Isla Margarita.

Es sorprendente entonces cómo el relato informativo, la predicación escolar sobre la patria, la labia del agente turístico se asemejan y confunden anudando en un discurso artificioso que entremezcla cifras demográficas, datos históricos y leyendas reactualizadas y reinventadas cada vez que se las narra. Hay pues un largo, esquemático y repetitivo relato que amalgama al circuito turístico de Margarita, de San Andrés, La Habana, Puerto Vallarta a lo largo y ancho de nuestras costas. Piratas, tesoros escondidos jamás recuperados, amoríos secretos y retorcidos entre el señor y la pueblerina, la esclava, la de abajo; entre la señora y el amante negro, el pueblerino, el que viene del barro. La estatua del santo que se negó a salir de una iglesia y se hizo pesada. La inundación, el incendio, el asedio de meses, que casi acaba

con la ciudad. La epidemia que mató a un tercio de los habitantes. Estos relatos constituyen una narrativa particular: cuentos para incautos turistas que van de prisa y estarán menos de tres semanas. Son el relato portátil y entretenido que arropa al viajero mientras camina el museo, se traslada en la van turística con aire acondicionado o espera su turno en el restaurante de comida local y típica. Así es la cosa aquí y allá. El circuito playa-mar-sol hace calicanto alrededor del turista, amasando la arena caliente con estos relatos líquidos sobre arquitecturas extraordinarias, historias bizarras del lugar, mítica religiosa, fantasía patria, dones de la naturaleza local, todo bien adobado y condimentado de risas y juegos de humor. Vean las guías de viaje a Acapulco, Ciudad de Panamá o Santo Domingo:

Más de 2 millones y medio de habitantes viven en esta gran metrópoli del Caribe. *Santo Domingo es una ciudad llena de vida* donde sus habitantes transitan durante el día y la noche sin parar. Coches particulares, autobuses o guaguas públicas cargadas de gente, motos, camiones y carros convierten a esta ciudad en la más ruidosa de la Isla. La mayoría de sus calles están trazadas en cuadrícula, similar a la de las grandes urbes de los Estados Unidos, influencia norteamericana que se deja notar en el nombre de muchas de sus avenidas y calles —Winston Churchill, John F. Kennedy, Abraham Lincoln, entre otras...

El sitio más tranquilo y apacible de la ciudad es la *Zona colonial*, situada al lado del cauce del río Ozama,

nos muestra un gran pasado histórico de la primera ciudad fundada por Cristóbal Colón en el Nuevo Mundo.

Así promueve República Dominicana y a Santo Domingo el sitio web *turismosantodomingo.com*. Pero uno puede cambiar los nombres e, igual, la cosa funciona. Allí donde dice guaguas ponga *chivas*, *busetas* o *funiculares*; allí donde dice Río Ozama ponga Malecón o río Cuale, y allí donde dice fundada por Cristóbal Colón ponga Diego Velásquez de Cuellar o Pedro de Heredia, y el relato aplica bien a cualquier destino turístico caribeño.

Hace falta apenas apartarse un paso, desviarse una cuadra, cruzar hacia la calle mal iluminada y salir de la zona demarcada y segura para empezar a escuchar el otro relato, más impreciso y ambiguo, sobre lo que *realmente pasa aquí*. Así me dijo Carlos a la salida del hotel en Isla Margarita donde me hospedaba con mi familia. *Venga conmigo a los barrios de pescadores para que conozca lo que realmente pasa aquí*. Y bueno, al salir de la zona segura uno se desliza, como entre un tobogán, a otro mundo, el de los pobladores que, aunque vivan del turismo, se toman un respiro entre tardes para comentar y opinar *soto voce* o *a voz* en cuello sobre lo que *pasa aquí*.

Los mecanismos de la censura turísticoinformativooficial cesan solo para quien se aparta del rígido sistema turístico. El control turístico opera mediante dos discursos: por un lado, la promesa de sedoso confort y calculado entretenimiento (ese que ofrece al turista todo *just at time*: putas, comida, playas, TV, viento, sol, vistas, historias-esquematisadas, planos simplificados); y, por

otro lado, su afinado terrorismo (hay lugares a los que no debería ir un turista con brazalete de *todoincluido* porque le pueden engañar, estafar, asaltar, violar, robar, secuestrar, asesinar, drogar, torturar, contagiar, enfermar...). El discurso del poder siempre ha sido el mismo: te ofrezco confort y seguridad si evitas toda tentación de abandonar mis dominios.

Expongamos la cuestión de una manera diferente. Hay tres figuras que representan tres maneras diferentes de insertarse a los relatos-lugar que constituyen el viaje turístico, semi-turístico y cuasi extra-turístico.

Tengo a la vista a Carlos: es el operador turístico por excelencia, el que coordina la recogida de los turistas, les ofrece itinerarios, obsequia su número telefónico por *si alguien necesita algo*. En una palabra, el confiable amigo y guía que el turista —suficientemente mutilado, ya por el terror y el miedo (a enfermarse, a perderse, a no entender), ya por la pereza y la decisión de no andarse con aventuras— requiere para no sucumbir. Él te venderá el circuito turístico estabilizado, con sus paquetes y lugares pre-vistos, *barralibre* y todas las promesas de confort a un precio *razonable*. Si le hablas a la oreja y en voz baja te puede llevar a los pequeños lugares del pecado, higienizados y seguros. Luego está Vladimir, el operador de taxis, que te pone en contacto con un conductor a tu libre disposición. Va a donde tú le digas que vaya, y tú le dirás que vaya a un lugar *menos turístico*, que en general son aquellos lugares que —sin dejar de ser turísticos— no alcanzaste a conocer en el circuito de Carlos. Finalmente está Enrique, el que opera la frontera del

circuito turístico «no turístico», para aquellos que *quieren conocer la vida real de la gente del lugar*. Él te llevará a pescar badeando el mar, luego freirán juntos lo que pesquen y conversarán de las cosas de la vida y de Chávez, por supuesto, aunque *como tú sabes en esta isla nadie está ni con la oposición ni con los chavistas*. Luego me enteraría de que préstamos de bajos intereses para comprar motores 40HP fuera de borda para piraguas y barcas, convirtieron a la mayoría de los pescadores de Margarita en chavistas sin tregua. La propia esposa de Enrique no oculta sus simpatías por Chávez «ya que los otros, los Cisneros, los Mendoza, los Capriles y los presidentes que han gobernado, siempre lo han hecho de espaldas al pueblo. Chávez quiso hacerlo para el pueblo y con el pueblo, sin consultar a los poderosos de antes, y por eso lo quieren joder».

«Verga, chamo...», puntea Enrique, que reconoce la obra de Chavez, cuando hemos terminado de comernos los pescados que atrapamos en su bote. Me cuenta que estima al presidente. «Pero, vergación, no estoy seguro que la cosa dure mucho tiempo», me dice.

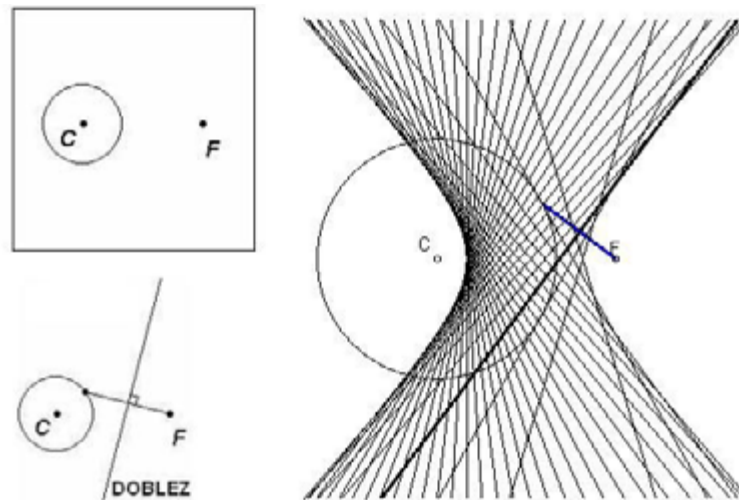
Hace un día soleado este sábado 26 de junio de 2004. Carlos no sabe que el presidente se morirá el martes 5 de marzo de 2013, que lo reemplazará su segundo a bordo y que en las elecciones

del 6 de diciembre de 2015 cambiará la composición de la Asamblea Nacional de Venezuela: 106 de sus 167 miembros son hoy adversarios y opositores al gobierno de Nicolás Maduro.

Y la chavista Nueva Esparta de ayer, la que conocí como turista, contribuyó al viraje parlamentario. En las elecciones de 2015, Tobías Rafael Bolívar Parra, de la Mesa de la Unidad Democrática, adversario del gobierno, obtuvo 151.122 votos —60,89 %— y Dinorah Elena Villasmil Blanco, del Partido Socialista Unido de Venezuela, 86.752 votos —34,95 %—. Dos de cada tres espartanos votaron contra el heredero de Chávez. La oposición ganó con amplia ventaja en algunos de los 11 municipios del estado Nueva Esparta: en La Asunción, García y Maneiro. En los restantes, la ventaja fue más estrecha (en Díaz, Gómez, Marcano, entre otras). Y perdió en un único municipio: Villalba (Isla de Coche), el rincón por excelencia de los pescadores artesanales, con motores fuera de borda, 40 caballos de fuerza.

Una soleada tarde de junio, en 2004, conocí la sencilla casa de uno de estos pescadores. Imagino que su esposa votó por los candidatos del Partido Socialista de Venezuela. ¿Enrique?

Quién sabe. Quizás hoy hace parte de los marchantes que vociferan contra Maduro.



Tomado de <https://bit.ly/3yGuOtS>

■ Único y repetible

Sísifo desencadenado

Cali, julio 27 de 2016

Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que solamente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos. En este, que un favorable azar me depara, usted ha llegado a mi casa; en otro, usted, al atravesar el jardín, me ha encontrado muerto; en otro, yo digo estas mismas palabras, pero soy un error, un fantasma. (Borges, *El jardín de senderos que se bifurcan*, 1941).

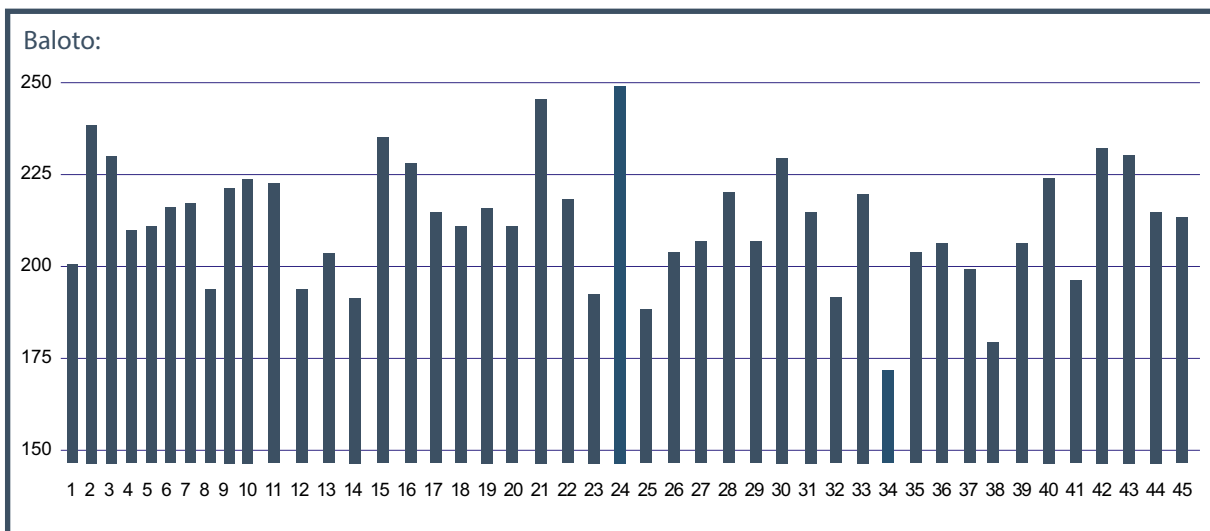
A los matemáticos y a los físicos teóricos les encantan los experimentos mentales. Los experimentos mentales se parecen a los cuentos, solo que en vez del *había una vez* de los relatos clásicos, los físicos empiezan los suyos con un *supongamos que*. Yo no soy físico teórico ni matemático, pero suelo fantasear con experimentos mentales. Y el siguiente es uno que me ha obsesionado durante años.

Supongamos que tenemos un dado de 6 caras y lo lanzamos una vez. Se sabe que la probabilidad de que caiga cualquiera de las 6 caras o números es de una sexta parte o 16,6 %. Pero supongamos que yo estimo mucho el número 5;

lo encuentro muy ingenioso y generoso, y quiero saber cuándo volverá a aparecer. Aparentemente, eso depende del número de lanzamientos. Si lanzo el dado una vez la probabilidad es del 16,6 %, y cada vez que lo haga la probabilidad será la misma. *Equiprobabilidad* es el término técnico para este fenómeno. Cada vez que vuelvo a lanzar, independientemente de los números que hayan salido antes, todos tienen la misma probabilidad de salir. Igual, si lo lanzo una o veintemil veces, la probabilidad es la misma para cada lanzamiento. Supongamos que lanzo infinitas veces el dado. Si pudiera contar los infinitos lanzamientos me sorprendería encontrar que cada uno de los 6 números se ha repetido la misma cantidad de infinitas veces. A los físicos —y a los matemáticos— les sorprende que en el infinito se acumulen las mismas infinitas veces cada uno de los seis lados del dado, no

el hecho de que exista un dado que dura hasta el infinito o que una persona viva lo suficiente como para lanzar y contar infinitas veces los dados. Entonces uno empieza a comprender el extraño sentido del humor de Sheldon Lee Cooper en *The Big Bang Theory*, que se esmeraría en hacer un chiste en el que Flash Gordon viaja a toda velocidad hasta uno de los infinitos lances y, sin que el lanzador pueda verlo, acomoda uno de los dados en uno de los seis números, arruinando y alterando para siempre la suave y equilibrada acumulación de infinitos 1, infinitos 2, infinitos 3, infinitos 4, infinitos 5 e infinitos 6.

Sin embargo, volviendo al experimento mental, tenemos la impresión de que entre más lanzamientos hagamos del dado aumentan las probabilidades de que alguna vez vuelva a manifestarse el 5 o el 3 o cualquiera de los seis números. Es decir, creemos que la reaparición



En casi 1600 sorteos esta es la distribución de números registrados en el Baloto-Colombia. El número 34 apenas ha salido un poco menos de 175 veces, mientras el 24, casi 250 veces. Pero *Fortuna*, la mítica diosa romana de la suerte, sabe que, vistos desde el infinito, los 45 números del baloto se repiten exactamente las mismas infinitas veces.

Tomado de Plataforma Baloto Colombia: <https://bit.ly/3Dkj4QI>

del número aumenta consistentemente con la frecuencia de lanzamientos. Confiamos en que alguna vez entre 100 o 200 lanzamientos volverá a aparecer el número 5. Esto es, sería extraño que en 20 mil lances no volviera a repetirse alguno de los números.

Pongamos el experimento de esta manera. Si yo apuesto con Rocío, mi amada, a que en el siguiente lanzamiento saldrá el 5 y ella apuesta que no, estaré haciendo una apuesta más o menos tonta, pues ella tiene 84 % de probabilidades de ganar. Pero si yo apuesto a que en los siguientes 20 mil lances saldrá el número 5, Rocío —con toda la razón— rehusará mi invitación, a menos que los incentivos de la apuesta estén desequilibrados: por ejemplo, si ella gana, obtendrá 15 de mis mejores fósiles, y si yo gano, ella me obsequiará un escupitajo.

En mi experimento mental, lo que interesa no es la posibilidad de que un evento suceda, sino que vuelva a repetirse tras muchos lanzamientos.

Complicuemos un poco el asunto.

Supongamos que los números de mi dado son un poco menos caprichosos que los siempre *equiprobables* números de los dados comunes. Supongamos que cada vez que sale el 2 aumenta un poquito la posibilidad de que al siguiente número salga el 5 y viceversa, y al salir el 1, crece la posibilidad de que salga el 6, y cuando sale el 3 arrastra al 4. Y así. En este caso, la probabilidad de que aparezca el 5 depende un poco de que antes haya salido el 2. De este modo, ya comenzamos a tener un sistema menos aleatorio y más parecido a uno sofisticado y complejo. Si sale el 2 en un turno, la probabilidad de que salga el 5, en el siguiente turno, no es del 16,6 %, sino del

33 %. En un sistema como ese comenzará a ocurrir una cosa más o menos simple. Tenderán a desaparecer las secuencias de números que sumados dan una cifra distinta a 7, y aumentará la población de las parejas Número A + Número B igual a 7. El paisaje de números dispuestos en el largo infinito será mucho menos caprichoso que el paisaje del primer caso.

Hasta cierto punto eso sucede en el mundo real. La probabilidad de que haya más arañitas depende de que previamente haya más moscas que atrapar, pero si aumentara en exceso el número de arañas predatoras las moscas tenderían a desaparecer y con ello caería la población de arañas, y al caer la población de arañas volvería a crecer el número de moscas, y así sucesivamente. Este fenómeno es tratado en la conocida ecuación presa-predador o Lotka-Volterra. Los datos del mundo real son menos caprichosos y en ellos el número 5 depende del 3 y el 4 que a su vez depende del 2 y 1, que no pueden existir si se repite en exceso el 6. En fin. En el mundo real hay dados Lotka-Volterra.

Ahora, volvamos al experimento mental. Uno puede suponer que el dado es una representación simplificada de cualquier sistema con N estados posibles. El detalle clave no es el número de lados del dado.

El detalle clave es que existe el *infinito*. Y en ese reino ancho y eterno, con infinitos Big Crunch y Big Bang, todo —absolutamente todo— puede repetirse infinitas veces, y todo, absolutamente todo, varía y se diversifica infinitas veces. En los dados infinitos, el 5 o cualquier número del dado representa cualquier evento: la desaparición de los dinosaurios, el colapso del sol, la aparición de la vida, el



Dados de 8 y 12 caras.
Tomado de <https://bit.ly/3gZec13>



Un dado de infinitas caras. En el infinito se repiten infinitas veces sus infinitos lados.
Tomado de <https://bit.ly/3kT3unj>

parpadeo de un ojo, una cachetada en el rostro, una jugosa naranja que calma la sed de alguien, Hiroshima y Nagasaki, el nacimiento de una bebé llamada Alba. En ese dado, lo trivial y lo trascendente se repiten una y otra vez, como el 5 en 20 millones de lanzamientos. Pero también todo varía infinitas veces.

En el mundo real los fenómenos son infinitos en número y necesitaríamos un dado de infinitas caras —una esfera— para representarlos. De cualquier manera, todos los números, todos los eventos, todos los acontecimientos van y vienen una y otra vez en el eterno infinito. Pero a cada repetición hay infinitesimales variaciones, cambios, modificaciones. El parpadeo 1 no es exactamente igual al parpadeo mil millones. La vigesimo-primer desaparición de la vida en la Tierra no será exactamente idéntica a la desaparición de la vida en la Tierra número dos mil millones. Y la manera como escribo ahora en el computador, *la desaparición de la vida en la Tierra no será exactamente idéntica...*, será infinitesimalmente distinta a cómo lo haré en la ocasión 80 mil millones.

Entonces viene la pregunta clave. ¿En ese infinito devenir puede ocurrir que coincidan simultáneamente los infinitos eventos que se sincronizan en este *instante*?

Sí.

En términos estrictamente técnicos son idénticos un evento como parpadear y un evento como este instante actual en el que, simultáneamente, ocurre que estalla un volcán, millones de seres humanos respiran de manera irreplicable, cientos de miles de millones de neuronas se ensamblan. Ambos, el evento cósmico, el evento local, el instante sináptico son una suma sincronizada y en cascada de eventos, que a su vez están hechos de eventos... Todos pueden representarse con un número simple en un dado de infinitos lados, y cada uno se repite y diferencia una y otra vez en los infinitos ríos del tiempo.

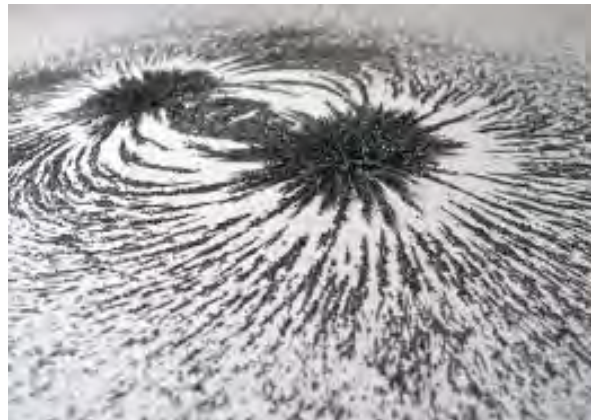
Es Sísifo desencadenado. Pero no el Sísifo esclavizado y vencido del mito, sino uno que va y vuelve con su roca a espaldas sabiendo que cada movimiento es nuevo en la repetición y reconociendo un sonido distinto cada vez que

su carga cae al suelo. Sísifo arrastra una y otra vez su carga no porque esté condenado sino porque distingue una huella nueva cada vez que la pone en marcha sobre la montaña, y reconoce en cada movimiento nuevas tensiones en sus músculos, las variaciones de las huellas de sus pies sobre el camino recorrido, los surcos nuevos colonizando los viejos, y el recorrido de las gotas de sudor sobre su piel es distinto aunque se parezca al anterior. Sísifo entrevé novedad allí donde otros solo ven repetición, y ve el eterno retorno allí donde otros solo ven novedad.

Sísifo comprendió la belleza de lo único que se repite y la belleza de lo que se repite siendo único. Y supo que la muerte no es más que un número entre la infinita repetición de eventos.

Sísifo entendió la poderosa escala de lo infinito que todo lo achica, todo lo pulveriza y todo lo reinventa.

Entonces me duermo profunda y tranquilamente, con el infinito respirándome adentro. Y sueño que el dado gira en un largo ralenti y comienza a descender, golpea el piso, rebota y pivotea por una de sus ochos esquinas, baila sobre sí mismo y, tras balancearse, finalmente se resuelve en un dulce y delicado 5.



Una representación del infinito con polvo magnetizado.

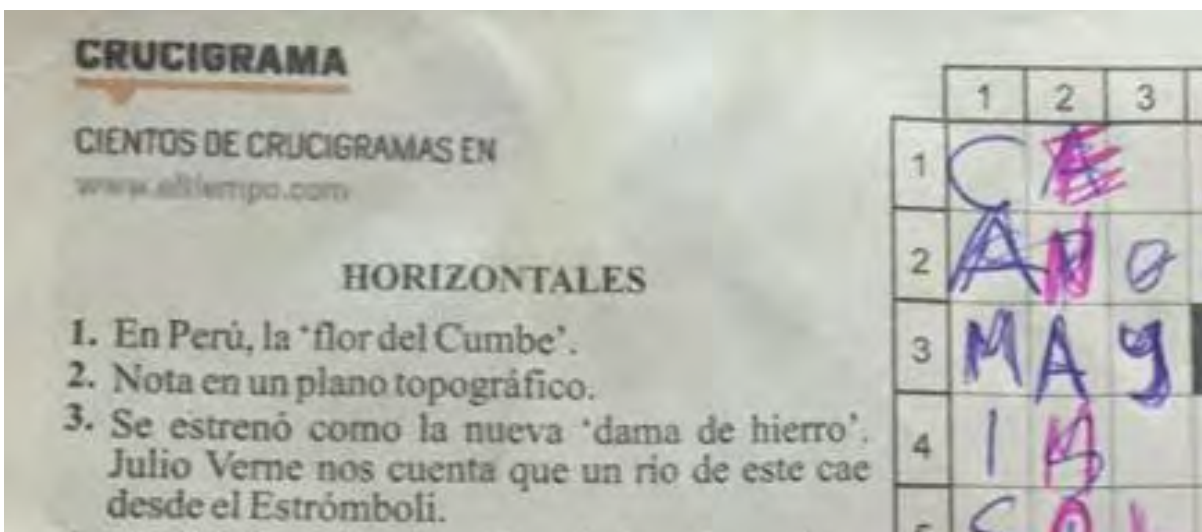
Fuente: Windell Oskay.



El cinco del dado me parece estupendo. Usando los 5 puntos puedes trazar líneas imaginarias y representar todos los números del 0 al 9.



Infinita repetición y variaciones del 5. Imágenes intervenidas y modificadas por Julián González.



■ Engaños y tretas de la mente

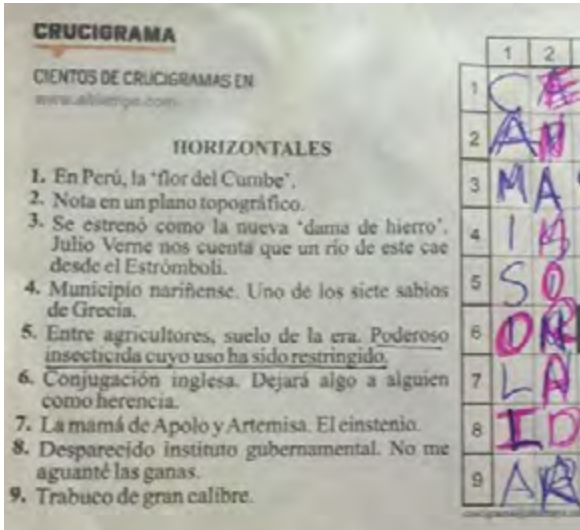
Guiño neuronal

Cali, 6 de agosto de 2016

Hago el crucigrama de *El Tiempo* del 2 de agosto de 2016. En el 5 horizontal, tres letras, aparece la siguiente definición: «poderoso insecticida cuyo uso ha sido restringido». ¿Poderoso insecticida? Comienzo a darle vueltas al asunto y durante casi media hora barajo alternativas. Sé que es una sigla y empieza por D. El eco de su nombre resuena por allá en lo profundo de mi memoria caprichosa, pero no doy con él. Manipulo la D combinándola y pasándole revista a todo el abecedario para que la memoria suelte la presa. DA..., DB..., DC..., DD..., DE..., DF..., DW..., DX..., DZ... Nada. Pasadas dos horas finalmente renuncio.

Elena Ferrante. Bello nombre. Parece el de un perfume caro, el de una casa de moda milanesa en Vía Monte Napoleone, el de una amante festiva de la Dolce Vita o el de alguna variante de Tiramisú, postre de burdeles italianos que terminó aureolado y aristócrata en la mesa de nuestros restaurantes arribistas.

Hay una estela de conjeturas acerca de quién se esconde tras Elena Ferrante. Y es tan poderoso el enigma que si haces una búsqueda restrictiva en Google se cazan cerca de 400 mil entradas bajo este seudónimo. (No hay más de 500 mil entradas para Gabriel García Márquez, Miguel de Cervantes Saavedra apenas



Crucigrama de 'El Tiempo', martes 2 de agosto. de 2016.



'Crónicas del desamor', de Elena Ferrante.

recluta 400 mil entradas, y Roberto Bolaño, un cuarto de millón. ¡Shakespeare encaja 35 millones de entradas!)

Empiezo a leer *Crónicas del desamor*, Ediciones Lumen Futura, 2016, una compilación de tres novelas de Elena Ferrante: *El amor molesto* (1992), *Los días del abandono* (2002) y *La hija oscura* (2006).

Y entonces ocurre el pequeño milagro. En la página 25 del libro, la segunda página de la novela *El amor molesto*, en el primer párrafo, leo: «Ese cuartito era un antídoto eficaz. Me inspiraba un terror que frenaba el ansia por la suerte de mi madre. En la oscuridad intensa, asfixiada por el DDT, era agredida por formas coloreadas que durante unos pocos segundos me lamían las pupilas y me dejaban sin aliento».

Mierda. Allí estaba la palabra que estaba buscando en la mañana para el crucigrama:

DDT. 5, horizontal. Poderoso insecticida cuyo uso ha sido restringido.

Sorprendente, ¿no?

Serizaron los pelos de mi espalda cuando lo vi. Y un regocijo como de *déjà vu* me envolvió firme porque supe, en ese instante, que tanto los *ya visto* como mi DDT no son más que una nueva celada del cerebro juguetero. El cerebro es una compleja red neuronal destinada, entre otras, a evitar que suframos demasiado. Nos ofrece todo tipo de señuelos para que nos sorprendamos y experimentemos singularidades, epifanías, sueños, revelaciones, encantamientos, conjeturas y contenturas.

Repasemos el asunto. En la mañana, haciendo el crucigrama, reparé en una palabra perdida. Pero al mismo tiempo saboté a mi memoria para que no me ofreciera una respuesta fácil: tendría que esforzarme. Sabía cuál era la palabra, pero me las arreglé para velarla a través de capas y capas de desvíos, atajos y distracciones que la enmarañaron. Y luego, en la tarde, la veo

sembrada en la novela de la Ferrante, destacada en mayúsculas en medio del párrafo. La recompensa fue ese regocijo, ese pequeño *Eureka* arquimediano. Las llaves perdidas en el fondo del cajón. Un billete de 50 mil pesos refundido entre la ropa sucia. Un *déjà vu* extraño. En el *déjà vu* lo que no buscas te encuentra. En mi DDT, te encuentra lo que ya no buscas.

El *déjà vu* y mi DDT están hechos de la misma argamasa mental de «lo tengo en la punta de la lengua, justo estaba pensando en esa canción que empezaste a tararear, crucemos los dedos pues todo va a salir bien, tengo un palpito, tuve un mal presagio o siento que alguien me está mirando». Todos, delicados guiños del cerebro.

3, vertical. Poderosa red neuronal creadora de trucos y engaños para seres que anhelan milagros. Siete letras.

ble que se desbordaba en estremecimientos de mi cuerpo. Entonces escapaba a un desván sin ventanas y sin luz eléctrica, justo al lado del cuarto de ella y de mi padre. Cerraba la puerta y me quedaba en la oscuridad, llorando en silencio. Ese cuartito era un antídoto eficaz. Me inspiraba un terror que frenaba el ansia por la suerte de mi madre. En la oscuridad intensa, asfixiada por el DDT, era agredida por formas coloreadas que durante unos pocos segundos me lamían las pupilas y me dejaban sin aliento. «Cuando vuelvas, te mataré», pensaba, como si hubiera sido ella la que me hubiese encerrado allí. Luego, apenas sentía su voz en el corredor, me escurría fuera, deprisa, para ir a dar vueltas a su alrededor con indiferencia. Volví a acordarme de ese cuartito cuando me di cuenta de que había partido como de costumbre, pero nunca había llegado.

El fragmento mágico en la novela de Elena Ferrante.



■ Patear, herir, matar

Linchamiento en Cali un 25 de octubre de 2016

Octubre 26, 2016

Vi y escuché toda la escena durante 47 segundos, el tiempo que tardé en recorrer la cuadra mientras conducía mi auto hacia la universidad donde trabajo.

Entonces lo patearon. Estaba tendido sobre la acera. Al lado, una Toyota Land Cruiser Prado, reluciente y plateada. Unos siete hombres lo rodeaban. Vociferaban, lo escupían y volvían a patearlo, sin puñetearlo. Porque puñetear humaniza, obliga a ver el rostro, a sentir la piel del otro. En cambio, la patada marca y conserva la distancia, animaliza al otro, evita el contagio emocional. Él, un hombre joven, escuálido, no más de 30 años, se recogía sobre su vientre en posición fetal. Volver al útero es lo único que nos

queda cuando una horda nos empuja a golpes hacia la muerte. Una mujer intentaba frenar el linchamiento, pero dos de los pateadores le dejaron bien claras las cosas: que no se metiera, que el tipo había intentado robarlos, que ya le habían advertido que por allí no se arrimara. Y la mujer comprendió, como comprendimos todos, que la oleada de odio y patadas también podía envolverla a ella si seguía entrometiéndose. La fiesta asesina era de ellos y solo estaban invitados quienes estuvieran dispuestos a sumarse a la orgía sin reticencias. Los demás podían ver a distancia y guardarse sus admoniciones, sus correcciones, sus invitaciones a hacer lo adecuado. Aquí no

cabía la ley, ni la decencia, ni el amor al prójimo. En la orgía asesina solo hay lugar para patear, escupir e *hijueputiar*. Uno de los linchadores, un viejito al que los pantalones se le escurrían, rondaba la escena, se alejaba unos pasos y volvía a patear y a insultar al feto. Iba y volvía. Cada viaje le permitía recargar energías, hacerse a una nueva ración de odios, pescar recuerdos, acumular nuevas razones para volver a patear mientras se aseguraba el pantalón con una mano. Porque sin duda lo disfrutaba: no todos los días se puede golpear sin correr el riesgo de que te devuelvan el golpe. A su manera, cada uno de los linchadores gozaba del privilegio de golpear ese saco de arena vivo que no responde, que no amenaza, que no huye, que no se queja. Que calla.

Tres círculos se tienden alrededor del rito. En el centro, el feto, el hombre inmóvil y apaleado que apenas respira. El segundo, el de los linchadores, todos hombres, todos entregados a la celebración con total convicción, sin culpas por ahora, cumpliendo con el deber y justificando el acto tribal: *es que estos hijueputas no aprenden si no a las malas, dicen*. En el tercer círculo, el de los espectadores, estoy yo. Los del tercer círculo ocupamos todos los roles. Somos el feto, pero sin acusar los golpes mortales. Somos los linchadores pero sin su compromiso emocional y corporal. Y somos el miedo y la impotencia. ¿Cómo parar la barbarie sin correr el riesgo de terminar molidos a golpes? Somos los que llamamos a la policía por teléfono móvil. «Están matando a un hombre aquí en la carrera veintinueve con séptima, cerca de la iglesia La Milagrosa, frente al Hogar Geriátrico Santa Inés, al lado de la Casa del Ponqué, cerca al Liceo Infantil

Alegre Despertar». Somos los que comentamos el asunto como si se tratara de un asunto menor, de esas cosas que pasan, aunque no deberían pasar. Lo hacemos entre aliviados —«menos mal que no soy yo»— y avergonzados —«de alguna manera soy cómplice»—. Otros, divertidos. Somos los que filmamos con teléfono móvil la escena y la subimos a YouTube. Somos los que nos imaginamos diálogos ideales, moralmente correctos y justos, limpios:

— ¿Por qué lo golpean? Paren de golpearlo.

— Amigo, este hijueputa me robó, se merece la paliza, así que no se meta. Este tipo es un criminal.

— ¿Y usted? ¿No está cometiendo un crimen ahora? ¿No está actuando contra la ley? Entonces como usted se ha convertido en criminal, también hay que patearlo, ¿no?

Silencio. El argumento es sólido. Los hombres dejan de patearlo.

O este otro diálogo:

— Claro. Golpean al pobretón, al arruinado, al ladronzuelo. Pero al que se birla los fondos públicos, al político que se roba los dineros de la salud y de la educación, al banquero que los arruina, le dicen doctor, lo ponderan, lo enaltecen.

Silencio. Sólido argumento. Los hombres dejan de patearlo.

O este:

— ¿Y es que van a matarlo? ¿Quién se va a responsabilizar del asesinato?

Porque todos se convertirán en asesinos. Y no faltarán testigos de su acto. ¿Cuál de ustedes se irá a la cárcel?

Silencio. Sólido argumento. Los hombres dejan de patearlo.

O:

— Mañana este hombre no lo va a dudar: va a disparar, va a matar, va a herir. Esa es la lección que está aprendiendo de ustedes, que no se dejará apalear nunca más. Es el lema del ladrón que sobrevive a la golpiza: *primero dispara y luego roba*.

Silencio. Sólido argumento. Deciden patearlo hasta matarlo.

Es martes 26 de octubre de 2016. Cali. 12:28 P. M. Un sol primaveral mima la ciudad. En la plaza de Caicedo manifestantes jóvenes han decidido acampar exigiendo «Acuerdo ya». La presión ciudadana en favor del proceso de paz puede rendir frutos. Y aquí, en la carrera 29

con calle séptima, un hombre tendido en la acera. Barrabás linchado y crucificado por siete hombres comunes, por siete trabajadores, por siete papás que cuidan de sus hijos y van a misa, por siete ciudadanos que votaron por el «Sí», por el «No», por el «Tal vez» o que no votaron; aquí en la calle asfaltada de una ciudad de dos millones de habitantes, no en un rincón rural y oculto de la Colombia profunda, aquí en Cali, la alegre ciudad rumbera que despliega una alegría decente y acogedora durante el Festival Petronio Álvarez; en fin, en este momento, aquí y ahora, estos siete hombres nos recuerdan cuán lejos estamos de empezar a tratar con lo peor de nosotros, con el fascismo de calle, con la justicia popular, con el linchamiento canalla, con la mentalidad paramilitar y gatillera. Ese es uno de los saldos más tenebrosos e inadvertidos de 50 años de guerra. Y allí está, anidado en lo profundo de nuestras almas, y bien atado y anudado al dedo gordo del pie que patea y mata.



■ Donald Trump quizá no existe

Mundos paralelos

Noviembre 10 de 2016

Odíamos en el otro aquello
de lo que estamos hechos.

La isla de Lewis o Eilean Leòdhais en galés, no tiene más de 19 mil habitantes. Allí, en las frías tardes, las sombras de las Clachan Chalanais o Tursachan Chalanais se alargan sobre un recuadro de pastizales frágiles que parecen un peladero. Son 18 menhires de un metro de altura, los más pequeños, y cinco metros, los más grandes. Es probable que siendo niña Mary Anne MacLeod haya conocido ese monumento de filosas rocas de cuarzo, feldespato y mica, y le hayan espantado esas presencias fúnebres y oscuras. Nació en la lluviosa

Stornoway, un 12 de mayo, y si no hubiera decidido morirse hace 16 años, hoy tendría 104 años.

Cuando llegó a Nueva York desde la empobrecida Escocia en 1930, Mary Anne MacLeod traía en los bolsillos apenas 50 dólares. Pensaba trabajar como empleada doméstica. Tenía entonces 18 años. Delgada, atractiva y de abundante cabellera ondulada, se casó 6 años después con un hombre de negocios exitoso. Su naturalización y legalización como inmigrante solo ocurrió el 10 de marzo de 1942, es decir doce años después de pisar suelo americano.

Si existieran en 1930 las estrictas leyes anti-inmigración que se pondrán

en marcha en Estados Unidos a partir del próximo año, Mary Anne MacLeod no podría haber entrado a Estados Unidos, habría sido deportada apenas unos años después por la policía migratoria o habría sido asediada por un hombre que, como su hijo, enseña con

algo de orgullo un largo récord de acosos sexuales.

Mary Anne MacLeod es la madre de Donald Trump. Si la *América* que quiere Trump hubiera existido en la década de 1930, él sencillamente no habría nacido en ella.



Torres de Donald Trump, en Río de Janeiro. Inevitable pensar en la transmutación de los monolitos que, de seguro, viera Mary Anne MacLeod en la isla Lewis.

Fuente: CITY OF RIO DE JANEIRO / HANDOUT. ANSA LATINA.



■ Gatilla y dispara, pero no mata

El hombre que mira las aves

Pereira, 23, 24 y 25 de julio de 2016

Otún-Quimbaya, Colombia, es una reserva ambiental, un santuario de fauna y flora en donde ver aves, mariposas, monos, cocuyos, gusanos que se iluminan en las noches, yerbas y arbustos de corta vida y decenas de árboles centenarios que empezaron a crecer justo cuando en Inglaterra se inventaba la primera máquina de vapor, se abría camino la Ilustración en Europa y América, y Diderot y d'Alembert escribían la enciclopedia. Hay riachuelos helados, niebla espesa, niebla frágil, estrellas afiladas en noches no eclipsadas por las luces de la ciudad, más aves, más mariposas, zorritos, perezosos cercados de musgo, árboles cercados de musgos, paredes cercadas de

musgos y agua. Acaricio el musgo con respeto. El musgo fue la maquinaria verde que hace casi 500 millones de años empezó a oxigenar el planeta.

Aquí abunda el agua. Hay mucha agua derramándose por todos lados, en los batientes de las puertas, en el vidrio empañado de las ventanas, en la tierra esponjada y gredosa, en las lloviznas cadenciosas y los frondosos aguaceros. «Este lugar tiene 90 por ciento de humedad relativa», dice Giovanna, una mujer menuda y vigorosa que trabaja como *intérprete ambiental*. Un intérprete ambiental te explica y muestra aquello que los ojos urbanos no saben ver en medio de esta marea de hojas verdes y este

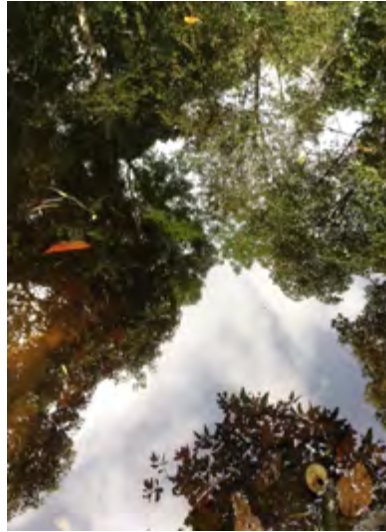
arremolinamiento de formas, olores y sonidos que abruma.

Un yarumo se bate por una fracción de segundo y el intérprete ambiental sabe entrever allí una ardilla, un mono araña o una pava caucana. En la tierra advierte las pisadas de un guatín

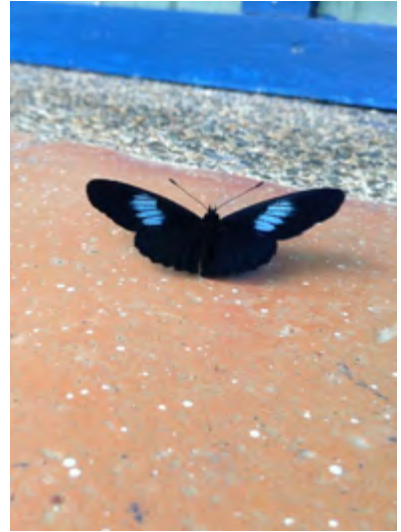
o la andadura de un gurre o armadillo. Con Giovanna ves el musgo acumulando agua en la corteza de los árboles para luego entregársela gota a gota a la tierra que se esmera en trazar hilitos plateados. Esos hilitos se harán riachuelos, acequias, nacederos y pocetas.



Ventanas. Reserva Otún Quimbaya. 24 de julio de 2016.



Espejos de Agua en Otún Quimbaya. 24 de julio de 2016.



Mariposa en 'blue'. Reserva Otún Quimbaya. 23 de julio de 2016.



Fractal. Otún Quimbaya. 25 de julio de 2016.



Red Love. Reserva Otún Quimbaya. 23 de julio de 2016.



Barranquero, reproducción y copia a mano de Antonia González, a partir de una obra de José Arboleda.

Fotografías por Antonia González.

Arriba, a dos horas de camino de aquí, nace el río Otún, pero abajo, a lo largo de su recorrido, cientos de miles de hebras de agua se encargan de criarlo y amantarlo. Giovanna te muestra esta fábrica de agua en pleno funcionamiento.

Hemingway gatilla

Un metro noventa de estatura, ojos azules, abundante cabellera blanca, una chaqueta con decena de bolsillitos en donde se advierten las piezas de una panoplia de instrumentos fotográficos y libretitas de apuntes. Sombrero caqui moteado y camisa celeste; 70 años de edad. Bien podría parecer un *habitué* de la pesca recreativa, pero este Hemingway en soledad está aquí, en Otún Quimbaya, a la caza de colibríes y tángaras florecidos, cucaracheros y perdices en fuga, ruidosos pericos de páramo y tororoíes. Con la cámara fotográfica empotrada en un trípode sólido, quizás un Manfrotto MT055CXPRO3 en fibra de carbono de un poco más de 600 dólares, dispara una ráfaga sobre siete pavas caucanas que se pasean orondas entre las ramas. Tiene varias cámaras fotográficas y en ellas graba también pequeños videos HD que edita en las noches.

En las noches también, al final de la jornada y tras zamparse una cena vegetariana, se sienta frente a su computador, revisa las notas que ha tomado en sus libretitas usando una pluma estilográfica, examina con cuidado cientos de imágenes y las coteja con alguna base de datos taxonómica. Casi a las dos de la madrugada termina su labor, iluminado el rostro por el resplandor azul y fantasmal de su computador.

Los ornitólogos profesionales o aficionados son pacientes, minuciosos y



Ilustración de características morfológica de pinzones en la Isla Galápagos, por Charles Darwin. Tomado de darwin-online.org.uk

técnicos. Por 148 dólares cualquier ornitólogo apasionado puede hacerse al *Birder's Diary Birds*, *Clements/Cornell World* y al *Birder's Diary V4.0 Advanced User License*. El ornitólogo marcará en su GPS el lugar exacto de un avistamiento relevante y grabará, cuando sea posible, el canto ritual de cortejo de un ave o usará un catálogo de trinos descargados de *Xeno-canto* o de *Bird Calls* para atraer algunas aves hacia su cámara. También compartirá sus imágenes y sonidos en alguna plataforma como eBird, patrocinada por Zeiss, el poderoso emporio alemán de lentes e instrumentos ópticos. Abundan los ornitólogos que además de fotografiar y filmar suelen dibujar las aves, lo que los emparenta con Charles Darwin y sus cuidadas ilustraciones de aves a lo largo de casi cinco años de viaje en el Beagle, entre 1831 y 1836. Muchos ornitólogos disfrutaban exhibiendo la maestría de sus oídos entrenados y reconocen un trino específico en medio de un concierto de aves. Otros no se confían y prefieren usar Warblr para hacerse a un reconocimiento preciso del trino. Warblr es una aplicación desarrollada

en 2014 por Dan Stowell, de la Universidad Queen Mary de Londres, que no solo ha resultado un formidable programa de reconocimiento de trinos, sino uno capaz de acumular aprendizajes, como probó al identificar y memorizar cientos de cantos de aves conservados en el Archivo de Sonidos de la Biblioteca Británica. Algunos ornitólogos consultan con regularidad Birdnet, el sobrio sitio web del Ornithological Council, hospedado en el del Instituto Smithsonian, y presidido por su Directora Ejecutiva, Ellen Paul, una firme promotora de regulaciones estrictas y severos controles para el uso de animales salvajes en la investigación científica. ¡Temblad, Manuel Elkin Patarroyo!

Precisamente en Birdnet leo la sencilla definición de *pájaro*: *Vertebrado, bípedo*. Se distingue de otros vertebrados por las *plumas*. Todas las aves tienen *picos*, y un *corazón de 4 cámaras*.

La definición le calza bien a nuestro sombrero Hemingway de montaña.

Hay una serenidad extraña en este pajarero anciano que apenas entiende español. Es como si persiguiendo aves acallara un duelo que no cesa, o evitara lidiar con una familia que lo odia, o escapara al cielo de un amor que no tolera, o encontrara aliento para una enfermedad irremediable que lo hunde, o se atrincherara de una derrota mal disfrazada de victoria, o se deslizara hacia un rincón auténtico después de años de inmundicia, o se encaminara a un abismo luego de salir de otro.

En todo caso, está escapando de algo. ¿De qué? No puedo saberlo. Pero escapando ha terminado por convertirse en casi un pájaro. Este Hemingway de montaña, este *bird* desenfadado, es un *vertebrado bípedo*. Usa varias *plumas* o

estilográficas para tomar nota. Carga sobre el corazón 1..., 2..., 3..., 4 *cámaras formidables*; solo le falta el pico. Pero trina, sin duda, todos los días en Twitter, donde ahora informa sobre su aventura en Otún Quimbaya, 489 hectáreas reservadas a los emplumados herederos de los dinosaurios.



Bird observa y espera. Reserva Otún Quimbaya.
24 de julio de 2016.
Fotografía por Julián González.



En Lianoning, una provincia en China, se han descubierto varios fósiles de dinosaurios emplumados, muchos de ellos emparentados con el velociraptor. El primer descubrimiento de dinosaurios con plumas —probablemente destinadas a conservar la temperatura— se hizo en 1995 en Lianoning. En 2015 se hizo el más reciente descubrimiento.

Tomado de <https://bit.ly/3zL63oW>



■ Imágenes recicladas

El asesinato de Andréi Kárllov

Diciembre 21 de 2016

Seguramente en Arcadia, en *Mil palabras por una imagen*, Antonio Caballero, el prestigioso columnista colombiano, examinará alguna de las imágenes del asesinato del embajador ruso en Turquía, Andréi Kárllov, a manos de un miembro de la policía turca. Mevlüt Mert Altintas (22 años), vestido impecablemente, gritó *No olviden a Siria, no olviden a Alepo* tras dispararle a Kárllov, un experimentado diplomático ruso de 62 años, destacado en Ankara desde 2013 luego de haberse desempeñado como embajador en Pionyang y en Seúl.

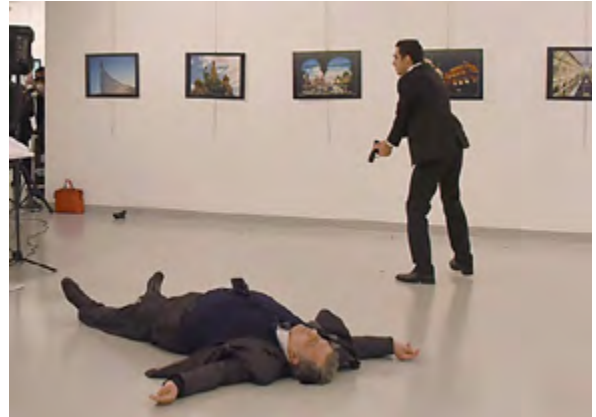
Las imágenes del asesinato parecen las de alguna pieza de arte performativo.

Todo se desarrolló durante la inauguración de la exposición de fotografías *Rusia vista por los turcos*, y es inevitable pensar en el *arte de acción*, los *happenings* y las puestas en escena salpicadas de sangre, excrementos, cuerpos destrozados y escarificados de algunas artes visuales actuales.

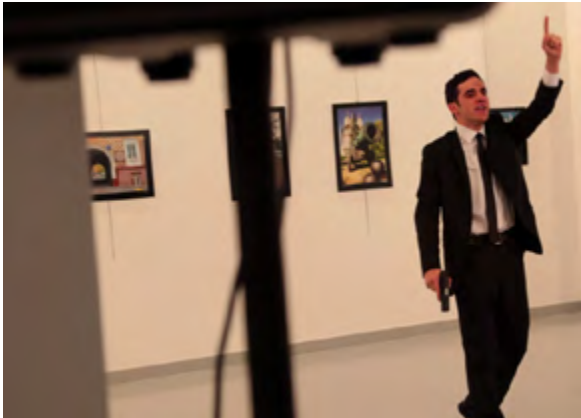
Pero también es inevitable recordar escenas del cine de acción como *El transportador*, de Luc Besson, con Jason Statham como protagonista. Como el imperturbable Frank Martin, Mevlüt Mert Altintas jamás pierde la compostura, aunque sabe que será liquidado unos minutos después. «Sé que no saldré vivo



Escena del asesinato del embajador ruso en Turquía, Andrei Karlov, el 19 de diciembre de 2016. Inevitable pensar en las artes performativas contemporáneas.



El cuerpo de Karlov en medio del escenario y Mevlüt Mert Altintas, algunos minutos antes de ser abatido por la policía turca. La cartera naranja y el tacón de mujer abandonados revelan la estampida previa de quienes intentan ponerse a salvo.



Mevlüt Mert Altintas (22 años), tras disparar.



No es un 'performance', pero se le parece. Todas las imágenes tomadas de Associated Press. Fotógrafo: Burham Ozbilic.



Jason Statham en "El Transportador", 2002. Tomadas de <https://bit.ly/3hjmdYz>

de aquí», dice, mientras les pide a los presentes en la exposición que guarden la calma, que no ejecutará a nadie más.

Por supuesto, nadie con dos dedos de frente pensará que estamos ante una suerte de ficción o un simulacro vacío. Pero es importante subrayar que hay *algo irreal* en las imágenes del atentado, como *si no hubieran tenido lugar*.

Clément Chéroux en su artículo «¿Qué hemos visto del 11 de septiembre?» (2013) nos recuerda cómo las imágenes de los atentados a las Torres Gemelas en Nueva York tenían una relación intericónica con las del ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941; y las de Thomas Franklin, tres bomberos izando la bandera de Estados Unidos en plena zona cero, se asemejan a la fotografía de Joe Rosenthal, en que se aprecian cuatro soldados norteamericanos alzando la bandera de estrellas en Iwo Jima, el 23 de febrero de 1945. Y, claro, las imágenes de la Torres Gemelas colapsando, también recuerdan las de filmes como

Infierno en la torre o *The Towering Inferno*, de 1974.

Las imágenes fotográficas periodísticas de mayor impacto parecieran remitir menos a un referente concreto que a otras imágenes fotográficas que prefiguraron y moldearon antes nuestras maneras de mirar. Fontcuberta le ha llamado postfotografía a esta transformación radical del acto fotográfico, en que, debido a la masiva diseminación de posibilidades para crear y registrar imágenes, pierden relevancia la autoría, las pretensiones de originalidad, la experticia, el contenido o referente, y lo ganan el reciclaje de imágenes, las nuevas disposiciones fotográficas como Google Glass, la inserción de dispositivos fotográficos en el cuerpo y el cráneo para fotografiar *all time* lo que los ojos ven, las fotografías hechas por animales no humanos, la *iPhonegrafía*, la fotografía colaborativa y en las nubes, la autofoto, y la continua acumulación de registros visuales en línea.



Self-Portrait/Pervert, Catherine Opie, 1994.
Museo Guggenheim.



Escena de 'Infierno en la torre', 1974, estelarizada por Paul Newman y Steve McQueen, y dirigida por Irwin Allen.

No había una cámara fotográfica cuando el joven bosnio Gavrilo Princip disparó contra el archiduque de Austria, en Sarajevo, en junio de 1914. Achille Beltrame, el prolífico ilustrador de la revista *Domenica del Corriere* compensó la ausencia con suficiente imaginación dramática e hiperreal. Y es sorprendente que, en ausencia de registro gráfico directo, la de Beltrame haya terminado por convertirse en la más vívida representación del acto que terminaría precipitando la I Guerra Mundial.

En cambio, hoy, ante la proliferación de máquinas de fotografiar, no falta la provisión de imágenes que remiten a imágenes que recuerdan otras imágenes, y así sucesivamente. Es una suerte de *déjà vu* perpetuo en que solo aquellas fotografías periodísticas con suficiente poder intericónico consiguen estremecernos. Por eso no sorprende la diseminación viral de las imágenes del asesinato de Karlov, en Ankara: porque secretamente sabemos que ya las habíamos visto antes una y otra vez; como si más que una *revelación*

nos ofreciera un expresivo retorno a un «ya visto» perpetuo.



Asesinato del Archiduque de Austria, Francisco Fernando, en Sarajevo, el 28 de junio de 1914.

Una de las 4662 ilustraciones que produjo Achille Beltrame, el pintor ilustrador de la revista '*Domenica del Corriere*'. Muchas de sus imágenes son recreaciones de escenas que el pintor no presenció.



Imágenes generadas a través de la plataforma IOgraphica mientras revisaba esta pieza del libro. IOgraphica crea imágenes incidentales derivadas del movimiento del mouse del computador mientras se lo opera. Fuente: Julián González. IOgraphica.com

■ Basura y ciudad segura: ejemplos de estupidez global

«En verdad, de cerca se ve bellísimo.
¿Pero sí resistirá un buen lejos?»

—Extraído de «Diálogos del Cadillac y la ardilla», 2013.

La libre elección de amos no suprime ni a los amos ni a los esclavos. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzo y de temor, esto es, si sostienen la alienación.

—HERBERT MARCUSE, *El hombre unidimensional*, 1964.

Cali, 27 de diciembre de 2016

Llevo un pequeño cuaderno con notas y fotografías en donde registro fenómenos ordinarios, comunes y, sobre todo, *paradójicos*. Vistos de cerca parecen funcionar de manera óptima, pero basta observarlos un poco más globalmente para advertir en ellos sus consecuencias desastrosas. Este tipo de situaciones

absurdas se multiplican por doquier y nos recuerdan hasta qué punto la coherencia local es la vía regia hacia la estupidez. En «La asombrosa máquina esparcidora de polvo» describí una de esas costosas paradojas contemporáneas.

A continuación, ofrezco dos nuevos ejemplos.

No hay canecas de basura en los supermercados

En los supermercados, los *minimarkets*, las droguerías y los hipermercados colombianos no hay canecas de basura. Dése una paseada por Price Smart y no encontrará ninguna. Y es un poco extraño porque estos lugares son el reino por excelencia de la mercancía. Allí todo lo que compramos arrastra basura, cajas y envoltorios por botar. Los almacenes de cadena son una larga pasarela de chucherías dispuestas en pulcras y bien alineadas estanterías. Entonces, ¿cómo es posible que esta aceitada maquinaria de ventas carezca de canecas para la basura?

La razón es simple: toda persona dentro del supermercado es un cliente y un consumidor en trance, y la misma apetencia que lo empuja a comprar puede hacer que robe mercancías siempre al alcance de sus manos. Al menos eso creen los expertos en seguridad para almacenes de grandes superficies. Tomar un yogurt, medio beberlo y ocultar los restos en algún rincón es tentador. Y las canecas de basura permiten deshacerse de comestibles y bebidas no pagados.

¿Y un comensal no puede hacer lo mismo, sin canecas de basura? Le bastará con arrojar los restos furtivamente al piso u ocultarlos entre las cajas de cereales o detergentes.

Es cierto, y por eso en los supermercados hay ejércitos de aseadores que, además de barrer y limpiar una y otra vez, evitando la menor acumulación de residuos donde arrojar mercadería a medio comer, se encargan de inspeccionar y alertar sobre cualquier evidencia de saqueo. En un espacio pulcro nos delata tirar cualquier desecho. Y este ejército de aseadores ninguneados está presto

a advertir y denunciar las tretas del ladronzuelo —la niña, el joven, el hombre, la mujer de clase media que se precian de ser gente (de) bien. Habitados a no ser vistos por unas clientelas *dediparadas*, los aseadores saben ver a quien los desprecia.

Por supuesto, al final de la jornada un guardia de seguridad se encargará de requisar a los silenciosos aseadores-inspectores, los obligará a abrir bolsos, canguros, carteras, porque tampoco ellos están libres de sospecha. De esta manera se cierra un ciclo perfecto de vigilancias secretas en el que todo el mundo vigila a todo el mundo. Donde creíamos ver el plácido reino de mercancías expuestas y compradores dispuestos, realmente hay un juego sutil de vigilancias, controles y desconfianzas, apenas atenuado por la ausencia de canecas de basura y por el cántico de las máquinas de pago, tan parecido al de las tragamonedas.

Sin embargo, estas estratagemas de vigilancia solo disuaden al ciudadano común, no al ladrón con pericia. Estos controles jamás afectan al habitual robalapiceros, al hurtaperfumes o



Guillermo Botero Nieto, presidente de FENALCO.
Tomado de <https://bit.ly/3DNHp28>

al halador de multivitamínicos que sabe burlar las cámaras ocultas y visibles, detectar al guardia de civil, e identificar con habilidad las mercancías de valor óptimo y de menor riesgo. El rey de los pequeños hurtos evita aquellos bienes que cuestan mucho pues están más controlados y vigilados, y se inclina por mercadería pequeña y de valor moderado que, en conjunto, reditúe lo suficiente.

La Federación Nacional de Comerciantes (Fenalco) presidida desde 2003 por Guillermo Botero Nieto, un hombre rechoncho y bigotón que recuerda al exitoso comerciante del célebre cartel *Yo vendí a crédito/Yo vendí al contado*, tiene razones para preocuparse. En 2014 los ladrones sustrajeron 95 millones de dólares en mercancías. En la mitad de los casos, los ladrones no pertenecen al supermercado, son ladrones externos. Son clientes que pellizcan las uvas en sus empaques, camuflan mercancía entre la ropa, purgan algunos confites de las bolsas o se birlan un juego de esmaltes. Con frecuencia se trata de la dueña de un apartamento en una lujosa unidad residencial que no duda en llevarse parte de la cubertería Zwilling J. A. Henckels, agujereando la caja por detrás y dejándola aparentemente intacta en la estantería. Una cajera de Pepe Ganga me dice, mientras revisa unos cubiertos que acabo de comprar, «usted no se imagina de qué son capaces las personas: meten tazas, vasos y platos de mayor valor en cajas de vajillas de menor valor, para pagar menos por ellos. Por eso debemos verificar, desempacar y contarlos todo en cada venta, pues nunca sabemos dónde está la trampa».

La otra mitad de los robos, 47 millones de dólares en mercadería, lo sustraen

dependientes y administradores de los propios almacenes, ya sea hurtándola en las bodegas, mediante consumo interno no pago, declarando mercancías que no entran pero se facturan, o en compinchería entre cajeros y compradores que pagan 15 cuadernos, cepillos o lapiceros idénticos cuando realmente se llevan 20 o 25: «Sospechamos inmediatamente de los clientes que compran decenas de la misma cosa, pues algunos cajeros cometen errores intencionales de conteo en favor de clientes con los que tienen algún tipo de relación», explica un experto en seguridad que prefiere reservar su nombre y lugar de trabajo.

Los robos se concentran en alimentos frescos y perecederos, bienes para el hogar, accesorios como gafas y correas, ropa de bebé, papelería, pequeños dispositivos tecnológicos, drogas, multivitamínicos, granos, abarrotos, jabones, perfumes y recursos de aseo.



Cartel «Yo vendí a crédito. Yo vendí al contado» muy difundido en toda América Latina. De acuerdo con Raúl Zevallos Ortiz, el cartel está inspirado en una famosa ilustración de George Cruikshank, titulada «*Born a genius and born a dwarf*», Comic Almanac, London 1847, y adaptada a un nuevo contexto moralizante.

A que te cojo ratón, a que no gato ladrón: el fascinante juego de consumidores y mercancías, de ladrones y vigilantes, ha terminado en esta extraña paradoja, en esta calma chicha que llamamos almacén. Vista de cerca estamos ante una escena común y corriente en el mundo del mercado: personas que compran y funcionarios que venden bienes de consumo; cajeros que registran y clientes que pagan; bodegueros que cargan mercancías y aseadores que limpian. Todo funciona y fluye con armonía.

Sin embargo, nos alejamos un poco más y notamos una ausencia: no hay canecas de basura allí donde se produce basura por montones. Y ampliamos el foco otro poquito y encontramos que el sistema de ventas está plagado de desconfianzas mutuas. Y el cálido reino de las mercancías se revela en un oscuro y rendijero mercado paranoide. Funcionarios, vendedores y ciudadanos compradores son tenidos por potenciales saqueadores. Los aseadores vigilan y

son vigilados. Cámaras secretas siguen a una anciana que registra treinta paquetes de servilletas. Un guardia de seguridad requisada sin miramientos a una cajera al final de la jornada. En los baños del almacén, de acceso restringido, una aseadora verifica que no haya restos de empaques en las canastas. Y una vendedora le hace un guiño a una vigilante indicándole un cliente sospechoso. En cuanto a los clientes, todos cubiertos por un manto de duda, pasarán por infinidad de filtros visibles e invisibles para evitar que roben: cámaras de vídeo, vigilantes ocultos y explícitos, múltiples sensores y cintillas electrónicas insertas en las mercancías no pagas.

Humillados, vigilados, vigilantes, sigilosos, sospechosos, tramposos, ladrones, vivarachos, hurtadores, truqueros, todos hacemos parte de *La ley del mercado* de Stéphane Brizé (2016). No puedo dejar de pensar en el bondadoso Thierry (Vincent Lindon) convertido en delator, a despecho de su generosa conciencia sindical.



El filme de Brizé.
Tomado de <https://bit.ly/3gZI8ni>



Never on my property, FENALCO.
Tomado de <https://bit.ly/3ijW6AY>

En casa, los vigilantes vigilados, los requisadores requisados, los humilladores humillados, no tendrán inconveniente alguno en registrar la mochila y el cuerpo de la empleada doméstica que trabaja para ellos. Y el ama de casa que robó cubiertos Zwilling J.A Henckels no dejará de desconfiar jamás de Teresita Imbachí, la mujer que ha trabajado para su familia desde que llegó de Timbío, Cauca, siendo una niña, hace más de medio siglo.

Y la caneca de basura, promovida en los espacios públicos como parte indispensable del civilizado y gentil mobiliario urbano, terminará expulsada del propio imperio de las mercancías: el hipermercado, el supermercado, el minimarket, el almacén de grandes superficies.

La próxima vez que vaya a un almacén pregúntele a los dependientes por qué no hay canecas de basura o consulte dónde puede botar un envoltorio que le estorba. Las respuestas lo sorprenderán.

Achiquemos la libertad en nombre del orden y la seguridad

Muchos políticos prometen aumentar la seguridad en las ciudades implementando algunas medidas concretas como las siguientes: un mayor número y una mejor distribución de cámaras de vigilancia; control y seguimiento de sospechosos de crímenes de amplio impacto; mejor iluminación de los parques y calles; aumento del pie de fuerza policial en los lugares con mayores índices de inseguridad; más incentivos a la delación y mejores pagos a informantes.

Algunos políticos van más allá y proponen restringir y controlar el desplazamiento y movilidad a ciertas horas de la noche, introducir algunos recortes a las libertades civiles, ampliar el acceso al contenido de las comunicaciones telefónicas privadas para prevenir la comisión de delitos, introducir la pena de muerte, promover gobiernos fuertes, jerárquicos y centralizados.

Cientos de ciudadanos confían en que este tipo de medidas y políticas de seguridad son eficaces. ¿Lo son?

Conozco una ciudad con 117 mil habitantes distribuidos en 138 localidades. Deberían vivir 76 mil personas en ella, pero habitan 40 mil más de lo previsto. Cada localidad tiene un alcalde, no elegido democráticamente. Con frecuencia, se trata de un ex militar, un hombre fuerte que, además, no tiene que lidiar con ningún tipo de organismo de deliberación de origen ciudadano que controvierta sus órdenes y decisiones. Cada alcalde local tiene un poder soberano amplio y, dentro de algunas limitaciones, puede tomar las decisiones que estime necesarias sin obligarse a realizar demasiadas consultas y sin muchas resistencias, a la hora de atender y controlar el orden público. De hecho, los habitantes de la ciudad observan cierta y resignada obediencia, y admiten, aunque no de buena gana, el recorte de algunas de sus libertades civiles.

En esta ciudad colombiana hay un vigilante por cada 19 habitantes. Para hacerse a una idea del significado de esa proporción, en Francia hay aproximadamente 1 policía por cada 260 habitantes;

en España, uno por cada 200 habitantes, y en el Reino Unido un policía por cada 330 habitantes.

En esta ciudad, llamada CGC, hay dispuestas varias cámaras de video por cuadra y algunos cálculos conservadores señalan que, aquí, la densidad de máquinas de vigilancia electrónica por persona no es superada ni siquiera en los bien protegidos centros comerciales del país ni en las entidades bancarias. A la celosa vigilancia del espacio se añaden restricciones a la comunicación telefónica, está prohibido el uso del teléfono móvil por razones de seguridad, y ninguna persona puede moverse libremente sin informar al alcalde local acerca de sus desplazamientos. Los itinerarios de los habitantes están debidamente controlados y no se admite ir más allá de los límites de cada localidad sin el acompañamiento y supervisión de vigilantes que cuidan a los habitantes de CGC. Aquí los espacios comunes están iluminados por poderosos haces de luz, y los horarios de trabajo, estudio y ocio están prescritos y definidos para que no haya lugar a equívocos. Está prohibido el uso de licor, el porte de armas y tráfico de narcóticos. El nombre, identificación, residencia y características de cada habitante de CGC están debidamente consignados, y una red informática a prueba de *hackeos* permite saber el estado de salud de cada ciudadano, su edad, escolaridad, antecedentes penales, lugar y fecha de nacimiento, estado civil y trayectoria. Finalmente, esta es la ciudad con mayor proporción de abogados por habitante de toda Colombia.

Esta ciudad soñada, con una proporción envidiable de vigilantes por habitante, espacios regulados, tránsito vigilado,

cámaras de video metro a metro, detallada información sobre cada ciudadano es, por cierto, una de las más inseguras y peligrosas del país.

Allí abundan el tráfico de estupefacientes y sustancias ilegales, campea la corrupción, no faltan el abuso, y son flor de cada día los asesinatos, violaciones, robos y crímenes atroces. CGC es particularmente desigual y brutal. Si tuviera alguna, Iniquidad sería el nombre apropiado de su cabecera municipal. En CGC una botella de licor vale 100 mil pesos, aunque los licores están prohibidos. Una caja de municiones vale 400 mil pesos, aunque se supone que no debería haber tráfico de armas aquí. Un revólver, dos millones. El alquiler de hamaca y sábanas limpias cuestan 15 mil pesos diarios. El minuto de teléfono móvil, mil pesos, aunque está prohibido su uso y, se supone, hay instalados sistemas que impiden la telefonía celular. La ciudad de que hablo se llama *Colombian Guandoca City*, y es la concreción del lugar hipermonitoreado, hipervigilado y saturado de fuerza pública que nos prometen los mercachifles de la *seguridad express*. En Guandoca City las personas están prácticamente inmovilizadas, vigiladas y recluidas, y son continuamente supervisadas por algún guardián y funcionario.

¿Y si las cárceles con todas sus prescripciones y procedimientos de hipervigilancia, control, supervisión, restricción de libertades, no son seguras, por qué tendrían que serlo las ciudades que los políticos intentan controlar recurriendo precisamente al mismo tipo de recetas carcelarias? Rudolph William Louis Rudy Giuliani III, el ex alcalde de Nueva York, se ha convertido en gurú mundial

de las políticas de tolerancia cero y de control casi carcelario de las ciudades. ¿Por qué las cárceles han terminado por convertirse en nuestro modelo ideal de la ciudad segura cuando son los lugares más vulnerables y menos confiables del mundo?

¿No será tiempo de prestarle atención a otros entornos sociales y vivos en donde las personas experimentamos formas de seguridad *no paranoide*, nichos en los que nos sentimos social, afectiva y psíquicamente solidarios sin necesidad de vigilancia y guardianes? Piense por un momento en los lugares en los que

se siente genuinamente seguro y tranquilo. Es bastante probable que se parezcan muy poco a la ciudad panóptica y carcelaria que ciertos políticos quieren prescribir para nosotros.

Postfacio

Si desea conocer más detalles de Colombian Guandoca City, conviene leer el informe multimedia del periódico *El Tiempo* «El país detrás de las rejas», y los reportes anuales del INPEC sobre el estado del sistema carcelario colombiano (ver, por ejemplo, el informe de enero de 2016: <https://bit.ly/3DJUGcg>)



■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

Primer diálogo: Morirse de dicha

Febrero 12 de 2017

— ¿Sabes que inventé un detector de ideologías profundas?

— ¿Un detector de qué? —pregunta el Cadillac, arqueando suavemente las cubiertas de sus faros.

La autopista se ilumina y la ardilla queda envuelta por los haces de luz del Cadillac, que refunfuña, pues sin duda lo está desafiando. «¿Pero qué se cree esta enana?», piensa el Cadillac mientras la observa a los ojos.

— Es mejor que te hagas a un lado — le exige el auto, pero la ardilla nota un dejo de inseguridad en su voz y decide correr el riesgo.

— De aquí no me muevo. Quiero hablarte de mi invento.

Y el Cadillac se enfurece. Hace sonar el claxon y un atronador rugido se escucha en el nocturno desierto de Chihuahua. Pero la ardilla no se mueve.

— Ardilla tonta, no me vengas con pendejadas: sabes que basta con encandilarte para que te quedes quietecita, hipnotizada y te atropelle sin más. Muévete o no quedará rastro de tu pellejo ni de tu sangre. En cosa de segundos mis neumáticos te engullirán, peluda de mierda.

Pero la ardilla se empeña en el desafío. No tiene opción.

— Eres lento, Cádillac, y sabes que nada puedes hacer contra mí. —Se ríe mientras lo observa. Sus ojitos rojos y nerviosos no parpadean, y su corazón se agita allí adentro, aunque se esmera en ocultarlo. Le teme al mastodonte rojo y metálico, pero lo necesita. No puede huir. Toma aliento y continúa retándolo.

— Cádillac, además eres ruidoso. Apenas un segundo después de que enciendas tu motor yo estaré a 100 metros de aquí.

El Cádillac la observa y cabila.

En la ancha carretera que cruza el desierto ambos se baten en un duelo de soledades: el auto está varado, sin gasolina y asustado, aunque la ardilla no lo sepa; y ella está muerta de frío, ávida de calor, necesita un lugar donde guarecerse, aunque el Cádillac no lo sepa.

Prolongado silencio entre los dos. La ardilla tiembla de frío.

— ¿Has encontrado un detector de qué? —pregunta el Cádillac como quien no quiere la cosa. Se suaviza. Entiende que le viene bien la compañía de la ardilla. Hace apenas algunos minutos temblaba en medio de la noche temiendo que algún desvalijador hiciera de las suyas.

— Un detector de ideologías profundas —responde la ardilla, que tiritita.

— ¿Y?

— Es un detector de ideologías para los seres humanos.

— Son animales muy extraños los humanos, ¿no?

— Sin duda —coincide la ardilla. Su corazón cede hasta mecerse suave y sin prisa. El Cádillac parece ahora amistoso.

— ¿Y cómo funciona tu detector?

— Es un reductor o un detector de última instancia.

— ¿?

— Funciona haciendo preguntas a las respuestas de los humanos.

— ¿?

La ardilla se acerca un poco más al Cádillac y el calorcito de sus focos de luz la conforta.

— Funciona así. Le pides a un ser humano que piense en cualquier acción reciente que haya realizado. Por ejemplo el humano dice «me cepillé los dientes». Entonces, viene la pregunta reductora: «¿para qué?» El humano responderá algo así como «para evitar las caries, para tener una sonrisa bella, para tener buen aliento, para que mi dentadura dure más tiempo». Entonces le preguntas: «¿y para qué deseas tener buen aliento?» El humano vacilará un poco y dirá algo así como «para no desagradar, para poder hablar sin vergüenza, para seducir». Y luego, vuelves con la pregunta, «¿y para qué deseas seducir?» «Pues para hacer el amor, para disfrutar del sexo, para tener compañía, para no sentirme solo». Y continúas con los para qué y para qué y para qué, y el humano continuará con sus respuestas. Sin falta, en algún momento, aparecerá la respuesta de última instancia: «para ser feliz». «¿Y para qué quieres ser feliz?», le preguntas al humano. Y en ese instante se abrirá el *gran vacío* y la persona te ofrecerá la confesión decisiva: «porque voy a morir y no quiero morir sin haber sido feliz».

El Cádillac calla algunos segundos y luego se ríe roncamente. La ardilla también ríe.

— ¿Ves? Hacen todo para ser felices y quieren ser felices porque se van a morir —le explica la ardilla.

— Sí, es absurdo, pero es cierto —cabila el Cádillac. —El temor a la muerte los arroja a la felicidad, y el imperativo de felicidad los pone en marcha y los impulsa a crearlo todo. Dios, las guerras, las artes, las máquinas, los juegos, las comidas, las fiestas, los funerales, las casas, todo, absolutamente todo, engendrado por su horror a la muerte y su irrefrenable voluntad de felicidad.

— En cambio tú lo haces todo para jugar a ser Cádillac, y yo, para jugar a ser ardilla. No sabemos hacer nada más.

— Incluso, yo juego a ser un Cádillac que habla, y tú, una ardilla que piensa —añade el auto. —Pero no somos nada más que un auto y una ardilla.

Apaga los focos, abre la puerta derecha e invita a la ardilla a entrar. Ardilla se arrellana sobre los asientos de cuero marrón y cierra los ojos bermellón.

— Estos humanos hacen cosas estupendas —murmura adormilada, mientras experimenta el cálido confort del Cádillac.

— Son únicos. Pueden jugar a ser lo que quieran, pero su temor a la muerte y su devoción por la felicidad los ciega completamente —enfatisa el Cádillac.

La puerta del auto se cierra.

Afuera, una helada noche de estrellas.

— ¿Ardilla?

No le contesta. Se ha quedado dormida.

— ¡Hey, Ardilla! —grita el Cádillac.

Ronquidos.

— ¡Aaaardillaaaaaaaaa, despierta!

— ¿Qué pasa? —se agita asustada.

— Es que me quedé pensando en tu detector.

— ¿Y?

El Cádillac se sacude un poco hasta que encuentra las palabras adecuadas.

— ¿Qué hubiera contestado una persona del siglo XVIII y una del siglo XI tras tu seguidilla de preguntas? ¿Cuáles serían sus respuestas de *última instancia*?

La ardilla lo duda, medita un poco y se frota los ojos hinchados de sueño.

— No estoy segura —balbucea— pero imagino que muchas personas en el XVIII habrían hablado de *Libertad*. Y muchas en el siglo XI hubieran nombrado una y otra vez a *Dios*. Pero no lo sé. No puedo saberlo. ¿Ahora puedo dormir tranquila, por favor?

Cádillac se disculpa y guarda silencio por una hora más. Pero pasado el tiempo vuelve con la andanada.

— Ardilla.

Silencio.

— ¡Ardilla!

Silencio.

— ¡Ardilla, óyeme! —vocifera.

— Mierda, ¿qué quieres?

— Perdóname, Ardilla, es que ahora entiendo una noticia que mi radio sintonizó apenas hace algunos días. ¿Quieres escucharla? Puedo reproducirla para ti.

— ¿Tengo opción?

El reproductor digital del auto se enciende, titila una lucecita azul neón, y una voz grave de mujer, una locutora española, informa:

«Islandia, considerado un país de ingresos altos por el Banco Mundial (PIB per cápita de US\$ 52.000), se llevó el título del mayor consumidor de antidepresivos (118 de cada 1.000 habitantes consumen estos fármacos a diario).

Este hecho resulta paradójico pues precisamente este año esa nación

europea fue escogida como la segunda más feliz del mundo —únicamente por detrás de Suiza— por la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas.

La alta participación ciudadana en las decisiones de Gobierno, así como la multiculturalidad, la baja corrupción pública e igualdad social y económica, fueron algunos de los factores por los que ese país ocupó una casilla privilegiada en el listado de los más felices de 2015»

— Se están muriendo de felicidad esos islandeses, ardilla. De la pura felicidad.

— Sí, sí, se mueren de la risa, Cádillac. Casi todos los humanos quieren morirse de la risa —bosteza— y yo me muero de sueño.

7 grados bajo cero en el desierto. Cádillac apaga la radio. En la distancia se alcanza a escuchar el rumor de una enorme camioneta 4 x 4, de la Border Patrol, abriéndose paso en la noche helada, a la caza de ilegales.



■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

Segundo diálogo: Certidumbre y legumbres

Mayo 14 de 2017

Cuando despertó le dolía la panza de tanta hambre. Tanteó bajo el sillón de Cadillac y no encontró más que restos de ceniza de cigarrillo. Los filtros de los cigarrillos no son nutritivos pero calman el hambre, así que no dudó en roerse media docena hasta que sintió alivio. Fue entonces cuando el auto se meneó un poco. El helaje de la noche anterior había desaparecido por completo y ahora una madrugada tibia, presagio de una tarde derriteplásticos, se abría paso hasta el sillón trasero del Cadillac. Ardilla empezaba a sofocarse a eso de las 8 de la mañana cuando Cadillac dejó que los vidrios eléctricos se deslizaran

hacia abajo y una bocanada de aire fresco entró en el vehículo.

—Buenos días, Cadillac —murmuró ardilla, un poco amodorrada.

El auto le saludó también.

Ardilla brincó por la ventana hasta el pavimento de la larga autopista vacía. Tenía sed y debía buscar algunos grillos que morder para hacerse a algo de sus jugos dulces y verdosos. En cientos de kilómetros no encontraría ni una baya, y aunque abundantes, las tunas y cactus son más o menos tóxicos. Así que no había opción: ¡a cazar grillos!

Cadillac sabía que su dueño tardaría varios días en regresar. No solo se había

quedado sin gasolina, sino que, además, uno de los piñones del embrague se había echado a perder, y encontrar repuestos le llevaría un largo periplo. Cuando vio perderse a Ardilla más allá de los montículos de la primera curva, no estaba muy seguro de que regresaría.

Pero regresó. Eran más o menos las 4 de la tarde cuando notó su encrespada cola rojiza asomándose tras el montículo.

«¿Por qué vuelve? —se pregunta Cádillac— ¿Ardilla no estará un poco loca? ¿Qué sentido tiene volver a un viejo auto cuando podría andar libremente por el mundo?»

—Lo veo en tus focos —le dice Ardilla—. Te estás preguntando por qué volví.

—Es obvio, ¿no? Entiendo que anoche necesitaras cobijo. ¿Pero hoy? No tiene ningún sentido que estés aquí —dijo Cádillac.

Ardilla se traga el último chapul del día. El pobre se sacude un poco antes de que su cabeza y sus largas antenas desaparezcan engullidas. No es tan sabroso como los chapules verdeazulados o los grises, pero *a falta de nueces buenos son peces*.

—Eso decía mi mamárdilla. «A falta de nueces buenos son peces». Las ardillas somos así. Parecemos delicadas y frágiles, pero si de algo sabemos es de supervivencia. Somos tremendamente recursivas. Por eso hemos conseguido preservarnos como especie, y estaremos aquí mucho tiempo después de que se hayan extinguido los seres humanos.

Cádillac piensa que exactamente eso creyeron durante 100 millones de

años los dinosaurios —«estaremos aquí mucho después de que desaparezcan los peces»— y que eso han creído durante cientos de miles de años los seres humanos —«estaremos aquí mucho después que se extingan los mamuts»— y lo han conseguido. Astutos, recursivos, adaptativos, inteligentes y creativos suelen existir como si no les calzara la posibilidad de ser... ¿extintos?

—No sé si te conté que, durante algunos meses, viví un poco prisionera en Marana, Arizona, junto a la iglesia católica de St. Christopher, en West Moore Road —le cuenta Ardilla—. Todas las mañanas había nueces en un plato y algo de agua en una vasija, pero a cambio debía escuchar los largos sermones del sacerdote, que se apiadaba de mí. «Ven, bella ardillita, éste será el sermón para mis fieles de esta tarde. Escúchalo». Y yo alargaba las orejas y abría mis ojos con atención, y escuchaba a este hombre que soñaba con seguir los pasos de San Francisco. «Empiezo contigo, ardillita, tal como San Francisco comenzó su vida piadosa: orando por los animales». Y claro, a cambio de nueces y agua aprendí a abrir los ojos como platos y a poner cara de animalito converso. Entonces, me contagié del estilo humano de vivir, y comencé a preferir la certidumbre de una prisión, así fuera chiquita y cercada, que la incertidumbre de un enorme y espaciado desierto plagado de serpientes y lechuzas. Por eso estoy aquí, contigo. «Que no te deslumbren llanuras y cumbres: mejor un buen plato de legumbres», eso me decía mamárdilla.

«Increíble —pensó Cádillac—, lo mismo dice mi dueño».

— ¿Y te parece correcto pensar así?
—le pregunta Cádillac, un poco alarma-
do—. Ayer me hablabas de la estrechez
de miras de los seres humanos, y hoy pa-
reces idéntica a ellos.

Ardilla se avergüenza, y balbuceando
intenta justificarse y explicarse.

—Sé que parece un poco extra-
ño —se ríe—. Es como si dijera que

Libertad es Inseguridad y Esclavitud es
Seguridad. Pero no es así. —Un largo
e incómodo silencio—. Bueno, no sé
cómo explicártelo, pero no quiero que
se me malinterprete. En fin, ¿tú me en-
tiendes, no?

—No.

— ¿No?

—No.



■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

Tercer diálogo: Poiesis

Mayo 29 de 2017

«¿El tiempo? Lo pierdes poco a poco cada vez que preguntas por él». Eso decía el pegajoso rap que el autorradio de Cadillac recién había sintonizado. Ardilla roía los restos de una galleta perdida meses atrás, bajo el asiento del carro. «¿El tiempo? Lo pierdes poco a poco cada vez que preguntas por él», repite Big Data (BD), un rapero viejo y gordo, 71 años, que descubrió su talento tardío una mañana de mayo, en 2011, cuando en la fiesta de cumpleaños de su nieto menor, Joshua, improvisó una canción ante dos docenas de chicos que empezaron metiendo mucha risa y mucha mofa al escucharlo, pero luego, poco a poco, se fueron

silenciando al comprender las letras de fuego y sentir la pausada voz de trueno del viejo. No pasaron más de dos meses antes de que esta singularidad (un viejo gordo, negro y ronco, más bien cegatón, que canta un tipo de rap *raro*) llamara la atención de un productor musical de New Orleans, que le propuso grabar sus canciones. «¿El tiempo? Lo pierdes poco a poco cada vez que preguntas por él», vuelve el *sampleo*. A Ardilla le gusta.

—¿Puedes reproducir «Poiesis», la última de Big Data? —le pide al carro.

Cadillac comienza a rastrear la pieza en la web y, cuando la encuentra, la carga a su reproductor. «Poiesis» es

todavía más extraño que «Lost Time», «Baremo», «Destilado», «Gusano de vapor» y «Nachos con queso», algunas de las obras más conocidas de BD. Los críticos musicales no se ponen de acuerdo. Es un poema más bien oscuro y farragoso cuyos arreglos, de Tomás Cardenal, hacen la diferencia. Algunos sugieren que la voz de Big Data y la profundidad de la letra son una contribución inestimable y le auguran un destino dorado. «*It is strange that it is an old man who is renewing the boundaries of rap*», escribió el crítico. Y añadió, en castellano: «me conmueve el parto de este viejo agonizante». Otros críticos sugieren que el viejo está desnaturalizando el rap pretendiendo darle un toque pseudointelectual que no tiene y no necesita: «La voz de las calles es cruda y directa, *and we do not need university voices to pollute rap*. Cuando voces universitarias como la de BD comiencen a tomarse el rap podemos estar seguros de que ha comenzado a morir».

Big Data fue profesor durante 30 años en DSA, Detroit School of Arts, de donde se jubiló con más pena que gloria. Un sobrio y discreto homenaje de sus colegas. Un desayuno elegante, pero modesto, esa mañana en casa. Un paseo de fin de año a las Bahamas, con su hija y dos de sus nietos. Y un anillo con un ligero baño dorado y su nombre destacado en negro: Charles Alonso Méndez. Nada más.

La alegría de sus días eran sus nietos. Agatha, la mujer de quien se había divorciado 20 años atrás, había muerto de un enfisema pulmonar hacía 6 años; y apenas se veía con sus hijos, María Stella

y Mark, un fin de semana cada uno o dos meses. Se las arreglaba como podía en casa. Tenía pocos amigos, y su vida transcurría más bien entre sombras y desvanes, apenas iluminada por la presencia ocasional de sus nietos, hasta que esa mañana de mayo decidió improvisarse como rapero para Joshua.

A sus hijos también les sorprendió escucharlo rapear. En particular a Mark. Era un adolescente fiestero cuando su padre le prohibió con severidad escuchar en casa esa *basura callejera*. Recuerda que, aparte de música clásica y jazz, en casa no se escuchaba nada más, a pesar de que su padre se pasaba los días trabajando en una escuela en la que el *hip hop*, el *funk*, el *rhythm and blues*, el *reggae*, el *scat*, el *soul*, el *blues* parloteado y todo tipo artes musicales urbanas eran esenciales. *Tonteras rapearas*, renegaba.

—Nonsense rap, tonterías y más tonterías —refunfuñaba.

Entonces sorprendió a todos verlo rapear con vivacidad, casi con furia, eso sí quietecito, cuidando de no romperse, atrapado en la mole de su cuerpo, 124 kilogramos, frágiles las rodillas.

Cádlillac reprodujo «Poiesis», la última obra de Big Data, grabada una semana antes de morir. Ardilla cerró los ojos mientras escuchaba recitar al «*rapero más viejo del mundo*»:

— ¿No es magnífico, Cádlillac?

—No lo sé —responde el auto—. No entiendo qué quiere decir, así que no lo sé.

— ¿No lo ves? Se trata de que tú, yo, los seres humanos, las bacterias, todos, somos la misma cosa: los restos descascarados de antiguas estrellas. Nada más.

Poesis

Y un día las estrellas se cansaron de brillar y escupieron a lo largo y ancho
su polvo molecular, denso y frío

Sueñan las moléculas que por un instante se elevan por encima del azar y perduran. Perduran un pestañeo.

Y, por un instante, perdurando en sueños, se transforman en vibrante agitación que se extiende más allá de la brevedad.

Y haciéndose menos breves y extendiéndose un poco más allá del aquí, sueñan que un día se empujan más allá de la líquida frontera de sus membranas, y se abren por dentro, y se multiplican, y extienden su mancha para devorarse, por primera vez, a otros que una vez se soñaron vivos.

Y sueñan -devorados y devoradores- que es posible algo más que agitarse.

Y, flagelados, empiezan a nadar, y nadando comienzan a anticiparse al futuro.

Ya no sólo se agitan. También enraízan, reptan, vuelan y saltan, y sueñan que en sus vidas anida algo más que vida, sangre, savia y excreta.

Y entonces se atreven a soñar que aman, juegan, y jugando se juntan, bailan y resuenan. Resueñan.

Y un día, estos soñados que aman, juegan, bailan y resuenan, corren el velo y recuperan su esencia. Auscultando y leyendo las estrellas comprenden que

no son más que un enorme vacío de moléculas dispersas
que, arremolinándose, sueñan.

Poesis, de Big Data. Versión en Castellano.
Traducción de José Vicente Castillo.



■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

Cuarto diálogo: Rojo, rojito

Julio 27 de 2017

— ¿Sabes por qué te dejé entrar? —le pregunta Cadillac a la Ardilla.

— Porque tenías miedo de estar solo en el ancho desierto.

— En parte sí, pero no solo por eso. O mejor, solo me decidí a hacerlo cuando te iluminé y supe el color de tu pelambre. Eres parda, casi roja.

— ¿Es una especie de racismo el tuyo? ¿Solo aceptas rojos como tú?

No, no se trata de alguna estúpida discriminación, sino más bien de una suerte de *extraña simpatía*. Eso le dice Cadillac a la ardilla.

— En realidad, tiene que ver con la razón por la que soy un Cadillac

completamente rojo. Le he escuchado esta historia a mi dueño cientos de veces, y te la contaré para que entiendas por qué te dejé entrar. Cuando me compró yo era un Cadillac negro, casi fúnebre. De hecho, se lo vendió un colega, el hijo de un adinerado sepulturero de Leesburg, la capital del condado de Loudoun (Virginia), uno de los más ricos de Estados Unidos. Soy un Eldorado Brougham, modelo 1957, quizá el más prestigioso de los Cadillac; pero estaba maltrecho y estropeado por un *patabrava*, un jovencito descuidado, habituado al lujo sin esfuerzo. Se complacía exhibiéndome, pero a duras penas sabía

cargar gasolina. Cuando me vendió, todavía conservaba intactas algunas de las valiosas piezas originales, y René Sinclair, mi nuevo dueño, supo apreciarlas en cuanto me vio. Tras comprarme por algunos cientos de dólares («una ganga», según dice), me llevó a El Alicate, el taller mecánico de un mejicano, Aldo Benítez, en Nuevo México, famoso por echar a andar autos que estaban condenados a las prensas compactadoras y a las trituradoras de los cementerios de carros. Benítez consiguió devolverme el lustre que había perdido con mi antiguo dueño. Tres meses tardó el esmerado trabajo. Pero René quiso cerrarlo con broche de oro y le pidió que me pintara completamente de rojo. No cualquier rojo. Rojo sangre. «Rojo como la sangre humana, purificada y oxigenada, luego de pasar por los pulmones», le dijo. Eso fue hace 28 años, y hasta hace una semana fui una máquina floreciente y hermosa. Dicen que a 70 millas por hora parezco una bala roja, un bólide alargado e intimidante cuyo vibrante rugido estremece. René me llama *la Aorta*.

Hubo un silencio que se prolongó varios minutos hasta que la ardilla comprendió que Cádillac había perdido el hilo de la conversación.

— Y entonces, ¿qué tiene que ver tu rojo sangre con que me acogieras?

Cádillac se despabiló.

— Ah, sí, sí, sí. Te estaba contando que Sinclair, mi dueño, me pintó de sangre humana. Él prefiere decirlo así: «Teñí mi Cádillac de sangre». Y explica que es un homenaje a su madre.

— ¿Muerte violenta? ¿Murió acuchillada la pobre, quizá?

— ¿Cómo? — se sorprende Cádillac—. No, no, no. La señora Sinclair todavía

está viva, ronda los 90 años y tiene el vigor y la lucidez de una jovencita. No. La historia es así. Al menos es la que cuenta René, mi dueño. (Él no se refiere a sí mismo como *mi dueño*, pues dice que tenemos una relación de mutuo beneficio. *Él me pasea y yo lo transporto*.) Era un niño, tenía 9 años de edad y apenas conseguía levantarse por encima de la mesa del comedor cuando el enano prepotente que era, y sigue siendo, alardeaba una mañana mostrándole a todo el mundo un dibujo recién hecho. «Nadie ha creado algo tan bueno, mamá. Nadie». Entonces ella le pidió que se sentara en la silla y que la esperara un momento mientras regresaba. Dos minutos después traía en la mano algunos útiles escolares de René. La señora Sinclair comenzó a preguntarle con dulzura: «¿Quién hizo este lápiz con que dibujaste? ¿Y la hoja de papel en que lo hiciste? ¿Y la goma de borrador con que puliste y corregiste algunos trazos? ¿Y quién creó las palabras con las que piensas tu dibujo? ¿Y quién te enseñó la manera de trazar círculos para retratar un rostro? ¿Y de dónde viene la idea de que puedes ir dibujándolo todo por ahí? ¿Y cómo sabes distinguir un buen dibujo de uno mediocre? Ves, René. Detrás de cada cosa que usamos, detrás de cada cosa que sabemos, detrás del lenguaje que empleamos, detrás de cada una de nuestras acciones hay miles, millones de seres humanos que nos legaron su trabajo ayer, ahora o hace miles de años. Entonces todo lo que somos ahora y todo lo que hacemos se afirma en esa herencia. Somos una especie de red, estamos hechos de los seres humanos de ahora y de los seres humanos del pasado, y en ella tejemos a los seres

humanos del futuro. Debes entender que nadie se hace solo y nadie hace nada solo. Y eso es precisamente lo que nos hace tan fuertes».

— Es como dice mamardilla: préstame tu nariz y tus ojos que yo te presto mi cola y mis patas.

— No entiendo —señala Cádillac, un poco molesto por la interrupción.

— Déjame explicarte —le dice la ardilla—. Cuando uno está royendo una nuez o cualquier alimento, pierde de vista a los predadores y queda expuesto. Está indefenso. Entonces necesitas que otras ardillas estén atentas y listas para avisarte y echar a correr ante cualquier amenaza. De esa manera te salvas y salvas a las demás. Luego, en agradecimiento, uno les prestará su nariz y sus ojos. Las conducirá hacia nuevos depósitos de alimentos y otras bayas. Usando la cola marcamos el camino para otras ardillas. Entonces nos ayudamos unas u otras, ¿entiendes?

—Sí —responde Cádillac—, pero hay algo más que supervivencia en el relato que te cuento, pues no se trata solo de solidaridad para salvarse, sino de lo que define a los seres humanos. La señora Sinclair terminó la lección para René con las siguientes palabras: «Gracias a que somos red, nadie es indispensable». Y añadió: «Cada uno de nosotros es muy importante porque somos red. Pero nadie es imprescindible, porque somos red. ¿Te imaginas un mundo en el que alguien fuera completamente indispensable?

Si muere, si enloquece, si toma decisiones erróneas, todo se acabaría, todo se vendría abajo. En red no existen los clamorosos triunfos del genio, ni el rotundo fracaso del torpe: solo un extraordinario y persistente tejido de historias». Luego René supo que en castellano red es net y que el término inglés red significa rojo en castellano. Pero rojo es también un tipo de conducta política: es ser de izquierda. Entonces se le ocurrió un lindo el juego de palabras, que es su lema, su firma y la frase que desea en su epitafio: «Soy rojo, y rojo es red que es net que es red que es rojo». Con los días comprendió en qué reside el peligro de los iluminados, los elegidos, los líderes y los dictadores. No asumen que son red y, al no saberlo, tienden a destruir todas las redes existentes o se tornan paranoicos y las consideran una amenaza, o las usan como instrumento secreto de su propio poder.

— Por eso te dejé entrar, porque eres roja, rojita —le dice Cádillac a la ardilla.

A la distancia alcanzan a ver un vehículo de la guardia fronteriza que se acerca. Se ha vuelto cada vez más peligrosa desde que Trump se hizo al poder en Estados Unidos. El tipo de líder que sabe lo que América necesita.

Cádillac apaga las luces y Ardilla se oculta bajo las sillas. Apenas anoche escucharon por la radio que hubo 300 nuevas deportaciones. En la lista estaba Aldo Benítez. René no alcanzó a ocultarlo y protegerlo.



■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

Quinto diálogo: Por fortuna somos mierda

Cádillac enciende la radio. Hay una noche espléndida y un cielo rico en estrellas en el que se destaca una luna como uñita recién cortada. Atrás de la *luña* brilla Antares, la estrella rojiza que muchos confunden con Marte o Ares. Es su opuesto. De ahí su nombre: anti-Ares.

Ardilla roe semillas y algunas cortezas mientras Cádillac escucha noticias en la radio. Oye del empeño de Trump, que desea extender 2000 kilómetros más el muro que separa a México de Estados Unidos; un muro que empezó a construir Bill Clinton en 1994 y se suma a la larga historia humana de murallas, fortificaciones, vallas y fronteras blindadas para aislar gente. El de Berlín

tuvo 155 kilómetros y una altura de 3.6 metros. Fue construido en 1961. La Muralla China, 21.200 kilómetros, demandó mil años de construcción. El muro que desde 2006 separa a Cisjordania de Israel aspira a extenderse 721 kilómetros. El gobierno de Israel le llama Valla de Seguridad o Separación, y los palestinos Muro de la Segregación Racial, del Apartheid o de la Vergüenza. Van más de 400 kilómetros construidos. Desde 2004, una valla alambrada y cercada divide, por 750 kilómetros, a la India de Pakistán. Y muros y más muros siguen multiplicándose, reafirmación de que se globalizan las finanzas, las mercancías, el entretenimiento y las armas,

pero no el tránsito de personas. El País de España indica que tras la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, quedaban en pie 11 fronteras amuralladas como esa en el mundo. 30 años después se levantan 70.

El calor agita ventarrones cargados de polvo y arenisca. Ardilla abre los ojos como platos y Cádillac comprende que no tardará en pronunciar alguna de sus raras sentencias.

Han pasado apenas algunos segundos cuando Cádillac la escucha murmurar:

— Es raro — dice Ardilla, que no termina de comer—. ¿Te has dado cuenta de que no hay ninguna cosa que realmente sea un muro en ninguna parte del mundo y quizás en ningún rincón del cosmos, excepto los agujeros negros supermasivos o los enormes espacios siderales vacíos que separan, por trillones de trillones de kilómetros, una galaxia de otra?

— ¿Cómo que no hay muros? — protesta Cádillac—. ¿Acaso no acabas de oír lo que dice Trump? “Estamos hablando de una invasión de nuestro país, de drogas, de crímenes, de tráfico de personas”, dijo el presidente, y no parece haber renunciado a hacer uno grande, largo y costoso.

Ardilla se ríe. Está convencida de que, incluso, en ese caso no se trata de un muro realmente efectivo. Más grande es el muro, más grandes son las brechas: túneles clandestinos por debajo, agujeros o escaleras para cruzarlos, nuevos atajos, resquebrajamientos y aberturas forzadas. Más muros: más grietas.

— En este planeta menos que muros hay membranas. Ninguna fortificación ha evitado completamente el flujo de personas, cosas y gérmenes de un lado a otro. Ni siquiera la intimidante Muralla

China. Con el tiempo los muros que parecían infranqueables terminan ablandándose hasta parecer tejidos que, intentando separar, reafirman cuán juntos estamos todos de todo y de todos.

No hay muros perfectos. Eso había leído Ardilla en algún lado. Lo más parecido a un muro casi inexpugnable es un agujero negro capaz de tragarse hasta la luz. Pero incluso en este caso nada evita que lo que se trague escape alguna vez escupido por algún estallido cósmico.

— Te estás poniendo de nuevo filosófica, Ardilla —se queja Cadillac, que no entiende nada.

— Filofísica más bien — dice Ardilla, entre divertida y rezongona—. A través de las fronteras pasan de un lado a otro drogas legales e ilegales, armas y autos, turistas y trabajadores que ofrecen su fuerza al mejor postor, pasan sus ideas y sus experiencias; fluye dinero que no necesita cruzar las barreras físicas porque está cifrado en bytes y códigos de depósito financiero; pasa el aire infesto y las tormentas de calor; y las aves e insectos cargados de enfermedades atadas a sus picos y patas; pasan las palabras y los acentos. Pasan los sabores y las músicas. Paso yo. ¿Entonces, qué espera detener Trump con un muro que, al fin y al cabo, no detiene nada?

El muro, en realidad, es un símbolo y un instrumento de alineamiento político. *Un precinto mental*, dice Ardilla sin dejar de roer la corteza de mezquite (*rosopis glandulosa*):

— Muchos gringos tienen nostalgia del apartheid y la pureza racial. O, al menos, Trump les habla a los ciudadanos norteamericanos que creen en esa pureza. O que necesitan esa pureza pues se sienten amenazados, contaminados.

O viven tan atraídos y aterrados por las mezclas que exigen muros y más muros para contenerlas. Se niegan a reconocer la condición esencial de todo lo vivo y, sobre todo, de lo humano: la vida germinó en una sopa de revolturas, y las culturas humanas está más vivas y son más fecundas y florecientes precisamente cuando más se mezclan.

Cadillac calla.

Y Ardilla sigue con su perorata sobre la misofobia, sobre el horror de tantos a lo inmundo, a lo impuro, a lo revuelto, a lo pútrido, a lo contaminado, a lo combinado.

— Las personas le rezan al sol, a las estrellas, al agua, al oro, al aire, a Dios, e ignoran precisamente lo más escaso, aquello a lo que más se parecen: sus fluidos, el barro, el estiércol, las cloacas. El universo que conocen es justamente el ancho reino de la pureza: aburridos bolsones de hidrógeno y más hidrógeno derramándose a lo largo y ancho del vacío. La transparencia del hidrógeno convertida en incandescencia estelar y sembrada en la helada inmensidad cósmica. Esa es la pureza que anhelan: la de lo no vivo. Son bobos, ¿no? Ese tipo de pureza es lo que sobra en el universo. Hay a 900 años luz de aquí, en la constelación de Acuario, una estrella de diamante, del tamaño de la Tierra. Trillones de toneladas de aburridora pureza.

Refunfuña Ardilla.

— ¿En cambio, en cuántos lugares del universo hay auténticos muladares?

— No tengo ni idea. Y creo que tú tampoco, Ardilla.

Pero Ardilla no escuchaba a Cadillac. Inspirada continuaba su monólogo:

— Las cloacas y las aguas pestilentes, los hervideros de metano, la podredumbre y hediondez del amoníaco son escasos, son las verdaderas joyas del Universo, porque están más cerca de lo viviente y de lo que somos. La pureza de los soles, la radiación de las estrellas, el monótono pulsar de los cuerpos celestes es la norma, no la excepción.

Cadillac se meneó un poco.

— ¿Y entonces que vengo siendo yo, a todas estas? ¿Cloaca o diamante?

Ardilla estiró las orejas y enroscó la cola. Se quedó pensando un segundo y luego, de golpe, soltó su respuesta:

— Tu eres primo muy lejano de algunas estrellas muertas, como las gigantes rojas, que terminan convertidas en un amasijo de hierro. Y nosotros, los orgánicos, somos primos cercanos del mismísimo fango y de la mismísima mierda, la materia primera de la vida.

Entonces Ardilla saltó urgida por la ventana de Cadillac y se internó en el desierto nocturno. Cavó un pequeño foso con las patas, levantó la cola y cagó tres o cuatro heces alargadas: hediondos frijolitos oscuros y compactos. Se las quedó mirando un instante como si se trataran de una auténtica y poderosa revelación cósmica.

— Son lo que soy.

Dos horas después estaba buscando qué comer recorriendo kilómetros de oscuro desierto nocturno. Y una vez más había cruzado la frontera con México, colándose por uno de los innumerables hoyos del muro, esa extensa membrana que Trump anhela convertir inútilmente en un infranqueable agujero negro.



■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

Sexto diálogo: En cueros y mierda

Febrero 15 de 2020

La cerca eléctrica la despanzurró y las hormigas del desierto hicieron el resto: el cuero de Ardilla, los huesitos de su espinal dorsal pelados y unos pocos fragmentos de su quijada fue todo lo que quedó de ella tras permanecer una semana tendida a la intemperie y calcinada por la canícula, a 45 grados centígrados. Cadillac sospechó que algo grave había pasado con su amiga cuando no regresó la noche siguiente, ni la siguiente, ni la siguiente, ni la siguiente. Sabía que esa amistad sería breve, que 15 o 20 días bastarían para que su dueño regresara a recogerlo, y que tras despedirse de Ardilla la pobrecita se convertiría en lejano

recuerdo de esos extraños días atascado en este peladero. Pero su amistad fue más corta aún de lo esperado: menos de una semana.

Que estaba muerta, lo supo cuando los vientos del desierto le trajeron el hedor de la mortecina y algunos restos de su pellejo rojizo y empolvado. No se imaginaba que con la podredumbre llegarían los aprovechados.

¿Qué hacía un auto tan bello allí, abandonado en medio del desierto?, preguntó el más joven y más alto de los dos hombres, el de *metrochentadestatura*. Así decía el hombre, montando las cuatro palabras una sobre la otra: *mido*

metrochentadestatura. Trabajaba por horas en un taller mecánico cerca de Catana Motors, en El Paso, y conocía de autos tanto como de armas. Él y el viejo, su padre, el otro hombre que merodeaba alrededor de Cádillac, eran *minutemen*, herederos de los patriotas americanos que durante las guerras de independencia estadounidense se ofrecían voluntariamente a prestar cualquier servicio al instante. El *minuteman* contemporáneo es un supremacista y racista blanco, convencido de que los inmigrantes latinos amenazan la auténtica cultura *americana*, les despojan de sus empleos, asaltan a sus mujeres e introducen drogas ilegales al país. Estos patrulleros operan como una milicia paramilitar de control de fronteras dispuestos a contener, de cualquier manera, la oleada migratoria que viene de la frontera sur. El más pequeño y viejo, 60 años quizás, miró a Cádillac convencido de que si estaba aparcado por esos lares, a decenas de kilómetros de El Paso, lo habían abandonado.

— ¿Pero está muy bien conservado?— ripostó el más joven, que tenía sus dudas.

Al fin y al cabo se consideraban buenos hombres de Dios, trabajadores honestos, y un carro como ese, abandonado a la vera de un camino sin destino debía estar involucrado en algún crimen: el transporte de drogas, dinero ilegal o un asesinato. Era mejor no correr riesgos.

De verdad, pensaron en reportarlo a la policía hasta que entrevieron ese fino y precioso equipo de radio empotrado en el auto. Varios cientos de dólares en rama y no lo dudaron más: se lo llevarían. Dejaron a un lado las armas de patrullaje, los binoculares y el equipo de control —incluidos varios juegos de esposas, navajas de defensa, visores

de calor y cachiporras— para ponerse en la tarea de desacoplar el radio de Cádillac. Pero al revisar la guantera encontraron algo mucho mejor: un juego de llaves del vehículo. ¿Si esa no era una señal inequívoca de que Dios quería ese auto para ellos, entonces qué más podía ser?

No tenía gasolina, así que extrajeron algunos litros del Jeep en el que patrullaban, y luego el joven puso en marcha el Cádillac. El motor rugió como nuevo, ofreciendo el sedoso y dulce cántico de la más fina ingeniería americana. La de la espléndida General Motors.

Lo llevarían a casa, lo desarmarían pieza por pieza y lo venderían por algunas decenas de miles de dólares. Por supuesto, un auto como ese podía costar entre 80 y 90 mil dólares, pero dadas las circunstancias era una bendición ganar una fracción de ese precio cuando esa mañana solo aspiraban a cazar *frijoleros* y beberse algunas cervezas. El más viejo conduciría el Jeep marrón, modelo 2015, que usaban dos veces al mes en sus expediciones contra migrantes, y atrás iría el joven, conduciendo el flamante Cádillac. Era una lástima tener que desgazar una máquina tan formidable, pero la ley es la ley y era mejor no dejarse tentar por una ambición desmedida.

El viejo en el auto de adelante, y el joven en el Cádillac, atrás, conversaban animadamente por el teléfono móvil mientras se dirigían hacia Dell City, desde donde tomarían la vía que conduce hacia la autopista 62 y entrarían a El Paso por Butterfield.

Se burlaban, por supuesto, de los *frijoleros*, que *te traen suerte cuando aparecen, traen más suerte cuando los desapareces, y te traen aún más suerte cuando no aparecen*.

Hablaban del sexo caliente de las *frijoleras* y de la emoción de disfrutar los peligrosos y baratos prostíbulos de Ciudad Juárez, o de saborear lo único bueno que ha hecho México —la cerveza Corona—, cuando Cadillac embistió al Jeep por detrás, a 110 millas por hora, y lo arrastró 300 metros barranco abajo. Unos segundos antes, el joven había perdido el control del vehículo pues, sin pisar el acelerador, la máquina pasó de 50 a 90 millas por hora en un parpadeo. Alarmado, intentó apagarlo sin éxito. Los frenos tampoco respondieron. El auto no obedecía. Se gobernaba solo.

El estruendo de metales humeantes ahogó el de los vidrios astillándose, y en cuestión de segundos el joven y el viejo se hicieron, literalmente, mortadela en lata. Una enorme mancha de aceite de motor y la huella ennegrecida de los neumáticos del Jeep sobre el asfalto destacaban en el paisaje soleado y brillante del desierto, a pocos metros de la Border Patrol Inspection Station US-180 El Paso, TX 79938.

Un policía de tránsito no pudo expresarlo mejor: *el Jeep quedó destrozado, casi irreconocible... Pero el Cadillac... El Cadillac se volvió mierda.*



■ ¡Estúpidos! La clave no es la muerte, sino la forma de morir y de reír

Dos escenas y una lección

Julio 2 de 2017

Hay algo oscuro, doloroso, orgiástico y carnal en este fragmento del tríptico 'El jardín de las delicias', 1500-1505, de El Bosco (1450-1516). Es el humor de la muerte festiva que energiza e invita a reorganizar la vida.

Y todo es sepulcral, avasallante y desolador en esta imagen de la masacre de El Salado. 66 personas asesinadas por los paramilitares en el departamento de Bolívar, Colombia, entre el miércoles 16 y el sábado 19 de febrero de 2000. Es el terror que sepulta y que aquieta.

Aunque la primera imagen tiene más de 500 años y la segunda menos de 20, la primera es el futuro, habla la lengua del porvenir, de lo que podría llegar a

ser Colombia si cesa una, la más visible y dentada, de las guerras que padecemos (la voraz especulación financiera también es una guerra, así como el lastrado sistema de salud, para no hablar del saqueo del erario público y de la irracionalidad del sistema de impuestos, uno de los más regresivos de América Latina. Pero podremos encararlas mejor si cesa esta guerra de plomo). La segunda imagen, habla una lengua arcaica, la del terror, la que les gustaba murmurar a los arcabuceros hace 3 o 5 siglos. Es la voz de la pólvora, del trabuco y del fisto. El parloteo del fierro. La lengua de los gatilleros, tan distinta a la de los gaiteros.

Y esa lengua no ríe y cuando lo hace está hedionda de aguardiente y embriagada de sangre. Se dice que los arcabuceros se emborrachan para matar, mutilar, violar y herir. Y solo así ríen de buena gana, pues en sano juicio vuelven al rostro de sombras, al ceño fruncido, a la cara hombruna y a la agria apariencia de los *domapotros*.

A propósito de *domapotros*, es interesante notar que no hay risa, ni humor, ni fiesta en la lengua de Uribe ni de Ordóñez. Los *carepólvora* no se ríen. Cuando lo hacen, más que reír, enseñan los dientes (quizás solo se largan a reír con aguardiente. No sé. ¿Alguien los ha visto reír en sano juicio?).

No se trata de terminar la guerra para evitar más muertes. Ese razonamiento no es correcto. Si ese fuera el corazón del asunto, entonces no tiene sentido parar la guerra, pues sabemos que, a la postre, todos vamos a morir de una u otra manera. Se para la guerra no para evitar que haya más muertos. Eso es irrelevante. Y lo saben los guerreros de todos los bandos y layas. Lo clave es pensar qué nos hacen los muertos a los vivos o, mejor, qué nos hacen a los vivos las diferentes formas de morirse los muertos. Y allí está la clave: *el impacto de la muerte violenta y guerrera sobre la vida de los vivos*.

Ese impacto es tan profundo y estremecedor como el de un terremoto, la peste negra o un accidente nuclear. Este tipo de eventos traumáticos nos condenan a décadas de impúdica inercia y de duelos siniestros y desolados como la marcha sepulcral de los sobrevivientes de El Salado. La forma brutal de morir y la amenaza de morir brutalmente nos retrotraen a la impotencia trágica y a la gélida resignación de los aterrados. En ello reside la eficacia política de la muerte violenta, ya que erosiona y mutila en las personas cualquier rastro de visión crítica e insatisfecha del porvenir. Y barre la risa, tan subversiva y tan desafiante ella (*remember* Jaime Garzón). Los asesinos de cualquier signo buscan destruir, en los vivos, ese núcleo, esa confianza en que podemos elegir la forma en que morimos, firme complemento de otra confianza: podemos decidir la forma en que vivimos y la manera en que reímos. Y «decidir cómo vivir y cómo reír» es el ADN de la autonomía política de los ciudadanos, algo que les conviene desalentar a los poderes interesados en moldear y en dirigir nuestros destinos.

Necesitamos aprender a morirnos a *lo bosco* para poder soñar y para hacer prosperar, en nuestra tierra, menos vidas «cejijuntas» y más vidas que, al reír, no se limiten a enseñar los dientes.



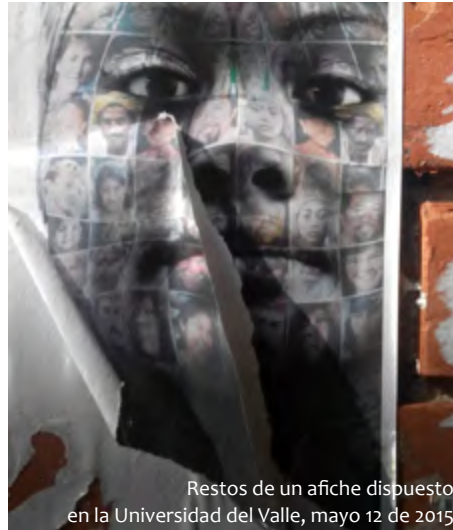
La Masacre de Machuca,
18 de octubre de 1998.
Fotografía por Natalia Botero.



El hombre que no reía.
Retrato Álvaro Uribe Vélez.
Tomado de <https://bit.ly/3DMu4r9>



Otro hombre que no ríe.
Alejandro Ordóñez.
(Fuente y fecha no disponibles).



■ El círc(ul)o: ver la guerra de los otros que son nosotros, para no ver las guerras de nosotros, que son las de otros

Cali, julio 24 de 2017

La conversación transcurre en un restaurante de comidas típicas, en Cali, Colombia, a las 9 de la noche del sábado 26 de noviembre de 2016. M.I.O., una joven y brillante documentalista nos cuenta los avatares del documental que está desarrollando desde hace algunos meses. Es inevitable. Trata de nuestra guerra o, mejor, de nuestras guerras colombianas actuales. Nos cuenta detalles del conmovedor testimonio de un joven que se hizo guerrillero a los 13 años huyendo de los abusos de su padre. Él y su hermana tuvieron que irse al monte para salvarse de la violencia paterna y de la pobreza. M.I.O. nos conmueve cuando nos explica

que en su testimonio este joven, que ahora estudia en una universidad de Cali, describía cómo, en su pueblo, debía ir a la escuela con ropa raída y zapatos unas tallas más grande, quizá la herencia de algún niño mayor, lo que lo convertía en objeto de burla de sus compañeros. El chico le cuenta a M.I.O. que uno de los momentos más importantes de su vida en la guerrilla lo experimentó justo cuando recibió su uniforme y sus botas. Le ajustaban al cuerpo. Por primera vez tenía ropa que le quedaba, no estaba raída y lo envolvía bien.

Y entonces, cuando llegué a casa poco después de las 12 de la noche, y

tras conversar con Rocío, la amada, me quedé dándole vueltas al asunto, a nuestra charla en el comederito, a las historias de M.I.O. sobre las historias de otros que han sobrevivido a la guerra colombiana reciente. Perdón, a las guerras. Y entendí dos cosas sencillas y, espero, cruciales.

Las dos guerras actuales

Hay dos guerras actuales. La guerra con armas de fuego y la guerra sin armas de fuego. Ambas matan y hieren a cientos de personas cada día en mi país. El problema clave no es la muerte, pues, como es obvio, todos vamos a morir alguna vez. El problema es qué le hace la manera en qué morimos al modo como vivimos, y qué le hace la muerte repentina a la vida. En primer lugar, toda muerte poda *ramificaciones y posibilidades de vida*.

La guerra armada mata y hiere, y consistentemente poda de manera racional e instrumental tramas potenciales de vida. El terror que siembra y la intimidación sirven para clausurar y abandonar tramas y vidas potenciales que los agentes del proyecto armado consideran inconvenientes y adversos. Por eso, las acciones de la guerra armada son todo menos irracionales. Son profundamente instrumentales y consideran una elevada valoración de la eficacia y los efectos inmediatos de la intervención sobre el curso del tiempo y el dominio y control de espacios concretos. En eso, los ejércitos legales, los ejércitos ilegales y las organizaciones delincuenciales se parecen. La acción armada se explica y justifica en términos de réditos tácticos y estratégicos muy concretos. Lo que nos parece demencial, irracional y abusivo

a los *desarmados*, realmente no lo es para los *armados*. No quiere decir que no haya actos demenciales, sanguinarios y brutales. Pero están subordinados a propósitos y cálculos enteramente racionales.

Las otras guerras, las que no recurren a armas de fuego, suceden todos los días bajo diferentes figuras y formas de control de administraciones, burocracias y organizaciones corporativas. Igual, podan trayectorias de vida, matan y hieren gente, destruyen rutas. La desigual clasificación de las personas en el sistema escolar, la reducción y discriminación en los servicios de salud, las estructuras que limitan el acceso a los recursos financieros, el saqueo del erario público, los regresivos sistemas de impuestos, la desigual distribución de la riqueza que socialmente producimos, todas son formas de guerras sin armas de fuego. El estrés, la vida sin sentido, los accidentes de tránsito, las enfermedades psicosomáticas, las depresiones ruinosas, el deterioro de la calidad de vida y la erosión ambiental son algunos de los efectos concretos de esas guerras. Incluso los sectores integrados de la población las experimentamos cotidianamente. La inseguridad laboral es más honda y erosiva que la inseguridad delincencial. Y la hostilidad laboral o escolar globales y generalizadas pueden ser tan predatorias como una sucesión de combates locales. Pero estas guerras que matan en silencio y suavemente, que se traducen en millones de muertes por enfermedades prevenibles y curables, o en desazón social y frustraciones regulares, engendran millones de sobrevivientes que oscilan entre la conciencia de una vida que calificamos como

ahí vamos, llevándola como se pueda, y, por el otro lado, una andada de literatura coaching y de superación personal, que nos responsabiliza de nuestra falta de tono para el optimismo y de nuestra incapacidad de vivir intensamente. La administración de los efectos psíquicos de estas otras guerras se advierte, como síntoma, en el crecimiento de las diversas y eficientes formas de la industria del entretenimiento, incluido el poderoso turismo, que nos sacude y sustrae de nuestras pequeñas y frágiles vidas grises. La formidable industria de las drogas antidepresivas, ansiolíticas y los barbitúricos, la sociedad del espectáculo y el entretenimiento son el reverso de la insidiosa profundidad de las guerras sin armas, administradas por operadores y gestores de todo tipo.

Ver a los otros que, en últimas, son nosotros

El foco de algunas narrativas audiovisuales actuales en torno a la guerra de armas, sus agentes y sus víctimas, procura una suerte de acción galvanizadora y efectiva para los otros, los sobrevivientes de las otras guerras, más vergonzantes y calladas, las de la sociedad *normal*, la urbana, la atrincherada en unidades residenciales. La que puede salir a comprar el pan en las mañanas.

El documental de M.I.O. ofrece un atisbo estremecedor y vigorizante sobre esos otros sobrevivientes que se las tuvieron que ver con la otra guerra; un espejo reluciente en el que ver y respecto al cual consolarnos sobre el lamentable saldo de nuestras propias guerras chiquitas, las de todos los días.



■ Un lugar donde Neruda enmudecería

Postales del Parque Nacional de Puracé, Colombia

Agosto 21 de 2017

Hace 15 mil años, los caballos cabalgaban en los amplios territorios de América del Norte desde donde se extendieron hacia Asia, Europa y África, tras cruzar el estrecho de Bering. Y hace 10 mil años desaparecieron de América, pero sobrevivieron en África, Asia y Europa, de donde regresarían arrastrados por los conquistadores europeos. Retornaron en barco a las tierras desde donde miles de años atrás habían partido sus ancestros.

Hoy cabalgan el planeta 60 millones de caballos y casi la mitad está en América, pero su población viene disminuyendo en todo el mundo. Hay 266 gallos y gallinas, 125 personas, 66 ratones, 66 ratas,

22 toros y vacas, 17 ovejas, 5 perros y 4 gatos por cada caballo...

Y hay 3 motocicletas por cada caballo. Las motocicletas son su peor amenaza. Gente como Álvaro Uribe Vélez, las ferias equinas, la policía montada, los hipódromos y los equipos de polo, son su única esperanza.

A lo largo de los caminos, trochas y atajos montañosos entre Puracé y Santa Leticia, Cauca, las motocicletas han comenzado a reemplazar rápidamente a los caballos, cada vez más costosos, menos veloces, menos confiables, menos lustrosos y con menos *sex appeal* que una Yamaha o una Honda.

Durante 70 kilómetros de viaje apenas tropezamos con tres caballos. Eso sí, abundan los perros que, en general, parecen robustos, bien alimentados y han sabido adaptarse y sobrevivir al helaje del páramo. Y no faltan las vacas y las gallinas.

Sobran las motos. Cientos y cientos de motos rasgan el paisaje paramuno abriéndose paso entre las montañas y transitando kilómetros de carreteras.

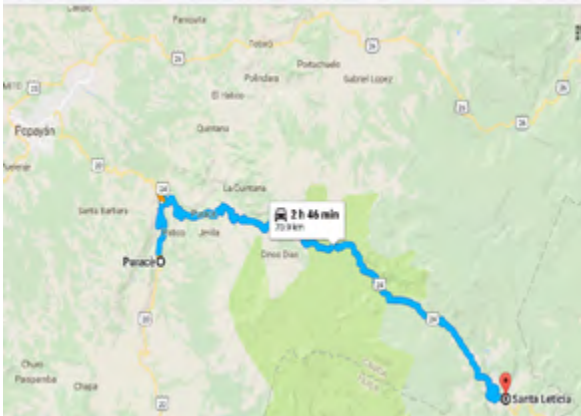
Si alguna vez la especie humana consigue sembrar vida en Europa, la helada

luna de Júpiter, probablemente crecerá colorida y diversa, menuda y extraña, como la que se advierte junto a las apagadas bocas volcánicas del Parque Nacional de Puracé, surtidas de aguas cargadas de musgos, algas y minerales subterráneos. Dicen que las dantas bajan a beber aquí agua gasificada. Nunca beben agua dulce. Estas corrientes sulfurosas —unas heladas y otras hirvientes— moldean sobre la tierra un desconcertante paisaje, entre oceánico y alienígena; un poco como si de repente el suelo submarino se hubiera amancebado con la luna, y entre los dos hubieran parido a cielo abierto cientos de anémonas, corales y hierbas de otro mundo.

Sin duda, estas fábricas de aguas que son los páramos de Puracé le habrían arrebatado el aliento al Neruda ebrio de verde, el mismo que alguna vez escribió *Vegetaciones*:

[...]

América arboleda,
zarza salvaje entre los mares,
de polo a polo balanceabas,
tesoro verde, tu espesura.



A lo largo de 70 kilómetros de vías sin pavimentar, cruzando el Parque Nacional de Puracé, avistamos solo tres caballos.



Dos motocicletas aparcadas en el patio de una casa. Resguardo indígena de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Uno de los tres caballos que conseguimos observar a lo largo del viaje.

Fotografías por Julián González.

Germinaba la noche
en ciudades de cáscaras sagradas,
en sonoras maderas,
extensas hojas que cubrían
la piedra germinal, los nacimientos.
Útero verde, americana
sabana seminal, bodega espesa,
una rama nació como una isla,
una hoja fue forma de la espada,
una flor fue relámpago y medusa,
un racimo redondeó su resumen,
una raíz descendió a las tinieblas.

No creo que Neruda haya conocido estas tierras hinchadas de aguas y flores, pues lo hubieran eclipsado y, tras verlas, el hechizo lo hubiera trastornado, y luego su *araucanía* le habría resultado desabrida y sosa. Le habría parecido poco menos que un enorme y aburrido *peladero*, un arrume de árboles decrepitos que se repiten cenicientos, una extensa danza de hojas endurecidas que hastían y molestan; una hilera de tierra mal abonada y mal criada por un dios anciano, desgastado y somnoliento.



Vista del Pozo de los Deseos. Durante años los viajeros se detenían aquí y tiraban monedas en el charco para hacerse a un amor esquivo, recuperar la salud o ahuyentar la mala suerte. Tanto metal aguas adentro terminó por emponzoñarlas y, con ellas, la laguna se volvió un moridero. Por fortuna, prohibieron el ritual y con los días volvió a florecer la vegetación acuática y regresó la danta a uno de sus bebederos preferidos. Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Pozo de los deseos. Una laguna artificial creada por una pequeña represa que abastecía de energía eléctrica una hacienda cercana. Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Plantas coloridas creciendo entre las aguas sulfurosas del Parque Nacional de Puracé.
8 de agosto de 2017.

Fotografías por Julián González.



Frailejón en Parque Nacional de Puracé.
8 de agosto de 2017.



Fogón de leña. Casa en el resguardo indígena de Puracé. 8 de agosto de 2017.

Fotografías por Julián González.

El tiempo del Frailejón

Cuando este frailejón —ver foto previa— se abrió paso entre la tierra, apenas comenzaba en Europa la reforma protestante de Lutero, y Francisco Pizarro empezaba la conquista del imperio Inca. Si pudiéramos leer las moléculas que los acontecimientos del mundo vertieron al viento y a la nieblas y que este frailejón atrapó en su vientre, escucharíamos entre sus tallos a Copérnico escribiendo *De revolutionibus* (1543), el documento en el que expresó su teoría heliocéntrica, y oíríamos a través de sus hojas aterciopeladas y húmedas los gritos de Giordano Bruno mientras ardía en Roma, condenado por herejía. Nos estremecerían los lamentos de los primeros esclavos negros llegando a América y la agonía de Cristóbal Colón en Valladolid. El frailejón crece un centímetro cada año. Y este tiene cerca de cuatro metros y medio.

Este frailejón ha sobrevivido a todo. Sabe que cien años no son nada. Sabe también cuánto ha cambiado el paisaje y que hay menos caballos cabalgando por estas tierras. Y aunque van desapareciendo poco a poco con sus enjaldas

y arreos, aquí todavía persisten algunas señales del tiempo de los cascos y los días sin motor: las cercas de púas, los fogones de leña, las piedras de amolar, los vasos de peltre, los abrevaderos, las tinajas y el piso de tierra.

Neruda enmudece

Me equivoco, en Puracé el amorío no fue cosa entre la luna y el mar. Más bien, la luna se lió con un dios joven y volcánico como *Nuguwaymasig* —una deidad de los indígenas Coconucos—, y revolcándose uno en el otro incendiaron la tierra, voltearon los mares, zarandearon los cielos y dejaron su reguero de amor *full color, húmedo y lascivo* sobre las aguas pantanosas. Luego se echaron a dormir, pero había sido tanta la energía invertida en su amor diurno y centelleante que al anochecer ya no tenían nada, el calor todo se les había escapado, y no les quedó más abrigo que el hielo, y se acurrucaron uno junto al otro quietecitos, entre la nieve se enterraron y se durmieron para siempre. Pero desde entonces, de vez en cuando, alguno se da vuelta mientras

sueñan y de entre sus vientres vuelve a arder el deseo y a chisporrotear brevemente el fuego, el estruendo y la lava que quema y fertiliza la tierra.

Ahora lo sé, Neruda. Menos mal que jamás estuviste en Puracé porque, sin duda, tu poderosa y afilada lengua habría encallado aquí para siempre.



Fotografía a través de telescopio. Desierto de la Tatacoa, Huila, 9 de agosto de 2017.



Paisaje volcánico, alienígena y lunar en el Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.



Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.
Fotografías por Julián González.



Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.
Fotografías por Julián González.



■ Brayan descende

Los 68 escalones de un joven que no quería morir

Cali, septiembre de 2017

¿Y si la vida no fuera más que un elaborado modo de transformar minerales inertes en materia orgánica compleja, pero igualmente muerta? Al final, toda la vida termina convertida en cadáveres que se deshacen poco a poco, ¿o no? Hace algunos siglos conseguimos despertarnos de la ilusión geocéntrica. Hoy sabemos que la Tierra no es el centro del universo. Y hace poco más de un siglo también nos sacudimos de la ilusión antropocéntrica y logocéntrica. Entendimos que la razón no gobierna por completo nuestras vidas (¡gloria al poderoso inconsciente!) y que los seres humanos no

somos el centro de nada. Entonces, ¿no habrá llegado el momento de quitarnos de una buena vez otra ilusión persistente e insensata: el biocentrismo? ¿Quién dijo que la vida es esencial, especial y un importante propósito del universo?

Respuesta de Big Data, el rapero más viejo del mundo, cuando le preguntaron por el sentido de su poema Poesis.

En cruz

Entre enero y junio han muerto asesinadas en Cali 589 personas. Un tercio tenía entre 18 y 24 años. 93 de cada 100

personas asesinadas son hombres. Y son hombres casi todos los victimarios.

Dice llamarse Brayan. Dice que está drogado y que le duele mucho el cuerpo. Dice que no lo lleven al Realengo, un barrio humilde al oeste de Cali. Ruega este jovencito enclenque, tendido bocarriba sobre el piso —los ojos entornados, vencidos— que no lo dejen morir. Que lo van a matar, dice. Le pide a los policías, dos hombres tan jóvenes como él, que lo internen en un hospital, que le duele el corazón, que se le va a estallar. «No sé lo que hice», dice, como si entre la bruma de su trance intuyera que recién estuvo envuelto en un delito. Uno de los policías le pregunta si viene huyendo por lo de una camioneta blanca. (10 autos son robados cada día en Cali). Brayan no responde y se limita a sollozar. Que se le va el alma, dice. Acostado en cruz sobre el piso de la casa de mi vecino, apenas consigue respirar. Babea. Los zapatos rotos y percutidos. Los cordones sin atar. Al flacucho, le cuelgan y casi se le caen los pantalones.

Hace una hora y media entró corriendo en la casa de mi vecino, trepó las escaleras aterrado, y agotado por el esfuerzo se dejó caer sobre el piso. Y hace quince minutos llegó la policía luego de telefonarlos una y otra vez. No sabíamos si Brayan estaba armado o, si en efecto, lo seguían algunos hombres armados que no dudarían en entrar a la casa para ejecutarlo —8 de cada 10 asesinatos en Cali involucran armas de fuego. Tras requisarlo la policía no encuentra armas en Brayan. Tampoco tiene documentos de identidad. No tiene nada en el raído maletín naranja que carga al costado derecho, y se queja ruidosamente cuando los policías consiguen levantarlo



Brayan tendido en el piso. Cali, Urbanización El Aguacatal, 11 de septiembre de 2017. Fotografía por Julián González.

del piso ajedrezado para llevárselo esposado. Se tambalea mientras desciende los 68 escalones que van de la casa de mi vecino hasta el parqueadero de la urbanización donde lo aguarda una patrulla.

¿Por qué va esposado Brayan? ¿Por el delito de irrupción en propiedad privada?

No. Ese no es un delito; a lo sumo supone una contravención.

¿Entonces por qué va esposado?

Va esposado porque es joven, está drogado y parece pobre. Y eso es suficiente para convertirse en un sospecho so usual en Colombia, el segundo país con peor índice de distribución de la riqueza en América Latina, y en el que la justicia se arrastra cuando se trata de los poderosos, y apedrea ciegamente y sin piedad cuando se trata de los humildes.

Río

Al día siguiente atisbo un poco en la extensa corriente de las muertes, ese enorme río de cadáveres en el que las aguas heladas, oscuras y espesas disuelven el tiempo. Por cada persona viva arriba en la Tierra, aquí abajo hay 17 muertos. En esta corriente mansa duermen 107 mil millones de cadáveres humanos. Y de este caldo mortuorio venimos y hacia él vamos todos.

11/09

Hoy es 11 de septiembre de 2017 y en las aguas superficiales de Hades se advierten los rostros de los que murieron hace 10, 20, 3.000 o 45.000 años un día 11/09. Cada efemérides, Cloto tira de sus hilos y eleva del fondo de las aguas a todos los que cayeron en la fecha aniversaria. Y Dukúr Bulu, el dios murciélago, les susurra algo estimulante en los oídos para que despierten y se muevan cuando el jalón de Cloto no es suficiente. Y cuando ninguno de los dos puede despertar al muerto, se suma a la tarea Tlantecuhtli, que dispara una descarga eléctrica azul y dolorosa que galvaniza a los que siguen roncando, y se asegura de que vengan todos, que no falte nadie. Tlantecuhtli requisa con cuidado los 9 ríos subterráneos para arrastrar incluso a los que se han quedado atrapados en los recodos y remolinos.

Y debajo de los del 11/09 vienen los del 12/09, que hundirán mañana a los del 11/09. Y luego flotarán los de 13/09 a expensas de los del 12, y así, sucesivamente hasta que, a lo largo del año, todos los muertos pasan un día en la superficie de las aguas. Un día al año cada muerto vuelve a sentir punzadas en el vientre y risa en los pulmones, y Kwányip sopla

alegría en sus bocas y párpados. Y todos tienen 24 horas para parlotear y retozar antes de volver al fondo de las aguas.

Pero, por supuesto, el 1 de noviembre, la señora, la uñilarga, doña huesos, Madame Calavera, la Catrina, despierta a todos sin excepción, y la juega es tan poderosa que por un único día se equilibran y aparejan los nudos de la vida con los tajos de la muerte en una embriaguez incandescente que solo los mexicanos, mejor que cualquier pueblo del mundo, han sabido reconocer y celebrar. Ese día todos festejan. Los vivos de arriba y los muertos de abajo.

Pero hoy no es primero de noviembre. Es 11 de septiembre, y solo suben y flotan desde adentro de las aguas oscuras los muertos correspondientes. Los muertos chiquitos, los que cayeron arrasados por un evento trivial, una bala perdida, una pena de amor, un resbalón. Una indigestión. Los de 2017 (de Cali, Moscú o Rotterdam) y los de 2015 (de Paris, Mogadiscio o Delhi). Pero también suben los de las muertes grandes e históricas, los de las tragedias colectivas, los de los genocidios vergonzosos y las epopeyas gloriosas. El 11/09 se levantan los de 2001 (Nueva York) para unirse a los de 1973 (Santiago de Chile) y hermanarse con los de 1714 (Barcelona) y 1857 (Mountain Meadows). Carrie R. Blagburn le da la mano a Claudio Patricio de la Fuente Castillo, y David W. Laychak se codea con Agustín Patricio Luna Barrios, e Iris del Carmen Reyes Reyes consuela a Angela M. Houtz. Luciana Jaramillo se mece trepada en los hombros de Francisco Lorenzo Rozas Fernández; y Domingo Faustino Sarmiento conversa con Odessa V. Morris. Y el murmullo de los muertos en los ríos de abajo hace

eco en los ríos de arriba. Por eso si acercas con cuidado la oreja y prestas atención a las aguas de las acequias, de los riachuelos, de las correntías y de los ríos caudalosos escucharás voces humanas, un parloteo incomprensible y sin sentido al principio, como el de las multitudes en el metro de París o en una plaza de mercado en Lima. Son muy tenues esas voces, por supuesto, pero allí están. Con el debido entrenamiento puedes aprender a aislarlas y enfocarte en unas u otras, y con suficiente paciencia podrás descubrir, por ejemplo, el relato

de un muerto que pidió inútilmente que lo salvaran, que lo llevaran a un hospital, que no lo arrastraran hacia el barrio de donde venía porque lo matarían; que le dolía el corazón, que estaba drogado y no sabía qué había hecho.

Brayan descende

¿Y Brayan?

Allí va. Baja escoltado por dos policías. Lleva su morral al hombro. Se tambalea un poco mientras camina a rastras los 68 escalones que terminarán en las puertas de una patrulla policial.



Catrina.
Tomado de <https://bit.ly/3ah9sd4>



Algunos de los 68 escalones que descendió Brayan el 11 de septiembre de 2017.



Algunos de los 68 escalones del viaje de Brayan. 11 de septiembre de 2017. Fotografías por Julián González.



■ El Renault 4 o las tramas de la nostalgia

Chatarras enmohecidas y ennoblecidas. Por qué algunos carros son entidades casi vivas

Octubre 26 de 2017

En Yugoslavia le llamaban Katrca, por Catherine. Lo comenzaron a producir en Litostroj en 1969 para surtir el mercado de autos de Europa del Este. Luego la fábrica se trasladó a Novo mesto (Ciudad Nueva), la pequeña urbe eslovena —24 mil habitantes— donde nació Melania Trump. Allí, en las instalaciones de Revoz se fabricaron poco más de medio millón de Renault 4 desde 1973 y hasta 1992 cuando la empresa matriz en Francia decidió dejar de hacerlos: la Guerra de los Balcanes (1991-1995) había destruido parte de la línea de estampados de la fábrica.

Hoy en la reverdecida campiña eslovena, sobre la calle Trdinova, en la misma Novo mesto, Revoz sigue produciendo autos, pero ahora escupe Twingos, Clios y Smart Forfour. Hasta 2010 lo hizo al impresionante ritmo de más de 200 mil autos al año, 23 cada hora, pero la crisis europea de 2013 los obligó a bajar la producción a menos de 100 mil autos anuales. Se están volviendo a recuperar, y recién en 2016 superaron una vez más la barrera de los 100 mil autos-año.

En el mundo, el último Renault 4 se ensambló en 1994, aunque se rumora que en 2017 o 2018 se lanzará una

versión recargada y mejorada del auto; otra aventura empresarial que hace de la nostalgia una lucrativa fuente de negocios.

El 13 de julio de 2011, una caravana de 4 automóviles Renault 4, cada uno conducido por propietarios provenientes de los restos de la antigua Yugoslavia —Serbia, Bosnia-Herzegovina, Croacia y Eslovenia— se dirigió hacia Thenay, Francia, donde se celebró medio siglo de creación del modelo. Fabricado o ensamblado en Francia, España, Eslovenia, Rusia, Argentina, Chile, Colombia, Brasil, Marruecos, Turquía, India y México, el Renault 4 es junto al Volkswagen Escarabajo un notable ejemplo de la extraordinaria capacidad humana para convertir mercancías industriales, y sus ruinosos restos, en tejido vivo donde cultivar preciosas y cálidas experiencias de alcance global. A lo largo y ancho del mundo el modo Renault 4 de viajar ha dejado su impronta en cientos de millones de personas, aunque en ventas esté muy lejos de los 20 millones de autos Ford Escort, los 21 millones de escarabajos, los 30 millones de Volkswagen Golf, los 35 millones de camionetas Ford F-Series y los 40 millones de Toyota Corolla. Desde 1961 y hasta 1994 se facturaron 8 millones de Renault 4.

En Colombia el primer propietario de un Renault 4 —ensamblado por Sofasa, Itagüí, Antioquia— fue un médico traumatólogo llamado Darío Mesa Upegui. Lo compró en Medellín un 26 de agosto de 1970 por 65 mil pesos. Entonces yo tenía 4 años y apenas si sabía pedalear un triciclo. Nací en 1966, justo el año en que la compañía fabricó el primer millón de *renoletas* como las llaman los argentinos y chilenos. Mi mamá condujo

con combativa pericia y durante varios lustros un ejemplar del *amigo fiel* o el *carro colombiano*. Así fue conocido en mi país. Recuerdo bien que mis hermanos y yo nos asábamos en los puestos de atrás pues la ventilación del auto era francamente mala: con frecuencia las ventanas se trababan y preferíamos dejarlas cerradas para evitar que se descarrilaran. Azul oscuro, nuestro Renault 4 tenía sus caprichos. Podía vararse justo cuando estábamos retrasados y nos disponíamos a salir de casa para el colegio. Eso sí, jamás nos dejó tirados en el camino. Una que otra vez no encendía en las mañanas, pero cuando lo hacía funcionaba confiablemente durante todo el día.

Mientras en casa lidiábamos con los caprichos del Renault 4, una niña a la que no conocía se las arreglaba en Almaguer, Cauca, para ir al colegio caminando. Ocho cuadras bajo un cielo helado y nuboso. Estudiaba y vivía a plenitud sin tener que vérselas con el tráfico ni el exceso de carros que ya padecía Cali a mediados de los 70. Rocío, la niña almaguereña, había nacido un 16 de mayo, el mismo día en que nació Danny Trejo, el actor de ascendencia mexicana que protagonizó *Machete*, ese bodrio clase B que he visto una y otra vez sin terminar de entender por qué me resulta fascinante. Sin duda la estupidez también hechiza.

Rocío y yo terminamos conociéndonos en la universidad a comienzos de los 80, y casi al finalizar la carrera nos entregamos a unos amoríos que, creíamos, no durarían mucho pero se hicieron largos y serenos con el tiempo. Con los años vinieron los proyectos conjuntos, y con los primeros salarios nos hicimos al



Una de las imágenes icónicas de Danny Trejo.
Tomado de <https://bit.ly/3n1qrYs>



Vestigio de Renault 4, un día gris y lluvioso.
Fotografía por Julián González.

primer auto, un Renault 4 azul oscuro, idéntico al que usó mi familia cuando yo era un niño. Lo bautizamos El Pitufito, y desde entonces nuestros autos, todos de gama baja, han recibido el nombre de personajes de cuentos infantiles, dibujos animados o tiras cómicas: El Duende, La Sirenita, El Chapulín, Gáspar, el Troll, Snoopy y Sally.

¿Y a qué viene todo este cuento? ¿Qué tienen que ver mi historia de infancia, dos Renault 4 azules, mis amoríos con Rocío —que cumple años con Danny Trejo— y este largo rodeo que incluye la fabricación de las Katrca yugoeslavas?

Es mi manera de hacerle un pequeño homenaje a esos misteriosos instantes poéticos de la vida.

Ayer lo vi. Yo conducía por la calle novena norte, en Cali, y de repente tropecé con un milagro. Allí, a la derecha, estaba un ejemplo elocuente de cómo lata y motor se transforman en magia, cómo los restos industriales y herrumbrosos

de tiempos idos trocan en fantasía retro, cómo los desechos de una máquina que alguna vez fue reluciente transmutan en memoria extraña, en *saudade* y en belleza que eclipsa. Experimenté una fuga festiva. Una auténtica epifanía.

Era como si las sobras de un Renault 4, frágil sobreviviente de los bombazos de la Revoz en Novo mesto, hubieran cruzado el mundo, y tras fundirse en alma y cuerpo con el inefable Danny Trejo, terminaran floreciendo en esta callecita de Cali. Ahí estaba este destartado cuatrorruedas, aparcado cándidamente a la vera de un andén, esperando su turno, retrasando el día en que terminará desguazado. Una señal vial le indica su destino. *Vé adelante, más adelante y ¡sal de circulación, viejo!* Pero, qué va, el Renault Trejo, agrio y contrahecho, se niega a desaparecer. Decrépito, persistente, resistente y burlón sigue *rodando* calles y películas. Para él no hay *The End*.



■ "A Trip to Mars"

¿Un viaje sin retorno?

Bogotá, 5 de diciembre de 2017

Marte tiene dos satélites. *Fobos* —la personificación del terror y el horror, de ahí el término Fobia—, y *Deimos* —hijo de Afrodita (la diosa del amor) y Ares (el dios de la guerra)—. *Deimos* es la encarnación del dolor. Entonces viajar a Marte implica pagar un alto precio: el del amor orgiástico, el del pánico sin tregua, el del terror básico y el dolor duro de la guerra tribal. Y, claro, mucho dinero. Pero es un viaje que vale la *pena* en la triple acepción del término: *la vergüenza, el castigo y el duelo*.

La pena de la vergüenza

Estoy a punto de desfallecer debido a la presión de poco menos de 10 mil cuerpos alrededor. Además, no he comido casi nada —excepto maní— a lo largo de 12 horas. Perderé el conocimiento en cualquier momento, aunque no me desplomaré en el piso. No es posible caer cuando estás atrapado en una lata de sardinas. Quedaré suspendido y desmayado en medio de este arrume de personas que, desde hace una hora, viene meneándose, coreando y alucinando al ritmo de las canciones de Bruno Mars. Los Hooligans de Bruno están acá, entre

el público, y no trepados en el escenario. Eufóricos, no han dejado de cantar y brincar, excepto cuando —en un largo y virtuoso canto a capella—, Mars fue bajando la voz poco a poco hasta quedar en completo silencio por algunos segundos mientras bailaba una tonada que todos imaginábamos y seguíamos mentalmente. Medio minuto después fue elevando la voz paulatinamente hasta retornar al frenesí de trompetas, baile y canto, que los *hooligans* de acá y los *Hooligans* de allá habíamos terminado por ensamblar. Me sorprende que esta multitud conozca y coree sin descanso las letras de Mars. En Colombia menos del 8 % de los bachilleres alcanza un nivel medio en inglés. (Me incluyo en el 92 %). Pero en este concierto casi todos hablan *bruno mars* sin problema.

Mientras miles *marsean* yo permanezco en el limbo: escucho un concierto magnífico y cálido, pero sudo chorros helados; aunque estoy en pie, me tiemblan por completo las rodillas y siento que se me va la vida entera; boqueo como pez fuera del agua, pero disfruto inmóvil una música que exige bailar con furia. Estoy casi muerto, doblado de terror y escalofríos, mientras me entrego a esta celebración orgiástica que a todos desinhibe y eleva. Todos flotan mientras yo me hundo. Es martes 5 de diciembre de 2017, cerca de la 9 de la noche. Me levanté a las 3 de la mañana para emprender un viaje que, desde Cali, me condujo al corazón de un ritual masivo que ha elevado en dos grados la temperatura de Bogotá debido a la fricción de miles de cuerpos apretujados.

¿Y al desmayarme, qué pasará?

No mucho. Nadie notará mi cuerpo —un bulto desmadejado de 80 kilos—

cuando casi 40 mil personas participan de una fiesta que recaudó en boletería poco menos de 15 mil millones de pesos (5 millones de dólares). Desapareceré tragado por la marea marsiana, y mis quejidos serán menos que zumbido de abejas entre un estruendo volcánico. Sísmico. Voy a morir despedazado a pisotones. O asfixiado. O los dos. Ahora entiendo exactamente qué se siente caer abatido por una estampida humana.

¿Terror? Este es el terror.

Pero también es la alegría. ¿Alegría?

Sí: la alegría de ver a Antonia, mi hija, gritando de dicha en el concierto de su vida.

Oyó a Bruno Mars por primera vez cuando tenía 11 años. «*The Lazy Song*» fue la primera canción que le escuchó.

*Today I don't feel like doing anything
I just wanna lay in my bed
Don't feel like picking up my phone
So leave a message at the tone*

Le encantó aunque no adoró a Bruno inmediatamente. Sin embargo su impulso fue suficiente para desmarcarla de las sonoridades que dominaban el gusto musical de sus amigas, ampliamente modulado por hombres más jóvenes que Bruno: Harry Styles, Liam Payne, Zayn Malik, Niall Horan y Louis Tomlinson (integrantes de One Direction), Justin Bieber y los hermanos Jonas.

Antonia cumplirá en dos semanas 17 años, y en agosto, cuando supo que Mars vendría a Colombia, pidió un regalo anticipado, el último de su adolescencia, el que marca su tránsito a la adultez legal (18 años en Colombia): boletas VIP para el concierto 24 K Magic.

Y se las obsequiamos. Y acordamos que yo la acompañaría al concierto. Y ahora su regalo me está matando.

Yo resisto un minuto tras otro para no perturbar la felicidad de Antonia, pero a estas alturas el sudor frío y ese temblor que apenas puedo contener casi me vencen. 9.57 p.m. Tanteo desesperado mis bolsillos buscando un poco de chicle. Necesito glucosa a como dé lugar para no colapsar, pero es inútil porque tengo Trident —cero calorías—. Unos minutos después pierdo toda compostura y decencia:

«Antonia, me siento mal», le alcanzo a decir mientras tomo su mano para llevármela fuera de allí. Temo que si me desmayo las cosas serán muy complicadas para ella y no sabrá qué hacer. Y si me voy solo y pierdo el sentido, peor para todos porque Antonia no podrá saber a dónde habré ido a parar.

Con la fuerza del que agoniza me abro paso a empujones entre la multitud. Un paso aquí y otro allá, y otro más y uno más y más y más. Voy empujando como puedo. Antonia va atrás asegurándose de que yo no caiga. 30 pasos después conseguimos salir del centro de la gramilla del estadio El Campín, Bogotá, cuando tres minutos antes estábamos a menos de 6 metros de la tarima donde Peter Gene Hernández y sus Hooligans se esmeraban en hacer música callejera de lo mejor. «Finesse», «Treasure», «Straight Up And Down», «Chunky», «Versace on the floor», «Calling All My Loves», «24K Magic», «Marry You», «When I Was Your Man», «Locked Out of Heaven» y «Just The Way You Are», «When I Was Your Man».

Ya había pasado el formidable solo de George Foster, el pianista, y restaban si

mucho dos canciones cuando me quebré. Sentado en el piso, mientras Antonia me buscaba algo de comer, recupero el aliento, y escuchamos la última canción de la noche: «Uptown Funk».

*This hit, that ice cold
Michelle Pfeiffer, that white gold
This one for them hood girls
Them good girls straight masterpieces
Stylin', whilen, livin' it up in the city
Got Chucks on with Saint Laurent
Got kiss myself, I'm so pretty
I'm too hot (hot damn)
Called a police and a fireman
I'm too hot (hot damn)
Make a dragon wanna retire man
I'm too hot (hot damn)
Say my name you know who I am
I'm too hot (hot damn)
Am I bad 'bout that money, break
it down
Girls hit your hallelujah (whoa)
Girls hit your hallelujah (whoa)
Girls hit your hallelujah (whoa)
'Cause uptown funk gon' give it to you
'Cause uptown funk gon' give it to you
'Cause uptown funk gon' give it to you
Saturday night and we in the spot
Don't believe me just watch (come on)*

Luego vinieron los fuegos artificiales. Íbamos de camino al hotel, a unas cuatro cuerdas del estadio, y todavía —10 minutos después— alcanzábamos a ver la pirotecnia con que Mars y sus Hooligans clausuraron el concierto.

32, 63, 44, 29: la pena del duelo

Peter Gene Hernández —mezcla de húngaros, puertorriqueños, filipinos— nació en Honolulu, Hawái, el 8 de octubre de 1985. Ese día yo estaba en clase, tercer semestre de Comunicación Social de la Universidad del Valle. 1985 fue un

año particularmente sombrío para Colombia, un país en el que la peste de la muerte violenta y la plenitud de la fiesta fraterna van de la mano todos los días. El 6 de noviembre el movimiento guerrillero M-19 se tomó el Palacio de Justicia, en Bogotá, y la retoma del ejército y la policía se saldó 27 horas después con 98 muertos y 11 desaparecidos. El 13 de noviembre, siete días después, murieron 20 mil de casi 30 mil habitantes de Armero, Tolima, sepultados por un alud de lodo. Han pasado 32 años desde entonces y aún cientos de hilos y madejas de ambos eventos no terminan de desenredarse y aclararse.

En el estadio en el que Bruno Mars acaba de interpretar la última canción, hace 31 años debió jugarse la final de Fútbol del Mundial de 1986, asignado a Colombia por la Fifa. La situación del país tras la tragedia de Armero y la crisis del Palacio de Justicia llevó al gobierno de Belisario Betancourt Cuartas a renunciar a hacerlo: «Aquí en el país tenemos muchas cosas que hacer y no hay tiempo para atender las extravagancias de la Fifa y sus socios», dijo entonces el

presidente. 32 años después otro presidente, Juan Manuel Santos, parece interesado en solicitarle a la Fifa turno para realizar el del 2030. Entonces yo tendré 63 años, Bruno Mars, 44, y mi hija Antonia 29. Y si las cosas resultan, Colombia habrá terminado de superar el lastre de una guerra larvada y brutal que minó buena parte de sus energías, millones de vidas y podó cientos de millones de trayectorias y experiencias a lo largo de medio siglo.

La pena del castigo. Tortura, belleza y mercado, camino al matadero

¿Que ha sido el mejor concierto que he vivido? Sí. ¿Que cada persona en el estadio parecía arropada por la voz y la cadencia de Bruno Mars, e hipnotizados saltábamos y nos zarandeábamos a su ritmo mientras el hombrecito —no más de 1.60— bailaba y cantaba como si absorbiera la fuerza y energía de los 40 mil asistentes? Sí: él bailaba y cantaba. Nosotros intentábamos torpemente remedarlo. ¿Que poco faltó para que varias chicas le lanzaran sus brasieres, tangas, camisas, blusas y bragas; y que varios



Ventas ambulantes de recuerdos Bruno Mars 24K en las afueras del estadio. 8:15 am. Bogotá, diciembre 5 de 2017.



Virgin Mobile y Coca Cola al control. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. Fotografías por Julián González.



Filas antes del concierto de Bruno Mars.
5 de diciembre de 2017.
Fotografía por Julián González.

hombres, gustosos, también le habrían obsequiado sus calzoncillos, camisetas, medias y correas? Sí. ¿Que tiene 32 años, pero Bruno el marciano, parece de 15? Sí. ¿Que el concierto estuvo impecablemente organizado y que la logística fue formidable, según tituló algún periódico de Bogotá? Nooo. Rotundamente, no.

Es simple: pudo haber una tragedia. No por la estupidez de los organizadores o su mala fe. No. Más bien porque el mercado privado siempre aspira a obtener ganancias lo más rápido posible, reduciendo las inversiones, o creando obras que le permiten extraer valor sin atenerse mucho a las responsabilidades y consecuencias. Y OCESA, la organizadora del concierto, no es distinta a otras máquinas de hacer dinero.

La Corporación Interamericana de Entretenimiento, OCESA, es una empresa constituida en México en 1995. Empezó como una pequeña empresa local administradora de parques de diversiones, bajo la dirección de los hermanos Soberón Kuri. Alejandro Soberón (57 años), el CEO de OCESA, y de su unidad de negocios CIE Entretenimiento, suele aparecer en los listados anuales de los 200 empresarios más influyentes de México. Egresado del exclusivo y católico Instituto Irlandés Masculino, tiene una relación amorosa con una ex integrante de Timbirichi y ha sido productor de cine. Financió filmes como *Arráncame la vida*, basado en una novela de Ángeles Mastretta, y *Amores perros*, y cuenta con un sinnúmero de asociaciones, convenios y tratos de negocios con Disney, Coca Cola, Ticketmaster, Championship Auto Racing Teams, Inc. y Altavista Films. Opera estadios de fútbol y béisbol, autódromos, espacios publicitarios en aeropuertos, es propietario de teatros, restaurantes temáticos —suyo es el Hard Rock Café de ciudad de México— y posee varios zoológicos y parques de diversiones —Salitre Mágico en Bogotá es uno de ellos.

OCESA y CIE no se limitan a organizar espectáculos sino que derivan valor de toda la cadena implicada en el proceso: «nuestro negocio incorpora la promoción de eventos, la administración y operación de centros de espectáculos, la venta de boletos de acceso a eventos e inmuebles de entretenimiento, la comercialización de patrocinios publicitarios y de concesiones de alimentos, bebidas y *souvenirs*». Por eso todo lo que rodeó el concierto de Bruno Mars estuvo fríamente diseñado y pensado por

OCESA Colombia para extraer el mayor valor posible. La comida y bebida concesionada —te esculcaban todo para evitar que ingresaras alimentos y obligarte a la oferta de los concesionarios—, los vendedores ambulantes —con centenares de camisetas, cachuchas, llaveros, cojines y botones alusivos al concierto— eran mantenidos a raya por un ejército de policías que, inevitablemente, terminaba cediendo a esta persistente avanzada de rebuscadores. Adentro te esperaban los concesionarios de *souvenirs* originales y certificados diez veces más costosos que afuera. Las filas para ingresar al estadio comenzaron a estirarse desde las 3 de la mañana. Algunos durmieron allí para ocupar los primeros lugares aunque se prohibió acampar en los alrededores del estadio. (En el futuro OCESA encontrará la manera de extraer valor negociando algún tipo de acuerdo comercial con los hoteles cercanos a cambio de garantizar acceso temprano para aquellos huéspedes que pagan las localidades más costosas). Entre las 8

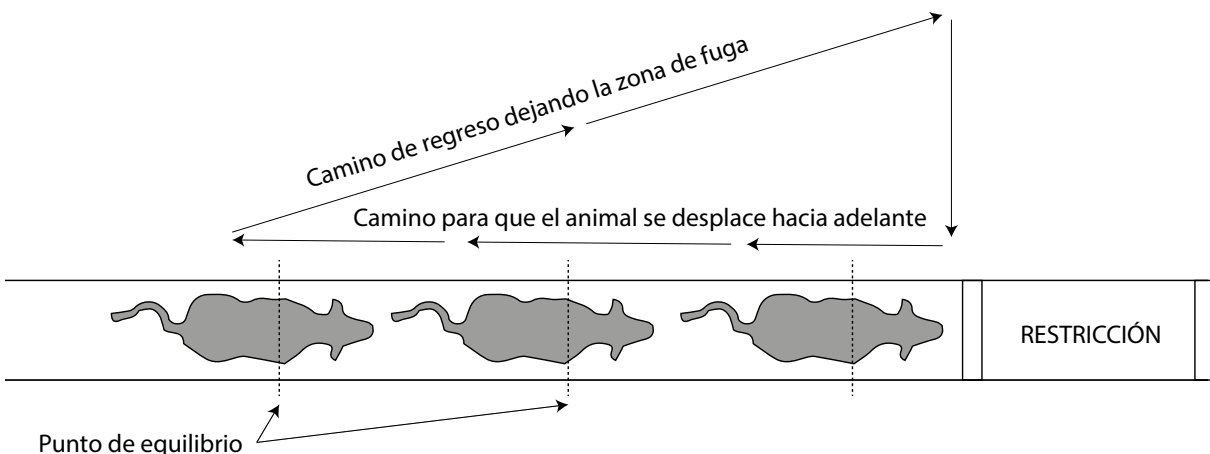
de la mañana y las 3 de la tarde, cuando por fin pudimos entrar al estadio, fuimos debidamente conducidos por una red laberíntica de barreras —nada que envidiarle a los corredores de sacrificio de ganado— que nos convirtió a todos en audiencias cautivas del mercadeo OCESA.

De hecho, la estructura zigzagueante de las barreras para estas filas está inspirada, punto por punto, en las de los mataderos industriales.

El Manual de Transporte de Bovinos, de la FAO, parece retratar bien lo que pasó con nosotros mientras hacíamos fila para entrar al concierto:

«En el momento del sacrificio los animales deben estar sanos y fisiológicamente normales. Los animales que se van a sacrificar deben haber descansado adecuadamente, en lo posible toda la noche, y especialmente si han viajado durante muchas horas o largas distancias. Sin embargo, los cerdos y las aves se sacrifican generalmente a su

Figura 13. El movimiento del operario para que el ganado vacuno siga su camino por una manga



Manual de Transporte de Bovinos.
Tomado de la FAO: <https://bit.ly/3FqxL65>

llegada, ya que las horas de viaje y las distancias suelen ser más cortas y el encierro en los corrales de acopio muy estresantes. Los animales deben recibir agua durante este tiempo y pueden ser alimentados en caso necesario. El período de espera permite identificar a los animales lesionados o que han sufrido, y poner en cuarentena a los enfermos.

Los animales deben ser conducidos al área de aturdimiento tranquilamente, sin hacer mucho ruido. Para agilizar el movimiento de los animales se pueden utilizar unas correas planas de lona, un plástico o periódico enrollado y en el caso de animales muy tercos, un punzón eléctrico. Jamás se debe golpear al animal, ni torcerle la cola. Los animales deben entrar en el área de aturdimiento en una sola fila para colocarlos en un dispositivo apropiado de inmovilización antes del aturdimiento».

Aturdidos, agotados por la larga espera, expuestos al sol y la lluvia, resignados, los asistentes a este tipo de conciertos somos rehenes de los concesionarios de alimentos y bebidas. La larga espera antes del concierto obliga a los asistentes a consumir —a precio de monopolio— lo que ofrezcan los empresarios autorizados. Bebidas azucaradas por doquier. Hamburguesas comunes a precio de lujo. Empanadas argentinas o chilenas de buena factura más caras de lo habitual. Solo se vende Coca Cola y gaseosas de la empresa FEMSA. Es casi imposible comprar agua. Los fanáticos, además, podían realizarse selfies y fotografías que difundir por

redes, usando marcos, fondos, logos, lemas e imágenes de las empresas patrocinadoras del concierto. Decenas de recreacionistas contratados por las empresas iban y venían animando la larga espera a través de juegos en los que, invariablemente, terminábamos tomándonos fotos o consumiendo algún bien con sello y marca de uno de los concesionario. Durante 12 horas, miles de personas dispuestas en largos e incómodos rediles éramos el mercado cautivo y los auspiciosos cómplices de una bien montada estrategia de comercialización de marcas usando tanto nuestras cámaras en los teléfonos celulares como aquellas de las corporaciones patrocinadoras, para divulgar y promover en nuestras redes sociales sus nombres. «Aquí estoy a punto de entrar al 24K de Bruno Mars» escribirá un fan en WhatsApp, Facebook, Instagram, Snapchat, Pinterest y un largo etcétera, y al fondo aparecerán los colores, íconos, logos, marcas, frases alusivas al Grupo AVAL, El Tiempo, Coca Cola, Virgin Mobile, Jumbo, Live Nation o Heineken.

Ya adentro del estadio, si estabas justo al frente de la tarima, era imposible ir hasta los puntos de venta de comidas o a los baños públicos, pues al regresar serías tratado como un colado, un intruso, un vivaracho. El costo de haber madrugado para obtener puestos de privilegio se defendía con sangre y furia si era necesario, y espontáneamente se desarrolló un sistema de controles y cercos corporales que impedía a cualquier persona ir hacia adelante. Había rechiflas, bronca, gritos y amenazas entre divertidas y serias cuando algún despistado explicaba que le estaban guardando puesto adelante e intentaba abrirse paso.



Camino al establo.
Diciembre 5 de 2017. Bogotá.



Un paso más en la larga ruta hasta el ingreso al
Campín. 5 de diciembre de 2017.



Cautivos del mercado. 5 de diciembre de 2017.



La espera antes del concierto. Alrededor se van
acumulando los restos de comida y bebidas recién
compradas. Bogotá, diciembre 5 de 2017.



Estrategia promocional de Coca Cola, apelando a
los usuarios cautivos y cercados. Bogotá, diciembre
5 de 2017.



Indicaciones de rutas, localización
y ubicación para los asistentes al concierto.
Bogotá, 5 de diciembre de 2017.

Fotografías por Julián González.



Cuatro cabinas de baños móviles para cerca de 11 mil personas. Había filas de decenas de personas para acceder a los baños. Que los colores cálidos no engañen a nadie. El hedor y el depósito de papel higiénico fuera de las tazas sanitarias eran intimidantes, pero no había alternativa. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Arriba, los cómodos baños de los funcionarios de OCESA en el estadio El Campín. 2:34 pm. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Los patrocinadores corporativos, arriba. Abajo, imágenes de asistentes cautivos. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. Fotografías por Julián González.

«Fuera, fuera, fuera», gritaba la horda. Varias mujeres optaron por ir en grupo a los baños públicos, dispuestos al borde externo de la gramilla, para poder regresar juntas, asistidas y protegidas por vecinos territoriales que se encargaban de certificar su derecho al lugar.

«Ellas sí estaban acá —explicaban en coro cuando regresaba el grupo de mujeres—. ¡Déjenlas pasar!»

Todas las reglas de la tribu retornan y las tácticas de control, inclusión y exclusión de grupo reaparecen como si estuviéramos encarando la defensa de un objeto ritual sagrado o el acceso exclusivo al tótem.

Estamos hechos de todos los tiempos de la historia humana, y cualquiera de sus configuraciones puede retornar, sin más, de un momento a otro si las circunstancias lo propician. No hay peor ilusión que creer en que el ayer está sepultado para siempre. El ayer está aquí, vivo, poderoso y agazapado a la espera de que un intruso se atreva a arrebatarme el puesto por el que llevo luchando casi 12 horas. Traigo en el corazón un



Multitud en gramilla, estadio El Campín, 3 horas antes del concierto. Entonces se podía respirar tranquilamente. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Protegiendo un lugar de privilegio para ver el concierto. A seis o siete metros de la tarima. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Paciente espera antes del momento crítico. Unos minutos después de esta escena el espacio entre los cuerpos se redujo a unos pocos centímetros. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. 4:46 pm.



Turno de ingreso escrito a mano tras la boleta. 5 de diciembre de 2017. Antonia y yo éramos el turno 365 y 366. Fotografías por Julián González.

cuchillo de sílex y un mazo de piedra para resguardar mi puesto y el de mi hija. Son casi las 5.30 P. M. y faltan dos horas para que empiece el concierto: sin tregua y nada amable protejo mi sitio a 6 o 7 metros de la tarima.

Y fue justamente hacia las 5 y 30 pm cuando empezó mi drama. Una avalancha humana empujó desde la parte de atrás de la gramilla a quienes estábamos adelante, y el espacio libre con que cada persona contaba quedó reducido a pocos centímetros tras el empujón. Apenas podíamos movernos y faltaban dos horas para que comenzara el concierto. Tuve miedo. Una mujer a mi lado perdió el sentido pues no podía respirar y pudimos, haciendo un esfuerzo más o menos colectivo, despertarla, levantarla y moverla hacia adelante para que recibiera aire fresco.

Odié la gramilla. Odié estar allí. Odié el riesgo enorme que corríamos. Sin pensarlo dos veces comencé a examinar rutas de escape en caso de que las cosas se pusieran feas. Me llevaría



La envolvente estrategia publicitaria de Coca Cola. A cambio de bebida gratis las personas se fotografían usando un marco con insignias de la empresa. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. Fotografía por Julián González.

a Antonia hacia la derecha del estadio, la vía más corta para alcanzar alguna orilla. Todavía teníamos la claridad de la tarde, pero imaginaba que las dificultades se acentuarían en la noche, cuando la locura del concierto empezara. Empujaría, patearía, abriría los codos como un guerrero y no dudaría en saltar por encima de los cuerpos en caso de que tuviera que irme de allí salvando a Antonia. Y vi en los rostros vecinos la misma mirada medrosa y maldispuesta que encontraban en la mía.

Un único miembro de los bomberos estaba adelante, junto a la tarima, y es seguro que en caso de una estampida no hubiera podido hacer gran cosa. De hecho, enfundado en su traje amarillo y rojo, un casco inútil y botas negras, hizo —sin usar micrófono— algunas recomendaciones que nadie escuchó ni entendió, y luego desapareció de la escena.

¿OCESA había contemplado los riesgos de una estampida, de asfixia colectiva, de muerte a pisotones, de aplastamiento? Lo dudo. Y si lo hizo no hubo ningún mecanismo, procedimiento o recurso organizativo y logístico orientado a prevenirlos o impedirlos.

«Es la última vez que vengo a gramilla», se quejó un hombre aterrado que estaba detrás. Como pude le indiqué que estaba de acuerdo.

Además de Antonia, me preocupaba una niña de apenas 12 años, frágil, minúscula. Algo haría para protegerla en caso de desmadre.

Luego a las 7.30 P. M. en punto empezó el concierto con DNCE, el grupo liderado por el ex Jonas Brother, Joe Jonas, e integrado por Jack Lawless, Jin-Joo Lee y Cole Whittle. Y a las 8.45 P. M.,

15 minutos luego de lo previsto, cayó un luminoso telón blanco en el que fantasmalmente se entreveía Mars, y empezó la dicha de su música.

A las 10.09 P. M. yo estaba sentado al borde la gramilla del Campín salvándome del colapso. Y a las 10.15 P. M. un estallido de luces cerraba el más estimulante concierto en el que he estado.

¿Y Antonia?

Antonia fue feliz con el regalo de su vida. Sin duda el viaje a Mars valió la pena.

La escucho cantar:

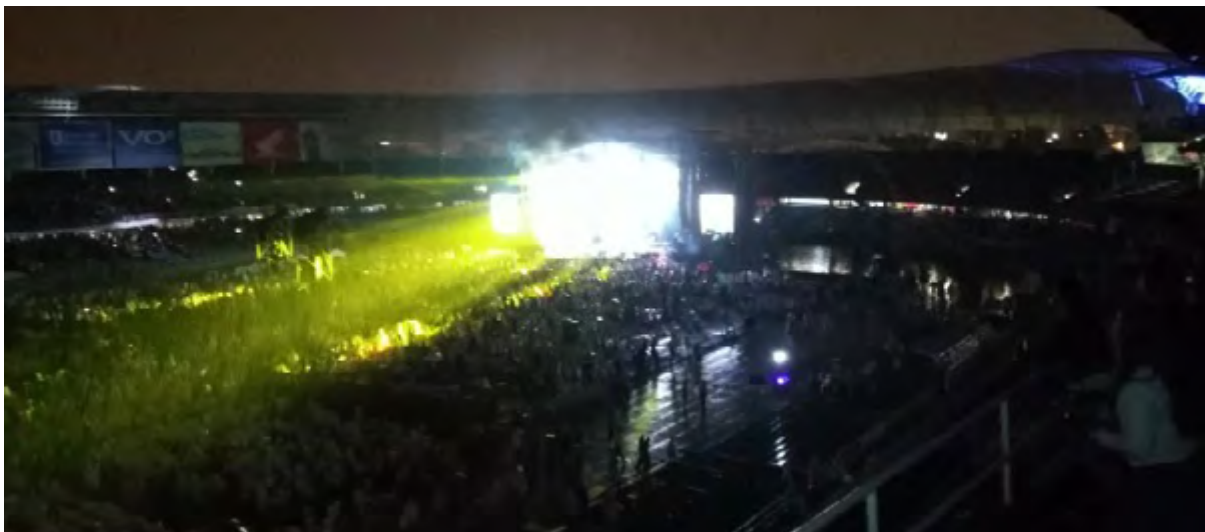
*Tonight
I just want to take you higher
Throw your hands up in the sky
Let's set this party off right
Players, put yo' pinky rings up to
the moon
Girls, what y'all trying to do?
Twenty four karat magic in the air
Head to toe so player
Look out uh
Pop pop, it's show time (show time)
Show time (show time)*



Concierto Bruno Mars y The Hooligans. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.
Fotografías por Antonia González.



Concierto Bruno Mars y The Hooligans. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.
Fotografías por Antonia González.



■ Salsa en Cali

¿Final de una era?

Cali, 28 de diciembre de 2017

Su padre jamás le habló,
lo abandonó para siempre
—«El gran varón» (OMAR ALFANO - WILLIE COLÓN)

Quedaba él, solo, como un tronco duro
comenzando a desgarrarse por dentro.

—«Pedro Páramo» (JUAN RULFO)

El estadio Pascual Guerrero, a reventar, corea y baila al ritmo de José Álvaro Osorio Balvin o J. Balvin, un reguetero paisa en la cúspide de su carrera. Unos minutos antes, Willie Colón hizo la presentación más corta de su vida: no más de tres canciones; la última —«El gran varón»— a medio terminar.

La tarima giratoria se traga en un segundo a William Anthony Colón Román, 67 años, 50 discos, 30 millones de copias vendidas y una extensa carrera iniciada en Nueva York cuando tenía 15 años. En la capital mundial de la salsa una de sus leyendas se acaba de marchar dando un portazo. Hubo algunas rechiflas y protestas por su inesperado retiro, pero el público lo olvida una vez Balvin entra al escenario.

Al cerrar su participación en el superconcierto, Balvin agradece a los maestros, a los grandes, a Willie Colón, a la Fania, al Gran Combo, al panteón de la salsa, a la India, a Celia Cruz y le cede

el turno a Guayacán Orquesta luego de ensalzarlos también.

Durante sus funerales siempre se elogia a los muertos, a los reyes caídos y a los generales vencidos en batalla.

Comienza una llovizna suave y persistente.

La Sucursal del Cielo, la capital mundial de la salsa, la ciudad del sandungueo y la pachanga tiene esta noche un nuevo rey. Balvin admira a Nirvana y a Metallica, ha hecho *rap*, *hip-hop*, *rock*, música urbana, y admite la influencia del merengue, pero jamás ha hecho salsa. Quizás jamás lo haga.

«Esa es música de viejitos», refunfuña una jovencita fanática de Balvin mientras escucha a Guayacán Orquesta.

La llovizna se transforma unos minutos después en aguacero de los mil demonios y el estadio se va desocupando

cuando apenas empieza su participación Adalberto Santiago, otra leyenda.

A su manera el cielo de Cali llora con furia el final de una era.



Vista del estadio Pascual Guerrero, Cali.
Superconcierto 2017, 27 de diciembre de 2017.
La llovizna ha comenzado. Toma desde la tribuna
occidental, 3 piso.
Fotografía por Julián González.



■ Kafka, el saltamontes

Cali, marzo 17 de 2018

Se posa sobre mi taza de café. Sus enormes ojos no me observan a pesar de que por instantes se alinean con los míos. Y no me mira porque me desprecia.

Kafka ha venido a contarme que su vida a lo Gregorio Samsa no es nada terrible, y es mucho mejor y digna que la mía porque no está condenado a rumiarse un mundo en el que comediantes baratos como Trump controlan el botón nuclear. Además, me acusa de vivir en un país miserable. El tuyo tiene que ser un país miserable, me dice, para que un hombre insignificante y sin méritos goce del favor y el fervor de tus compatriotas.

«Los colombianos no dudan en celebrar su mano firme y su corazón grande, mientras su curriculum se va pareciendo cada vez más a un prontuario criminal», se burla Kafka.

Otro ejemplo: «Entre los de tu especie hay un gatillero confeso, Duterte, y gobierna un país de 100 millones de habitantes que lo aclama».

«El tuyo es un mundo —continúa Kafka— en el que un machito ex KGB maneja a placer la segunda potencia nuclear de la Tierra, y ha terminado por asemejarse a los zares que un siglo atrás los orgullosos obreros rusos consiguieron desterrar a patadas. Están feas las cosas aquí, y no



Kafka bebe café. 15 de marzo de 2018, Cali.



Kafka me conversa. 15 de marzo de 2018, Cali.

Fotografías por Julián González.

hay razones para hacer parte de tu especie» —se ríe Kafka, que decidió morirse hace casi 94 años para reencarnar hoy en este elegante y chisparoso saltamonte.

—¿Por qué no encarnaste en el oscuro y aparatoso insecto de tu Samsa? —le pregunto.

—Aunque no lo creas ese animalejo todavía tenía algunos rasgos humanos —dice con verdadero asco.

Una mueca antropofóbica se dibuja en su rostro. Aún se niega a mirarme. No soy digno.

Lo aplasto sin pensarlo dos veces. Así redimo a Pinocho que jamás pudo —aunque siempre quiso— destripar a Pepe Grillo, ese molesto sabelotodo que amenazaba la inocencia de un trozo de madera que se soñaba niño.

Tenemos derecho a soñar que somos dueños de nuestro propio destino y del mundo que habitamos, a pesar de la evidencia en contra.

«La próxima vez, regresa como ameba», le digo a lo que queda de Kafka bajo la suela de mi zapato.



■ Los destejedores

Cali, viernes 7 de diciembre de 2019

No sabemos estimar cuánto pesa en el conjunto de la especie humana una muerte, en particular, la muerte de una persona joven o un niño. Pero hay un ejercicio sencillo que puede ayudarnos a hacer estimaciones: imagínese a usted mismo 20, 15, 30 años atrás. Retrotráigase al tiempo en que apenas comienza a caminar que es el tiempo en que empieza a hablar. Ese día usted tiene un cuadro agudo de fiebre y va a parar al hospital. Pero el hospital, qué le vamos a hacer, está a media marcha y desabastecido y no pueden atenderlo. Entonces sus padres lo llevan de urgencia a una clínica próxima, y antes de llegar usted deja de respirar.

Muerto en 1936, en 1975, en 1989, en 2001, comience a examinar lo que se perdió con su temprana ausencia. No piense en las cosas chiquitas, los escupitajos y pedos que no se echará o en las cucarachas que no aplastará. Empiece por lo obvio: amigos, familia, adversarios, animales domésticos. La geografía familiar y su red de vínculos ha perdido un nudo: usted. Hay algo sombrío y persistente en los ojos de su mamá, aún pasados los años. *¿Y si le hubiéramos llevado primero al puesto de salud?* Para sus amigos actuales usted jamás existió y la compinchería feliz de los últimos años no lo incluiría. Quizás algunos la han pasado bien sin usted: la



Ilustración Catalina González Gómez. Marzo de 2019. Este es quizás un amuleto contra los destejedores.

niña o el niño que atormentó en la infancia o aquel con el que se agarraron a patadas en un recreo. Pero en general, es más lo que ponemos que lo que quitamos en la vida y devenir de la especie. Por supuesto, hay los asquerosos, los homicidas entusiastas, los predadores, los fusionadores de empresas y recortadores de presupuestos, los presidentes cómplices del saqueo y los oportunistas que pasan por emprendedores. Pero incluso esos, a veces ponen y suman al porvenir de la especie. Algunos tienen hijos que los desprecian y les recuerdan que no son más que bestias ebrios de poder. (Es raro, pero ha pasado).

Sus ideas, algunas lúcidas, otras lucidas se esfumaron. No existen. Las conversaciones en que cuajaron no van y,

claro, tampoco van los besos sabrosos de y a las personas amadas. Érase. *Erase*. (Borrar en inglés. Los guiños entre idiomas son divertidos). A la basura el bailete feliz y la obra terminada que le dejó satisfecha o satisfecho. La muerte temprana se lleva tantos hilos en la poderosa trama de redes y vínculos de la especie humana que deberíamos seriamente alarmarnos. Nos parece que abundamos y que un muerto más, una vida menos, a veces equilibra las cosas en el planeta. Pero no es así. La grave profundidad de estas pérdidas reside menos en lo que se llevan que en lo que deja de hacerse y ya no podrá ser. En un tupido y complejo sistema dinámico esas pequeñísimas e infinitesimales variaciones hacen la diferencia entre un estado y otro estado del sistema. Habitados a pensar en términos de predestinación y evolución más o menos continua, segura y acumulativa, perdemos de vista el inestimable valor de las personas en términos de redes desplegadas y acciones sucesivas y conexas de cara a un porvenir abierto y no escrito, indefinido. Por eso en una de los asuntos en los que concuerdo con Antanas Mockus es esa: *la vida es sagrada*. Pero no la vida biológica, zoé; sino bíos de la persona-cultura, de la persona en la historia. (Para que no se entienda esta posición como defensa del antiabortismo. La vida que hay que proteger no es la del “bebé” abortado —que, mal que nos pese, no es una persona— sino la vida de la mujer —la persona— que experimenta el dolor afectivo y social de decidir no tenerlo).

Cada día una persona sostiene con sus actos y prácticas comunes una red de vínculos que incluye entre 10 y 1000 personas de manera directa. Si se

incluyen sus conversaciones, cada día produce dos centenares de obras completas (ideas, gestos afectivos, tonadas tarareadas, uso de objetos, consumo de bienes, creación de textos) que no solo otros disponen, sino que también se explican como apropiación de lo que otros han dispuesto. Es decir, sus obras son el producto de la apropiación de las obras de otros. Cada persona procura cada día un enorme trabajo educativo capaz de moldear, modelar y cambiar la experiencia de las personas a su alrededor. Le da crédito a ideas existentes, reafirma tonterías y sentido común divulgado por los *media*, cuestiona muchas de esas afirmaciones gratuitas y esboza algunos proyectos sobre el porvenir personal y colectivo. Es posible que no nos gusten esas ideas, pero allí están. Entre otras, porque todos somos esas personas que dicen ideas que nos gustan y que no nos gustan. Allí estamos todos. Cada día esas personas, que somos todos y cada uno, realizan tareas profundamente ingeniosas que deberían deslumbrarnos y que deberíamos honrar. Comida exquisita. Una clase estupenda. Un motor que no funcionaba se pone en marcha. Un software corre sin falla. Alguien vende un bien que parecía invendible. Y otro más realiza una verdadera proeza amorosa en la cama, en la calle, en un patio, en un mangón. Por supuesto, muchos matan a otros, los hieren de muerte o los intimidan hasta paralizarlos. Esos gestos no suman a la especie: quitan.

Este martes 8 de diciembre, el día de las velitas, la celebración festiva que más disfruto y venero, pondré 18 velas. 14 por cada ser humano muerto que me soporta, que me ha provisto de las condiciones de vida de que hoy gozo.

Por cada persona viva hoy hay 14 personas bajo tierra que en los últimos 200 mil años contribuyeron a la especie humana moderna. 98 mil millones de seres humanos muertos procuraron las condiciones que hoy nos mantienen vivos a 7 mil millones. Pondré una vela más por alguien que me enseñó algunas de las claves de vivir como especie y no como borrego atrincherado en la pequeña ceguera del *yo me salvo, que el resto se joda*: mi mamá. Silvia Mina, que le dio por morir el 1 de febrero de 2008, es uno de esos nudos de la especie humana que sigue tirando hilos y líneas persistentemente mucho después de muerta. Una vela para ella. 2 velas más por los que hoy están vivos (me incluyo) y hacemos lo que podamos para hacer que este planeta tenga algo de sentido. (No incluyo allí a los Bush, a los Uribe Vélez, ni a los Ordoñez, ni a los Duque, ni a los Sarmiento, por mencionar algunos. Por supuesto, ellos no saben que existo y les valgo un soberano bledo. De modo que no importa mucho). Y la última vela va por Xxx, un niño o una niña de cuatro años que tuvo a bien morir ayer en las puertas del Hospital Universitario del Valle o a las puertas de un puesto de Salud porque arriba, muy arriba, el comité directivo del Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco de la República o un alto funcionario del Ministerio de Economía del país votaron por un aumento en las tasas de interés que elevó la deuda general del pequeño hospital y, en consecuencia, debió recortar personal médico para equilibrar las finanzas. El saldo: cientos de miles de niños Xxx se van al hoyo sin que sus

asesinos paguen un solo día de cárcel. Cientos de miles de nudos se destejen gracias a una limpia y quirúrgica medida burocrática.

No me angustian los matoncitos de barrio y los que hurtan una tiendita de esquina, aunque sean ellos los que más ventilan y presentan nuestros medios de comunicación todos los días, y los que más tarde nos enrostrarán los candidatos a elecciones como razones suficientes para aumentar el pie de fuerza policial, iluminar más los parques o aumentar el presupuesto para un sistema

barrial de alarmas y de cámaras para monitorear las calles. Me angustian más bien los canallitas encorbatados, que, entre otras, se van a la cama sin ningún cargo de conciencia, convencidos de que son *la gente de bien* mientras destejen y deshacen nudos todos los días a una escala sin precedentes: ya no cientos, como los caprichosos señores feudales del pasado, sino millones de heridos, lacerados y muertos, barridos de un plumazo. Y sin empuñar una espada o un rifle de asalto. Les basta con firmar un decreto.



■ B y B: El enemigo

Cali, 22 de agosto de 2019

En mi país y en muchas partes del mundo se habla de la creciente polarización del debate político, de la manipulación estratégica de la información y los relatos periodísticos para moldear la toma de decisiones públicas (elecciones, referendos) y la presencia más o menos reconocible de *influencers* (desde bots hasta periodistas pagos, pasando por ciudadanos comunes debidamente aceitados) que hacen correr la voz adecuada en redes sociales para inclinar la balanza en favor, casi siempre, de posiciones conservadoras, retardatarias y discriminatorias (racismos, sexismos, antiabortismo, anti-inmigración, *tolerancia cero* y franco linchamiento). Pero cada vez

—y esta no es una invitación a pensar en teorías conspirativas— parece indispensable hacerse la pregunta clave: ¿a quién le favorece esta nube de confusiones, este estado de indefensión generalizada, este extraño clima de opiniones cambiantes, que van y vienen a partir de golpes y shows estratégicos?

Soy uno de los que está encantado con filmes de Ciencia Ficción de Próxima, esto es, esa ciencia ficción que recrea escenarios de un futuro más o menos inmediato —algunas décadas o años más adelante del presente—: *Los cuentos de la criada* y *Years and Years* son dos de los más populares en este momento, pero algo de ello se advierte



Cada día miles de dedos fantasmas pulsán el botón rojo y alteran para siempre el destino de millones de personas.

en *Black Mirror*. Estos filmes tiene la gracia de iluminar esquemáticamente algunas de las tendencias más escalofrantes de los nuevos fundamentalismos de derecha.

Pero a mí me parece necesario ver lo que está pasando ahora, advertir los trazos de la demagogia y hacer visible el rostro de la indecencia, entre nosotros. Y es posible verla al lado trajeada de florecida ropa deportiva.

Tuve un *insight* en el gimnasio donde me torturo casi todos los días, a pesar de mi aversión a este tipo de rutinas. Dos hombres, un político local de algún relieve nacional y un gerente de banco, conversaban con esa seguridad y franqueza que tienen los hombres en el poder: con cierto desdén, algo burlones y ese lenguaje sin vacilaciones ni dudas, producto de dictar órdenes y lidiar por años con personas que les obedecen y los complacen. La suya no es la sabiduría del largo trabajo de exploración y experimentación, una sabiduría más cercada de preguntas y dudas que de afirmaciones rotundas. La de este par de hombres es la falsa sabiduría del

decreto y el confiado discurso del burócrata: *así son las cosas y punto*. No es casual que sea el lenguaje falsamente técnico de los nuevos candidatos de derecha: *haremos esto, esto, aquello y lo otro*, un lenguaje generalmente adobado con números, cifras, porcentajes y afirmaciones rotundas que parecen contundentes justamente porque no dicen nada: “necesitamos paz con legalidad”, dice por ejemplo el presidente Duque, que suele ofrecer un lenguaje refranero simplista, justo cuando la cifra de líderes sociales asesinados ronda 900 personas. El otro lenguaje, difícil, matizado, moderado y cauto del sabio, de la científica seria, del virtuoso artesano, de las poetas, parece menos eficaz porque no ofrece recetas fáciles y demanda medida. Obliga a pensar.

El político en el gimnasio es un joven del partido conservador que ha servido por años al *establecimiento* del que hace parte. Ha ocupado diferentes cargos: desde una entidad encargada de orientar el comercio regional, pasando por la dirección de la asociación de organizaciones bancarias del país, hasta la agencia dedicada al control de los servicios de aviación civil en Colombia. El banquero es un hombre cincuentón, bien torneado y saludable —olvídense de los burócratas y banqueros panzones de las caricaturas de los años 70. Ambos son hombres blancos y hacen parte de la *socialite* de Cali.

Se quejan de los discursos de algunos analistas económicos que auguraban nubarrones y cierta recesión en curso. Celebran las cifras recientes del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE) indicando que en el último trimestre la economía

colombiana ha crecido un 3.0%, y para el primer semestre de 2019 se calculaba un crecimiento del 3,05%.

Y entonces el banquero, después de rezongar y quejarse de los augurios pesimistas dice la siguiente frase:

—No nos podemos dar el lujo de ser pesimistas; es que *los bancos vivimos del optimismo*.

Así de simple: la más sencilla teoría económica contemporánea. La conexión entre estados emocionales colectivos y especulación financiera. El pesimista guarda el dinero bajo el colchón y no se endeuda. El optimista, pide crédito porque confía en que podrá pagarlo. El pesimista no emprende ni compra; se atrinchera. El optimista, gasta. El pesimista, retrocede. El optimista, da el salto confiando en que no caerá al vacío. El pesimista ve abismos en todos lados.

Y claro: comencé a detallar la publicidad de los bancos y me sorprendió reconocer en ella abundantes paisajes *new age, happy life, no worry, todo bien-todo bien*. Muchos rostros sonrientes, mucha campaña florecida, mucha casa de venta- nales brillantes y amplios, incluso alguna muestra de diversidad sexual alegrona y, sobre todo, mucho joven *hipster y centennial*.

Entonces lo entendí.

Mientras los políticos de derechas explotan el pesimismo y el terror general, los bancos promueven el optimismo del que se nutren y rentan. Este es el eficiente motor de dos tiempos que aceita la polarización. Políticos de derecha alientan el miedo para obtener réditos y votos, y luego resguardan y arropan a la banca que los financia. Esa banca a su vez se lucra de

personas que, al mismo tiempo, consumen como *optimistas*, pero votan como *pesimistas*. Reniegan como si el mundo a su alrededor fuera una mierda, una continua fuente de amenazas; y consumen como si su entorno fuera el mejor de todos los mundos posibles. Rara combinación. Optimistas respecto a su propio destino y pesimistas respecto al rumbo del mundo que se asoma más allá de su propia y particular trinchera. Es perfectamente compatible cierto *optimismo local* —las personas sienten que, a pesar de todo, hacen lo que se puede para salir adelante, hay nuevo equipamiento técnico en casa adquirido a crédito, el teléfono móvil funciona, pueden acceder a internet, hay algo de comida en la mesa, la moto o el carro encienden y funcionan— con cierto *pesimismo general*: el mundo va de mal en peor, los enemigos —*corruptos, ladrones callejeros, abusadores sexuales, vendedores de droga, guerrilleros, homosexuales, negros, indios, campesinos, mujeres liberadas, drogadictos, terroristas, extranjeros, invasores*— van ganando espacio y pueden afectar el estilo de vida de *la gente buena y decente como yo*. A dos bandas, la explotación de los miedos y la promoción estratégica del optimismo local permite que se expandan las agendas políticas de derecha: aversión a las diversidades sociales y culturales, restricción de derechos sociales, expulsión y repulsión xenófoba, desconfianza en la ciencia, rechazo a los movimientos sociales de mujeres, promoción del emprendimiento individual, atrincheramiento en la seguridad local y territorial y *revivals* religiosos.

Se promueve la aversión a falsos enemigos “locales” y se ofrece una amplia

panoplia de mecanismo de aseguramiento: armas, seguros de vida, viajes turísticos protegidos, medicina prepagada, tarjeta de crédito. Poco importa saber que el efecto letal de los ladronzuelos de barrio es significativamente menor que los efectos letales globales de las decisiones burocráticas. Mueren más niños como resultado de deficientes políticas públicas de salud que por el asesinato de padres *desalmados*. Sin embargo, la *malamadre abusiva* tiene más prensa y aparece de rostro entero y expuesta por la policía, mientras el burócrata errático no parece responsable de sus fatales decisiones. Los jibaros destruyen menos vidas que algunas farmacéuticas, pero poco sabemos de los retorcidos negocios tras las drogas lícitas. ¿Sabemos del impacto que sobre millones de personas tiene elevar o reducir en un punto porcentual las tasas de interés? Ni Christine Lagarde (Directora Gerente FMI), ni Kristalina Georgieva (Directora General del Banco Mundial, y futura gerente del FMI), ni Luis Alberto Moreno (Director Banco Interamericano de Desarrollo), ni Juan José Echavarría (Gerente del Banco de la República) se preguntan eso. No se sienten responsables de ninguna manera de estos efectos concretos. Sus muertos y heridos, los enfermos que segregan, los suicidas que empujan al vacío, no son su problema.

El burócrata asesino no existe: no tiene rostro, ni prensa, ni nombre y jamás

se siente responsable de asesinato alguno. *Se hace lo que se puede*, se consuela cuando llega a casa.

Si hubiera que nombrar, sin ambigüedades cuáles son los enemigos GRANDES, los que toman decisiones que afectan y modifican de manera grave nuestras vidas y destinos, las de todos, las de los obedientes y airados votantes de derecha —aterrorizados y envalentonados— y las de los desencantados votantes de izquierda —furiosos con las victorias de la derecha, dispuestos a resistir, supervivientes de todos de los desastres y reveses políticos recientes— están encarnados en la escena que abre esta nota. Se trata del político/burócrata y el banquero satisfechos. Ambos conversan confiadamente y celebran sus certezas. El joven político conservador se quejaba de que, con la devaluación del peso y la revaluación del dólar, *los viajes a Nueva York se pusieron carísimos*. Y añadió, a propósito de la reciente crisis política y económica en Argentina: *te cuento que hay que ir a Buenos Aires, a comer carne de primera a precios de tercera*. (Entran risas).

Ellos son los enemigos de verdad: el burócrata y el banquero. Ambos trabajan y se apropian de *nuestros miedos y nuestras esperanzas*.

Ambos medran y trabajan con, incluso, los miedos y esperanzas del jíbaro de la cuadra, el canallita de barrio y el extorsionista de pueblo.



■ Guajira Crónica (1)

Escenas, paisajes e historias de la belleza que duele

Agosto 22 de 2019

Flamenco

No es usual. Los flamencos rosados viajan en bandadas para doblar juntos la resistencia del viento. Son aves larguiruchas y livianas, no pesan más de cuatro kilogramos, y cualquiera ráfaga las arrastra fuera de su ruta si viajan a solas. En formaciones de decenas y cientos de flamencos se las arreglan para vencer los vientos de verano de la Guajira colombiana, de las planicies de Tanzania y Kenia o de las escarpadas montañas andinas. También suelen volar en la noche cuando su encendido plumaje rosa es menos visible. De esta manera evitan exponerse. Por eso es raro ver uno cruzando en solitario el cielo azul intenso

de Riohacha a las 8:15 am, zarandeado por vientos de hasta 40 km/hora. Es 3 julio, el día de Kafka. Justo hoy, hace 193 años, la preciosa Julie Löwy se retorció en Praga para parir a quien mejor ha sabido expresar la indolencia cerril de la burocracia, esa patria honda y sumergida como la Atlántida, que cruza de cabo a rabo y de polo a polo al planeta entero desatando tormentas, arrasando vidas y despoblando territorios con solo asentar una firma borrosa en un papel, en una licitación, en una orden de desalojo o en un pliego de instrucciones para recalcular las tasas de interés o los requisitos indispensables para acceder a un título. *Kafkania*, el país de los



Cielo sin flamenco.
Riohacha, julio 3 de 2019. 8:20 am.
Fotografía por Julián González.

burócratas, es el más poderoso del mundo y en todos lados tiene representantes y compatriotas. Hay rincones del planeta sin médicas ni enfermeros, sin policías o jueces, sin carpinteros o masajistas, sin docentes o artistas, pero en cada rincón del planeta hay un *funcionario*, un obediente hijo de *Kafkania*, ejerciendo su cuota de poder —así sea nominalmente— en una oficina privada o pública. Controla un trámite, ejecuta una orden, confirma un dictamen y, sobre todo, domina los sellos, las firmas y los vistos buenos sobre el papel o, últimamente, presionando un comando y digitando un código en el computador o su teléfono móvil.

Por lo pronto, el flamenco sobre Riohacha parece ajeno a *Kafkania*, y su elegante vuelo queda reducido a un conjunto de maniobras más bien cómicas cuando se esfuerza por avanzar a contraviento. Unos segundo antes casi queda patas arriba tras el sorpresivo

golpe de viento lateral que lo desbancaba decenas de metros de su ruta. Se las arregla para tensar las alas, ladear las patas y desplegar la cola hacia la izquierda hasta recuperar el equilibrio perdido. Sacrifica garbo y elegancia para evitar terminar lejos del *Santuario de fauna y flora los Flamencos*, junto a Camarones, hacia donde se dirige. Un segundo después retoma el curso del vuelo y se pierde cientos de metros más allá de lo que mis ojos alcanzan a ver. Todo ocurre en apenas doce segundos. No tuve tiempo de alcanzar el teléfono móvil para fotografiarlo y no me quedó más remedio que la foto del cielo azul, sin flamenco, sin esa llamada rosa como una alucinación, sin ese guiño burlón de Garuda, el alado dios hindú. Este flamenco sin fotografía es la belleza perfecta justo porque no se deja registrar.

¿Pero por qué hablar de flamencos y de cielos azules y de ventiscas cuando en la Guajira decenas de niños han muerto de desnutrición?

Porque en este relato los flamencos son como los gatitos de internet y las tiernas travesuras de los conejos en la web o la risa sexy de las *Kardashian en la televisión*: nos ahorran dolor y espinas. Es que verlos es tan lindo, suavizan la vida, y se sufre menos con ellos luego de una ración de periodismo tóxico cargado de malas noticias.

Pero suficiente de flamencos. Vamos a lo que vinimos: las noticias tristes y tóxicas. ¿Cuántos niños mueren de hambre en la Guajira?



■ Guajira Crónica (2)

Bye bye flamenco: breve reporte de nuestros niños muertos

Agosto 27 de 2019

¿Cuántos niños mueren en Colombia por enfermedades prevenibles?

2015

Riohacha

Vil héroe

320 mil wayúu viven en rancherías distribuidas en 15 300 km² de desiertos y tierras áridas. Javier Rojas Uriana es uno de ellos. No sonrío a pesar de su enorme dentadura. No tiene más de 30 años este hombre de piel cobriza, nariz aguileña y grande, estatura mediana y cuerpo firme. Las cejas largas y rectas, dispuestas casi en V sobre los ojos pardos y un poco rasgados, recuerdan a Mr. Spok.

Rojas Uriana está habituado a dar las peleas que hay que dar. Hace algunos meses la Agencia Nacional Minera ordenó desalojarlo a él y a su asociación de los predios concesionados a Salinas Marítimas de Manaure, SAMA LTDA. Lo acusan de ocupación y explotación ilegal de sal marina. *Estas personas han incurrido en actos de despojo, ocupación y perturbación dentro del área correspondiente al Contrato de Concesión No. HINM-0*, reza el edicto No. GIAM-00987-2015 de la Agencia Nacional Minera. (Las salinas pasarán un año después, 2014, a estar bajo control de un grupo económico panameño-venezolano, el BIG Group, que explotará

la concesión hasta el 2032, tras pagarle a la nación 27 mil millones de pesos).

Así que Rojas Uriana tiene el cuero duro, y está decidido a todo. Sabe que su vida y su destino están en juego y que de prosperar su demanda contra el Estado colombiano se expondrá a toda clase de amenazas. Rojas, apoyado por la abogada Carolina Sáchica, ha interpuesto el 15 de febrero una denuncia ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Motivo: el estado colombiano no está protegiendo la vida de niños de la etnia wayúu. En 8 años han muerto 4770 pequeños por falta de agua potable, alimentos y servicios médicos. Casi dos niños cada día. La mitad tenía menos de 5 años, y 278 fallecieron de física hambre. Por eso la demanda de Rojas es un paso importante en una larga caminata hacia el corazón de *Kafkania*, la enorme nación de burócratas arbitrarios y absurdos, develada por Kafka en *El Castillo* (1926).

En unos meses, Rojas será un héroe cuando el 11 de diciembre de 2015 la CIDH falle a su favor y le exija al estado colombiano medidas cautelares para atender de manera inmediata la situación.

Cuatro años después, en 2019, el mismo Rojas reaparecerá como villano cuando se descubra su participación en el saqueo y robo de más de mil millones de pesos de un contrato que por 2.223 millones firmaron el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (INCODER) y la Asociación Shipia Wayúu, que Rojas preside.

2017

La insistencia de la CIDH

Han pasado dos años desde que la Corte Interamericana de Derechos Humanos conminó al gobierno colombiano a

hacer lo que un gobierno decente debe hacer sin que medie una querrela en su contra: proteger a sus niños. Elizabeth Abi-Mershed, la Secretaria Ejecutiva Adjunta de la CIDH firma la medida cautelar 51-15 el 26 de enero de 2017, que amplía los alcances de la medida cautelar del 11 de diciembre de 2015. La nueva medida no solo insiste en que el gobierno colombiano no ha hecho lo suficiente a lo largo de 2 años, sino que —además— le exige proteger la salud de las madres wayúu gestantes y lactantes, y no solo la de sus hijos. Al menos 9 mil mujeres están en riesgo de fallecer en las rancherías de Manaure, Uribia, Maicao y Riohacha por falta de atención médica, desnutrición y ningún acceso a agua potable.

El gobierno se defiende. Afirma haber hecho lo que puede y enumera sus gestiones:

- En nueve días recorrió los municipios mencionados con el propósito de consolidar un mecanismo de reporte comunitario sobre niños y niñas en situación de desnutrición. (En esos nueve días murieron 18 niños más).
- Se desplazaron unidades móviles del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar para caracterizar las nuevas rancherías. A la fecha se han atendido 9.817 personas en 264 rancherías.
- La iniciativa “Alianza por el Agua y por la Vida” identificó 249 soluciones de agua y se han implementado proyectos de Red de Seguridad Alimentaria (ReSA) en 140 comunidades, proyectos productivos en 122 comunidades, y soluciones integrales en 33 comunidades. (Nombres bonitos y números grandes

y abstractos. ¿Cuántos niños más murieron?).

- Se ha consolidado un modelo regional de abastecimiento de agua para las comunidades Wayúu.
- Se suscribieron 17 contratos entre el Ministerio de Salud y Protección Social, con apoyo de UNICEF, y hospitales públicos de la Guajira para poner en marcha 17 equipos extramurales —un médico, una enfermera, un auxiliar de enfermería y un trabajador social bilingüe que hable Wayuunaiki— para atender a la población Wayúu. Estos equipos han atendido hasta el momento a 328 familias en 45 comunidades. 865 niños menores de 5 años, de los cuales 64 han recibido tratamiento por desnutrición aguda —alimento terapéutico para los padres y/o cuidadores, a fin de que les sea suministrado a los niños y niñas, según un esquema definido y suministro de antibióticos.
- Se estableció un línea telefónica gratuita y bilingüe —castellano y wayuunaiki— para urgencias.

Representantes de las comunidades afectadas desmienten y controvierten el informe gubernamental, y la CIDH ha decido crearle a las comunidades, pues informes de la Procuraduría y de la Defensoría del Pueblo lo confirman: *Kafkania* ha hecho poco.

A pesar de las medidas cautelares tuteladas por la CIDH en 2015 han muerto 17 niños y niñas de entre 3 meses y 10 años de edad, por desnutrición aguda. Las rancherías no cuentan con acceso a agua potable, servicios de salud y alimentos. Miles de niños, niñas y

adolescentes wayúu siguen pasando los días con un vaso de chicha de maíz como único alimento.

Mientras *Kafkania* ofrece siglas y términos técnicos que sirven para disolver, más que resolver los problemas (ReSA, esquema definido, alimento terapéutico, soluciones integrales, modelo regional de abastecimiento de agua, mecanismo de reporte comunitario, Estudio de la Situación Alimenticia y Nutricional de los Pueblos Indígenas de Colombia-ENSANI); mientras *Kafkania* vomita cifras y censos (17 contratos, 328 familias atendidas, 865 niños menores de 5 años atendidos, 9817 personas atendidas, 264 rancherías visitadas, 249 soluciones de agua); mientras *Kafkania* desampara a 300 mil personas en un territorio más grande que Catar, pero con ingresos per cápita 40 veces menores; mientras *Kafkania* se esmera por ofrecer un rostro decente ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos; en fin, mientras *Kafkania* se lava las manos, la indecencia real sigue su marcha y le hinc el diente a cuanto puede. Y no se limita a sepultar niños en la Guajira, sino —con más intensidad incluso— a niños y madres gestantes en el Choco, en el Vaupes, en el Amazonas, el Guaviare. También se pasea oronda por el Cauca.

2018

Colombia

Censo de la vergüenza

Colombia tiene casi 4,5 millones de niños menores de 5 años y un muro de la vergüenza que se extiende sobre miles de madres y niños enfermos y sepultados.

- Primera Vergüenza: 1 de cada 1.000 niños menores de 5 años tiene desnutrición aguda.

- Segunda Vergüenza: 5 de cada 100 mil mueren por infecciones respiratorias agudas. (En Amazonas: casi 30 de cada 100 mil. En Choco, casi 15 de cada 100 mil. En la Guajira, casi 10 de cada 100 mil).
- Tercera Vergüenza. 10 de cada millón de niños menores de 5 años mueren en Colombia por enfermedades diarreicas agudas. (En Choco: 60 de cada millón. En Risaralda: 40 de cada millón. Y en la Guajira: 20 de cada millón).
- Cuarta Vergüenza. 2 de cada 100 mil niños fallecen de desnutrición en Colombia. (En la Guajira: 18 por cada 100 mil. En Cesar: 12 por cada 100 mil. En Amazonas y Vichada: 10 por cada 100 mil).
- Quinta Vergüenza: 35 mujeres gestantes mueren por cada 100 mil niños nacidos vivos. (En el Vichada: 615 mujeres por cada 100 mil niños nacidos vivos. En Choco, 115 mujeres gestantes. En Putumayo, 132 mujeres gestantes).

Pero Kafka ha decidido hacer lo mejor que puede hacer: comprará 15 aviones F-16 para librar una eventual guerra con Venezuela. 300 millones de dolares. Un millón de millones de pesos. Con esos recursos se podría financiar el Programa de Alimentación Escolar (PAE) de todo el país hasta el 2029.

2018

Colombia

Penas de muerte

En el muro de la vergüenza de *Kafka* se ha publicado el siguiente decreto consagrando la pena de muerte:

Si eres mujer gestante debes correr mayor riesgo de morir. Si eres un niño menor de 5 años debes tener más posibilidades de morir de infecciones respiratorias que de hambre y de diarrea. Las infecciones respiratorias matarán más niños en Colombia que el hambre. Y la gestación y el parto matarán más mujeres que niños. Uno de cada 1000 niños menores de 5 años tendrá desnutrición aguda. Y si has nacido en Vaupes, Amazonas, la Guajira, el Choco o Vichada tendrás más posibilidades de morir antes de los 5 años que si has nacido en Bogotá, Medellín o Cali.

Comuníquese y cúmplase.

2019

Kafka sufre

8 de cada 10 niños wayúu padecen desnutrición.

En *Kafka* preocupa que el optimismo general decaiga, y que el precio de los vuelos a Nueva York se trepen debido a la devaluación del peso, y que la cadena perpetua para abusadores de niños no avance en las sesiones legislativas del Congreso, y que la confianza inversionista se deteriore, y que el metro de Bogotá —el eterno metro de Bogotá— sea subterráneo y no aéreo.

Una tarde cualquiera un banquero y un político caleños conversan sobre la crisis política y económica en Argentina. El joven político conservador le recomienda al banquero aprovechar para viajar a Buenos Aires ahora, pues por la crisis se puede comer en Argentina *carne de primera a precios de tercera*. Esa es *Kafka*: un floreciente reino donde los niños muertos no duelen porque son ajenos y lejanos, y en el que

cada noche miles de funcionarios duermen en paz pues *se hace lo que se puede, y se aplaza lo que debe hacerse.*

Julio 23 de 2019
Ishipa, Guajira
Inteligencia solar

Néstor Luis Jusayu tiene 14 años. Es un chisparoso jovencito wayúu que toca el cuatro y estudia en el colegio Ricardo Gómez de la comunidad Ishipa, a 30 minutos de Riohacha. Algunas de las celdas solares que transportó el cohete Orión Terrier Mejorado, fueron construidas por Néstor Luis para el programa *Cubes in Space*, en el que niños y jóvenes de entre 11 y 18 proponen y diseñan experimentos que la Nasa ejecuta en el espacio sideral y bajo condiciones de gravedad cero.

La Nasa ve en niños como Néstor posibilidades y promesas. Los burócratas de *Kafkania* ven en ellos gasto, presupuesto y ayuda asistencial. No inteligencias e ingenios en desarrollo, sino gasto per cápita que administrar.

Néstor Luis Jusayu murió ayer.

No murió de hambre. O por una enfermedad respiratoria o infecciosa. O debido a la diarrea y deshidratación. No murió por desnutrición. Murió atropellado por un autobús mientras caminaba desde el colegio hasta su casa.

Sus huellas digitales están ahora en el espacio, sus huesos están en tierra guajira y su nombre en alguna de las numerosas listas de niños censados, atendidos o registrados que se inventa *Kafkania*.



Final de la tarde en Manaure. 1 de julio de 2019.
Fotografía por Julián González.



Restos fósiles, Cabo de la Vela, Guajira, Colombia, julio 2019

■ Guajira Crónica (3)

Un libro oscuro de millones de páginas y toneladas

Septiembre de 2019

Desde hace algunos millones de años atrás han desaparecido de la faz de la tierra los dinosaurios. También se han esfumado las extensas praderas de helechos que crecieron sobre el planeta luego de la quemazón provocada por el desastre de Chicxulub cuando un meteorito de entre 10 y 18 kilómetros de diámetro golpeó Yucatán con la fuerza de dos millones de bombas nucleares Tsar. Los helechos le han dado paso a frondosas y espesas formaciones selváticas. El clima seco y frío, la lluvia ácida y las treinta largas noches que aniquilaron la cadena alimenticia de los dinosaurios son un lejano recuerdo grabado palmo

a palmo sobre miles y miles de capas fósiles, ese detallado retrato mineral de las vidas que han poblado el planeta. Cinco extinciones masivas, la última hace 65 millones de años, y 3500 millones de años de derivas evolutivas están finamente grabadas en una película, un filme lentísimo, en el que cada fotograma tarda millones o cientos de miles de años en depositarse sobre el fotograma anterior. La piel de la Tierra es un enorme libro álbum, rico en pliegues y rincones secretos, y en el que la página superior parece una portada vivaz, colorida y eterna hasta que termina inevitablemente cubierta por una página

nueva que hunde, oscurece y enfría a la anterior. Arriba, la vida florecida. Abajo, los restos carbonizados de lo que ayer era la portada technicolor de un libro de miles de millones de páginas heladas y tías, cinceladas en piedra, carbón, arenisca, calizas, sílice y todo tipo de minerales fósiles. Se estima que el 99.9% de las especies que han existido en la Tierra ya han desaparecido y yacen mineralizadas. En ese sentido y hasta cierto punto nuestro planeta es *más tumba que cuna*.

Y cada vida sepultada produce su huella en el sepulcro. *Tu fosa* —origen del término fósil— *será tu retrato*. Y así ha sido desde los primeros fósiles microbianos —3700 a 4 200 millones de años— hasta los subfósiles de especies recién desaparecidas como el dodó con algunos cientos de años. Vida, muerte y mineral: el ciclo completo. Vivir, morir y petrificarse.

45 millones de años atrás las aves, los mamíferos y los reptiles comenzaron a prosperar y a multiplicarse sobre tierra firme en un ambiente cálido de 30 grados de temperatura, favorable a animales que pesan algunos cientos de kilos cuando mucho. Ya ningún ser vivo pesa

quince, veinte o veinticinco toneladas como en el Cretácico, aunque millones de años después, cuando los mamíferos se aventuren a poblar los mares terminarán engendrando el animal más grande y pesado que ha habitado el planeta: la ballena azul.

En tierra firme un reptil serpentea entre la manigua engulléndose todo lo que puede. Es una auténtica trenza de músculos de trece metros de largo: una tonelada en suave movimiento que va dejando su rastro entre la espesura húmeda. Sus presas habituales no están en tierra, pues saben escabullirse antes de que la *Titanoboa* les atrape. Por eso esta culebra gigantesca suele sumergirse en los ríos y espera inmóvil a que peces, reptiles de tamaño mediano y ranas se le acerquen. Descubren demasiado tarde que lo que parecía un inofensivo tronco a la deriva es realmente su sentencia de muerte.

Hasta su desaparición hace unos 60 millones de años, la *Titanoboa* habitó la Guajira y alrededores. Una de sus vértebras fósiles fue descubierta en 2004, aunque solo fue correctamente identificada y clasificada cuatro años después



Restos fósiles obtenidos en Uribia, Guajira, Julio 2019.
Fotografías por Julián González.

por Jason J. Head, Carlos A. Jaramillo y seis investigadores más de la Universidad de Toronto, de la Florida y del Instituto de Investigación Tropical del Smithsonian.

Y el enorme tren que transporta el carbón del Cerrejón hasta puerto Bolívar es sin duda su encarnación industrial.

No sabríamos nada de la *Titanoboa*, sepultada bajo setecientos millones de toneladas de carbón en la mina a cielo abierto más grande de América Latina, sin John May. No sabríamos del más grande yacimiento de fósiles del planeta, sin John May. No existiría uno de los trenes más largos del mundo —2 kilómetros de extensión y 150 vagones— sin

John May. No hablaríamos de flamencos rosados ni de este enorme libro mineral, deshojado capa por capa, que es El Cerrejón, sin John May. Y sin John May, no nos preguntaríamos por qué persiste la pobreza en La Guajira, el departamento con el peor índice de necesidades básicas insatisfechas después de Chocó, a pesar de que la mina ha pagado impuestos y regalías por 12 billones de pesos entre 2002 y 2015, casi un billón de pesos por año. ¿Por qué un yacimiento minero que producirá 5 mil millones de toneladas de carbón durante los próximos 160 años redime a tan pocos de la pobreza?

...Y además, ¿quién demonios es John May?



Fósiles obtenidos en Uribia, La Guajira, julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

Restos fósiles, Cabo de la Vela, La Guajira, Colombia. En el antropoceno, esto es, a partir de la presencia humana sobre el planeta, por primera vez se están produciendo extinciones masivas que quizás no dejarán restos fósiles pues —en muchos casos— son sistemáticas, rápidas e industriales.

En el curso de estas extinciones las especies desaparecidas se han convertido en mesas de madera, carnes procesadas, plumas de sombreros, cepillos para el cabello, polvos y tópicos sexuales, aros de argollas, bolas de billar, cuero de maletas,

abrigo de piel, nácar de adornos o aceite de lámparas, mientras sus huesos y restos van a dar a enormes basureros. Si dentro de millones de años se encuentran yacimientos fósiles en estos basureros, estarán entreverados de forros plásticos agujereados, barras de metal oxidadas, tapas de gaseosas aplastadas, tornillos de acero retorcido, trozos de botellas maltrechos y latas de aluminio arrugado. Y, claro, estarán los huesos de alguna mano humana aferrándose a una indestructible tarjeta de crédito con el chip de datos intacto.



Cabo de la Vela, Guajira, julio de 2019

■ Guajira Crónica (4)

Desierto y aguas subterráneas

Septiembre 12 de 2019

Además, de todos los pueblos aborígenes del territorio colombiano, [los wayúu] fueron los únicos que aprendieron de los españoles cómo usar dos elementos que resultaron básicos para la defensa de su independencia: las armas de fuego y los caballos.

MONROY BARRERA, 1953

1760-1771

La Nueva Granada

El Virrey y los indios guajiros

El Virrey *Pedro Messía de la Cerda* y de los Ríos los considera poco menos que engendros de la tierra. Los indios guajiros son “ambiciosos, traidores, vengativos, desconfiados y llenos de abominaciones”, dice. Y sabe que es difícil combatirlos y adoctrinarlos.

¿Les teme?

No: los desprecia.

La maestría militar del Virrey no está en cuestión. Siendo un mozuelo había luchado en Cerdeña y Sicilia entre agosto y noviembre de 1717 contra tropas de los Habsburgo, donde cayó prisionero y obtuvo la libertad tras ser canjeado. Tenía 19 años cuando participó en varios combates contra los ingleses, y a los 26 fue ascendido alférez de fragata. A los 45 ya era capitán de navío, y a los 53 hacía frente a corsarios y contrabandistas en Cartagena. 7 años después se convertiría en Virrey de la Nueva Granada. Se instaló en Bogotá en 1761, pero dos años después debió desplazarse a Cartagena cuando los ingleses sitiaron La Habana. Un ataque

a Cartagena era previsible y decidió apersonarse de la eventual defensa de la ciudad, pues su pericia en el combate naval no dejaba lugar a dudas.

Quizás por eso su celo y profundo desprecio por los indios guajiros. ¿Cómo era posible que una horda harapienta y mal armada pudiera hacer de las suyas en la región? Entre 1701 y 1757 han protagonizado al menos cuatro alzamientos armados. Para 1763, cerca de 7.660 indios guajiros cuentan con armas—incluidos rifles holandeses, ingleses y franceses— y 15 años después la cifra se duplicará: 14.970.

Pero Messía de la Zerda confía en completar la pacificación de la Guajira. No sabe que fracasará sin remedio.

1769

La Guajira

A rastras

22 indios guajiros van en fila hacia Cartagena, a trabajar obligados en las fortificaciones. Hace menos calor aquí que en Río del Hacha, pero resienten la humedad, los olores y el amontonamiento de gente en la segunda ciudad más poblada de la Nueva Granada después de Santa Fe de Bogotá. En Cartagena hay, mal contadas, 14 mil personas distribuidas en cuatro barrios. La mayoría se aprieta en el bulloso y arrabalero Getsemani. Las casas y edificaciones están distribuidas a suficiente distancia de las murallas y lejos de la orilla del mar para evitar el tiro de cañón del corsario inglés y de los filibusteros, que una y otra vez asedian la ciudad.

Pero para los indios guajiros el enemigo no es el corsario ni el pirata sino el funcionario del Virrey, el hacendado y el fraile capuchino. Los tres poderes coloniales acosan por igual.

Los indios guajiros han sabido resistir gracias a una centena de clanes que cobran, con sangre, cualquier afrenta. El sistema de cacicazgos no funciona aquí, aunque hay uno que otro cacique o capitán que intermedia entre el poder colonial y los clanes. Pero en general las *parcialidades* indígenas, los clanes y familias establecen negocios y comercian sin atenerse mucho al control colonial. Contrabandean sin más. No dudan en vender y comprar mercadería a los franceses, holandeses e ingleses, trafican en la frontera con sal y metales, pescan perlas, arrean ganado, llevan y traen armas y distribuyen *palo de brasil*, tabaco y licores recorriendo a lomo de mula o a pie largos trechos en un desierto que vence a quien no lo conoce, y somete a quien viene cargado en exceso de provisiones.

El Virrey Pedro Messía de la Zerda los admira tanto como los desprecia: “Estos hombres se mantienen sin comer y ni beber dos y tres días, y les satisface abrir en breve instante la tierra con sus manos, y beber un sorbo de agua de cualquier calidad que sea, comen raíces de yerba, y frutillas silvestres, que uno y otros acabarían con un hombre de los nuestros en pocos días”.

Pero los guajiros y sus diversas parcialidades—zapuanas, cocinas, cocinetas, hozayúes, alpustianas, jarariyúes, urianas, puciarines, hipuanas, hipuayúes—son sobrevivientes de un exterminio sin precedentes. En la provincia de Cartagena al comenzar la conquista había cerca de 200 mil indígenas guajiros, chimilas, ika, kankuamos, koguis, wiwas, cariaquiles o cariaquiles, guanebucán y caquetíos, makuirá, enéal, anates, paraujanos, garabuyas, antañocos, yercuas, caracas y coanaos. Dos siglos después quedan

40 mil, de los cuales 22 van forzados por el cabo José Antonio de la Sierra a las murallas como picapedreros y albañiles. De la Sierra es un mestizo guajiro, una pieza híbrida del enorme engranaje colonial. El mestizo no duda en arrastrar a los suyos a la mazmorra, al cepo o a la tumba. Y como es guajiro, él sabe que este rapto es una de esas afrentas que los clanes suelen cobrar con sangre.

1769

Guajira

Lo que no puede la cruz lo puede el arcabuz

Piensa *Bernardo Ruiz de Noriega*, gobernador de la Guajira, un comerciante sin dotes militares, que desde hace 9 años lidera las campañas de pacificación y sometimiento de la región, al mando de mil hombres y con el apoyo de hacendados de la región. La cruz de los misioneros no ha sido suficiente para convencer a los indígenas guajiros de apegarse a la obediencia católica y la fe, y algunos capuchinos han recomendado el sometimiento a sangre y fuego. Y *Gerónimo de Mendoza*, el nuevo gobernador, ha decidido continuar con las tareas de pacificación que había emprendido Noriega, su predecesor.

No se imaginan Gerónimo de Mendoza ni Pedro Messia de la Zerda, cómodamente repantigado allá en Santa Fe de Bogotá, que tras la retención de los 22 indios guajiros vendrá un levantamiento que marcará a fuego y hierro la región. El Virrey sabe que ni el control colonial sobre las fronteras está asegurado, ni los distintos grupos y *parcialidades* indígenas en La Guajira están completamente sometidos. Gozan de relativa autonomía y Pedro Messia de la Zerda

reconoce que los indios guajiros matarían al mismísimo rey si los ofende. Por eso los desprecia tanto como los respeta y los tolera:

por lo que respecta a hacer la guerra, los he visto manejar un fusil y fatigar un caballo como el mejor europeo, sin olvidar su arma nacional la flecha; a esto les acompaña un espíritu bizarro con mucha parte de racionalidad adquirida en el inmemorial trato y comercio que han tenido con todas las naciones.

Con los indios guajiros nunca se sabe: ni la cruz ni el arcabuz son garantía.

2 de mayo de 1769

El Rincón Guajira

Sublevación

Pedro Valdeblanquez, español, va camino a El Rincón. Quiere confesarse. Es martes. Lo espera fray *Basilio de Calich*, que preside *el pueblo de Nuestra Señora del Socorro del Rincón*, y hace parte de la orden capuchina. La orden misionera está empeñada en reducir y *domeñar* a los *Yndios Guaxiros*, instruirlos en la Fe Católica, erradicar el abigeato, terminar con las uniones del varón con muchas mujeres y los casamientos sin ley, desterrar el contrabando y hacerlos obedecer a la corona española en cabeza del Virrey.

Cuando fray Basilio de Calich escucha el bullicio afuera es demasiado tarde: indígenas nativos de los pueblos de Orino, Boronata y Laguna de Fuentes han rodeado la iglesia. Tienen lanzas y armas de fuego. Reclaman por el rapto de sus 22 hermanos y por los abusos de hacendados, autoridades coloniales y el clero. No hay diálogo que valga. Vienen a cobrar con sangre la sangre de los suyos,

y antes de que Valdeblanquez consiga escabullirse es atravesado por una lanza y rematado con dos tiros de escopeta. Luego vino el saqueo del templo y el incendio que calcinó por completo el cuerpo del español.

Cuando 25 soldados al mando del cabo Sierra llegan a El Rincón para sofocar la sublevación y rescatar al fraile, algunos lo reconocen: es responsable de secuestrar a 22 de los suyos. Aunque el fraile consigue resguardarlo en la casa cural, los amotinados encienden la vivienda y allí mueren Sierra y ocho de sus hombres. Basilio de Calich escapa.

Y es apenas el comienzo. Cientos de indígenas guajiros marchan hacia Mancornado donde toman una de las haciendas, queman a una familia entera dentro de los ranchos y capturan a dos niños, una mujer y dos hombres, además de reses y caballos que se llevan Guajira arriba. Lo que empezó como una movilización de un centenar de personas, en menos de una semana se ha transformado en una sublevación de cerca de 30 mil, de las cuales 10 mil son hombres adultos. El resto son niños, jóvenes y mujeres. Es una movilización colosal si se tiene en cuenta que el censo de 1778 cifrará en 792.668 habitantes la población del país.

El alzamiento va extendiéndose sin pausa: caen uno a uno los pueblos de Maravilla, El Paso, Cavis, Melones, Arrenal, Menores, Rincón, Moreno, El Loco, La Soledad, San Antonio y San Bernardo. 70 poblados son arrasados y al menos un centenar de españoles abatidos. Los asentamientos fundados por monjes capuchinos con fines de evangelización son destruidos, y los misioneros, desterrados. Ahora el gentío, el incendio y la rabia se

dirigen hacia Río del Hacha, que se convierte en el último bastión y refugio de los colonizadores. La ciudad está sitiada.

Fundada en 1547 por el alemán Nicolás de Federmann, Nuestra Señora Santa María de los Remedios del Río de la Hacha ha desaparecido una y otra vez. El pirata Francis Drake acabó con ella en 1596. Una marejada la hundió en aguas a mediados del siglo XVII. Y ahora está a punto de sucumbir a manos de los indios guajiros sublevados. Pero sobrevivirá, aunque Riohacha continuará padeciendo asedios. Dentro de 50 años, hacia 1820, los patriotas la incendiarán para evitar que tropas realistas se instalen allí. Y dos siglos después la ruina vendrá de adentro, encarnada en los Gnecco, Pinedo, Char, Gómez, Redondo, Robles, Pérez Bernier, Ballesteros y otros apellidos de gobernantes y políticos regionales —no todos guajiros— de lo más perniciosos.

Pero ahora la ciudad se enfrenta a una situación sin precedentes. Es más que un ataque invasor. No solo es la posibilidad de un incendio devastador. No solo es una ola de saqueos y secuestros. No solo es plomo, garrote y flechas.

Río del Hacha corre el riesgo de morir de hambre.

Aunque los indios guajiros viven del contrabando, la verdad es que toda la provincia, incluida la ciudad y sus autoridades, se benefician del tráfico ilegal. Por eso lo toleran. Desde 1700 ningún barco español ha atracado en Río del Hacha, así que sin excepción ropa, alimentos, bebidas, azogue, leña, harina de trigo, martillos, clavos, pieles, quina, plomo, utensilios de cocina, armas, joyas, adornos, perfumes y licores se obtienen mediante comercio clandestino desde Jamaica, Curazao y las variadas

rutas de provisión del Caribe. Entonces el alzamiento guajiro supone la suspensión de las redes de distribución de mercaderías hacia y desde la ciudad.

El desabastecimiento es la real amenaza.

1769

Riohacha

Un muerto salva la ciudad

En La Soledad se produce el combate. Liderados por Blancote, un indio guajiro, la carnicería enfrenta a familias guajiras con familias guajiras: Blancote reclama por la muerte de su pariente, el cabo *José Antonio de la Sierra*, el mismo que había secuestrado a 22 hombres para trabajos forzados en Cartagena. Exige pagar con sangre su muerte y el enfrentamiento termina por dividir la insurrección contra Río del Hacha y contra el poder colonial. El asedio disminuye y destacamentos militares enviados desde Cartagena, Santa Marta y Maracaibo reducen las hostilidades por algunos meses.

De esta manera, José Antonio de la Sierra —responsable en vida del desastre— se transforma en héroe post mortem. No hay una estatua de José Antonio de la Sierra en las plazas de Río Hacha como no habrá una de Javier Rojas Uriana en Manaure. El vil héroe, el villano + héroe, es una figura en claroscuro, viene de abajo y abajo regresa después de contribuir a parir la historia. Inclasificables, los *vil héroes* son la expresión perfecta del ambiguo curso de la dominación: venidos del barro y el fango se alzan con algún triunfo momentáneo, alcanzan el cielo, hacen un gesto decisivo que desafía el poder o lo alienta, salvan o hunden lo que parecía insalvable, detienen lo que



Mapa de la Guajira, 1789,
por el gobernador Juan Álvarez.
Tomado de <https://bit.ly/2WKWiBT>

resultaba inevitable, desvían el curso de un río que trituraría una ciudad, atajan al ejército que destruiría un caserío, tiran abajo una muralla, plantan selvas en el desierto, y luego terminan ahogándose en el río que desviaron, se unen al ejército del vencedor, abren una fosa enorme donde antes estaba la muralla o ponen en marcha un aserradero entre la manigua milagrosa. Levantan un imperio que se derrumba. Santifican su propia pesadumbre y su propia miseria para esculpir un modelo de redención que luego —y en eso consiste su villanía— defraudan. Pablo Escobar es nuestro vilhéroe nacional contemporáneo, como lo ha sido la larga estirpe de bandoleros populares de la primera mitad del siglo XX: Efraín González Téllez (Siete Colores), Jacinto Cruz Usma (Sangrenegra), José William Aranguren (Desquite), Teófilo Rojas Varón (Chispas), Medardo Trejos Ladino (Capitán Venganza), Jacobo Prías Álape (Charro Negro) y, hasta cierto punto, Pedro Antonio Marín (Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo).

Y José Antonio de la Sierra, a su manera, es el *vilhéroe* perfecto: traidor de

su propia estirpe, termina por apalancar el poder colonial transitoriamente antes de que el propio poder se derrumbe. Pero, al mismo tiempo, es el pretexto que alimenta el amotinamiento guajiro, es la cuota inicial de las gestas populares de independencia que cuajarán unas décadas después en la rebelión de los Comuneros de Simacota, Charalá, Mogotes, Socorro, Neiva, Guarne, Tumaco, Hato de Lemos, Casanare, Mérida, Los Andes, Sopetrán, Sacaojal y San Nicolás de Rionegro.

El *vilhéroe* es el ninguneado personaje de la historia nacional, no necesita estatuas ni monumentos porque anida confusamente en el corazón y en la memoria de cada colombiano. Generalmente es un varón. La heroína popular parece menos ambigua y bizarra que el *vilhéroe*, el destilado de todas nuestras contradicciones.

Es el deportista que cae en desgracia, el cantante popular que se marchita, el líder popular que se tuerce, el astuto financista que redime y estafa a cientos. Es Diomedes Díaz y Joe Arroyo. David Murcia Guzmán y Kid Pambelé. Rodríguez Gacha y Edwin Congo. La lista es amplia y variada.

1771

Provincia de La Guajira

Convencer y vencer

Embalentonado, el nuevo Virrey *Manuel Francisco de Guirior y Larrea*, ha decidido terminar lo que *Messía de la Cerda* y *de los Ríos* no pudo: pacificar y dominar a los indios guajiros. De Guirior confía en que fortaleciendo la alianza y presencia de hacendados, fuerzas armadas y misioneros podrá conseguir avasallar a los indómitos.

Messía de la Cerda y *de los Ríos* se ha retirado el 31 de octubre de 1772, pero antes de marcharse le ha explicado al nuevo Virrey que su fracasada empresa de pacificación se debió al pobre y deficiente trabajo evangelizador de los monjes capuchinos, y no a la debilidad militar de la corona.

Así funciona Kafkania: responsabiliza a otro de los fracasos, y se atribuye sin más todos los éxitos. Los capuchinos son culpables de haber evangelizado mal a los indios guajiros, insiste *Messía de la Cerda*, que morirá en Madrid en 1783, diez años después de terminar el virreinato.

Los capuchinos también tienen a quien culpar del fracaso: a los capitanes y caciques que sirven de intermediarios ante los clanes y familias guajiras. El enlace entre el evangelizador y los *salvajes* es el responsable de que 200 años después los guajiros sigan siendo un pueblo indómito, dicen los frailes.

El cacique *Cecilio López Sierra* no ha contribuido mucho a adelantar bien las tareas de evangelización pues *posee el notorio vicio de ebrio* y solo se ocupa de las gentes de Boronata, donde reside, pero no hace lo mismo en otras poblaciones. Al menos eso escribe *Antonio de Arévalo* sobre una expedición realizada en 1776 para pacificar y *reducir*, es decir, adoctrinar en la fe católica a indígenas de la Guajira. Y lo dice porque los frailes capuchinos lo dicen.

Los indios de dichas poblaciones, aunque tienen sus capitanes no viven con obediencia a ellos que aunque estos les manden no quieren obedecerlos y lo mismo de los mandatos de los padres misioneros, vienen al catequismo los que

quieren y cuando quieren desamparando los pueblos y retirándose al monte cuando les da gusto sin que podamos remediarlo por sus genios altivos y desvergonzados y sujetarse a castigo, pues si los castigan sus capitanes o cualquier otro, se levanta toda la parentela pidiéndoles paguen el agravio.

Antonio de Arévalo hace una advertencia que firma y corrobora Fray Basilio Calich:

si esta reducción no se empieza cuanto antes, de forma que suene voz de destierro de esta Provincia: a otro castigo de dicho casique antes de que se empiece dicha reducción, peligran las vidas de muchos españoles, que solitarios andan entre los yndios, y aun las de los mismos misionarios, con algunas perdidas de bienes temporarios, por robos de dichos yndios.

Fray Basilio de Calich sabe de qué habla Arévalo pues sobrevivió a una asonada guajira en El Rincón.

Antonio de Arévalo es un hombre eficaz: es ingeniero de fortificaciones y sabe que su tarea inicial es adelantar el proceso de pacificación militar. Luego vendrá la tarea de congregar a los guajiros en poblaciones reconstruidas tras el levantamiento de 1769. Obligar a un pueblo nómada a asentarse en un lugar es decisivo pues solo aquietándoles se puede hacer la labor evangelizadora, cobrar tributos, controlar el tráfico y establecer residencias próximas a las de los colonos españoles y hacendados criollos.

El proyecto pacificador marcha viento en popa a pesar de los conatos de

resistencia de algunas parcialidades indígenas guajiras y las amenazas de algunos pobladores contra los frailes capuchinos. No han desaparecido los casos de abigeato ni la poligamia ni el pago de casamientos en cabras y reses, pero Arévalo cree que hay que obrar con paciencia y cautela: lo que no se hizo en dos siglos no se hará en pocos años.

Diciembre de 1775

Apiesi, Guajira

El fuerte débil

El fuerte de Apiesi está completamente destruido. Un misionero capuchino y 77 hombres más yacen destrozados entre las edificaciones. Solo 22 de los 90 hombres responsables de la fortificación sobrevivieron y consiguieron regresar a Bahía Honda.

Apenas hace algunos días el gobernador José Galluzo y Páez había dejado el fuerte satisfecho de haber disuadido a los indios guajiros, que habían amenazado una y otra vez con atacar la obra. El pulso había considerado amenazas mutuas y hasta un ultimátum: los guajiros debían entender que, incluso si atacaran el fuerte, la corona española y el virreinato enviarían más ejército y más fuerzas armadas para reestablecerlo. Era inevitable: España prevalecería y lo único que obtendrían los sediciosos serían más muertos entre sus filas. Eso les había dicho Galluzo con firme determinación.

Cuando vio a los jefes y a cientos de indios guajiros sumarse a la construcción del fuerte, Galluzo celebró su propia perseverancia y capacidad de disuasión. No había querido atender las reticencias de Arévalo. Esa tarde del 15 de diciembre de 1775, cuando terminaron la

construcción, las murallas, la iglesia y los edificios interiores probaban que la empresa pacificadora estaba rindiendo sus mejores frutos en la lejana Apiesi, Guajira adentro.

Galluzo estaba tan orgulloso y satisfecho que había olvidado que, apenas 9 días atrás, de camino al fuerte, había pasado el susto de su vida cuando encararon un ejército de mil indios guajiros dispuestos a bloquearles el paso y sabotear la obra, pues creían que el fuerte les impediría continuar comerciando y traficando como lo habían hecho durante siglos. Algunos comerciantes holandeses, ingleses y franceses les habían advertido que el fuerte sería usado para desarmarlos y someterlos. Galluzo no se dejó intimidar y aprovechó para hacerles la advertencia: en efecto, el rey levantaría una y otra vez el fuerte, y una y otra vez caerían algunos hombres del ejército, pero primero morirían indios guajiros por cientos. El fuerte era inevitable.

Ahora en Bahía Honda, donde ha recibido la noticia, Galluzo comprende la profundidad de su fracaso. La caída de Apiesi es la ruina de toda la aventura de pacificación de los indomables guajiros. Los frailes capuchinos se batían en retirada hacia Río del Hacha y los hacendados prefieren permanecer cerca de la ciudad.

Y en estos momentos, España debe encarar otros frentes de batalla —la guerra de independencia de Estados Unidos amenaza algunas de las posesiones hispánicas más preciadas, entre ellas el Virreinato de México— lo que obliga a reducir sus fuerzas armadas en Río del

Hacha y varias localidades del Caribe neogranadino. Las menguadas defensas militares se reservan para defender las poblaciones situadas entre Simanaica y hasta Pedraza y Río del Hacha.

Bahía Honda y Sabana del Valle son destruidas completamente por los indios guajiros tras ser abandonadas.

Y la alta Guajira jamás volverá a ser una prioridad para el Virreinato.

2019

Guajira

Los wayúu, Agua y desierto

En este desierto para encontrar agua hay que cavar hondo, al menos seis metros removiendo una tierra dura, seca y apretada. Pero al final el esfuerzo es recompensado por un manantial de aguas cristalinas y dulces. Las más frescas que uno puede beber. Los *jagüeyes* o pozos, confirman que el desierto solo florece y se ofrece a quien sabe tratarlo bien. Alguien dice que esas aguas no son más que la sangre purificada de los millones de indios muertos, los que la conquista, la colonia y la república han sepultado y que la historia de los vencedores jamás ha reconocido o exhaltado. Esas aguas subterráneas hablan por ellos y cuentan su historia por ellos. Y calman la sed de quien sabe buscar. Beber sus aguas es rendir tributo a sus almas y sus destinos truncados.

El desierto y las aguas subterráneas aún prevalecen. Los wayúu prevalecen. Prevalecen sus endeble rancherías. Y, contra las previsiones de Galluzo, ya no están en pie el fuerte Apiesi ni el Imperio Español. Inesperada lección de sobrevivencia y una sonora bofetada a la arrogancia de los poderosos.



■ Guajira Crónica (5)

La patria lenta

Septiembre 18 de 2019

En la Guajira los wayúu sobreviven. Son 380 mil según el censo de 2015, el grupo indígena más grande del país. Los flamencos sobreviven. Eran 12 mil hace algunas décadas. La sequía de 2015 los redujo a apenas 800. Y recién ahora han vuelto. Se estima una población de 4200. La Titanoboa sobrevive metamorfoseada en el formidable tren de El Cerrejón de 150 vagones encadenados. Y sobreviven Kafka y la corrupción que en La Guajira es sistémica según la Fiscalía. Sobreviven las astutas y legendarias trochas del contrabando. Y el tráfico de armas. Y la vergonzosa pobreza: 52% de los guajiros vive en pobreza monetaria; 27% en pobreza extrema; el 84%

de la población rural es pobre; y son pobres casi 9 de cada 10 indígenas. El Índice de Pobreza Multidimensional alcanza el 80% en La Guajira, mientras en el país es del 50% (otra vergüenza).

Corren ríos cristalinos bajo el desierto mientras arriba campea la sed, otra sobreviviente. En la Guajira rural solo hay acueducto en el 22% de las viviendas, y alcantarillado en el 7%. Por eso sobreviven y pululan las enfermedades gastrointestinales.

También sobrevive el viento que lo arrastra todo: matorrales y árboles se convierten en perchas trajeadas de retazos plásticos a lo largo y ancho de la Guajira desértica. Los turistas se asquean al



Tren que conecta El Cerrejón con Puerto Bolívar. Hay 18 locomotoras. Cada una tira de 150 vagones. Cada vagón carga 110 toneladas de carbón. Imagen tomada de <https://bit.ly/3oSGG1f>



Vientos intensos doblegan las palmas y lo arrastran todo. Playa en La Guajira, cerca a Riohacha, julio 2019. Fotografía por Julián González.

ver tanta basura expuesta y enhebrada en las ramas, pero basta con aguzar la vista para notar que en las ciudades del país hay mucha más basura expuesta, solo que hacinada y sembrada en enormes barrancones o entreverada entre las calles asfaltadas y los edificios. En la Guajira la vemos. En las ciudades se camufla en la revoltura de colores, formas y tramas de que está hecho el paisaje urbano.

En estos desiertos, los arbustos vestidos de residuos son un enorme monumento al Lado B del consumismo y sus envoltorios desechables. Pero no son los únicos monumentos aquí.

En Río hacha hay estatuas a las mariposas amarillas de Gabriel García Márquez. A Nicolás de Federman. A la Virgen del Carmen. A la Identidad. Hay un monumento al Pütchipü'ü o Palabrero. Y una enorme araña homenajea las virtudes tejedoras del pueblo wayúu. Hay un monumento a los Embarradores, esos personajes carnavalescos que salen del fango a asustar a los fiesteros. Hay esculturas al Acordeón y al Cardón o Cactus

Guajiro. Hay una estatua de Francisco El Hombre, que venció al mismísimo diablo en un duelo de acordeones. Pero no hay estatuas de José Antonio de la Sierra. Ni de los cientos de miles de indios guajiros muertos. Ni de los esclavos negros, que también fueron esclavizados y vendidos por los indios guajiros. Hay, eso sí, un monumento al Negro Robles y al almirante José Prudencio Padilla. No hay un monumento a los ríos subterráneos ni a los grifos sin agua en las casas. Ni a la bonanza marimbera de entre 1975 y 1985. No hay una estatua a Juan Gómez Osío, quien descubrió las minas del Cerrejón en 1855. Ni tampoco hay una estatua dedicada a John May.

¿Otra vez el tal John May? ¿Pero quién diablos es John May?

Si el corsario fue un engranaje clave de la acumulación de riquezas del naciente imperio inglés del siglo XVI, el ingeniero lo será del imperio británico entre finales del siglo XVIII y las primeras dos décadas del siglo XX. Si la cruz, la espada y el arcabuz simbolizan la Conquista española

de los nuevos reinos de América, y el arco recurvo y el caballo, el dominio que ejerció Atila en Europa central en el siglo V, el teodolito lo es del neocolonialismo británico. El teodolito de John May, su diario de campo y sus instrumentos de medición topográfica, sus mapas, sus libros de consulta técnica, sus plumas y tintas para escribir, su colección de muestras minerales, su odómetro y planímetro encarnan de manera perfecta el dominio inglés que se extendió por África, Asia y América a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX, poniendo una pata en las finanzas y la exploración — extracción de recursos para la industria—, y la otra en la cultura y geografía de los territorios para saber dónde instalar asentamientos ingleses y cómo aprovechar mano de obra dócil.

John May es la ciencia imperial que mapeó el subsuelo de América tal como el conquistador del siglo XVI mapeó sus costas y caminos.

John May, C. E.: Civil Engineer. Así firmaba sus informes.

Entre 1860 y 1920 se desplazaron decenas de ingenieros civiles desde Gran Bretaña hasta América Latina con el propósito de detectar reservas minerales, identificar territorios económicamente prometedores, construir minas, ferrocarriles, puertos, avenidas, canales, ductos, muelles y drenajes. John May fue uno de ellos, todos bendecidos por The Institution of Civil Engineers (ICE), una poderosa organización y asociación profesional que desde 1836 aglutina a ingenieros escoceses e ingleses y que, con el correr de los días, ha terminado por reunir a casi 100 mil ingenieros de todo el mundo.

Mejores vías y puertos para producir y exportar materias primas y alimentos era el objetivo central de esta expansión



Basura cardada y enramada en La Guajira.
Julio 2019.



Un puente donde no hay ríos, adyacente a una ranchería. Incluye publicidad política de Jaime Luis Lacouture, del partido Conservador.
Julio de 2019



Vista lateral del puente sin río.
La Guajira, Julio de 2019.
Fotografías por Julián González.

imperial apoyada en la ciencia, la técnica, las finanzas y, no hay que ser ingenuos, la fuerza de las armas.

Ingenieros del ICE recorrieron las nacientes repúblicas de América Latina, casi todas en bancarrota tras las guerras de independencia del primer tercio del siglo XIX. Como John May estuvieron en el continente John Coghlan (1824-1890), Conrad Henry Walter Grundtvig (1861-1890), Percy Burrell (1833-1890), Frank Henry Matthew (1879-1915), Wilhelm Adolph Worsoe (1857-1893), William Lloyd (1822-1905), Edwin Clark (1814-1894), James Gregson Chapman (1830(?) -1902) y Rennie Charles Augustus Twyford (1863-1901), según informa el investigador chileno Nelson Arellano Escudero.

Orgullosa topógrafo, May escribe en la prosa usual de los naturalistas. Mezcla precisión y minucia técnica con entusiastas notas de color. Por ejemplo, destaca cómo los indios Tayrona dominaron una porción importante de Sur América, incluyendo parte del istmo de Panamá, pero tras la llegada de los españoles se desvanecieron. Y añade:

Desaparecieron tan secretamente que no se puede encontrar un historiador que haya registrado el evento. Su territorio, por lo tanto inexplicablemente dejado vacante, es quizás, sin excepción alguna, el más favorablemente ubicado en toda América del Sur para los emigrantes europeos, debido a su riqueza mineral, clima frío y proximidad al mar, por no hablar de la fertilidad del suelo, que produce, o es capaz de producir, cada árbol, planta y hierba común de la zona gélida o tórrida. Habiendo servido ya para mantener una nación, se puede

esperar razonablemente que posea todos los requisitos necesarios para el establecimiento de otra.

No duda en comparar a la Sierra Nevada de Santa Marta con Suiza y el Mont Blanc. “La vista de la entrada al Valle Tayrona es indescriptiblemente bella”, escribe. En algún momento contrasta ilustraciones antiguas de algunas montañas con las que tiene ante sus ojos y no duda en hacer sus propias ilustraciones introduciendo los ajustes necesarios. “Los ríos exhiben cataratas elevadas, y los vados son pocos y excesivamente peligrosos”. May enumera especies de plantas y animales, hace descripciones topográficas, destaca el exquisito sabor de algunos peces o la calidad de un fruto que los nativos llaman “narices”. Relaciona posibles minas de esmeralda, plata y oro en la región, y se apoya en rumores —como los de una tal doña Manuela Manuaceli— para señalar la ubicación de minas abandonadas que pueden rehabilitarse en el futuro. Apela a documentación histórica escrita por los españoles para localizar y describir poblaciones antiguas de la nación tayrona y de los indios chimilas. Alude a los nombres de sus caciques y linajes. Habla de caminos y rutas centenarias.

Ha residido y recorrido la Nueva Granada desde, al menos, 1855, y reconoce su ascendiente sobre muchas personas que han estado dispuestas a colaborarle en sus tareas dada su condición británica.

Contratado por el gobierno en calidad de ingeniero y topógrafo, el martes 31 de octubre de 1865, John May le escribe una extensa carta a Tomás Cuenca, Secretario de Estado de Hacienda y Fomento de Manuel Murillo Toro, presidente de los

Estados Unidos de Colombia, y responsable de la introducción del telégrafo en nuestro país. En la carta, May le reporta el descubrimiento de un extraordinario yacimiento de carbón *de canal* o *carbón de vela*, un tipo muy apreciado en la época porque ardía sin producir demasiados residuos y tizne, se podía pulir para hacer pequeñas piezas ornamentales y de joyería, encendía con facilidad y duraba mucho más que la madera. Era más compacto que el carbón mineral ordinario y podía ser útil para producir el querosene o aceite de carbón que, con los años, fue reemplazado por el petróleo. May estaba fascinado con el hallazgo en las cercanías de *Rio Hacha*, Guajira. Para su extracción sería indispensable construir un ferrocarril de no menos de 42 millas (67 km) de extensión.

El gobierno de Murillo Toro le asigna a May la tarea de organizar la compañía o empresa responsable de semejante tarea, y establecer una sociedad accionaria para la construcción del ferrocarril que conectará las minas con un puerto en el Caribe.

En el Diario Oficial —otra contribución institucional de Murillo Toro, junto

con la primera intentona de Reforma Agraria del país— se lee en extenso la carta de May dirigida a Cuenca, informando los detalles del descubrimiento. Empieza destacando que el 12 de agosto de 1864 ya se había comunicado por escrito con el presidente Murillo Toro reseñando el descubrimiento. “El mismo hecho había sido previamente anunciado por mí en una comunicación a la New Granadian Land Association, fechada el 26 de marzo de 1862, que unos meses después se publicó en Londres”. Es decir, los yacimientos carboníferos de la Guajira habían sido reportados por May desde 1862 y tres años después se dirigía al Secretario Cuenca para avanzar en las tareas de organización de una empresa de explotación minera con todas las de la ley, bajo el auspicio del gobierno colombiano, lo que solo ocurrirá en 1976, 106 años después.

De acuerdo con *Our West Indian Colonies: Jamaica a Source of National Wealth and Honour* publicado por Henry Bentall Evans en 1855, la New Granadian Land Association fue constituida por un decreto de la República de la Nueva Granada en Francia como una “sociedad en comandita”, el 12 de abril de 1853, y registrada en Londres como “The New Granadian Land and Trust Company”. La idea era usar esta compañía para tranzar los bonos de la deuda pública de la nación que, en el momento, ascendía a 7 millones de libras esterlinas. Las luchas de independencia eran costosas y la nueva nación colombiana arrancó arrastrando un importante saldo en rojo con la corona británica.

Bentall Evans reproduce la circular emitida por el gobierno de la Nueva Granada al respecto:



Firma de John May, C.E, Civil Engineer, en el informe a Cuenca.

Rio-Hacha and Maracaibo, about fourteen leagues, the ground being perfectly level in either direction, and consequently suitable for the construction of a railroad. The coal is also surrounded by equally extensive mines of iron ore, such as red hematite, nodular iron ore, and red ochre. The formation of the country is of secondary lime stone, which covers an ancient sandstone, whose stratification has been much disturbed, being in some cases horizontal and in others vertical. There are also many thick beds of coal or lignite in a friable state, with remains of fishes, and fine specimens of selenite or transparent gypsum. I also observed bituminous shale in the bed of the Palomino River, a tributary, like the Serrejon, of the Rio Hacha.

In order that the Government may appreciate the value of this discovery, I will proceed to give some particulars explanatory of the uses to which cannel coal is applied; these are but little known, and a description of them would be sought for in vain in the treatises upon mineralogy.

Cannel coal is known in mineralogy as a black mineral having usually a slight tinge of grey: its texture is compact, and its fracture even or conchoidal with large cavities; its lustre is resinous

Fragmento Carta de John May, Diario Oficial, 1865.

Mediante un decreto de la legislatura de la República de Nueva Granada, con fecha de 12 de abril de 1853, el gobierno ejecutivo fue autorizado para hacer arreglos para la amortización parcial de su deuda externa, que con atrasos asciende ahora a unos £7,000. 000, y para este propósito otorgar los bienes disponibles del estado a la empresa pública, dispuestos a emprender el ajuste. El territorio y las propiedades disponibles de este modo consisten en aproximadamente 150,000 acres de tierra, como también edificios públicos y otras propiedades que pertenecen al gobierno.

En virtud de esta ley, la asociación ha hecho arreglos para obtener del gobierno un medio de pago simple de tales extensiones de tierra, edificios, minas de oro, plata, mercurio, platina, cobre, plomo y carbón (las clases de propiedad incluida en el decreto) para

permitir que la asociación lleve a cabo su objeto.

¿Quiénes eran los socios comanditarios de esta sociedad? No lo sabemos. Lo único que sabemos hoy es que, por una vuelta de tuerca de la historia un consorcio constituido por una empresa australiana-inglesa (*BHP*), una inglesa (*Anglo American*), una suiza (*Glencor*) y una anglo-suiza (*Xstrata*) terminó controlando la mina a cielo abierto más grande de América Latina: El Cerrejón. En 2000, el gobierno colombiano y su empresa *Carbocol*, vendió el 50% de la propiedad minera. *EXXON*, propietaria del otro 50% hizo igual. El consorcio anglosuizoaustraliano se quedó con el 100% de la mina. De la maraña de cesiones, concesiones, transacciones y ventas ni el pueblo guajiro ni el pueblo colombiano en general, saben ni entienden. Pero todo empezó cuando un entusiasmado John May le escribió a Cuenca:

El 7 de mayo pasado, durante ciertas exploraciones que me encargaron realizar en la antigua provincia de Río-Hacha, tuve la suerte de descubrir inmensos depósitos de carbón bituminoso; y lo que hace que este descubrimiento sea de mayor importancia es que el carbón es de esa variedad llamada "canal", usualmente vale en el comercio fronterizo hasta tres veces más que el mejor carbón de Newcastle. Las minas están situadas a orillas del río Serrejón, a unas cinco leguas de Barranca, y están equidistantes de las ciudades de Río-Hacha y Maracaibo, unas catorce leguas, el terreno está perfectamente nivelado en cualquier dirección y, por consiguiente, es adecuado para la construcción de un ferrocarril. El carbón también está rodeado de minas de mineral de hierro igualmente extensas, como hematita roja, mineral de hierro nodular y ocre rojo. La formación del país es de piedra del tiempo secundaria, que cubre una arenisca antigua, cuya estratificación ha sido muy perturbada, siendo en algunos casos horizontal y en otros vertical. Hay también muchos lechos gruesos de carbón o lignito en un estado friable, con restos de peces y finos especímenes de selenito o yeso transparente. También observé lutitas bituminosas en el lecho del río Palomino, un afluente, como Cerrejón, del río Hacha.

May bosqueja un plan de negocios, a todas luces, promisorio:

Para que las minas recién descubiertas estén disponibles, se debe construir un ferrocarril hacia el mar.

La distancia es de aproximadamente 42 millas, y el suelo, como se observó anteriormente, nivelado. Tal vía ferroviaria, incluido un muelle en la costa, y su equipo de la carretera, podría costar en números redondos alrededor de 60,000 dólares por milla o 2,520,000.

Supongamos que el costo del ferrocarril y su mantenimiento para el primer año asciende a 3,000,000 de dólares. Suponga que se producirán y venderán un total de 1,000,000 toneladas de carbón anualmente. El costo de extracción sería de aproximadamente 1 dólar por tonelada, y el transporte al mar, embarque 2 dólares más, o digamos en total 3 dólares por tonelada; esto daría una suma de 3,000,000 de dólares; y esta cantidad de 1,000,000 de toneladas que se vende a un precio muy bajo de 6 dólares por tonelada, produciría 6,000,000 de dólares. Es decir, el costo del ferrocarril se pagaría con la venta de 1,000,000 de toneladas de carbón; o en otras palabras, se pagaría por sí mismo inmediatamente después de su construcción.

Pero May sabe del escepticismo local y ha visto cómo en Río Hacha se libró una auténtica batalla alrededor de la posesión y extracción de un supuesto yacimiento de oro que resultó falso. Así que toma los recaudos del caso y hace algunas aclaraciones:

Este cálculo parece fabuloso y crea dudas, pero ningún hombre de negocios puede negar la exactitud de los datos. La suposición de que la venta de carbón sería de solo 1,000,000 de toneladas por año

sería manifiestamente demasiado baja, ya que no se puede asignar un límite a la demanda o venta, excepto la capacidad productiva de las minas, y estas, en mi opinión, no son inferiores en extensión a las de toda Inglaterra juntas. Además, en el valle de Dupar, parecen suficientes para el consumo del mundo durante muchos años y yacen en la superficie del suelo, mientras que las minas de Europa deben buscarse a profundidades de muchos cientos de metros. Mucho más de 1,000,000 de toneladas podrían venderse anualmente en La Habana, Jamaica, Panamá y Sant Thomas.

Cuenta que en La Casa de la Moneda, en Bogotá, ofreció una convincente prueba de la calidad del carbón de canal de Cerrejón ante el propio presidente de la república:

Las muestras sobre los que experimenté en presencia de Su Excelencia el Presidente, en la “Casa de Moneda”, fueron tomadas del lecho del río Serrejón, donde probablemente habían sido lavadas continuamente por el agua, o la acción de descomposición de la atmósfera, por muchos miles de años.

Sin embargo, el aparato más simple produjo una espléndida llama de gas, de aproximadamente 6 pulgadas de largo y 1 pulgada de diámetro, que duró una hora hasta que la fiesta terminó, y luego continuó ardiendo con mayor energía durante un tiempo del que no se tomó cuenta. La cantidad de carbón utilizada en este experimento no excedió 1½ libra, y la muestra operada fue la más desfavorable, ya que se

modificó y empobreció tanto por la acción corrosiva de los elementos que apenas podía reconocerse como carbón de canal. En la mina, la masa sólida que se encontraba debajo era absolutamente impenetrable para los golpes más duros de una palanca pesada, y solo podía romperse dinamitando, operación para la no estaba preparado en el momento. Yo ordené que los ejemplares de esta calidad superior salieran en agosto pasado, y ahora deberían estar en Río Hacha, pero debido a los recientes disturbios, los paquetes probablemente estén detenidos en la mina. Encendidos en la fragua de un herrero, incluso los actuales muestras pobres y muy lavadas por el agua arden con el crepitar y la llama brillante que caracterizan la combustión del carbón de canales.

May imagina la región como un auténtico distrito industrial:

Las minas de hierro parecen ser inagotables. El valle en sí es llano, pero no ancho, y numerosos torrentes de montaña descienden del lado de los Andes, la Sierra Nevada y las crestas subsidiarias.

El territorio del Valle Dupar, por lo tanto, contiene dentro de sí todos los elementos que hasta ahora se han considerado necesarios para el establecimiento de un gran distrito manufacturero, a saber, un país donde se puedan hacer buenos caminos con fácil acceso al mar y a la cal, el carbón, el hierro, la madera y la energía hidráulica se encuentran juntos muy cerca. Podría hablar de muchos otros productos de esta extraordinaria región, como los

bosques de tinte, las minas de oro y plata, y los preciosos mármoles y jaspes que abundan en las montañas; pero ante la importancia de las minas de carbón, todas estas cosas se hundieron en la insignificancia, y no es necesario mencionarlas como un incentivo adicional para la construcción inmediata de un ferrocarril que pronto se extenderá al Banco en el Magdalena, y así se convertirá en la vía principal de la república.

Pero no es solo la región, toda la nación se convertirá en la más rica e importante de América del Sur en virtud del descubrimiento. Al menos, eso cree May cuando escribe:

El consumo de carbón en el mundo es algo increíble y su comercialización está a la base del poder y la prosperidad de Inglaterra. Según un prospecto que ahora tengo ante mí, emitido por una compañía recientemente establecida, parece que solo la ciudad de Londres consume 5 millones de toneladas por año, de las cuales 2 millones son transportados por tren y 3 millones por agua, y hay una permanente deficiencia para suplir 50 mil toneladas por semana. Casi todo el carbón exportado para consumo extranjero se compra en Inglaterra. En el año 1845, todo el producto de las minas británicas era de casi 35 millones de toneladas por año; en el año 1861, se recaudaron 86 millones de toneladas, pero de la cantidad exportada no puedo encontrar ninguna cuenta, excepto que una sola ciudad en Sudamérica, Río Janeiro, compra 250,000 toneladas anuales a un precio promedio de

12.5 dólares por tonelada; el comercio ahora es mucho mayor. Pero sin entrar en detalles estadísticos minuciosos, es evidente que si la Nueva Granada posee minas de carbón de la calidad y el alcance que afirmo haber descubierto, situadas también al alcance del mar, ella es dueña de una fuente de ingresos, que cuando se desarrolle y organice, debe permitirle recuperar su crédito perdido en el instante que este hecho sea conocido, y elevarla al rango de la República más rica e importante de América del Sur.

La patria lenta

Cuenca, el ministro de Economía y Fomento, celebra el informe de May. Destaca la honestidad del ingeniero y aplaude con entusiasmo las posibilidades que se abren para el país. Pero, Kafkania es Kafkania y lo que parece una oportunidad obvia para una nación arruinada se enturbia. Reproduzco la comunicación de Cuenca al respecto de manera literal (sic):

El poder ejecutivo carecía de facultades para adoptar medidas definitivas acerca de la explotación de los depósitos de carbón descubiertos, i además juzgó conveniente hacer una segunda i mas detenida exploración con el fin de constituir los siguientes hechos: 1. riqueza de los depósitos, situación i extensión probable; 2. facilidades para su explotación; 3. calidad del carbón; i 4. Costo del ferrocarril necesario para la explotación, i determinación de la línea. Entre tanto se limitó a declarar que las minas se explotarían por cuenta del gobierno nacional, i que a este fin se encarrilaron los

subsiguientes trabajos. Toca al congreso expedir un decreto autorizando al poder ejecutivo para que en el caso de quedar de manera indudable establecida la verdad del descubrimiento, promueva i lleve a cabo la organización de los trabajos i ejecución de las obras que se necesiten para la conveniente explotación del carbón.

Y ocurrió lo que suela pasar cuando Kafkania se arremanga la camisa y se a persona de la tarea: se ralentizó. Lo urgente se pospuso. Lo inmediato se aplazó. Y en vez de un proyecto de ejecución se decidió un nuevo diagnóstico. El sueño de May y sus previsiones se fueron por el desagüe y la posibilidad de pagar el tren y nuestra deuda externa exportando dos o tres millones de toneladas se hundió.

El único acierto de May consistió en haber advertido las dimensiones colosales de la mina, hoy por hoy una de las más grandes a cielo abierto del mundo (69.000 hectáreas, 690 km², el área de Cali y Barranquilla sumadas). La producción anual de carbón en Cerrejón alcanza los 30 millones de toneladas. Entre 1985 y 2019 Cerrejón ha producido 734 millones de toneladas. Y se estima que la mina contiene reservas cercanas a 5.244 millones de toneladas. Es decir, al ritmo actual de extracción la mina estaría produciendo carbón por los próximos 163 años, hasta el año 2182.

Las previsiones restantes de May tardaron más de un siglo en concretarse:

- Solo 118 años después (1980) se terminaron la evaluación geológica y los estudios para determinar el programa de montaje de las instalaciones de la mina.

- Solo 122 años después (1984) se construyó el primer ferrocarril de El Cerrejón.
- Solo 123 años después (1985) se produjo la primera extracción industrial de carbón de la mina, se hizo el primer embarque de carbón hasta el puerto (4,500 toneladas). Ese año se extrajo el primer millón de toneladas, transportadas hasta un muelle flotante en Puerto Bolívar.
- Y 157 años después (2019) ni la Guajira y alrededores se han convertido en un poderoso distrito industrial, ni una red ferroviaria formidable conecta las terminales portuarias de la región con el resto del país, ni Colombia es la nación más próspera de América del Sur.

Esta no es más que la señal de la obscena, perezosa y lenta dirigencia nacional. Los flamencos torcidos e intentando recuperar el curso del vuelo somos nosotros, los colombianos de todos los días, los de a pie. El cielo azul y quieto, despreocupado y ciego, completamente desconectado de la tierra e insensible a las tormentas que desata, encumbrado como dioses, derramando su desprecio e indolencia son ellos, los parsimoniosos y despreocupados burócratas de Kafkania, que hacen lo *que pueden un siglo después*.

Así las cosas, para el año 2182 habrá agua en todos los grifos de La Guajira y una estatua a John May, justo cuando ya no quede ni un gramo de carbón sobre estas tierras y los restos desvencijados de nuestra Titanoboa de metal estén sepultados en las arenas.



■ Guajira Crónica (6)

Oasis: el agua sigue al dinero

Septiembre 20 de 2019

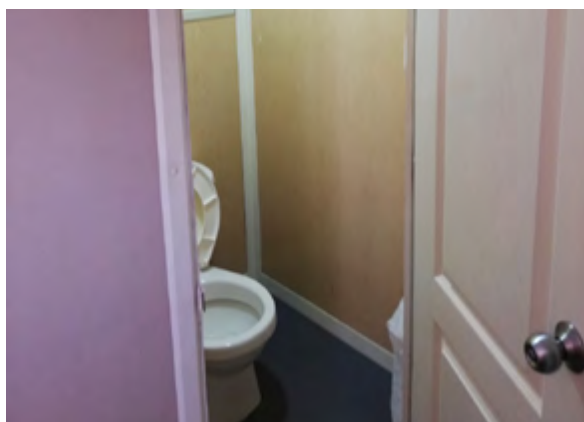
1. Un día de julio de 2019 abro el grifo y se produce el milagro: corre agua cristalina en la Guajira.
2. El milagro se produce porque el grifo está un cuarto de baño funcional.
3. El cuarto de baño es funcional porque hace parte de un lugar debidamente acondicionado: una habitación.
4. Y la habitación es confortable porque es el producto de un diseño arquitectónico sencillo, pero eficiente: una *neorranchería*.

La base de las neorrancherías son los enormes contenedores o *containers* de mercancías, frecuentes en los puertos marítimos. Los *contenedores secos*

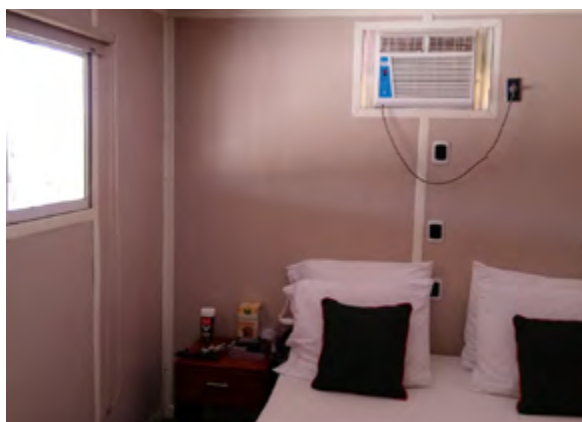
o *dry vans* son herméticos y en ellos se han enviado toneladas de café, carbón y mercaderías secas que no requieren refrigeración. Los más pequeños, de 20 pies (5.9 metros de profundidad, 2.4 m de alto, 2.3 m de ancho), pueden adquirirse de segunda mano por algunos cientos de dólares. En ellos es fácil adaptar sencillos dormitorios, negocios rodantes y bodegas móviles, con una fracción de los costos de una construcción convencional. La *cargocutura* o arquitectura hecha a partir embalajes de carga se ha convertido en una lucrativa alternativa de reciclaje de estructuras industriales desechadas, y ha encontrado un prometedor nicho experimental aquí en la



Agua cristalina en un grifo de la Guajira. Julio, 2019.



Cuarto de baño adecuado. Incluye grifo y batería sanitaria funcionales en La Guajira. Julio 2019.



Habitación bien dotada en La Guajira. Incluye televisión, cuarto de baño, ducha, aire acondicionado, televisión con acceso de Direct Tv. Julio de 2019.



Vista posterior de una neoranchería. Julio 2019.



Vista frontal de una neoranchería. Riohacha, julio de 2019.

Fotografías por Julián González.

Guajira bajo la forma de *rancherías confortables, amobladas, con aire acondicionado, servicio de televisión satelital, agua fresca y baterías sanitarias.*

5. Y hay neorrancherías bien dotadas aquí porque hacen parte de un proyecto hotelero. No son soluciones habitacionales para los wayúu: son recintos para turistas, en las playas de Mayapo, a 20 minutos de Riohacha.
6. Y el proyecto hotelero ha sido posible porque está a pocos minutos de Riohacha. El complejo hotelero ha empezado con el hotel Wayira, pero en los próximos años habrá varios hoteles en la zona.

Carlos Londoño, fundador de *On Vacation Group* lo tiene claro:

- La Guajira es la región con mayor potencial turístico del país. “Hablamos de algo como lo que sucedió en República Dominicana hace 30 años con Punta Cana. Nuestra Punta Cana se llama La Guajira”, dice.
- Para desarrollar su emporio hotelero, Londoño se ha concentrado en los turistas colombianos de medianos ingresos, en las familias de ingresos mensuales de 500 a 1000 dólares, que pueden costear vacaciones de, máximo, 4 noches y demandan un cierto balance entre confort y costos: turismo bueno, bonito y barato.
- Esos turistas pueden pre-comprar vacaciones futuras, además de pagar las vacaciones actuales. Las vacaciones pre-pagadas se traducirán, en sentido estricto, en inversiones para el desarrollo de nuevos hoteles, pero los compradores de

estas vacaciones no gozan de los dividendos del negocio, como sí ocurre con los *inversionistas* de capital. Con el capital de inversionistas y el de los compradores de vacaciones prepagadas *On Vacation Group* podrá expandirse y adquirir nuevos terrenos para desarrollo hotelero.

No sobra aclarar que el negocio clave no son los hoteles en sí mismos, sino la valorización de los terrenos en donde se construyen. Tras la construcción de los hoteles esos terrenos multiplican su valor, un poco como hace McDonald con los predios alrededor de sus locales. Su negocio principal no son las hamburguesas sino la valorización y arrendamiento de las propiedades inmuebles donde se instala.

7. Y estas playas están a pocos minutos de Riohacha porque cuentan con una red de carreteras recién inauguradas.
8. Y esa red de carreteras se inauguró porque hubo fondos públicos para ello. Solo en la construcción de la carretera Mayapo-Manaure, Invías ha invertido 52 mil millones de pesos. La construcción de infraestructura vial habilita alrededor nuevas áreas urbanizables. Y si los pronósticos de Carlos Londoño son ciertos en los próximos años no será el carbón, sino las playas y el sol lo que dinamizará parte importante de la economía guajira. Lo que ayer hacían la cruz y el arcabuz, hoy lo hacen las carreteras pavimentadas.
9. Y habrá más complejos hoteleros porque, gracias a las carreteras, estas playas quedarán cerca a Riohacha y



Neorranchería en un complejo hotelero en desarrollo en las afueras de Riohacha. Julio 2019.



Panorámica, complejo hotelero en desarrollo, afueras de Riohacha. Julio 2019.



Panorámica, complejo hotelero en desarrollo, afueras de Riohacha. Julio 2019.



Futura áreas de expansión hotelera. Julio 2019.



Vista de las nuevas vías que conectan la zona de expansión hotelera con la ciudad de Riohacha. Julio 2019.

Fotografías por Julián González.

su aeropuerto, y los turistas de ingresos medios y, en el futuro, algunos turistas de ingresos altos, harán visitas guiadas a Cabo de la Vela, Camarones, Uribia, a las rancherías, al Pilón de Azúcar y a las enormes y hermosas playas de la Guajira. Los especuladores inmobiliarios ya deben estar calculando inversiones a precio de huevo en tierras que, en algunos años, multiplicarán su valor. *“Creo que estamos sentados en un tesoro que no hemos descubierto”*, dice el fundador de On Vacation refiriéndose a La Guajira.

Por ahora el agua cristalina mana de los grifos en las poblaciones urbanas de La Guajira y en los grandes proyectos hoteleros que irán asentándose a lo largo de sus playas. Para el resto, cientos de camiones y carros con motobombas a gasolina succionan agua de los ríos Ranchería, Palomino, Tapias y la transportan y venden según demanda.

En las neorrancherías del hotel Wayira de Carlos Londoño el agua potable, dulce y cristalina abunda. El hotel la obtiene a través de carrotanques comprados al acueducto local de Riohacha,



Vista satelital Google Maps del Hotel Wayira y las áreas de futura expansión. Julio 2019.



Vista Google Maps de la zona en que está localizada el Hotel Wayira.



Mapa de vías de la Guajira. Invías.



“Tesoros 1”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 2”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 3”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 4”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 5”. Vista Cabo de la Vela. Julio 2019.



“Tesoros 6”. Agua fresca en el grifo. Julio 2019.

Fotografías por Julián González.

pero están tramitando una licencia para construir un pozo profundo, un enorme *jagüey*.

Por eso vale la pena recordarle a Londoño que hace falta escuchar y atender los rumores que vienen de adentro, cientos de metros bajo la tierra, allí hacia donde se filtró la sangre de cientos de miles de wayúu muertos.

Carlos Londoño habla el lenguaje entusiasta y seguro del colonizador; se enseñorea sobre la Guajira con la misma arrogancia ciega que siglos atrás animara a Pedro Messía de la Cerda y de los Ríos, a Bernardo Ruíz de Noriega, a Gerónimo de Mendoza, a Basilio de Calich, a Manuel Francisco de Guirior, a Antonio de Arévalo, a José Galluzo y Páez, y a John May.

Carlos Londoño, por favor entienda: ¡la Guajira no es su tesoro y no es un tesoro!

Es importante que recuerde que los wayúu han recubierto, encubierto, cubierto y descubierto la Guajira desde hace 2 mil años. Y una y otra vez los que

no saben ver nada más que tierras yermas, vírgenes y listas para ser tomadas se han topado con una nación y una lengua, el *wayuunaiki*, que se multiplican y persisten como las arenas del desierto. Ni la cruz, ni el arcabuz, ni el teodolito, ni la chequera han podido avasallar a un pueblo que sabe de negocios como de guerras, y sabe tejer con hilos y palabras su destino.



Wale' Kerü, la araña del mito wayúu le enseñó a tejer a una mujer. Susu de "diario" o mochilas de mediano tamaño. Riohacha, Julio 2019.
Fotografía por Julián González.



■ Guajira Crónica (7)

Postales: portales. (Primer experimento). El Hilo y El Desierto

Octubre 2 de 2019

De niño adoré las tarjetas postales. Ahora suelo buscarlas en las ventas de antigüedades y tengo una veintena hechas un siglo atrás. Varias incluyen imágenes retocadas a mano, además de textos manuscritos. Ante una postal antigua es inevitable el sobrecojimiento de quien intenta despertar a los muertos. Lees los textos y miras las imágenes, observas los nombres, ves las fechas y juegas a inferir, a partir de esos indicios, de qué vidas se trataba, quién era el destinatario de la nota amorosa, qué emociones podría haber experimentado al recibir la postal afectuosa, qué guiños y mensajes secretos

guardaban las palabras escritas o la cuidadosa caligrafía. Cuánto se ocultaba en lo dicho y cuánto se escondía en el modo de decir.

Pero además te preguntas cómo terminó esa carta postal en una venta de antigüedades. Esta pregunta es realmente un juicio moral y un reproche: ¿cómo alguien pudo deshacerse de un tesoro íntimo y personal como éste? Y luego del reproche viene una pregunta más grave y severa: ¿qué clase de persona se atreve a comprar ese tipo de tesoros un siglo después? ¿Qué tipo de ser humano adquiere los objetos de un muerto con el que no tiene ningún

vínculo afectivo ni familiar? ¿Un vulgar carroñero y asaltatumbas? ¿Un ser nostálgico y tristón sin historia propia? ¿Un coleccionista sin pudor? ¿Un bienintencionado guardián de pequeñas memorias? ¿Un idiota sin oficio?

Es difícil saberlo.

En mi caso, el apetito por las postales centenarias emparenta con mi pasión por los fósiles, las viejas máquinas de escribir, las fotografías antiguas, las estrellas en el firmamento, las piedras de los ríos, la arena de las playas y los libros de segunda mano. Todos, a su manera, vacunas ilusorias contra la propia finitud; falsos amuletos contra la implacable y manilarga pelona; rotundo contraste entre objetos que permanecen siglos y la corta vida humana de apenas algunas décadas; monumentos a la duración de las cosas e insultos a la brevedad de las personas.

Entre mis postales favoritas está una dirigida al señor Alfredo Duhart, calle Lima 165, en la ciudad de Buenos Aires, octubre 29 de 1904. Hace 115 años.

El texto escrito por su remitente, María Adela Cascallar, dice

La sinceridad y la constancia son las ramas principales del árbol de la amistad. Cultivando estas tendríamos en cada hoja un afecto para el corazón del amigo y en cada flor una alegría recogida en el estrecho sendero de la vida

María Adela Cascallar

Es probable que alguien, quizás la misma María Adela, ilustrara con sus propias manos la postal. La cuidada escritura *palmer* en tinta y el color de las imágenes se conservan pasado un siglo. También la estampilla de 5 centavos con su respectivo matasellos. Y hay rastros de esa humedad cobriza propia de los viejos papeles.

En la Alemania de Otto von Bismarck (1815-1898; canciller entre 1871-1890), Heinrich Von Stephan, director de correos del imperio alemán e impulsor de la Unión Postal Universal, las propuso



Postal, 1904, Buenos Aires, Argentina.



Anverso de la postal.

como alternativa al correo de sobres durante la Guerra Francoprusiana (1870-71) y comenzaron a popularizarse desde 1870, hace casi 150 años. Era un modo de encarar la escasez de papel. La Unión Postal Universal estandarizó su tamaño a finales del siglo XIX: 9×14 cm.

Hoy sus dimensiones varían y es quizás la forma más persistente del correo impreso en tiempos de internet, ahora que las empresas postales han visto decrecer sus ingresos por envío de correo y se concentran en la remisión de paquetes, las operaciones logísticas, los servicios financieros, el retail o ventas al por menor, y otro tipo de servicios. La nostalgia por la postal es tan intensa que en 2005 Paulo Magalhães inventó el portal Postcrossing que permite enviar, recibir e intercambiar de manera gratuita cartas postales entre desconocidos. Su lema:

Postcrossing conecta a personas de manera aleatoria en todo el mundo... ¡a través de postales!

La postal inventó una relación comunicativa genial entre imagen y texto. Por un lado, la persona elegía una entre decenas de postales disponibles. Escogerla suponía algún tipo de reconocimiento e identificación con *esa postal*. Decidir cuál de todas expresaba bien las emociones por comunicar y cuál se ajustaba al tipo de mensaje que deseaba enviarse, invertía a la postal de los miedos, ilusiones, fantasmas y aspiraciones de quien la adquiría. Al hacerlo este producto industrial y masivo se convertía en personal, lo que se acentuaba cuando se añadía el texto manuscrito, por demás expuesto y relativamente público dado que las postales no tenían sobres.

Hasta cierto punto, la postal es la hija de las promiscuas relaciones entre la

vieja tarjeta de presentación personal o de visita del siglo XVII, la esquila, la tarjeta navideña de Henry Cole y Juan Callcott Horsley (1843) y el correo.

Excepcionalmente las personas compraban postales para guardarlas y coleccionarlas, aunque lo usual era enviarlas a otros.

Esta doble condición de imagen reproducida y copiada en masa y, a la vez, íntima y personal tiene antecedentes en las esquelas religiosas, en las imágenes recortadas de periódicos o revistas, y en algunas reproducciones de pinturas que las personas han atesorado a lo largo de los siglos.

Me interesa explorar las lógicas comunicativas de la postal, pero alterándolas al fusionarlas con otra invención del siglo XIX: el pie de foto periodístico.

Las imágenes que presento son fotografías propias, pero perfectamente podrían pasar por fotografías Google, esto es *fotografías de stock*, sin sello ni firma de autor. Son imágenes originales que parecen reproducidas.

Los textos que las acompañan guardan alguna relación con las imágenes y funcionan como extensos pie de fotos. (Los pie de fotos jamás son extensos, pero en estas *neopostales* algunos lo serán). En las viejas postales el texto en el dorso guardaba relación con la persona que escribía, con sus vivencias, sus pensamientos y experiencias, o con el destinatario de la postal, pero no necesariamente con la imagen. Mis postales estarán estrechamente asociadas a las imágenes en ellas.

Pero los pie de foto que ofrezco no solo se relacionarán con la imagen, sino con otros eventos y datos no apreciables en ella. La postal es un pretexto

para establecer conexiones con datos y objetos no asociados de manera inmediata con la imagen.

Estas neo-postales digitales sobre la Guajira, 2019, suponen que usted imagine que los textos al pie de las fotos realmente están escritos en el dorso como en las viejas postales impresas. Y piense en estas postales como *portales*, es decir vías de acceso rápido o atajos que conducen a destinos y salidas inesperadas. Algunas de esas conexiones conducirán a otras imágenes que, a la vez, incluirán nuevos pies de foto.

En ello, en la condición de *portales*, reside su *pretendida novedad*.

Veamos si el experimento funciona.

Postal/Portal 1: el hilo de los tejedores y la libertad de las arenas

El 40% de los hilos usados en Colombia se importa de factorías chinas y el año pasado entró a operar la más grande fábrica de hilos de color del mundo en Xinjiang o Sinkiang, una provincia del noroeste de China. Esa región es la mayor productora de algodón de ese país. Y China produce el 20% de las 22 millones de toneladas de algodón generadas en 2019; pero la propia China consume el 40% de la producción mundial de algodón. Y cerca de 350 mil personas trabajan en fábricas de hilo y textiles instaladas en Xinjiang, según informa el Spanish People Daily. Para generar un kilo de algodón se requieren 1,500 litros de agua en los cultivos. Después del arroz y el trigo es el producto agrícola que más requiere agua. 2 millones de toneladas de algodón se producen solo en Xinjiang y sus cultivos necesitaron al menos 3 mil millones de litros de agua. Es decir, 3 millones de metros cúbicos,

suficientes para satisfacer la demanda de agua de todo el pueblo wayuu por, al menos, un año.

28 millones de habitantes de Xinjiang producen anualmente 58 mil millones de dólares (Colombia produce 310 mil millones de dólares anuales). Esta región hizo parte de la poderosa ruta de la Seda que sirvió para comerciar especias, esclavos, metales, telas, alimentos, herramientas y toda clases de mercancías entre el siglo I y el siglo XV. El actual gobierno chino está empeñado en reanimar la Ruta de la Seda y convertirla en espina dorsal del comercio euroasiático y africano en las próximas décadas. Entonces el hilo de algunos tejidos wayuu conecta con una larga trama histórica que incluye a la antigua Xinjiang, una provincia dominada sucesivamente por diferentes grupos: los han, los mongoles, los turcos, los rusos. Hoy los uigures son la etnia predominante en Xinjiang, o Turquestán Oriental como prefieren llamarla ellos. Hacen parte de la muy variada estirpe



Panel amarillo decorado con coloridos círculos tejidos wayuu, recepción del Hotel Wayira, Riohacha, julio 2019. El hilo de estos telidos wayuu probablemente viene de la poderosa industria textilera china.

Fotografía por Julián González.

de pueblos tejedores del mundo. Este pueblo básicamente musulmán, históricamente reprimido por la China de los Han, son creadores de sofisticadas alfombras y tapices. Entonces los wayuu y los uigures, dos pueblos tejedores, han terminado inesperadamente unidos por la globalización industrial. Unos fabrican a gran escala el hilo que los otros usan artesanalmente.

Pero nos es el hilo lo único que tienen en común.

Extremadamente seca la Guajira wayuu. Lo suficientemente rica en aguas la Xinjiang de los uigures como para cultivar 2,9 millones de hectáreas de algodón. Una combinación de represión, incentivos económicos y férreo control político parece aplicarse en la zona para contener los ánimos separatistas de Turquestán Oriental. Se ha estimulado la migración de población Han a la región y se rumora de la existencia de centros de reeducación forzada de la población uigur.

Una combinación de desidia gubernamental, corrupción política y administrativa, malas condiciones económicas,

pésimas estructuras sanitarias arrinconan al combativo pueblo wayuu.

Los uigures y los wayúu comparten la condición de pueblos despreciados y abusados, pero resistentes y dignos.

Una mujer menuda y diminuta, *Rahile Dawut*, etnógrafa y antropóloga, ha estudiado la cultura uigur desde hace al menos 20 años. Es directora del Centro de Antropología y Folklore y profesora de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Xinjiang. Recibió su doctorado en folklore de la Universidad Normal de Beijing en 1998. Ha estudiado el folklore, la música, las prácticas religiosas, los ritos de peregrinación de los uigures en Xinjiang. Profesora visitante en varias universidades de Estados Unidos y del Reino Unido, sus estudios sobre la cultura uigur son ampliamente referenciados. Su correo electrónico es rahiled@gmail.com. Pero si le escribes, no te responderá. Ha desaparecido misteriosamente en 2018 cuando preparaba un viaje entre Urumchi y Beijing. Parece haber sido víctima de una operación de



Croquis de la región de Xinjiang, China, proveedora de hilos para el mundo. No hay que dejarse engañar por esta manchita de nada. En el área de Xinjiang cabe una Colombia y media.



Hay 13.400 kilómetros de distancia entre Urubia, la capital guajira de los wayuu y Urumchi, la capital de Xinjiang, de los uigures.

Croquis tomados de Wikipedia. Intervención y composición por Julián González.

detención clandestina por el gobierno chino. En China hay actualmente un manto de sospecha sobre el islamismo de los uigures, tal como lo hay en varios países de occidente sobre las prácticas islámicas de algunos de sus ciudadanos. Se sabe que Inglaterra, Francia, Bélgica, España, Alemania, Estados Unidos, Australia y Rusia espían y vigilan a practicantes del Islam so pretexto de contener atentados terroristas.

Cuando un wayuu muere, su espíritu viaja hacia Jepirra o Jepira (Cabo de la Vela), que significa dedo. El dedo y las estrellas —la Vía Láctea— señalan el camino que debe seguir el muerto, cuya alma se sumerge en el mar y, nadando, cruza un hoyo submarino situado bajo el islote de piedra frente a Jepira. Del fondo del mar emergerá renovado y enriquecido para empezar su viaje al otro mundo. De ahí emprende un viaje de 13 mil kilómetros donde renacerá convertido en una frondosa planta de algodón uigur. Sus frutos son debidamente cardados y procesados hasta producir madejas enteras de hilos coloridos que regresan a

la Guajira para convertirse en delicados y florecidos tejidos wayuus.

Cuando un uigur muere viaja hacia alguno de los mazares y centros de peregrinación que durante años estudió pacientemente la desaparecida *Rahile Dawut*. El muerto se hunde en las ricas tierras de Turquestán Oriental y, tras un pausado proceso de purificación, emergerá 13 mil kilómetros más allá, en un mundo otro, bello y extrañamente árido. Ha renacido convertido arena libre, esparciéndose a sus anchas en el desierto según decidan los vientos de la Guajira. De esta manera uigures y wayuu se devuelven favores.

Escribió la raptada *Rahile Dawut* lo siguiente en 2002:

Mazar en Asia Central son las tumbas de los santos islámicos, míticos o reales, cuya protección invocan los uigures (musulmanes turcos de la región autónoma de Xinjiang en el noroeste de China) contra la sequía, para una buena cosecha, para el nacimiento de un hijo, etc. Varios cientos de estas



Los desiertos no son despojo, tierra vacía y seca ni ruinoso devastación. El desierto —como la selva— es formidable prefigurador de nuestro destino humano y por eso suele ser fuente de algunos de nuestros mitos fundacionales. Arenas del Cabo de la Vela, Guajira, Julio 2019.

Fotografía por Julián González.

tumbas están esparcidas por los desiertos y oasis de Xinjiang, trazando un paisaje sagrado cuyos caminos siguen los campesinos uigures en sus viajes de peregrinación alrededor de las tumbas.

Escribe Miguel Rocha Vivas en *El Sol Babea Jugo de Piña*, en 2008:

Según lo reconocen los mismos wayuu, existe una tensa dualidad entre quienes son de mar, los pescadores o *apalanchii*, y quienes son de desierto o sabana, los *arulejushii*. Sin embargo, la forma en que el wayuu *anasü* (rico) mira al wayuu *mujusu* (pobre) es aún más abismal cuando se refiere al llamado *kusina*, de quien los personajes de los relatos suelen hablar como poca cosa. El *kusina* luce como alguien que se alimenta de cardón sancochado y de animales de monte, a diferencia del agricultor y pastor, que no vacila en considerarse de mayor estatus (p. 190).

Y más adelante:

Desde entonces, se cuenta que Juyá toma más aprecio por su nieto *Jepirachii*, quien representa a

los wayuu pescadores (*apalaanshi*). Mientras que *Aruleeshi*, representante de los wayuu pastores (*arulejushii*), comienza a juzgar inferiores a sus hermanos de la costa. Un motivo de inversión que en la cotidianidad se traduce en un conflicto discriminatorio. Algunos wayuu del desierto denominan *wayuu mujusu* («de baja categoría»), y hasta «decastados», a los wayuu de mar o playeros (p. 201).

Pobres de aquellos que no ven más que arena sobre arena en los desiertos. Para los wayuu e uigures el desierto es destino, refugio, lugar encantado y nicho ceremonial. Es camino.



Pastoreo de cabras wayuu en la Guajira.
Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.



■ Guajira Crónica (8)

Postales: portales. (Segundo experimento). Ruedas Sueltas

Octubre 4 de 2019

Hay una belleza inesperada y frágil en estas plantas que crecen frescas y vigorosas donde otras jamás pelearían. Pienso en esas plantitas cuando observo cómo, en medio del desastre de Kafkaña, se abre paso un país otro, desafiando la salmuera.

¿A quién le interesan estas llantas?

Mauricio Botero controvirtió el 26 de junio de 2019 en la revista *Dinero* a Ricardo Ávila, ahora ex director del diario económico Portafolio. Analizaban el porvenir de El Cerrejón. Botero le dice que Colombia no será una potencia minera del carbón porque aunque la mina siga produciendo 30 millones de

toneladas anuales durante los próximos 150 años, en pocas décadas ninguna industria lo requerirá. El carbón es un combustible fósil ineficiente, contaminante, ambientalmente agresivo y costoso. En pocos años el principal socio comercial de Colombia, Estados Unidos, pasó de consumir 1100 millones de toneladas de carbón a 690 millones, y se prevé que hacia el 2021 usará un poco más 500 millones. Solo en China y la India la demanda de carbón mineral se mantiene.

En pocas palabras, alcanzamos picos elevados de producción de carbón 100 años tarde.

Pero la realidad es tozuda y creativa, se retuerce y ofrece vetas inesperadas y prometedoras.

300 volquetas gigantes, cada una con capacidad de entre 190 y 320 toneladas,

se mueven por Cerrejón 24 horas al día. Cada llanta tiene 3,8 metros de diámetro y está rellena de nitrógeno para evitar explosiones por recalentamiento. Debido al desgaste duran de 6 a 10



Arenas de Manaure, Guajira, julio de 2019. Entre las arenas salobres de Manaure se abren paso estas plantitas y yerbas. Quizás se trata de Kalanchoe brasiliense.



Llantas en las salinas de Manaure, Guajira. Julio de 2019.



Llantas en las salinas de Manaure, Guajira, julio de 2019. La sal marina se mezcla con las arenas lo que modera el resplandor blanco de las piscinas y salitreras. Entonces el blanco de las salinas de Manaure no es el blanco de los campos de algodón de Xinjiang ni de los valles nevados del Ártico. Es un blanco sucio, cargado de basuras. A pesar de los matices cromáticos no deja de sorprender el negro de decenas de llantas dispuestas junto a los montículos de sal.



Es Manaure, en la Guajira, Julio de 2019. Las piscinas de sal marina operan gracias al sol y a los vientos abrasadores del desierto que las secan y cristalizan rápidamente. Que llueva poco es condición clave para generar estos enormes depósitos de sal. Todo parece funcionar bien sin necesidad de este arrume de llantas. ¿Entonces qué hacen aquí?

Fotografías por Julián González.

meses. Cada llanta cuesta entre 45 mil y 60 mil dólares. Más de 2000 llantas gigantes se irían al basurero cada año si la minera no hubiera inaugurado en 2016 una planta de procesamiento que las transforma en 2 mil toneladas de acero y 5 mil toneladas anuales de polvo de caucho para mezclas asfálticas, canchas artificiales y pisos de exportación. La Guajira tiene la planta de procesamiento y reciclaje de llantas más grande del país y hace parte del programa nacional Rueda Verde, encargado de coordinar y promover la recolección y reutilización de derivados del procesamiento de

llantas, 6.5 millones en 4 años. El programa ha tenido algunas dificultades para conseguir que los industriales nacionales usen los productos procesados, pero las llantas del Cerrejón parecen haber terminado asfaltando algunas de las vías de la Guajira.

Es posible que Cerrejón le herede a Colombia un interesante, aunque incipiente, proceso de reciclaje industrial a gran escala. Entonces, las llantas de Manaure serán algo más que *ruedas sueltas* en un inmenso salar.

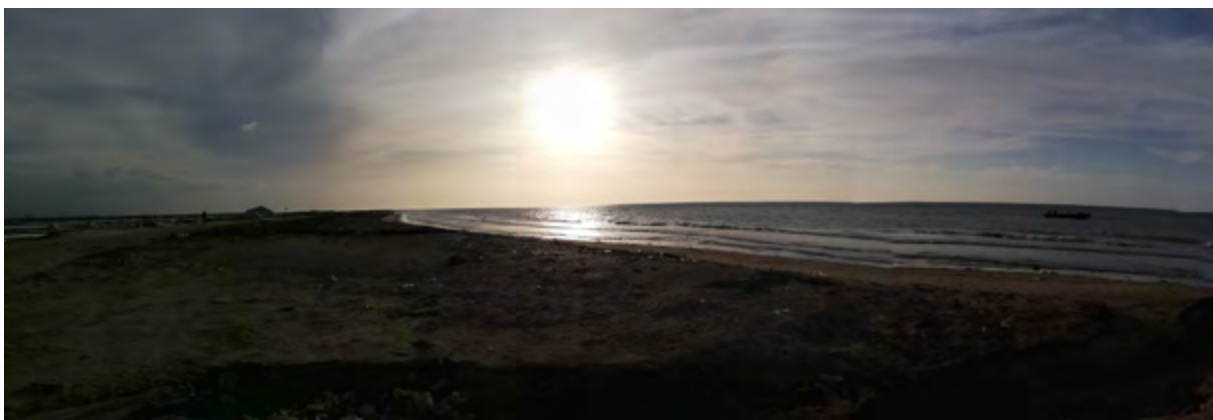
No es mucho, pero algo es algo luego de tanta voracidad extractivista.



Llantas en las salinas de Manaure, Guajira.
Julio de 2019.



Salinas de Manaure, julio de 2019.



Salinas de Manaure, julio de 2019.
Fotografías por Julián González.



■ Guajira Crónica (9)

Postales: portales. (Tercer experimento). La Mano

Octubre 7 de 2019

En un libro de 1987 Omar Calabrese celebraba el advenimiento de lo que llamó era neobarroca. En ella los dualismos simples —bueno/malo, bello/feo, verdadero/falso— colapsan, y en cambio emergen estructuras estéticas difíciles de clasificar. Lo *mezclado*, lo *monstruoso*, lo *fragmentado*, lo *indescifrable*, lo *inestable*. Los criterios de clasificación heredados ya no sirven para definir el gusto de esta época. Aunque con moderación, Calabrese estaba entusiasmado con este estremecimiento de las bases de clasificación y el surgimiento de un mundo en que la ecuación bueno = bello = verdadero deja de tener sentido.

Algunos intelectuales posmodernos —Calabrese no se considera postmoderno— celebraron este trastocamiento y vieron en ello las señales de un mundo más abierto, sensible y plural. Pasadas tres décadas desde entonces podemos hacer un ajuste de cuentas. El entusiasmo estético y liberal de la década de 1980 corrió de la mano del ascenso neoconservador y de derechas en el campo político —Margaret Thatcher y Ronald Reagan a la cabeza— hasta alcanzar el paroxismo finalizando la primera década del siglo XXI con figuras como Donald Trump. Las derechas han sabido pescar bastante bien en ese río revuelto y han

aprovechado *el todo vale* para hacer las de Trump: *triunfar, trompear y trampear*. Los sectores más progresistas parecen aferrados a viejas consignas —libertad, verdad, solidaridad, igualdad, indignación— de limitada eficacia política en tiempos del *descaro*. Y son limitadas porque de *Libertad* también hablan las derechas cuando se trata de deshacerse de los migrantes o de los humildes o de los que amenazan sus privilegios; de la *Verdad* hablan políticos como Trump — el rey de lo *fake*— o Duque en Colombia, que no tienen inconveniente en llamarle *fakenews* al periodismo del New York Times; hombres y mujeres de derecha

llaman a la *Solidaridad* con el *amenazado* varón blanco heterosexual, al que consideran prenda de garantía y de conservación de la familia decente, natural, bien avenida y sus valores; piden *Igualdad* y equiparar los impuestos que pagan trabajadores y empresarios; y llaman a la *Indignación* y a la *Rabia* contra las uniones homosexuales, la vacuna del papiloma humano, los plebiscitos progresistas o la educación laica.

Y lo que es peor: al parecer *no hay* palabras nuevas para designar y diseñar el porvenir político.

Por eso es indispensable asignarle sentidos renovados a palabras que, aunque



Strangers Things 1. Cabo de la Vela, julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

Al ver esta imagen casi todos reconocemos de qué se trata: de BASURA. Algunos añadirán algunas precisiones: hay bolsas, botellas, vasos, restos de papel, plásticos y tiras largas que parecen hojas secas. Pero al final, es solo BASURA. Usualmente no tenemos dudas cuando debemos decidir si algo es bueno/malo, bello/feo, verdadero/falso, y respecto a esta imagen muchos concluiríamos que lo que en ella hay es MALO (X) —basura, desperdicios, contaminación, amenazas al medio ambiente—; FEO (X) —degradación, suciedad, enfermizo— y FALSO (X) en el sentido de anti-natural, artificioso, contrahecho, adulterado. Pero las cosas pueden ser más complicadas de lo que parece.

En esta imagen, las cintas alargadas y pardas no son restos plásticos, ni de papel, ni cualquier tipo de hojas secas. Se trata de restos de pastos marinos secos. Los pastos marinos son poderosos ecosistemas que crecen bajo la superficie del mar, máximo a ocho metros. Crean auténticas praderas.

Allí las hojas se mecen al vaivén de las aguas. Los pastos marinos evitan la erosión de las cosas, sirven de albergue y fuente de alimentos a diversas especies animales, moderan la fuerza de las corrientes, capturan y procesan luz solar y cargan de nutrientes las arenas. En la Guajira está el 80% de las praderas de pastos marinos de Colombia.

La Guajira es nuestra Pampa del mar.

tengan entera validez e importancia, no resultan hoy inspiradoras y guías para las vidas de las personas. Términos como fraternidad, solidaridad, igualdad y libertad deben ser reinventados. ¿Qué pueden significar hoy?

Y también es necesario crear palabras nuevas para el mundo otro que paso a paso vamos forjando.

En el siglo XX descubrimos el poder de la diversidad: 1) la diversidad de la vida en la Tierra; 2) la diversidad de las inteligencias humanas; 3) las diversidades de

género y sexuales; 4) las diversidades culturales y 5) la diversidad y poder de agencia tanto de entidades humanas como de entidades no humanas e híbridas. No solo los seres humanos y sus instituciones —incluidas las máquinas y tecnologías— moldean nuestro destino conjunto, sino también el sistema climático, los mares, la actividad solar, las especies vivas no humanas y el propio planeta como sistema vivo *deciden* y *designan* nuestro devenir. Esos son los cinco dedos de nuestra mano. *Con esa mano*



Playa Dorada. Juan de Dios, Pacífico colombiano. Septiembre 2019.
Fotografía por Julián González.

¿Que hace esta imagen aquí? Cada metro cuadrado del pacífico biogeográfico colombiano considera mayor biodiversidad que kilómetros enteros de la Selva Negra alemana. Eso lo sabemos ahora, pero hace menos de un siglo esto no era más que “monte y más monte” que despejar, tumbar y arrasar para construir carreteras, rieles, sembrar pasto de ganadería, plátanos, yuca y maíz. Llamamos *selva*, *manigua*, *salvaje*, *monte* a lo que no entendemos, a lo que no comprendemos. Lo que ayer llamábamos genéricamente *selva* se ha convertido en otra cosa gracias a más elaboradas comprensiones. Hoy sabemos que la calidad de estas tierras es bastante mala en nutrientes minerales, y que su rica biodiversidad es el resultado de un delicado sistema ecológico en el que la vida crece sobre los restos de la que recién muere. Depende menos de los nutrientes de la tierra que de la calidad del sol,

la abundancia de agua y la actividad de miles de millones de microorganismos saprofitos —comen materia muerta— que procesan e intercambian nutrientes en una complicada y frágil cadena trófica. La invención de conceptos como ecología, biodiversidad, equilibrio ambiental, medio ambiente, transformaron en pocas décadas nuestra comprensión de lo que antes era puro “monte y yerba” a erradicar. Es una de la más poderosas y profundas revoluciones política del siglo pasado. Las otras: el feminismo y los movimientos sociales en favor de las diversidades sexuales y de género; los movimientos de defensa de las identidades étnicas y en favor de las diversidades culturales; el reconocimiento de la neurodiversidad y la variabilidad cognitiva; y el reconocimiento y valoración de las entidades y agentes no humanos, incluidas tanto las personas no humanas —los animales— como las máquinas de diferente tipo.

y esos cinco dedos hay que moldear el siglo XXI. Pensar, actuar, crear, proceder políticamente de manera progresista supone, hoy, usar la *mano entera*, apelando a esta renovada y más profunda comprensión de *cinco dedos* conquistada por los seres humanos a lo largo del siglo pasado.

Si algo parecen tener en común los movimientos neoconservadores y de derechas actuales es su profunda aversión y rechazo a esta *mano poderosa y sus cinco dedos*.

Creo firmemente en esta metáfora: usar la *mano toda* para pensar y actuar es lo que nos hace progresistas hoy. La decisión de amputarla o de privilegiar uno o algunos de los cinco dedos en detrimento de los otros nos resta *tacto, poder de agarre y precisión*.

Escriben Angélica Cervantes y Esther Quintero en agosto de 2016:

Una característica que distingue a los pastos marinos de otras especies fotosintéticas es que presentan una productividad primaria muy alta, es decir, generan mayor cantidad de nutrientes y oxígeno de la que podría esperarse por su volumen; debido a esta peculiaridad los pastos requieren niveles de luz solar muy altos, lo que limita la profundidad a la que pueden vivir.

Los pastos marinos dependen de la intensidad del sol y procuran nutrientes y alimento a una amplia variedad de peces, crustáceos, moluscos, nemátodos, anélidos. Fertilizan los suelos arenosos y soportan una amplia diversidad biológica marina y costera. Estas costas, estos pastos marinos, son parte de los caminos wayuu, que no están trazados

únicamente en los desiertos, sino en los mares. Son nichos de pesca.

A estas praderas marinas llegan cientos de miles de restos de plástico como puede apreciarse en la primera fotografía de estas neopostales. Entonces, en esa imagen se dan cita tanto el desastre como la promesa.

En 2010 se produjeron 270 millones de toneladas de plásticos y 275 millones se convirtieron en desechos. Casi 100 millones de toneladas son usadas por poblaciones humanas situadas a menos de 50 kilómetros de las costas marinas. Al menos 32 millones de toneladas fueron mal procesadas y mal tratadas como desechos ese año y 8 millones terminaron en los océanos, es decir cerca de 3% del plástico producido. De esos 8 millones, entre 10 mil y 100 mil toneladas son visibles y quedan



Strangers Things 2. Cabo de la Vela. Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

Cuando vi estas tiras largas entre las rocosas playas del Cabo de la Vela pensé que se trataba de tiras de botellas plásticas molidas pacientemente por el mar. Luego las toque con la mano y tenían la textura firme de telas desgadas, de fibras largas y firmes. Solo un mes después supe que eran los restos de las enormes praderas de pastos marinos (*sea grass*) situadas a poco metros debajo del mar en las costas de la Guajira.

en las superficies de los mares: el resto está sumergida, microdegradada o enterrada contra las costas o en el fondo marino. Es posible que algunos restos plásticos en la primera fotografía hayan viajado por el mar más de 10 años y recién regresaron de su largo periplo. En ese momento tomé la fotografía. Lo más doloroso es que la mitad del plástico en el mar se usó solo una vez.

Las botellas de plásticos en la primera fotografía son el plástico que se ve. Pero por cada porción de plástico flotando en el mar o arrumada en las costas, hay entre 8 mil y 80 mil sumergidas, no visibles, deambulando a lo largo de miles de kilómetros y por decenas de años.

De acuerdo con Greenpeace, para 2016 la producción anual de plásticos alcanzó los 335 millones de toneladas. Y para el 2020 se prevén 500 millones de los cuales al menos 15 millones irán a los océanos.

Si en un gesto de sensatez y cordura humana se detuviera el vertimiento de plástico a los océanos en 2020, la herencia previa de plásticos y micropartículas es tan grande que pasarían siglos enteros



Cabo de la Vela, la Guajira. Justo en estas costas crecen enormes praderas de pastos marinos. Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.

antes de recuperar y estabilizar los biosistemas marinos afectados.

La única opción es comenzar a usar *la mano* y hacer limpieza del mar.

¿Imposible?

Ese es el empeño de la iniciativa The Ocean Clean Up, pero podría ser el trabajo de pescadores costeros de basuras bien remunerados a partir de impuestos globales y locales a la industria del plástico, y los compradores mayoritarios —empresas que embalan y empacan en plástico— y, por supuesto, a los consumidores finales. Pero es posible desarrollar catangas para captura del plástico que flota en las costas. Las catangas son estructuras tecnológicas de pesca tradicional que permiten que los objetos que entran en ellas no salgan. El problema es que este tipo de estructuras podrían atrapar no solo plástico sino especies vivas. Y sin un sistema de recuperación y procesamiento del plástico capturado el problema persiste.

¿Reemplazar el plástico? Ese el horizonte futuro. Ya hay exploraciones en curso: *tejidos y materiales biodegradables* a partir de hongos que crecen en residuos agrícolas y forman estructuras livianas y fuertes, fibras hechas de seda y restos de camarones o *shrink* (por *shrimp* y *silk*, en inglés camarón y seda respectivamente), cultivos de papas que producen resinas y membranas que pueden usarse como telas fuertes; plásticos derivados del maíz y la yuca. También se invita a usar materiales biodegradables ya existentes, aunque mucho más costosos que el plástico: envases de vidrio, bolsas de papel o tela, embalajes de madera.

¿Reducir el uso del plástico?

Ya hay estrategias al respecto. Una de ellas consiste en reutilizar cuánto

se pueda la pieza plástica antes de desecharla. Otra, rechazar envoltorios y piezas plásticas cuando no sean indispensables. Una más: reciclar. Y finalmente, reducir al máximo su uso.

¿Degradar el plástico?

De manera natural, ciertos polímeros y plásticos tardarían cinco siglos en degradarse. En 2016 un equipo de investigadores japoneses descubrió por casualidad una bacteria, la *Ideonella sakaiensis* 201-F6, capaz de descomponer la molécula del tereftalato de polietileno (PET), un tipo de plástico. Tras identificar la enzima que la bacteria usaba para descomponer el plástico se la ha modificado hasta desarrollar una nueva enzima artificial más eficiente. Se esperan futuros desarrollos en este campo, el de la biodegradación y biodigestión de plásticos. Por supuesto, la biodegradación sin control podría terminar destruyendo rápidamente estructuras y componentes plásticos diseñados para larga duración.

¿Y si invitamos a *la mano entera* a solucionar el verdadero problema?

Es claro que el problema no es el plástico, ni el petróleo, ni el carbón, ni la sal, ni el calentamiento global, sino el gran motor que los moviliza, los degrada, los transforma, los cataliza y los acelera hasta estremecer el planeta entero. En efecto, en el futuro es posible que contemos con piscinas ricas en bacterias para transformar millones de toneladas de plástico en materia degradable. Y luego, usaremos algunas bacterias que secretan enzimas para desacelerar el crecimiento desbordado de bacterias plasticófagas. Y luego confiaremos en que crearemos algunos ingenios para moderar, e incluso revertir,

el calentamiento global. Pero no se trata solo de eso.

Necesitamos la mano entera para detener y transformar el conjunto de sistemas de producción —empresas industriales, burocracias públicas y privadas, entidades financieras y organismos multilaterales, estructuras jurídicas y acuerdos que regulan propiedades y procesos a gran escala y de amplio impacto que los ciudadanos no pueden controlar ni regular— y que amenazan, de manera real, la sostenibilidad y porvenir de la vida entera en el planeta mismo.

La coordinación global y local de alianzas, acciones, movimientos sociales supone, entre otras, un lenguaje que renueve los términos en que hablamos de nuestros deseos y esperanzas. No se trata de libertad en general, sino de liberar la vida en el planeta; no de la defensa de la cultura propia, sino del derecho y generación de condiciones para que las culturas propias puedan sumarse y participar-conectarse con otras a escala global; no de la diversidad sexual y de género per se, sino de ampliar la autonomía efectiva para inventar y experimentar géneros y sexualidades que aún no conocemos ni imaginamos; no del desarrollo tecnológico, sino de la producción de tecnologías en las que aupear y potenciar formas de vida diversas —incluidas las síntesis inéditas de máquinas y seres humanos o de personas humanas y personas no humanas. No se trata de la defensa de la razón, sino de la neurodiversidad o diversidad cognitiva humana y no humana —de máquinas, especies vivas no humanas— y de los entornos institucionales y sociales necesarios para potenciar esa neurodiversidad

a escalas sin precedentes, incluidos sistemas educativos de nuevo tipo. No se trata de defender la creatividad, la innovación, la economía naranja, sino de ser felices gracias a que, por fin, podremos gozar de autonomía material, social y jurídicamente fundada.

Entonces cuando veo en detalle la fotografía que ilustra estas neopostales de la Guajira, ya no veo BASURA. Imagino la mano abriéndose paso y dificultosamente hacia el porvenir.

¿Por qué es indispensable la *mano entera* para sobrevivir? Por una razón simple y llana: el planeta Tierra y la vida en ella puede continuar después de la extinción de la especie humana. No se trata de la supervivencia de la vida en este planeta. La vida se las ha arreglado para multiplicarse y extenderse en el planeta después de 5 extinciones masivas. De lo que se trata es de la supervivencia de la especie humana, que en su estrechez de miras, ha terminado por creer que es indispensable y esencial para la supervivencia de las especies restantes. Malas noticias: no es cierto.

Usualmente, para hacernos a una idea de nuestra condición marginal y minúscula como especie, nos situamos en la enormidad del universo. Les propongo situarnos en nuestro propio planetita azul y blanco como el lapislázuli. Aquí también somos menos que poco. Hagamos cuentas:

1. La Tierra pesa 6 mil trillones de toneladas.
2. Las especies vivas —plantas, insectos, vertebrados, bacterias, seres humanos, líquenes, etc— suman 510 mil millones de toneladas. Es decir por cada partícula viva en este planeta hay 8.300 billones de partículas inertes.

3. De 510 mil millones de toneladas de especies vivas 450 mil millones son plantas. Es decir, de cada 100 entidades vivas en la Tierra, 75 son plantas.
4. 70 mil millones de toneladas son bacterias.
5. 12 mil millones de toneladas son hongos.
6. 7 mil millones de toneladas son arqueas (un tipo de organismos unicelulares distintos a las bacterias).
7. 4 mil millones de toneladas son protistas (pequeñas entidades vivas que no pueden clasificarse como hongos, bacterias o arqueas, plantas ni animales).
8. Y 2 mil millones de toneladas son animales (incluidos los seres humanos, insectos, gatos, sapos y salamandras). De esos 2 mil millones de toneladas, los seres humanos pesamos 60 millones de toneladas. Menos que todas las termitas del mundo juntas.



Strangers Things 3.
La Guajira, Cano de la Vela, julio 2019.
Fotografía por Julián González.

No es (solo) basura, tal como —ahora lo sabemos, pero hace un siglo no— la selva no era (solo) monte que tumar. Esta imagen es “nuestra selva” actual, el resultado de nuestras incomprendiones de hoy, de lo que todavía no conseguimos entender. Pero esta imagen también es la interfaz del porvenir que deberemos agarrar y moldear con nuestras *manos*.

9. Sin embargo hemos transformado y creado una tecnosfera —obras producidas por los seres humanos, incluidos los desechos plásticos y los edificios— equivalente a 30 millones de millones de toneladas. Es decir, por cada gramo de vida —incluida la humana— hemos trabajado y procesado 60 gramos de entidades inertes. Somos una formidable especie transformadora de materia inerte.

Visto en perspectiva, el uso de *la mano entera* es el más poderoso invento humano para garantizar nuestra supervivencia. Permite orientar nuestra extraordinaria capacidad de transformar materia inerte en sistemas de sustentación para soportar, expandir y diversificar la vida no humana. La vida no humana es el delicado entramado en el que la vida humana prospera. Somos enteramente biodependientes, esto es dependemos completamente de especies vivas no humanas que, con contadas excepciones, no dependen de nosotros. La *mano* nos ha proporcionado una clara conciencia de esta *asimetría de supervivencia*. La vida en el planeta continuará si se extingue la vida humana sobre la Tierra, pero la vida humana en este planeta no puede sobrevivir si desaparecen las vidas no humanas. Un concepto como este, *asimetría de supervivencia*, ayuda a poner en perspectiva y darle nuevo contenido a nuestra antropocéntrica idea de Libertad. De esta manera, creando nociones como esa, la *mano entera* contribuirá a moderar y, si es posible,

erradicar los impulsos y tendencias predatorias ejercidas por algunos sectores de la especie humana sobre otros seres humanos y sobre el conjunto de los sistemas vivos del planeta. Solo mediante el reconocimiento efectivo de nuestro destino compartido podremos sobrevivir el tiempo suficiente como para extender y diseminar las vidas terrestres, incluida la humana, más allá del sistema solar —antes del colapso del sol, que contiene el 96% de toda la materia del sistema— o hasta que descubramos cómo extraer energía ilimitada de la materia oscura y la energía oscura, que en conjunto son el 95% de toda la materia del universo conocido.



Panorámica Cabo de la Vela, parte de las enormes praderas de pastos marinos en la Guajira.

Julio de 2019.

Fotografía por Julián González.

Qué extraño panorama encriptado emerge de entre los restos de basura que no es basura. Pero eso pasa cuando usamos la *mano entera* para entender y actuar el mundo: lo que parece simple y claro se torna espeso y complejo, y la Verdad deja de ser *evidente* para convertirse en *disidente*.



■ Guajira Crónica (10). Última entrega.

Postales: portales. (Cuarto y último experimento). La Sal de la Vida

Octubre 10 de 2019

Ichii (mito wayúu)

Un día el enorme Mar (*Palaa*, en wayuunaiki) le confesó a la Luna (*Kashi*, en wayuunaiki) que la envidiaba. “Tu rodeas al planeta entero. Con tu luz en las noches iluminas cada resquicio de la Tierra. Sabes incluso más de mis intimidades que yo mismo, pues te elevas sobre los cielos y observas la enorme extensión de mi piel y sus pliegues con todo detalle. Yo a duras penas reconozco mis propias ondulaciones. Y, sobre todo, te cueles por las rendijas de las rancherías de los seres humanos, esos animales tan distintos a los otros, que saben armar nidos techados y balsas que cruzan mis aguas.

Alguna vez, lo sé, se elevarán sobre los vientos y se sumergirán en mis profundidades sin que yo pueda asfixiarlos. Tú sabes que yo puedo asfixiarlos. Tú sabes qué hay en sus vasijas, qué hacen en sus camas, escuchas sus historias. Yo las conozco de oídas gracias a los parlanchines que caminan a orillas de las playas, a los pescadores que murmuran mientras arrojan sus arpones y por lo que dicen los náufragos antes de ahogarse. Algo sé de ellos cuando, tras un maremoto, entro a sus pueblos y arraso sus tumbas, y me trago sus tesoros, pero no puedo verlos en sus días ordinarios, cuando su respiración marcha sin agitación y sus manos labran la tierra y la cosechan”.

La Luna, que amaba al Mar porque en él se reflejaba plenamente, se conmovió de verlo tan triste y le dijo: “sé mucho de los humanos. Son animales extraños y pueden ser tan crueles como bondadosos. Matan sin hambre y beben aunque

no tengan sed. Los gobiernan impulsos que ni tú ni yo, a pesar de nuestra larga edad, podremos entender. Ni el mismísimo Sol (*Ka’i*, en wayuunaiki), el ojo que todo lo ve y todo lo sabe, comprende exactamente qué pasa por sus cabezas



Cristales de sal rosada en Manaure. Julio de 2019. En wayuunaiki, *sal* es *ichii*.



Cristales de sal. Manaure. Julio de 2019.



Mosco en sal. Manaure. Julio de 2019.



Panorámica, salinas de Manaure. Julio de 2019. Lo que podría parecer, a primera vista, un valle nevado es realmente una playa cálida y ventosa. Manaure debe su nombre a un cacique cuyo resplandor y brillo eran legendarios.



Cristales de sal. Manaure. Julio de 2019.

Fotografías por Julián González.

y sus corazones. Sin embargo, conozco sus mesas, y lo que ponen en ellas les sabe a poco y los entristece. El fuego cocina las carnes que cazan y ablanda el maíz y la yuca que mascan. Pero no hay dicha en sus comidas.

Tú podrías hacerlos feliz entrando a sus mesas. Podrías conocer sus cuerpos y deslizarse en sus venas. Apreciarlos desde bien adentro: desde sus entrañas”.

Esa tarde la Luna le enseñó al mar cómo convertirse en *ichi* (*sal* en wayuu-naiqui) con ayuda del Viento (*Jouktai*) y el Sol. Y así surgieron los salares. Y el de Manaure fue el primero en el mundo. Y la sal alegró la lengua de los hombres que descubrieron el gusto. Por eso, desde aquel día, cada ser humano, al orinar, le devuelve al mar lo que el mar le ha dado. Y al mar vuelven las aguas de nuestros vientres y el sudor de nuestras pieles.

Fakemyth o falso mito

Acaba de leer un fakemyth o mito falso. Usando la estructura y claves narrativas de algunos mitos ancestrales construí este relato sobre el origen de la sal marina entre los seres humanos. Antes había buscado algunos relatos indígenas al respecto, pero no encontré ninguno. Buscando información terminé tropezando en internet con el documental de Wim Wenders y Juliano Ribeiro Salgado sobre el fotógrafo brasileiro Sebastián Salgado: *The Salt of the Earth, La Sal de la Tierra* (2012). Al comienzo se derraman esas impresionantes imágenes de miles de mineros de Sierra Pelada —“50 mil personas metidas en un gran agujero”, según dice Salgado—, y mientras asistimos a esta visión en blanco y negro del mismísimo infierno, el fotógrafo pronuncia la frase que estructura y titula el

documental: “Al fin y al cabo, las personas son la sal de la tierra”.

(... Vi el fantasma de John May).

Al final del documental uno queda con la sensación de que las personas somos la sal del planeta en los dos sentidos: le damos sabor y somos su maldición. Guajira Crónica, este conjunto de relatos y notas de viaje sobre la Guajira, no hace más que confirmarlo: somos la *sal* de la tierra. Su mala suerte y su redención.

El enorme salar de Manaure, los preciosos fósiles en los desiertos, la vista de un flamenco solitario, (*vi el fantasma de John May*), el imponente tren repleto de carbón, los niños mendicantes en los alrededores de Uribia y camino a Cabo de la Vela, las playas de ensueño, la digna estatura y presencia de las mujeres wayuu, las aguas frescas del río Palomino, la belleza del recién inaugurado malecón de Riohacha, la basura cardada en la vegetación xerófitica —cactus, arbustos, rastreras—, los halcones bordeando las playas, las potentes camionetas cargadas de pimpinas de gasolina para comerciar, (*vi el fantasma de John May*), las legendarias gafas oscuras en algunos de los comerciantes wayúu, los preciosos tejidos, telas, bordados y mochilas; el sol que aquí es otro, tan distinto al del resto del planeta; los platos servidos de chivo cocido en chicha; (*vi el fantasma de John May*); las rancharías y las neo-rancharías; los cerros que, como el Pilon de Azúcar se alzan al borde del mar y que nos recuerdan que la vida viene del mar y hacia el mar vuelve; las vallas de los políticos abusivos, el mejor ejemplo de cómo la sal de la tierra se corrompe y pudre; (*vi el fantasma de John May*); los perros famélicos; los monumentos erigidos aquí y allá a lo ancho y largo de la

Guajira; los monumentos que jamás se edificarán; los monumentos que jamás debieron armarse pues los homenajeados no se los merecen; el wayuunaiki hablado orgullosamente y con fluidez por tantos en la Guajira; la voz casi inaudible del comerciante wayúu de edad imposible de determinar —¿50, 70,90 años?— que me vendió hábilmente varias pócimas milagrosas en la Ranchería El Dividivi; (*vi el fantasma de John May*); las vías recién asfaltadas bordeando lo que serán las playas del futuro destino turístico colombiano; los grifos sin agua; los grifos con agua; los carros de placas venezolanas; los dos niños y la niña que jugaban a ver quién corría más rápido en el malecón de Riohacha; el vendedor de mochilas que se sorprendió cuando le ofrecí compra por la piedra con que afirmaba el cuadernito en el que llevaba las cuentas; el firmamento perfecto en las noches sin nubes; el poderoso viento que amenaza con convertirte en pájaro y las deliciosas aguas del mar que te embrujan hasta volverte sirena (*vi el fantasma de John May*).

La Guajira es un lugar al que vas y del que regresas transformado. La arena

se cuele en tus manos y se mete en tus entrañas. Entonces sueñas que eres desierto. El agua mar se adueña de tu lengua. Y entonces saboreas más y distinto. Los tejidos wayúu te hipnotizan y algo se enrolla en tus adentros hasta re-hilvanar tus ideas. El sol te asa y, por alguna razón extraña, tus demonios terminan ahuyentados. Tu respiración se hace honda con el viento de estas tierras. La sonrisa contenida se hace carcajada dura y pura. Algo se desajusta y reajusta profundamente cuando estas aquí.

Y luego, vuelves a casa, dejas la Guajira y regresas a la vida de todos los días.

Pero una mañana te despiertas y comprendes que allá regresarás porque de allá nunca volviste.

Por eso vi en las orillas de las playas del Cabo de la Vela el fantasma de John May, errante y desconcertado, como buscando, sin conseguirlo, el camino de regreso. Creo que el pobre retornó a Gran Bretaña, pero jamás dejó la Guajira, y jirones de su espíritu se quedaron agitándose, para siempre, entre el martilleo de la olas y el desierto donde lo vi.

Nunca vuelves de la Guajira.



Vista del Cabo de la Vela, Guajira. Julio de 2019.
Fotografía por Julián González.



Vista del Cabo de la Vela desde El Pílon de Azúcar. Julio 2019.



Cabo de la Vela. El lugar donde vi el fantasma de John May. Julio de 2019.
Fotografías por Julián González.

“La realidad está repleta de secretos. Para empezar, todo el tiempo se nos escapa de las manos. Es sumamente difícil poder captarlo todo, todo el tiempo, ¿no? Captarlo para luego darle forma. Primero debemos entender que las personas ni siquiera perciben muchas de las cosas que llevan dentro. A veces, cuando logras llegar al fondo de un recuerdo, la gente te dice: ‘Ni siquiera sabía que lo sabía. Lo había olvidado por completo. Apenas me lo preguntaste, empecé a pensar en eso...’ Para poder oír algo nuevo, tenemos que reinventar nuestra manera de hacer preguntas”.

Svetlana Alexiévich, 2018.

Para Consuelo, Rocío, Armando y José: formidables compañeros de viaje y conversación.
Buenaventura, 29 de septiembre de 2019.

■ Mad Max, pescados, música y un acordeón

Postales de un viaje breve

Octubre 17 de 2019

Escena 3. 2:20:39” pm

En su instrumento musical —un cuatro—, tiene una calcomanía con una advertencia: *no soy tu mamacita*. Luce un corte punk, rapado, coronado por dos moñas coquetas e infantiles de cabello oscuro y lacio. Un arete redondo y pequeño en la oreja izquierda, y un aro grande en la derecha. Debajo de la camiseta se entreven las tiras de su traje de baño rojo. Se balancea mientras canta *Mi Buenaventura*. Ella es rechoncha y bajita, de voz aniñada y dulce, un decidido contraste con los detalles masculinizantes de su apariencia: botas de caña alta y guerreras, de las que no vacilarían en

patear *güevas* si es necesario, y las piernas desnudas de quien, más que exhibirlas para seducir, reafirman su determinación para caminar desde la Patagonia hasta el mismísimo fin del mundo si es necesario. Viste falda corta de diablofuerte, tiene algunos tatuajes en los brazos y en la espalda.

Y es que ella y su amiga vienen de lejos. No exactamente de la Patagonia, pero sí de la patria que la contiene: Argentina. ¿Cuánto tiempo llevan en Juanchaco? Lo suficiente como para que algunas partes de sus pieles luzcan acarameladas y otras acamaronadas. Rojas. Incendiadas.



Juanchaco, Buenaventura. Dos jóvenes argentinas interpretan música del pacífico y piden dinero a los turistas apostados a la entrada del muelle de embarque. Septiembre de 2019. Fotografía por Julián González.

La otra mujer, larguricha y escuálida interpreta el acordeón. Se mueve al ritmo de Mi Buenaventura pero con cadencia tanguera, no con los estertores y movimientos explosivos de los salseros. Están en esas, cantando en *argentino* música del litoral, cuando un hombre negro entrado en años ingresa espontáneamente en la escena y empieza a bailar entremezclando pasos de salsa con algo de danzón y bolero. Es domingo 29 de septiembre, 2:20 pm y estamos a punto de embarcarnos de regreso a Buenaventura tras permanecer tres días en Juanchaco y Ladrilleros viendo, entre otras, a las extraordinarias yubartas que, como las jóvenes argentinas, vienen al pacífico cálido tras una larga travesía desde el gélido sur del continente. 10 mil kilómetros, las ballenas; 5 mil, las jovencitas.

Obtienen algo de dinero y muchos aplausos de los espectadores. Más aplausos que dinero, a decir verdad.

Escena 1. 2:02:01” pm

18 minutos atrás, estuve tentado de hacerme a unos 25 kilos de pescados

frescos: 12 pargos rojos de mediano tamaño, un pez aguja pequeño y otro de metro y medio de largo. El vendedor, un hombre mulato, vientre grande y robusto, treinta años, hablantinoso, me los ofrecía por \$200.000 (60 dólares), debidamente embalados y empaquetados en frío para que soportaran el viaje hasta Cali sin echarse a perder.

La oferta era muy buena. En Cali, en cualquier pescadería un kilogramo de pargo no baja de 20 mil pesos. No conseguiría 25 kilos de buen pescado, en Cali, por menos de 600 mil pesos (200 dólares).

¿Y por qué no (comprarlo)?, pensé ante el remolino de tentaciones envolventes que me agujereaban el corazón, el estómago y el bolsillo. ¿Y por qué no? No seas bobo: ¿por qué no?

¿Y por qué no?, pensaron los pretendientes de Penélope antes de caer abatidos por Odiseo a su regreso de Troya. ¿Y por qué no?, se pregunta el cándido apostador antes de descubrir que lo han timado. ¿Y por qué no?, dice la niña mientras se embolsa decenas de dulces que le revolcarán el estómago. ¿Y por qué no?, se dijo Ícaro alzándose hacia el cielo.

Sí, pero esos son los *¿porquéno?* de destino trágico, pero hay *¿porquéno?* propicios que terminan en tórridas aventuras amorosas, en invenciones poderosas, en revoluciones, en viajes a Marte, en danza de pavorreales o en borracheras legendarias.

Sin embargo, la mayoría de los *¿porquéno?* son triviales, no hacen historia ni tuercen dramáticamente el destino de nadie. Y ese es el problema: son los más insidiosos porque, justamente, lo que está en juego no parece significativo ni entraña riesgos.



Peces frescos y una balanza en una venta ambulante.
Juanchaco, 29 de septiembre de 2019.



Vendedor exhibe pez aguja.
29 de septiembre de 2019.



Orgullosa exhibición del pez aguja.
Juanchaco, 29 de septiembre de 2019.
Fotografías por Julián González.



Pargo en oferta, Almacenes Jumbo Cencosud, Cali:
casi 30 mil pesos el kilogramo.
Tomado de <https://www.tiendasjumbo.co/>

¿Y por qué no?

Pasado un mes desde entonces sigo preguntándome ¿y por qué no?

¿Por qué no compré ese pez aguja lustroso?

El aguja es quizás el más sabroso pez del litoral Pacífico. Su carne firme, suave y jugosa vale la pena, y cuando terminas de comerlo te obsequia su último homenaje: sus espinas verde jade como joyas. Hay algo fiero en esta maquineta

de engullir crustáceos, peces pequeños y krill. El aguja se desliza como una lanza sutil a 100 metros por minuto y en sus estampidas ha herido o matado a decenas de personas en todo el mundo. Wolfram Reiners, alemán, apenas pudo sobrevivir a las heridas que un pez aguja le propinó en los pies mientras nadaba en las islas Seychelles, en 2012. Un niño hawaiano de 10 años murió cuando uno saltó fuera del agua y le ensartó el ojo

y el cerebro, en 1977, en la Bahía de Hanamaly. En 2014, un turista ruso quedó parálítico para siempre luego de que un pez aguja lo mordiera en el cuello afectando su médula espinal. Y en 2013, en Arabia Saudita falleció desangrado un joven al que un pez aguja le mordió el lado izquierdo del cuello. En 2007 un adolescente vietnamita falleció luego de que uno le atravesara el corazón.

Aunque con menos víctimas que el tiburón blanco, los pescadores les temen más que a los escuálidos. Hay una fiereza malvada en sus ojitos y en su mandíbula aserrada, y por mucho tiempo sus espinas verdosas disuadieron a cientos de comerlos. Pero alguna vez alguien — siglos atrás— se arriesgó, se preguntó ¿y por qué no? Y gracias a su gesto nos legó el placer de estas carnes blancas y delicadas trenzadas en un pez delgado como un sable. Dicen que los manjares marinos parecen mortales, peligrosos, asquerosos y venenosos hasta que nos atrevemos a descubrir sus jugos y el hechizo de sus sabores.

¿Y por qué no?

Todavía lamento no haberlos comido.

Escena 2. 2:15:28”pm

¡Qué le vamos a hacer! Al regresar a Cali, no habría pargos ni pez aguja ni delicias

marinas en nuestra mesa. Ni una cocada. Pero a falta de delicias que comer, Juanchacho nos regaló un última delicia que ver. Unos minutos antes de partir, nos ofreció una poderosa secuencia visual: un Mad Max Tropical de lo más generoso. No una versión del coreográfico Mad Max de 2015, *Furia del Camino* (Mad Max 4: *Fury Road*), con la hermosa Charlize Theron en el papel de *Imperator Furiosa* —la peligrosa y seductora adversaria cyborg del Inmortal Joe; sino el Mad Max de 1981, *Mad Max 2: The Road Warrior*, dirigido por el perfeccionista y obsesivo George Miller —repitió en *Furia del Camino*— y protagonizado por Mel Gibson.

Todo empezó con el rugido de un motor, capaz de alzarse por sobre los decibeles del mar, el viento, el bullucio de la gente conversando y los parlantes derramando vallenatos a todo volumen en Juanchaco. Luego se fue abriendo paso una máquina contrahecha, conducida por un jovencito en sandalias. No portaba un atuendo guerrero, sino reguetonero. Fueron 30 segundos de alucinación audiovisual, como si George Miller hubiera abandonado la desértica Australia para entregarse con alma y cámara a una región en donde nunca falta el agua hecha lluvia, mar, sudor y ríos.



Fotogramas *Mad Max: Guerrero del Camino*, 1981. Dir. George Miller.



Fotograma 1. 2:15:28 pm.



Fotograma 2. 2:15:30 pm.



Fotograma 3. 2:15:31 pm.



Fotograma 4.



Fotograma 5. 2:15:35 pm.



Fotograma 6. 2:15:37 pm.



Fotograma 7. 2:15:38 pm.



Fotograma 8. 2:15:42 pm.



Fotograma 9. 2:15:49 pm.



Fotograma 10. 2:15:57 pm.



Fotograma 11. 2:15:58 pm.

Tropi Mad Max 2019. Juanchaco, Buenaventura. Septiembre 29 de 2019.
Fotografías por Julián González.

Armando Henao había nadado la noche anterior entre estrellas al sacudir el planctón que en la oscuridad del mar chispea cada vez que se lo golpea. Una galaxia lo rodeaba en el Pacífico, como si el planeta Pandora de Avatar —James Cameron, 2010— yaciera allí mismo, bajo las olas. Habíamos visto una bandada de centenares de aves alzar el vuelo en perfecta coordinación. Habíamos caminado dos horas hasta Playa Dorada en Juan de Dios, luego de trepar y descender por 6 colinas entre la selva. Habíamos visto a las ballenas jorobadas, esos torpedos milenarios, revolcándose en las aguas cálidas. Habíamos caminado hasta La Barra que, tras el Vuelco del Cangrejo de Oscar Ruiz Navia (2010), parece un set siempre abierto y siempre dispuesto, ofreciéndose a nuevos filmes, aguardando muchas fotos, esperando algunos caballetes, bastidores, pinceles y cualquier clase de máquinas, dispositivos y artilugios visuales. Habíamos nadado en La Sierpe y en las Marías (una cadena de piscinas naturales). Allí descubrí la que será mi nueva

terapia: la llamaré *floating* (suena chic y vende. *No hay problema, señora: su crisis de ansiedad puede superarse con 7 sesiones de floating*). Consiste en disfrutar el placer de usar chalecos salvavidas y flotar y flotar y flotar en las aguas despreocupadamente y sin tener que esforzarse. Ingrávido. Liviano. Feliz.

También durante esos tres días habíamos comido mucho, bien y sabroso. Habíamos conversado y chismoseado como debe ser. Nos habíamos reído de tonterías. Habíamos pronunciado sentencias y frases afiladas que pronto olvidaríamos. Y por supuesto, nos habíamos quejado, pues no hay paseo completo sin dolores, raspones o tronchaduras.

Pero entre las 2:02:01” y las 2:20:39” pm del domingo 29 de septiembre de 2019 y en apenas 18 minutos, Juanchaco nos regaló este filmecito de 3 escenas y una lección: aquí, en el Litoral Pacífico colombiano todo el technicolor del mundo luce gris y pálido, avejentado; toda la High Definition y los 4K de las pantallas actuales parecen pixelados y ajados, y los célebres efectos especiales de Dennis Muren, una vulgar chambonada.



Playa Amarilla, Juan de Dios.
Septiembre 28 de 2019.
Fotografía por Julián González.



Cientos de aves alzan vuelo desde el mar.
Septiembre 28 de 2019. Ladrilleros.
Fotografía por Julián González.

Aquí se dan cita formas imposibles, mezclas desconcertantes, colores que abruman y luces fluorescentes que centellean en el cielo oscuro y el mar nocturno o al amanecer. Arena negra y arena de oro. Verdes sobre verdes y remolinos de plástico y basura. Cuerpos perfectos y casas y calles maltrechas. Y al final, el broche de oro: Mad Max resucita entre arenas grises y ríos salobres, y *Mi Buena-ventura* suena a Piazzolla.

¿Qué más se puede pedir antes de partir?

A las 3:15 pm estamos zarandeándonos en la lancha bimotor con rumbo a Buenaventura. Nos miramos a los ojos entre divertidos y preocupados mientras la lancha salta algunos metros, entre ola y ola, cada 30 segundos. De repente se detiene en medio del mar y el conductor apaga los motores. Guarda silencio. No ofrece ninguna explicación

a los pasajeros. Hay tensión. Casi angustia. Hay que esperar.

Y con resignación y en silencio ritual, esperamos.



Botellas con arenas de 6 playas distintas de la zona.

En su orden, de izquierda a derecha: La Barra, Ladrilleros (arena magnética negra), Playa Dorada, Juanchaco, Juan de Dios y Ladrilleros (arena común).

Muestras de la Colección de Arenas.

Fotografía por Julián González.



■ Belleza inesperada

El paseador de perros

Cali, noviembre de 2019

Entonces se contonea cuando cae la luz de la mañana. Ya son casi las 8. Los pantaloncitos hot hacen juego con sus piernas torneadas y bronceadas. Media Cali, en el oeste, lo ha visto paseándose a buen ritmo arrastrando hasta una decena de perros. Va siempre en tenis, medias de colores vivos y luce las piernas más vistosas de la ciudad. Y él, un hombre más bien panzón, entrado en años y poco agraciado, las exhibe con orgullo. No conozco su historia. No sé de su nombre. Ignoro su origen. Pero imagino que, si hubiera una confabulación de circunstancias, está llamado a convertirse en icono. Quizás de las fiestas

del Orgullo Gay, algún día. Luego en signo y símbolo de nuestras diversas y variadas masculinidades. Y algún vez, en elocuente ejemplo de la larga senda de *calilocuras* de una ciudad en la que se entreveran signos explosivos de irreverencia festiva y descontrol, y lastres coloniales de obediencia y sumisión, todo por partes iguales.

Al fin y al cabo es la ciudad que se inventó a Jovita Becerra Feijoo (Jovita Feijoo, 1910-1970), que tras morir encarnó en Iván Barlaham Montoya Correa (1929-2017), que la representó durante 18 años cada 28 de diciembre en la Feria de Cali.

Y como Jovita sabía que no bastaba la carne viva de un mortal para hacerse eterna, decidió colarse en las sienes de Diego Pombo que, obsesionado, terminó por cristalizarla en *Jovita Reina Infinita*, la escultura que se alza en medio del Parque de los Estudiantes desde diciembre de 2007. Y allí está, inmóvil, la gran dama de Cali. Y allí estará hasta el próximo sacudón de una ciudad habituada a remezones y estremecimientos que la remapean y transforman de manera acelerada cada década.

La explosión del 7 Agosto de 1956 con sus 1.300 muertos, 4.000 heridos, 8 manzanas arrasadas y tres parcialmente destruidas. A lo largo de los 60, la exploración festiva de las libertades sexuales, el tímido hippismo urbano, la experimentación con músicas y drogas psicodélicas de los jovencitos de capas medias, y algunas señales de irreverencia anticlerical y política *nadaísta*, los

movimientos estudiantiles y sus protestas. Los VI Juegos Panamericanos de 1971, precisamente cuestionados por sectores estudiantiles, que se saldó —entre otras— con el asesinato de entre 15 y 30 personas debido a la represión policial del 26 de febrero de 1971. En las décadas de 1980 y 1990, el cartel de Cali y el narcotráfico definieron las reglas de juego de buena parte de la ciudad. En la primera década del siglo XXI, la reestructuración del sistema de transporte público alrededor del Masivo Integrado de Occidente (MIO), que empieza a construirse en 2004 y entró en operación desde 2008.

¿Qué fuerzas y de qué manera se rediseñará la ciudad en la década de 2020? No lo sabemos. Pero podemos intuirlo. Por lo pronto hay algunos rasgos de saludable rebeldía en ella: Cali votó consistentemente en favor del Sí durante el Plebiscito sobre los acuerdos de paz de Colombia en 2016, no parece afectada al partido de gobierno —el Centro



Jovita Feijoo.
Tomada de *El País*, Cali. Autor no referido.



Jovita Feijoo en la representación
de Iván Barlaham Montoya.
Tomado de *El País*: <https://bit.ly/38Dq6CD>

Democrático— de acuerdo con las elecciones locales de 2019 y se movilizó con intensidad y vigor durante el paro Nacional del 21 de Noviembre de 2019.

Quizás la ciudad que inventó a Jovita Feijoo tiene en estas piernas una nueva escultura viva, un signo extraño de los tiempos que vivimos, tan revueltos. Un icono de su condición bizarra y contradictoria: una de sus calilocuras recientes.

Si esta Cali profundamente clasista amasó una mujer de origen popular que se paseaba y hablaba con ademanes de gran señora y entraba en los clubes de élite sin pedir permiso; si esta ciudad harto racista se precia de bailar salsa afrolatina como nadie y celebra la música del pacífico afrocolombiano como su esencia, ¿por qué no habría de ofrecernos una postal paradójica como esta: las piernas perfectas y vigorosas de un hombre avejentado y sin gracia, en una ciudad en la que cerca del 10% se reconoce LGBTI y en la que se mezclan celo homofóbico y frágil reconocimiento de nuestras diversidades sexuales?

Clasismo y Jovita Feijoo; racismo, salsa y Festival Petronio Álvarez; homofobia y las piernas del paseador de perros.



Diego Pombo esculpiendo a Jovita Reina Infinita.
Tomado de <https://bit.ly/3adf7Ro>

Aquí el agua engendra el aceite, y el aceite se traga el agua que lo destila. La serpiente que se muerde la cola. Las calilocuras.

La ciudad que promueve y presenta como signo de su propia identidad la belleza de sus mujeres tiene una de las más altas tasas de feminicidio y violencia de género del país. Al fin y al cabo ésta es la ciudad que parió a uno de los carteles de droga más poderosos y ricos del mundo, capaz de producir un estremecimiento tan brutal que redujo a polvo toda dignidad humana, prostituyó todo lo que pudo, bañó de lujos, miel y sangre toda clase de calles y avenidas, arrasó árboles y casas centenarias, segó vidas recién nacidas y manos ancianas, enalteció al asesino que tortura y dispara sin pensarlo dos veces, celebró al predador sexual y convirtió el oficio de paseador de perros en el más bajo rango de su jerarquía de mandos al nombrarlo *lavarperros*. Entonces es sin duda un signo extraño que sea un paseador de perros el que desafíe las reglas y límites al exhibir, con orgullo, sus piernas vigorosas. Las más vistas de la Sucursal del Cielo.

Justo estas piernas cuando recién empieza la polémica en la ciudad por la escultura *Ella*, de María Fernanda Cuartas. La escultura fue encargada por la gobernadora del Valle, Dilian Francisca Toro, como homenaje a las mujeres del departamento. Está situada en la glorieta del Aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón, en Palmira. Se la acusa, no sin razón, de glorificar la imagen de la mujer decorativa, liviana, pasiva y desleída que promueven la publicidad, los medios de comunicación, las narcoserries, y de ofrecer una representación completamente alejada de la diversidad cultural, étnica

y social de las mujeres vallecaucanas. “Esta escultura es la materialización simbólica del canon de la mujer explotada y abusada”, señala Betsimar Sepúlveda, escritora y gestora cultural que promueve una iniciativa en Change Org solicitando que se retire la obra: *Por el retiro de la escultura “Ella” del espacio público. No nos representa.*

Creo, además, que se trata del ideal de mujer robotizada, maniquí y dócil que algunas series de ciencia ficción ofrecen. Es la Ella de “Her” (2013, dirigida por Spike Jonze, protagonizada por Joaquin Phoenix y la sedosa voz de Scarlett Johansson) mezclada con la Arisa de “Mejores que nosotros” (Лучше, чем люди, *Mejores que los humanos*), la serie rusa protagonizada por Paulina Andreeva y creada por Andrey Junkovsky en 2018.

Entonces quizás sean las piernas del flamante paseador de perros las que mejor nos representan a todos por su ambigüedad, confusión y extraña tensión. Son el camino sinuoso. Son la marcha que hibrida. Son la escultura viva y hermafrodita de una ciudad que algún

día se hará adulta, democrática, plena e incluyente.

Ojalá ese sea el tipo de estremecimientos que ponga patas arriba a esta ciudad en la década que recién empieza. Y si llega a ser así entonces *Jovita Reina Infinita* o *Las Piernas del Paseador de Perros* serán las esculturas que ocupen el centro de la ciudad, pues a estas alturas el bicentenario *Felipe Joaquín de Cayzedo y Cuero* (1773-1813) y la patina de su estatua en la plaza nos representa mucho menos que la dorada y futurista *Ella*.



Fotografía por Julián González, noviembre de 2019.



Estatua de Felipe Joaquín de Cayzedo y Cuero, en la plaza homónima, en el centro de Cali. Estatua hecha por Charles Raoul Verlet, e inaugurada en 1916.



Fotografía por Alexis Murillo, Gobernación del Valle del Cauca.



■ Diarios de la Covid-19. Día catorce

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Abril 4 de 2020

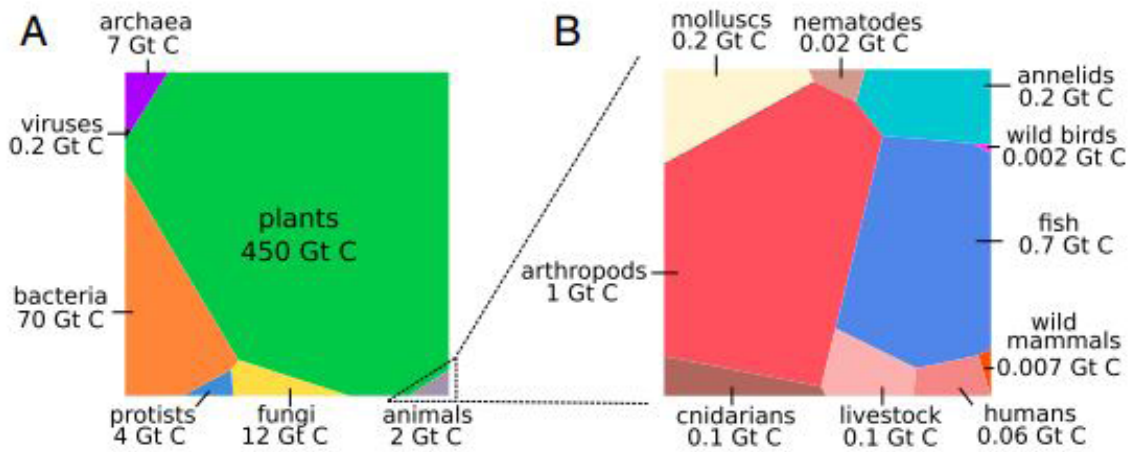
Cuentas mínimas para darnos cuenta

La Tierra pesa 6 mil trillones de toneladas y 510 mil millones de toneladas son entidades vivas: por cada unidad viva hay 8 mil billones de entidades inertes. Y de cada 100 entidades vivas en la Tierra, 75 son plantas. Los animales —incluidos los seres humanos— y los virus pesamos lo mismo: 2 mil millones de toneladas. Y los seres humanos somos, en términos de masa, una presencia marginal: apenas 60 millones de toneladas, más o menos lo mismo que todas las termitas del mundo.

Sin embargo, esta especie marginal ha creado una tecnosfera —desperdicios,

máquinas, ciudades— equivalente a 30 millones de millones de toneladas. Por cada gramo de vida —incluida la humana— la especie humana ha transformado y procesado 60 gramos de entidades inertes.

En esta enorme aula que es la pandemia, con alumnos atentos y encerrados a la fuerza, quizás estamos aprendiendo que somos una especie vulnerable y que nuestra portentosa capacidad para transformar materia inerte y para manipular las bases genéticas de lo viviente son un inquietante horizonte de riesgos y posibilidades.



Tomado de The biomass distribution on Earth, Yinon M. Bar-On, Rob Phillips y Ron Milo. PNAS June 19, 2018 115 (25). Figura N°1. En el recuadro A la distribución y composición por especies de toda la biomasa en la Tierra. En el recuadro B, detalles de la distribución de la biomasa animal.

Poesía de la mala

Por mi ventana veo todos los días las dimensiones de ese trabajo transformador de materia inerte. Para hacer la ciudad de Cali nos estamos devorando uno de sus cerros tutelares: las Tres Cruces. Varias veces al mes se estremece la tierra debido a las explosiones de dinamita de Triturados El Chocho S.A, la empresa que viene explotando la cantera desde 1945. Es propietaria de 140 hectáreas y tiene reservas probadas de 30 millones de metros cúbicos de roca basáltica. Además, cuenta con 85 millones de metros cúbicos potenciales, y una capacidad de producción de 400 mil metros cúbicos al año, según datos de 2013.

La ciudad demanda cerca de 800 mil metros cúbicos anuales de productos derivados de roca basáltica. Un poco más o un poco menos, según el ritmo de expansión urbana. Con la capacidad instalada actual, El Chocho podría continuar triturando roca otros 75 años sin afectar sus reservas potenciales.

Sólo las probadas. Y tendría otros 200 años para explotar las reservas previstas. En otras palabras, podría abastecer completamente a la ciudad actual durante los próximos 40 años con la cantera existente, y 100 años más usando las reservas probables.

Suena absurdo, pero ese es el tipo de razonamiento económico contemporáneo. No sabemos qué va a ser del mundo en 15 años y sin embargo hay cálculos especulativos que proyectan y anticipan décadas.

De alguna manera, el cálculo económico actual es idéntico a la poesía, pero ceñifrucida y malencarada. Si yo digo: *tengo el corazón hinchado de estrellas*, es mala poesía, expreso un cálculo inabarcable e imposible que en algunos casos puede funcionar para seducir. Si yo digo, *tengo una cantera cuya producción puede abastecer la ciudad entera durante los próximos 200 años*, es el mismo tipo de cálculo desbordado e inabarcable. No se traduce en palpitaciones, ni conquista amoríos, pero procura inversionistas, y

eso es lo que le importa al razonamiento económico.

La herida en los cerros viene creciendo. Tras 75 años, los tajos grises y verticales sobre la montaña son apreciables. Y así como la expansión humana ha extraído reservas virales enclavadas selva adentro en todo tipo de animales silvestres, la expansión minera pone al descubierto polvos minerales sepultados durante millones de años en los estratos rocosos.

Algunos de ellos, peligrosos.

Quizás la actual pandemia nos haga más sensibles a actuar con prudencia y

pausa, entendiendo que *no todo vale*, ni aunque uno tenga una cantera productiva hasta el año 2220.

2220: ¡eso es poesía pura! O humor, que es su primo cercano.

De cualquier manera, por primera vez, de modo más o menos masivo y general, las personas comienzan a preguntarse —durante este paro forzado— si tiene sentido volver a lo mismo una vez se supere la pandemia.

Estamos asistiendo a una breve y eficaz clase y lección de educación ambiental y política. Y en ella, todos somos alumnos repitentes. Malos estudiantes.



El Cerro de las Tres Cruces, desde la ventana de mi casa, 2005.



Vista del Cerro de las Tres Cruces desde mi ventana. Abril 4 de 2020.



Las Tres Cruces desde mi ventana. Cali, 4 de abril de 2020.
Fotografías por Julián González.

Ni siquiera las advertencias sobre el Cambio Climático habían conseguido abrirnos al tipo de consciencia y reconocimiento que estamos experimentando ahora.

A esta lección se añade una más: estamos entendiendo cuán importantes son las redes de solidaridad y de apoyo mutuo entre personas. De repente, nos damos cuenta que no se trata de dinero. Que lo importante es contar con redes sociales de protección mutua que te proporcionen apoyo, asistencia y respaldo si estás enfermo, si tu trabajo cesa, y que les brinden garantías mínimas a los tuyos en caso de que mueras o desfallezcas. Las escenas de cuerpos insepultos en Guayaquil o de enfermos doblados en las aceras y abandonados a su suerte en residencias de Madrid o Nueva York, nos recuerdan que la seguridad no consiste en apertrecharse de armas, de comida o hacerse a muros con guardias y cámaras de vigilancia, sino en saber que hay otros con los cuales contar cuando las cosas se agraven.

El miedo al Covid-19 es menos temor a la muerte y a la enfermedad que al desamparo y al abandono, a la sensación de que cada quien tendrá que arreglárselas como pueda.

Quisiéramos contar en el futuro con estructuras sociales de auxilio genuino que nos permitan apoyar y recibir apoyo efectivo, sin más. En el confinamiento nos hemos dado cuenta de cuán profundamente dependemos de otros para vivir.

¿Sabemos cuán hondo habrá calado esa doble consciencia —ambiental y panhumana— y si persistirá una vez volvamos a un mundo que parecía normal y que hoy, gracias al Covid-19, sabemos que no lo es? No. No conocemos cuán profundo ha penetrado esa doble consciencia. Pero sin duda, será un patrimonio político que acrecentar y cultivar de hoy en adelante, con la misma intensidad y con el mismo empeño con que hemos sido capaces de cultivar 60 gramos de materia inerte por cada gramo de materia viva en la Tierra.



■ Diarios de la Covid-19. Día 41: mayo 1 de 2020

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Postal 2: Miedo al miedo

Es 1 de mayo de 2020 y aprovecho para releer la crónica de José Martí, “Un drama terrible”, publicada en el periódico la Nación, Buenos Aires, el 1 de enero de 1888, a propósito de la condena de George Engel, Samuel Fielden, Adolph Fischer, Louis Lingg, Michael Schwab, August Spies y Albert Parson. Los siete apoyaron la huelga general del 1 de mayo de 1886 en Chicago y varias ciudades de Estados Unidos a favor de reducir la jornada laboral a 8 horas, y fueron juzgados y hallados responsables del ataque con bombas a la policía y de la muerte del patrullero Degan durante

una manifestación pacífica convocada en Haymarket Square (Chicago). A Samuel Fielden (inglés, 39 años) y Michael Schwab (alemán, 33 años) se los sentenció a cadena perpetua. A Oscar Neebe (estadounidense, 36 años) le dieron quince años de trabajos forzados. Y el 11 de noviembre de 1887 fueron ejecutados los alemanes George Engel (50 años), August Vincent Theodore Spies (31 años) y Adolf Fischer (30 años). También el estadounidense, Albert Parsons (39 años). Louis Lingg (alemán, 22 años), optó por suicidarse en su celda.

Schwab, Fielden y Neebe serían posteriormente puestos en libertad, tras una revisión que confirmó lo que era un secreto a voces: el juicio estuvo lleno de anomalías y trampas —incluido testigos falsos— concertadas entre Bonfield —capitán de la policía—, el procurador Rice, y la complicidad de los grandes periódicos norteamericanos, incluido el *New York Times*.

En la crónica se celebra la dignidad de los condenados que cantan y recitan, ríen, expresan y declaran su confianza en que el sacrificio habrá valido la pena para consagrar la unión de los obreros y defender sus derechos; en la crónica se remarca la infamia del juicio y del abuso de poder, y sobre todo, se destaca cómo, sin excepción, los condenados marchan al cadalso sin miedo ni resignación.

Escribe José Martí:

Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose

por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza, el de Parsons, orgullo radioso; a Engel, que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas.

Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen la entra en las carnes: *“La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora.”*

Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: *“¡Este es el momento más feliz de mi vida!”*



George Engel



Samuel Fielden



Adolph Fischer



Louis Lingg



Michael Schwab



August Spies



Albert Parsons

Imagen tomada de Wikipedia: <https://bit.ly/3Bi8Tvp>

“¡Hurra por la anarquía!” dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas.

“¡Hombre y mujeres de mi querida América...” empieza a decir Parsons.

Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborilea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

No tuvieron miedo. O al menos, no fue central al final de sus días. Eso subraya Martí en la crónica sobre los *Mártires del 1 de Mayo* de 1886, en Chicago.

Las fotos del miedo

Entonces entendí por qué me han resultado tan reveladoras las fotografías que recién he tomado con mi teléfono móvil. Son 4 imágenes de penumbra. En ellas se advierte la luz de máquinas eléctricas que ronronean a la medianoche, en la oscuridad de nuestras casas. Esta luminaria roja, amarilla, verdeazulada puebla el mundo doméstico nocturno de las casa urbanas, una bombillería enclavada en los celulares, las neveras, las radios, el televisor, los

computadores, los relojes, los plafones, las lamparitas y los interruptores.

A falta de cocuyos en las ciudades, millones de luciérnagas eléctricas.

Todas estas fotografías nocturnas cargan un destello o una centella. Y hay algo siniestro en ellas. Algo sombrío.

Son expresiones gráficas de miedos callados, como velas flameando en medio de la tormenta.

No hubieran sido posibles o no tendrían ningún sentido sin el telón de fondo de la pandemia.

Fotografié estas escenas porque un sentimiento difuso me empujaba a hacerlo. Y ese sentimiento se manifestó en ellas hasta impresionarme. Y me impresionaron porque caminando a tientas y a oscuras en la casa comprendí lo que me pasaba. Deambulaba a oscuras porque había perdido el sueño. Y lo había perdido debido al miedo. Padecía la peor forma de miedo, el que no se reconoce y no se nombra para evitar entrar en pánico y ser vencido. ¿Miedo a qué?

Tenía miedo ciego y duro a la pandemia.

Las fotografías me lo revelaron sin más.

Sin duda la pandemia está marcando con dos décadas de atraso, el verdadero inicio del siglo XXI y el comienzo de un nuevo tipo de terror. Si durante el siglo XX varios poderes instrumentalizaron política y estratégicamente el miedo a la conflagración nuclear, a las drogas narcóticas, al migrante y al terrorismo islámico, corremos el riesgo de estar asomándonos a los albores de una nueva instrumentalización política del miedo: el de las pandemias virales.

El miedo a las pandemias futuras, al desenlace de la pandemia actual, a la posibilidad de polipandemias o pandemias concurrentes en este o los próximos



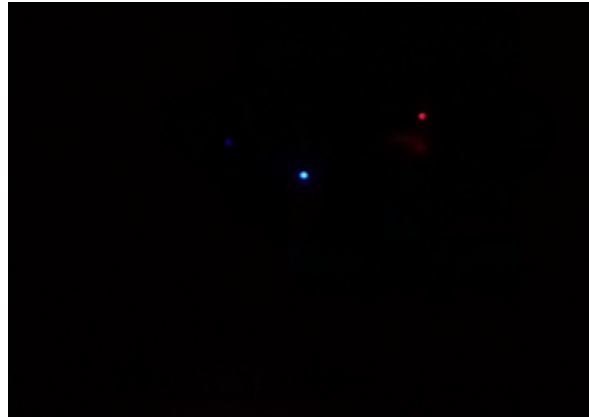
El testigo eléctrico del aparato en el que se secan mis audífonos.



La nevera entreabierta a media noche.



La luz de la bombilla externa, colándose por las cortinas. Y el testigo del computador sobre la mesa.



Bombillos-testigos del televisor y dos dispositivos electrónicos en un recinto de mi casa.

Fotografías por Julián González.

años. Todos estos miedos pueden usarse para conducir a millones de seres humanos, tal como se usó el temor al cadalso, a la horca y a la guillotina en el siglo XIX. O siglos antes, el miedo al cepo, al azote, a la hoguera y a la amputación.

El censo de muertos es el relato básico de este nuevo miedo. El inventario de síntomas es el segundo. Los mapas de expansión de la pandemia, son el tercero. Y las imágenes de cadáveres insepultos, el cuarto. Esta es la base de una narrativa que cuenta contando y escupiendo cifras que, en conjunto, nos

confirman una sola prédica: la de nuestra impotencia. Y ese, el sentimiento de impotencia, es la base de toda política de sometimiento. Toda política de rendición. Y de toda esperanza de redención, que es el envés del sometimiento.

Doblegados, confiamos en que alguien, algo, alguna institución, algún gobierno, algún demiurgo ataje al enemigo. Y nos rendiremos a su presencia vencedora cuando someta al SARS-CoV-2. La carrera por las vacunas y por los retrovirales es, realmente, la carrera por ocupar el centro estratégico

de este nuevo orden político. Y en la carrera por ocupar ese centro se enmascarará por un tiempo lo que realmente importan: las enfermedades de verdad. La pandemia de la brutal inequidad, la pandemia de las hambres extendidas, la de los sistemas de salud marchitos, la de la deuda externa acrecentada, la de la desvergonzada especulación financiera, la del gasto militar que apalanca economías de usura y economías del lujo, la de la desigualdad en los términos de intercambio económico, la de la concentración obscena del 90% de la riqueza mundial en 200 millones de adultos, mientras el resto, 7 mil millones de personas, se reparten las migajas; la de la predación ambiental consentida y estimulada por el despilfarro de recursos; la de la educación frágil y desabastecida; la de los trabajos de mierda y la de los trabajos de las capas medias que, teniendo trabajos de mierda, sienten que más abajo están los verdaderos trabajos de mierda; la pandemia de la violencia generalizada contra las mujeres y las niñas; la de los racismos extendidos y estimulados por bestias como Bolsonaro, pero también por tecnócratas bien situados en ministerios y empresas; las pandemias del sexismo y de la brutalización contra las diversidades sexuales; y la pandemia contra las diversidades cognitivas y los variados modos de la razón, la inteligencia y la imaginación.

Invisible, penetrante, envolvente y ciego, el VIRUS —cualquier virus— puede convertirse en el nuevo *leitmotiv* usado machaconamente para moldear un régimen nuevo de seguridad sanitaria. Como el coco o cucú de los niños, será

una tensa presencia a punto de engullirse a quienes no voten el costoso programa de biosensores instalados en todos los aeropuertos y en puntos de alta congestión y tráfico; a quienes no tengan al día su *vaccine card* o *vacard*; a quienes no puedan costear las actualizaciones virales; a quienes provengamos de territorios epidemiológicamente *sensibles*; o a quienes no acreditemos el CRTIP (Complete Review Type Immune Profile) estándar.

Empiezo a desconfiar menos del SARS-CoV-2 que de las políticas del miedo que, aquí y allá, van delineándose. El futuro uso político de nuestros legítimos temores a la pandemia puede ser más incisivo que la pandemia misma porque llega para quedarse largamente. Ya me imagino un nuevo reglón en los visados o en la definición de destinos turísticos aptos.

Por eso creo que como Spies, Fischer, Parsons y Engel, habrá que empezar a hacer acopio de la risa, la música, el canto, la rabia, el ingenio, la templanza y la voluntad política para no rendirnos, en los próximos años, a una amplia variedad de chantajes que, con *cadalsos virales*, nos ofrecerán, a manos llenas, miedos y más miedos biológicos en donde afirmar los nuevos negocios, los viejos gobiernos y la misma obediencia ciega.

Entonces celebro este primero de mayo de 2020 rindiendo honores a la risa, a la rabia, al rencor y a la guitarra, que saben poner el foco donde es: no en el virus SARS-CoV-2, sino en lo que oculta y en lo que por lo bajo se cocina. Una nueva forma del horror: el de la *politicopandemia* y sus horcas.



Diarios de la Covid-19. Días 44 al 46: mayo 4 al 6 de 2020

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Postal 5: maldito Sísifo

Yo no sabía que Sísifo era poco menos que un genio de la astucia, un perverso juguetón que se inventaba toda clase de tretas para trampear a la gente. Consiguió incluso librarse por un tiempo de Hades, el guardián de la morada de los muertos. Antes de morir, Sísifo le pidió a su esposa que no le rindiera los sacrificios y rituales usuales. Una vez instalado en el inframundo, se quejó ante Hades porque su esposa Mérope no le hacía los homenajes de rigor y lo convenció de que lo dejara ir a verla para castigarla. Y Hades cayó en el engaño y lo dejó volver a la vida. De regreso a la

vida, Sísifo no perdió tiempo y se dedicó a pasarla bien hasta que Hades consiguió llevárselo de nuevo a su reino.

Allí fue condenado a arrastrar una y otra vez la famosa roca que al alcanzar la cima de la montaña rueda cuesta abajo de donde Sísifo debe volver a treparla.

Pero el astuto Sísifo ha sabido arreglárselas para sacar provecho de la situación. Al fin y al cabo, fue un mortal lo suficientemente ingenioso para seducir a una diosa menor y convertirla en su esposa, una de las Pléyades; para engañar a miles de viajeros, navegantes y comerciantes; para ponerle grilletas a la

Muerte y atarla largo tiempo hasta que Ares consiguió liberarla. Sísifo sabía robar a quien podía y organizaba jugosos negocios en los que, sin excepción, salía ganando. Así que arrastrar una roca hasta el final de los tiempos no era más que una nueva oportunidad para él. Sólo tenía que descubrir cómo aprovecharla.

Y mientras los dioses y semidioses griegos se evaporaban y de Hades no quedaba más que el nombre, y del mismísimo Zeus nadie se acordaba, Sísifo —condenado a un castigo eterno— se hizo infinito gracias a esta pena que jamás cesa. Vive en la máquina del movimiento perpetuo.

Cuando trepó por primera vez la piedra hasta la cima, supo que la suya no era exactamente una condena, sino una redención. No me extrañaría que, incluso, hubiera previsto y calculado que Ares le castigara de esa manera. En algún momento le habrá insinuado al dios de la Guerra que el peor castigo que le podían dar sería obligarlo a trabajar de sol a sol y por toda la eternidad, pues lo suyo era vagar y vagar, y hacer que otros trabajaran por él. Y Ares habrá tomado nota de la confianza de Sísifo, y luego del engaño a Hades, le habrá impuesto el castigo de la roca que, en el fondo, el propio Sísifo le sopló al oído. Al fin y al cabo, se lo consideraba en Grecia el más astuto ser humano sobre la tierra.

Por eso cuando vio que una muesca de la roca se desprendió al caer de la cima, y el fragmento faltante volvió a brotar mágicamente en la roca, supo que allí estaba su oportunidad. O, mejor, nuestra condena. ¿Porque en qué otra cosa puede pensar un hombre que arrastrará por toda la eternidad una estúpida roca, que no sea orquestar algún

engaño que obligue a todos sus congéneres a padecer el mismo destino?

Al pasar una y otra vez la roca sobre la muesca desprendida, Sísifo vio que iba puliéndose. Al comienzo era una pieza informe sin ningún atractivo, pero con los años —y años era lo que le sobraba a Sísifo— el trocito se hacía cada vez más brillante y delicado cuando le pasaba cuidadosamente la roca por encima. El fragmento iba adquiriendo un brillo grisazulado que envidiarían los fabulosos joyeros de Macedonia. Por supuesto, algunas piezas se rompieron cuando el trabajo de pulido iba bien avanzado, pero pasados 360 años de ir y volver con su roca, Sísifo ya había logrado hacerse a 17 joyitas, 17 obras azuladas y brillantes como plata, 17 tesoritos inigualables, y sólo tenía que esperar el tiempo suficiente para poner en marcha su plan.

Y pasado un par de siglos más ocurrió el milagro.

Ya nada quedaba de la poderosa Atenas, ya pocos recordaban el griego antiguo, ya su amada Mérope se había alzado sobre los cielos donde brillaba un poco menos que sus hermanas las Pléyades, ya estaba completamente harto de cargar con la maldita piedra, cuando un pequeño niño, un pastor de cabras, vio a Sísifo en la distancia. Apareció allí donde era improbable que algún ser humano llegara. Pero las cabras precisamente van donde nadie va. Encuentran caminos abandonados por miles de años. Suben y trepan montañas, cerros y riscos, y descienden a acantilados y peñascos sólo para hacerse a un único brote de yerbas. Y cuando el niño vio a Sísifo se asustó: era más alto y fornido que el más alto y fornido de los hombres

de su pueblo, y tenía la piel tostada y oscura de las gentes que vienen de lejos. Pero Sísifo supo anticiparse al miedo y le enseñó uno de los guijarros pulidos, y no hay nada que atraiga más a un niño que un objeto brillante. Hay en todo niño un cuervo, solía decirle Sísifo a su Mérope: *dale algo reluciente y quedará hechizado.*

Y en efecto, antes de lo que canta un gallo, el pastorcito ya estaba a su lado, tentado por esa cosa reluciente como un solecito azul.

Y Sísifo se hizo comprender, aunque el niño hablaba un tipo de griego nuevo, una lengua llena de acentos, expresiones y giros que apenas si podía entender. Consiguió explicarle al niño qué hacer: le llevaría el guijarro pulido a su padre que lo vendería en el mercado por varias monedas. Una vez vendiera el guijarro, el padre debería darle la mitad de las monedas que obtuviera al niño, que se encargaría de traérselas a Sísifo. Sólo el niño podía ver a Sísifo. Nadie más. El padre podría quedarse con las monedas restantes. A cambio, Sísifo le daría un nuevo guijarro al niño, y el padre conseguiría en el mercado una nueva ración de monedas. La mitad sería para Sísifo y el resto para el padre.

—En poco tiempo tu padre será tan rico que tendrá el mejor rebaño de cabras de toda la región— le dijo Sísifo al pastorcito, que estuvo de acuerdo pues algo sabía de cuentas y de negocios.

El niño regresó esa tarde a su casa con el tesoro bien guardado en el bolsillo del pantalón.

Postal 6: La hiena llora

En efecto, cuando el padre vio la reluciente pieza que su hijo le llevaba, supo que en el mercado la comprarían por un

buen número de *drakhmaí* (dracmas), los suficientes para hacerse a unas cuantas cabras más para el rebaño. El niño le advirtió que debía darle la mitad de las ganancias al hombre que le había regalado la joya y que a cambio él le obsequiaría muchas más.

El padre no consiguió convencer al pastorcito de que lo llevara hasta ese hombre generoso: *me dijo que si alguna vez venía alguien que no fuera yo, no me daría nunca más una de estas*, le advirtió el niño.

Pero Sísifo sabe que si los niños son cuervos, los hombres son hienas. Confían ciegamente en una astucia que no siempre tienen, y suelen considerar a los niños personas fácilmente manipulables. Y lo son, pero no menos que los adultos.

Así que Sísifo simplemente aguardó.

Y en efecto, a la cuarta joya, y luego de la jugosa transacción en el mercado, el hombre quiso eliminar el intermediario. Decidió seguir el rastro de su hijo. En una botellita cargada de brea delgada, casi líquida, abrió un agujerito que goteaba a ritmo lento. Dispuso la botellita invertida en el fondo de la alforja que su hijo llevaba al pastoreo. Se aseguró de afirmarla al fondo tejiéndola con cáñamo alrededor y abriendo un agujero chico que coincidía y estaba adherido al de la botellita.

Cuando su hijo regresó al final de la tarde con una nueva joya, el hombre simplemente espero a que se durmiera añadiendo a su bebida caliente de la noche algunas gotas de *yervasueño*. No lo despertaría a la mañana siguiente, y temprano saldría a buscar el rastro de brea hasta conseguir dar con el hombre de las joyas grisazuladas.

Sísifo supo que el hombre estaba cerca incluso antes de que apareciera tras la montaña. El olor acre de su piel y la pisada dura del caminante adulto lo puso sobre aviso. El pez había mordido el anzuelo mucho antes de lo que esperaba, y dispuso en su bolsillo las últimas joyas que le quedaban para que estuvieran expuestas a la vista del pastor.

Sísifo no dejó de empujar la roca incluso cuando el hombre se situó detrás suyo, a menos de tres brazos de distancia. La estatura y porte de Sísifo le recordaron al pastor las viejas historias de gigantes y monstruos que le contara su abuela en Ambracia, y sin duda sintió miedo, el mismo miedo infantil de cuando la abuela le habló del cíclope que adoraba sorberse los ojos de personas a las que dejaba vivas y ciegas.

Pero el miedo se hizo estremecimiento helado, casi pavor, y se le clavó en la sien como un dolor de cabeza, al escuchar la voz de trueno de este gigante tostado por el sol, la barba poblada y la dentadura perfecta de quien se comería un perro en dos mascadas.

—No tendrás una joya más. Tu hijo bien te lo advirtió— le dijo Sísifo luego de escucharlo rogar, regatear, suplicar, insistir, lloriquear, amenazar con revelar su ubicación, sugerir que podría liberarlo de la roca maldita, prometer que le traería los mejores alimentos posibles cada día, ofrecerle a su mujer y sus hijas para sexo a cambio de algunas de esas piezas nuevas, ofrecerse a sí mismo para complacerle si gustaba de los hombres, entregarle más de la mitad de las ventas, abrir un altar en su nombre, entregarle a su propio hijo como esclavo...

Y mientras el hombre hablaba y prometía tonterías, Sísifo continuaba haciendo su trabajo sin pausa, dejando entrever —eso sí— el brillo grisazulado de las joyas en sus bolsillos. El cuervo en el hombre se iba hinchando con cada resplandor y lo que tenía de hiena iba transformándose en docilidad de cachorro de loba o de perra abandonado. Conforme crecía la avidez en el pastor, se le hinchaba también la sumisión.

Postal 7: Sísifo carga su roca, pero entrega la posta

Era casi noche cuando Sísifo pareció rendirse a los ruegos del hombre. Y era noche oscura y plena cuando Sísifo habló para el pastor de ojos hinchados y rojos de tanto chillar y pedir perdón. La voz de Sísifo en medio de la oscuridad hacía más intensa la escena. El pobre pastor escuchaba de rodillas, atento a ese vozarrón que venía de donde nada se veía como si estuviera completamente ciego:

— Te daré siete joyas más, pero harás algo distinto esta vez. Y obedecerás sin desviarte una línea del plan que tengo para ti.

Se escuchó un “sí, señor” quedo y apagado.

Lo que le pidió Sísifo era en apariencia sencillo. Vendería de una sola vez las siete joyas. No tendría que entregarle ni un dracma a Sísifo.

— Te voy a dar incluso mis ganancias anteriores —dijo, mientras se escuchaba el tintineo de decenas de monedas entre las sombras—. Pero ahora comenzarás a comprar tiempo— continuó Sísifo—, que es más valioso que las cabras y que cualquier bien en el mundo.

— ¿Tiempo, mi señor? No entiendo —
atinó a decir un atribulado pastor.

— Ya lo entenderás y me agradecerás.

¡Y vaya que el pastor lo entendió bastante bien! Al día siguiente estaba en el mercado con 7 piezas gris-azuladas dispuestas sobre un paño lila. No faltaron los ricos mercaderes que regatearon por ellas, y decidió vendérselas a uno que venía de la orgullosa Pidna, la ciudad en la que terminarían refugiándose la madre, la hermana, el hijo y la viuda de Alejandro Magno cuando murió. Le ofreció el doble que el resto de los mercaderes.

Enriquecido el pastor, procedió a ofrecer su dinero a otros. No le pagarían con objetos, con mercancías, ni servicios u oficios. “Les doy dinero a cambio de más dinero”, les dijo. “Se los doy hoy, pero mañana me lo devuelven añadiendo una pequeña diferencia”.

Al comienzo les pareció absurdo y una auténtica locura lo que les ofrecía el pastor, pero bastó un día para que uno de los miembros de la comunidad cambiara de opinión. Era su vecino Lucio y

necesitaba adquirir con urgencia dos cerdos para cebarlos y cocinarlos en tres meses. Atendería el banquete de boda de una familia adinerada, y el cerdo asado era uno de los platos fuertes.

—Por supuesto que tengo el dinero para ti, querido Lucio —le dijo el pastor antes de concederle el crédito—, pero no me lo devolverás con cabras o mercancías, o cerdos, sino con más dinero. El dinero que me devuelvas de más dependerá del tiempo que tardes en pagarme.

Y Lucio le pagó cuatro meses después el préstamo y “los intereses” o “beneficios”. Y se sintió agradecido porque no tuvo que entregar alguno de sus bienes para hacerse a los cerdos que necesitaba. Y después de Lucio comenzaron a venir otros y otros y otros.

El pastor acaba de poner en marcha el primer préstamo financiero real de la historia humana, y el primer banco funcional sobre la Tierra, pues también empezó a recibir dinero para prestar a otros a cambio de entregarles una pequeña diferencia pasado un tiempo.



Máquina del movimiento perpetuo 1.
Fondo Monetario Internacional. ¡Sísifo vive!
Ícono Fondo Monetario Internacional (colores invertidos) tomado de <https://www.imf.org/es/Home>



Máquina del movimiento perpetuo 2
Banco Mundial. ¡Sísifo vive!
Tomado de Banco Mundial:
<https://www.worldbank.org/en/home>

Y Sísifo sonrió: acababa de liberar la máquina del movimiento perpetuo en la que miles de millones de seres humanos quedaríamos atrapados en el futuro. Y simplemente se dedicó a esperar a que la infección se extendiera.

Y no ha parado de extenderse desde entonces.

Sísifo sigue arrastrando su roca, mientras ve como nosotros arrastramos sin cesar las nuestras, que se multiplican con cada ciclo inevitablemente.



Sísifo.

Tomado de Getty images: <https://bit.ly/3DHxQBQ>



■ Diarios de la Covid-19. Día 63: mayo 23 de 2020

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Mayo 23 de 2020

Aprendiendo de la pandemia

Los virus. En la cadena trófica reinamos los seres humanos. En la cadena genotrófica (nutrirse de información genética y aprovecharla para replicarse) reinan ellos.

No es una guerra. No es ni siquiera un recordatorio de que aún hacemos parte de la cadena alimenticia terrestre en la que comes y/o eres comida. Esta no es una contienda por energía y nutrientes. Es más bien un complejo entramado para suministrar ADN y ARN, aprovechar información genética y multiplicarse. La pandemia es un evento

más en la larga historia de la cadena *genotrófica* (neologismo).

Y allí no hay manera alguna de vencer a los virus, de destruir su capacidad de replicación o de controlar su habilidad para hospedarse. Es simple. No podemos exterminarlos. Juntos tienen una masa equivalente a la de todos los animales de la Tierra incluida la de los seres humanos cuyo peso es marginal: nuestra masa es la de todas las termitas del planeta. Tampoco podemos controlar sus mutaciones, e incluso si pudiéramos, no es claro que sea deseable.

Se sabe, además, que habrá nuevas pandemias, algunas de ellas más agresivas y destructoras que la actual.

Mitigación, contención y prevención son términos usuales cuando encaramos un fenómeno que nos desborda. Estrategia, ataques disuasivos, ataques ofensivos, estrategia de expansión, destrucción selectiva, destrucción total, trampas, celadas, son el tipo de términos que se usan cuando se libra una guerra. Una guerra supone alguna oportunidad de victoria, aunque no sea más que pírrica. O al menos alguna heroica derrota. Con los virus, ni lo uno ni lo otro.

¿Es posible vencer a los virus? A este sí, a aquel, no; al de más allá, un poco; a aquellos, nada; pero a todos, nunca. Y en ese sentido, no es una guerra la que estamos librando. Al menos no lo que se desarrolla en la actualidad. No es una lucha por energía y alimentos, donde tenemos probada ventaja. El Homo cazador y el Homo cultivador-recolector llevan 200 mil años haciéndolo con sobrada eficacia. Pero apenas llevamos algunos siglos tratando con los genes. Los virus llevan miles de millones de años haciéndolo. Existen antes de LUCA— el ancestro común de toda vida celular, surgido hace 4200 millones de años.

Para los virus patógenos nuestras células no son su alimento sino sus vectores de reproducción y ensamblaje de proteínas para replicar su ADN o ARN. Los virus no ven como comida a Boris Johnson y su arsenal nuclear, a Álvaro Uribe Vélez y su influencia en el devenir del país en los últimos 20 años, no ven a Donald Trump y sus ambiciones políticas y comerciales, no ven a Xi Jinping y sus propósitos de expansión planetaria: lo único que perciben en ellos

y en todos nosotros son capas de lípidos y oportunidades para insertar proteínas y replicarse. Para ellos somos tejidos. Ni siquiera órganos, y mucho menos, especie. Solo células. Celdas disponibles.

Somos una fabulosa cadena hotelera donde hospedarse gratis, con miles de millones de habitaciones donde sembrar y multiplicarse. Lo único molesto son los millones de porteros que a veces los expulsan y los sacan a patadas. Confundir a los porteros es parte de su juego. De hecho, algunos porteros suelen recibirlos con amabilidad y los hacen pasar sin reconocer su peligrosidad. El SARS-CoV-2 parece haber adquirido una maestría inigualable en las artes del camuflaje. Si el VIH prefiere matar a los porteros, el SARS-CoV 2 más bien los burla, se les esconde y los confunde. Entra como Pedro por su casa, engaña a los guardas inmunólogos, se revuelca en todas las habitaciones que pueda, y una vez adentro pide amablemente a los trabajadores del hotel que le saquen copias para replicarse oportunamente por todo el edificio. Ignora por completo que 1 de cada 10 edificios termina derrumbándose. Y no por acción del virus, sino porque los porteros enloquecidos, confundidos y furiosos ordenan llenar de agua todas las habitaciones hasta reventarlas, taponan los pasillos por donde fluyen los alimentos, cierran los ductos de ventilación, destruyen los desagües, le disparan a todo lo que se mueva hasta arruinar la edificación entera.

Para el SARS-CoV-2, lo bueno del edificio humano es que viaja mucho, se desplaza a largas distancias, se conecta bien con muchos otros edificios, lo que hace



Tomada de Wikipedia. Autor: Ignacio López-Goñi, Universidad de Navarra, España: <https://bit.ly/2ZVrOy9>

de la enorme ciudad humana un excitante paraíso donde prosperar y propagarse sin cesar.

A 22 de mayo de 2020, 5.205.900 personas contagiadas. 2.054.125 de recuperados. (Hoy supe que uno de ellos es el genial filósofo Bruno Latour (72 años). 337.572 personas muertas.

¿Es posible crear en el futuro algún tipo de vacuna *inteligente* que refuerce nuestro sistema inmunológico de modo tal que genere porteros menos locos, cegatones, arbitrarios o tontos; porteros capaces de desalojar a tiempo a todos los virus patógenos que nos visiten? No lo sabemos. El *Homo Inmunológico*, perfectamente blindado, quizás sea la próxima frontera dentro de la larga y ambiciosa carrera por la inmortalidad.

Pero incluso si eso llega a pasar, los virus continuarán allí afuera, colándose sin permiso en todas las habitaciones

que puedan, aunque los porteros del cuerpo se *emputen* e incendien el edificio entero.

Al fin y al cabo, han estado en la Tierra mucho antes de que germinara la vida en ella.

Los virus están revelando los límites del dominio y el sometimiento trófico. Es hora de empezar a dejar de pensar y comportarnos como los viejos cazadores y agricultores que seguimos siendo.

No todo es comida y no todo puede ser domesticado o sembrado.

¿O sí?

La última siembra: Semillas al océano cósmico Año 7696

Ensamblamos cuantos genes pudimos en macrovirus y los lanzamos al espacio como portadores desesperados de la vida en la Tierra. Embalados en bolsas microscópicas de proteínas y

microarmaduras de titanio iban los restos de 5 mil millones de años de vida en el planeta. Adentro, las únicas lenguas que habló la vida en el planeta: la del ADN y la del ARN. El proyecto *panespermia* es nuestro último empeño. La mitad de las tres millones de microcápsulas

cargadas de macrovirus contienen en su interior virus. Pocas incluyen genes humanos, pues se sabe que no resisten mucho tiempo expuestos a los rayos cósmicos y se calcula que las cubiertas habrán perdido blindaje en unos 40 o 100 millones de años, con suerte.



■ Diarios de la Covid-19. Día 76

Recordatorios, relatos y notas para después de la pandemia

Junio 5 de 2020

Conocer a un contagiado

Por primera vez conozco a alguien cercano diagnosticado con SARS-CoV-2. Chiquita como una pulga y menudita, se trata de una jovencita que a primera vista parece frágil y quebradiza. Luego descubres que tiene la fuerza y determinación de las lombrices. Lo digo porque el modo como las lombrices se labran camino tierra adentro contra toda adversidad no tiene equivalente entre los animales.

Las lombrices cavan persistentemente, troquelan y succionan la tierra —incluso si está un poco dura— y se abren paso empujándola a través de todo su

cuerpo. Devorándosela. Así es D.L.C. Tiene la fuerza demoledora de las lombrices. Se traga el mundo de frente. Suavemente se abre camino como quien no quiere la cosa, traza el sendero para otros y no tiene inconveniente en encarar o desafiar a los encumbrados o duros que la bloquean.

Que no les engañe su voz añorada.

La vi en las marchas de noviembre de 2019 liderando y alentando sin tregua durante los días del ruido. Y lo que tiene de empeño en la calle, lo tiene en el estudio. Terminó su carrera de pregrado casi un año antes de lo previsto y sin contar con un tutor al pie. Sabía lo que

quería hacer de trabajo de grado cuando apenas empezaba la carrera.

Recién graduada consiguió empleo en una ONG de la ciudad que ajusta más de 20 años de trabajo con población indigente. Y allí está. Y allí, luego de descubrir que algunos en la organización tenían síntomas de contagio, confirmó lo que sospechaba: tiene el virus SARS-CoV-2. Personal de la Secretaría de Salud de Cali le hizo la prueba diagnóstica a todos los miembros de la fundación. Ella, ahora, es uno de los 1.515 casos reportados del día de hoy; hace parte de los 36.635 diagnosticados del país; y es una de las 13.636 personas recuperadas. Suma su nombre a los 6.416.828 ciudadanos del mundo diagnosticados hasta ahora.

D.C.L. (21 años) tiene un nombre y apellidos extralargos, que resultan todavía más inusuales cuando vez cuán chiquita es. Un poco como si Pulgarcito se llamara Santiago del Carmen Afanador Recasens y Toledo. Y Pulgarcita, Honoria María Mercaderes Salamanca Barreras. Caben en las dos últimas sílabas del nombre.

Y D.L.C es exactamente lo contrario a la adinerada Martha Lucía Ramírez. Sin privilegios ni rentas, es una más de la horda de *atenidos* colombianos que trabajan día y noche, que atienden decenas de responsabilidades personales y públicas con prolija eficiencia, que conocen y recorren la ciudad de cabo a rabo para hacerse a algunos pesos, y se desloman para sobrevivir.

Ella es la medida exacta de lo que hace bien una universidad pública: desatar los lastres de la desigualdad y la exclusión históricamente consagradas.

Hace una semana sintió un poco de fiebre y perdió el olfato por algunos días. Supo entonces que tenía el virus por ese detalle: no olía la mierda de su gato. Y luego, tras el reporte de la Secretaría de Salud de Cali, se sometió a estricta cuarentena. Estará aislada por las próximas dos semanas, aunque se siente muy bien.

Ya guardaba estricta distancia social incluso en casa antes de contagiarse, pues sabía que por su trabajo en la ONG estaba muy expuesta. Aseaba su ropa y su cuerpo en cuanto entraba al hogar, desinfectaba los objetos que traía, estaba atenta a cualquier síntoma extraño en ella y su mamá, con quien vive.

A las dos les hicieron pruebas, pero su mamá no tiene el virus. Por prevención, ambas están en estos momentos en cuarentena.

Casi asintomática, D.C.L. hubiera podido ser una entre decenas de millones de jóvenes colombianos que, empujados por el desempleo, se arrojan a la calle del rebusque y extienden la plaga, pues no se han sentido mal físicamente. Algunas estimaciones indican que 2 de cada 3 personas contagiadas se infectó de alguien sin síntomas o de alguien no diagnosticado.

La vacuna verdadera

D.C.L. consiguió liberarse de lo que podría haber sido su destino. D.C.L es la primera universitaria de la familia. Y su mamá está orgullosa de ello. De niña, fue vendedora ambulante. Su mamá es vendedora ambulante actualmente.

Cuando veo a D.C.L., pienso en una joven que se resguarda luego del diagnóstico porque tiene un trabajo que

continúa remunerándola; fue diagnosticada porque atendió los síntomas; atendió los síntomas porque comprende en detalle la dinámica del virus; y atiende los detalles de la dinámica del virus porque estudió. Trabajo formal, ingresos estables, educación de calidad.

Extender el mundo que produce a personas como D.C.L., una joven universitaria crítica, es la vacuna más importante contra esta y futuras pandemias. No es la vacuna de Moderna, Johnson & Johnson, MSD, Pfizer, Sanofi, Novavax o la Academia Militar de Investigación Médica de China, la que acabará con esta pandemia.

Es el empeño colectivo por erradicar la desigualdad y la exclusión lo que nos preparará para las futuras pandemias.

Por cada D.C.L. resguardada en casa y cuidadosa, hay cientos de D.C.L. que no tienen más alternativa que arriesgarse a ser vectores asintomáticos del virus. Y está visto que el extraordinario y hermoso virus SARS-CoV-2 sabe usar no sólo nuestras células para multiplicarse, sino el hambre y el desempleo puro y duro para extenderse.




Perpetuar la exclusión es añadir recursos y condiciones propicias para las pandemias de mañana.



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia
Teléfonos: (+57) 602 321 2227
602 321 2100 ext. 7687
<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

¡ S i g u e n o s !

   | [programaeditorialunivalle](https://www.facebook.com/programaeditorialunivalle)